



611

MARINOS PERUANOS EN AMERICA

RO J. ELIAS

PUBLICACIONES DEL
INSTITUTO DE
ESTUDIOS
HISTORICO-MARITIMOS
DEL PERU



Serie / monografías

INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTORICO - MARITIMOS DEL PERU

Julio J. Elías Murguía

MARINOS PERUANOS EN ARICA

Prólogo de Félix Denegri Luna

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRINTEMAR

Clasif. 985.0611/E39

Nro. Inv. 1143 of 2

Fecha: 11/15/80

DIMA - PERU

1980

José A. Gálvez

MARINOS PERUANOS EN AMERICA

Prologo de Félix Domestico

(c) INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTORICO-MARITIMOS DEL PERU

Av. Nicolás de Araníbar 744, Lima 14. Telf. 71-0735.

Hecho el depósito de ley.

Reservados todos los derechos de reproducción total o parcial,
la fotomecánica y los de traducción.

Edición de 1,000 ejemplares.

Impreso en el Perú.

Tipografía Offset SESATOR, Av. Sucre 1200, Pueblo Libre, Lima-Perú.

PROLOGO

En conmemoración del centenario de la heroica defensa de Arica, edita el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú un interesante trabajo de investigación de quien fuera nuestro colega y amigo Capitán de Navío Julio J. Elías Murguía (1901-1972). Dicho trabajo fue, en su inicial redacción, el discurso de incorporación de Elías al Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú. En ese acto, celebrado el 29 de setiembre de 1961, tuvimos la satisfacción de dar la bienvenida, en nombre de la corporación, presidida entonces por el recordado General Felipe de la Barra, al distinguido marino historiador. Elías rememoró, en su discurso, las hazañas de la lancha torpedera Alianza en las aguas de Arica durante los meses de marzo a junio de 1880.

Posteriormente el autor continuó investigando los temas referidos a la actuación de los marinos de guerra peruanos en Arica. De ese afanoso esfuerzo llevado a cabo por Elías en su entrañable Museo Naval del Callao nació un libro —mucho más extenso que la conferencia original— titulado *La lancha torpedera Alianza en la epopeya de Arica (17 Marzo-7 Junio 1880)*, publicación número 4 del Museo Naval del Perú (Callao, 1962, 271 páginas). El libro tuvo una tirada muy limitada, razón por la cual es poco conocido por el público lector de obras históricas y aun por los eruditos. Es-

te es el motivo, junto con la fecha centenaria, que impulsa a nuestro Instituto a reeditar, con los convenientes reajustes y adaptaciones —debidos al R.P. Armando Nieto Vélez S.J.— la monografía de 1962. No es nuevo el P. Nieto en estos menesteres, ya que también le correspondió, en 1974, disponer para la imprenta los originales del Comandante Elías referentes al conflicto peruano-ecuatoriano de 1858-59, que se publicaron en el tomo VI, volumen 2º, de la Historia Marítima del Perú.

El Capitán de Navío Julio J. Elías Murguía dedicó su vida a nuestra Armada. Ingresó en la Escuela Naval de La Punta en 1918 y dejó el servicio activo en 1959. Muchos años entregó, con ejemplar constancia y disciplina castrense, a la Marina de Guerra en el desempeño de las diversas comisiones a que lo llevó su carrera de profesional competente y dotado de notable capacidad. Presente en arriesgados hechos de armas, le tocó actuar, con la hombría que le era propia, en la defensa de nuestra Amazonía en los días del conflicto con Colombia, como jefe de una de las naves de la Flotilla Fluvial, como comandante militar de Leticia y como jefe de una unidad de artillería en Todos los Santos y Puerto Arturo.

Mas llegó la hora del retiro, cuando aún se hallaba Elías en la plenitud de una vigorosa madurez. El retiro no podía significar para él sino dejar nominalmente la situación de actividad, desde ese mismo año de 1959, como voluntario sin retribución pecuniaria, empleó su tiempo y sus extraordinarias dotes en cumplir una nueva tarea, que le encomendaba su compañero de promoción Vicealmirante Guillermo Tirado Lamb, Ministro de Marina, ya fallecido: organizar el Archivo Histórico Naval y el Museo de la Marina.

Con el mismo entusiasmo de sus años mozos, Elías se consagró sin desmayos a su nuevo trabajo, donde una vez más probó su indeclinable vocación de servicio a la Nación y a su Instituto. Era claro para él que se trataba de glorificar con seriedad a nuestra Marina. Para esa misión se había elegido al hombre idóneo, por su elevada mentalidad y por su carácter romántico. Una nueva tendencia surgiría en él. El camino de iluminar las glorias navales del Perú era el arduo de la Historia. Pero su contacto con los documentos irrefutables que decían de las viejas y nuevas glorias, le daba una ineludible obligación: publicarlos. Así fue. Las Fuentes para

el estudio de la Historia Naval del Perú (dos volúmenes) son esenciales para poder escribir una Historia Naval del Perú, y de hecho están ya sirviendo a quienes desde hace varios años nos hallamos comprometidos en la redacción de la monumental Historia Marítima del Perú, obra medular de nuestro Instituto.

La inquietud del Capitán de Navío Elías lo llevó a elaborar monografías históricas de nuestra Marina de Guerra. Ya nos hemos referido a la narración de los aspectos marítimo-navales del conflicto peruano-ecuatoriano de 1858-59, su obra póstuma. Hoy reeditamos su extenso estudio sobre los marinos peruanos en Arica en 1880. El intento del estudio del Comandante Elías es precisar la actuación de los marinos de guerra peruanos en la gesta cuyo centenario estamos conmemorando, pues, como bien dijo mientras vivía, el esplendor de Bolognesi es de tal magnitud, que sus compañeros de heroísmo han quedado como diseminados por la grandeza del Héroe del Morro. Elías ha cumplido sus objetivos y en estas páginas se exaltan las figuras de los Capitanes de Navío Manuel Villavisencio y Juan Guillermo More, inmolado éste también en el Morro; del oficial de marina Leoncio Prado, de José Sánchez Lagomarsino, comandante del monitor Manco Cápac y del teniente 2º Manuel Fernández Dávila, de los oficiales Manuel y Miguel Espinoza, Rómulo Espinar, Germán Paz, Pedro Ureta, Eduardo Raygada y muchos otros. Se reivindicán así, para la Marina de Guerra del Perú, las glorias que le dieron, tanto en el mar cuanto en tierra, sus bravos oficiales.

Un especial énfasis pone Elías en aclarar y situar en su justo puesto a otro marino notable, el Contralmirante Lizardo Montero, controvertida figura de los años de la Guerra del Pacífico.

El hecho de ser el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú el editor de este libro nos obliga a recordar que fue Elías Murguía uno de los más activos y eficaces gestores de la "Comisión para escribir la Historia Marítima del Perú", base a su vez de nuestra corporación, de la que Elías fue miembro fundador. Por todo ello, el Instituto, al publicar esta monografía, no sólo rinde homenaje a los héroes de Arica en el año del Centenario, sino que también quiere evocar cordialmente con estas páginas al historiador y al amigo desaparecido.

Félix Denegri Luna

INTRODUCCION

Constituye la base del presente estudio, un hallazgo, uno de esos encuentros casuales que no es raro que sucedan, cuando se maneja un Archivo tan rico como el de la Marina. Habían caído en mis manos los datos inéditos que presentó, bajo el nombre de Manifiesto, el Teniente Segundo de la Armada Manuel Fernández Dávila, el 20 de enero de 1887, ante la Honorable Junta Calificadora de Servicios Militares, nombrada con el principal objeto de establecer los actos de los protagonistas peruanos en la Guerra del Salitre. Trata el citado Manifiesto de ser un documento explicativo de cuanto realizara en Arica el Teniente Fernández Dávila, comandando la lancha torpedera Alianza: en realidad la denomina lancha torpedo. Estudiando lo escrito por el referido Teniente, estuve obligado a reparar no sólo en la acción de la pequeña embarcación, no sólo en cuanto representaba a la Marina durante la Epopeya de Arica, sino en todo el proceso de la Epopeya. Y era lógico que así sucediese, puesto que los acontecimientos de Arica reflejaron y condensaron las consecuencias de cuanto tuvo lugar fuera de la famosa Plaza, tanto en el Perú como en Chile, en Lima como en Santiago y en otras ciudades de estos Estados. Sólo ofreceremos un ejemplo. Cuando debió salir

del Callao la lancha torpedera Alianza, el día 12 de marzo de 1880, a bordo del transporte Oroya, ocurrió que en presencia del Jefe Supremo de la República don Nicolás de Piérola, fue izada sin dificultad la embarcación, pero en cambio no se pudieron maniobrar los pescantes y colocarla adentro sobre los calzos. Ante tal dificultad, ordenó Piérola que la corbeta Unión cargara la Alianza, la cual se instaló convenientemente a bordo de esa nave y se amarró sin dificultad. Por lo anotado, correspondió a la Unión el romper el bloqueo de Arica y no al transporte Oroya. Y por esa circunstancia, otro buque que salió del Callao junto con la Unión, nos referimos al Talismán, llevando por misión esencial desembarcar en Quilca el Estado Mayor de Leiva con el correspondiente equipo para una División de cinco mil hombres, no pudo cumplir su misión, y por ese hecho se perdió Arica y tuvo que sacrificarse Bolognesi con sus compañeros. Si la Unión no se hubiera separado del transporte Talismán, para romper el bloqueo ariqueño por orden de la Superioridad, entonces Leiva, desembarcado con toda oportunidad en Quilca, habría más tarde llegado cuando era indispensable en Arica con sus cinco mil hombres. Como dijo uno de los protagonistas, nos referimos al que después alcanzó el grado de Coronel, don M. David Flores, quien se valió de los siguientes términos: "Que el hecho de haber salido, en la misma noche la Unión, con unos cuantos cajones de zapatos y el Talismán con un Estado Mayor y equipo para cinco mil hombres, revela claramente que el mayor interés debió ser el éxito del Talismán y no el de la Unión, que en realidad sólo llevaba la misión estratégica para conseguir que el Talismán no fuera estorbado en su operación de desembarque en Quilca".

En cuanto a la Marina en la epopeya de Arica, no está de más fijarnos en un hijo dignísimo de la Armada, así su actuación no correspondiera directamente con esa Epopeya. Ese notable marino a que me refiero, el Contralmirante Antonio de la Haza, Comandante General de la Marina, quien desde las primeras circunstancias de apremio para el país, allá a principios de 1879, a despecho de menudados intereses o de pasiones enardecidas, trató por todos los medios a su alcance de evitar el desastre, fue el alma de las operaciones navales de la iniciación de la Guerra del Salitre, atendió a todo como pudo y con lo poco que había, entre otros trabajos, remitió

a Arica y otros puertos del extremo Sur, cuanto le fue posible encontrar en los pañoles navales desde cañones hasta alambre y herramientas, desde expertos y profesionales hasta simples marineros. Durante un poco más de un año no descansó un solo instante y a base de su visión logística se hizo posible el extraordinario movimiento de nuestras naves y su aprovisionamiento. Sin embargo, sobre ese hombre se ha dejado caer un pesado manto a fin de cubrirlo de silencio. He aquí una de las víctimas inocentes del sangriento proceso de la Guerra del Salitre, un inmolado al que se necesita reivindicar.

En el trabajo que presentamos, quedan desplegadas las acciones heroicas que una débil lancha realizó ante los buques enemigos, es decir, la vida de la torpedera Alianza, al mando del Teniente Segundo Fernández Dávila y sus compañeros, en las aguas ariqueñas. Los historiadores nacionales recordaban nada más que el final de la embarcación, la cual ostentó la última bandera peruana que flameó en Arica, en cambio olvidaron lo demás de su existencia anterior, o sea por ejemplo, cómo una vez a plena luz del día hasta llegó a romper el bloqueo del puerto, imponiendo en gesto gallardo y patriótico su mínima importancia a dos poderosas naves chilenas. Hemos sacado del descuido y la inadvertencia estos heroicos hechos, dignos del recuerdo más glorioso y hasta del mármol: ya era tiempo de que se incorporaran al dominio de la Historia Nacional. Por otra parte, en nuestro trabajo, apreciamos cuanto vino a representar a la Marina durante la Epopeya de Arica. Y ello estaba constituido: por los Fuertes del Morro, a cargo del Capitán de Navío Juan Guillermo More, su segundo en el mando Capitán de Corbeta Manuel J. Espinosa y otros oficiales más, con una dotación de hombres de los tercios navales y los restos de la tripulación de la blindada Independencia; por el monitor Manco Cápac, bajo el comando del Capitán de Fragata José Sánchez Lagomarsino, del segundo, Capitán de Corbeta Rómulo G. Tizón y unos veinte oficiales más; por la lancha torpedera Alianza; por la Capitanía de Puerto, a las órdenes del Capitán de Fragata Eduardo Raygada, por una Maestranza y por una Estación de torpedos, que se inició bajo el mando del Teniente de Marina Leoncio Prado. Es decir, que alrededor del 12% de la guarnición de la heroica Plaza era naval.

Capítulo I

El Combate Naval del 27 de Febrero de 1880

La Historia demuestra que en el pasado y en el presente la fuerza potencial de un Estado ni siquiera se mide sólo por las Fuerzas Armadas existentes, sino que tal potencialidad incluye, además, las fuerzas políticas, económicas y psíquicas de la Nación. En el campo complejo de la guerra se combatía en 1879 ciertamente con tropas, pero también con una cantidad de otras armas, como buques, elementos económicos, financieros, influencias políticas, argumentos morales, etc. En una palabra, la idea material de lucha cuerpo a cuerpo, debe ampliarse a sectores en los que sin una expresión de choque físico, se combate tenazmente y con furia salvaje, igual que en un campo de batalla terrestre. Claro está que en 1879 parecía que el conflicto era una misión reservada a los ejércitos y a los buques; aún más, la fuerza potencial peruana quedó en última instancia incapaz de convertirse en fuerza militar real y las Fuerzas Armadas constituyeron el factor decisivo, sin el pleno apoyo de todos nuestros recursos económicos, industriales, agrícolas y financieros.

Ahora bien: en 1879 el Ministerio de Guerra comprendía el de Marina; había una unidad de conducción; estaban armonizados los esfuerzos del Ejército y la Marina, con una cooperación estratégica directa y existía un único responsable: el conductor militar. De modo que cuando los historiadores se olvidan de la Marina, por algún motivo que creemos no posee malicia alguna, es posible que así suceda porque la mayoría de las veces el decir Ejército incluye a la Marina. Por supuesto que aquí no pretendemos hacer una crítica de la preparación militar de las Fuerzas Armadas en 1879, en su organización y estructura y en su instrucción; es decir, en todo aquello que reflejaría la estrategia peruana en la época. Sabemos que la estrategia, lo que da verdaderamente la forma a las Fuerzas Armadas, fue pésima. El Ejército profesional de choque carecía de valor ofensivo y le estaba negado el obtener la decisión definitiva del conflicto en el primer golpe; no había una política positiva y agresiva. Lo mismo sucedía con la Marina.

Sería el momento oportuno de preguntarnos: ¿para qué servía la Marina en 1879? Hay un principio teórico muy conocido que nos ofrece la respuesta: El fin único y la razón de ser de la Marina en la guerra, es asegurar el uso del mar a la propia bandera e impedirlo a la enemiga. De inmediato nace otra pregunta: ¿cuáles eran los objetivos bien definidos del uso del mar? He aquí la contestación: 1. Aniquilar el poder marítimo del adversario, poniendo de cualquier manera fuera de acción a su Marina; 2. Ofender a los objetivos que se encontraran en la costa enemiga y fueran vulnerables desde el mar; 3. Operar con tropas según ciertas líneas de apoyo que condujeran a determinados puntos de la costa enemiga; 4. Servir de transporte de las tropas y abastecerlas; 5. Cortar las líneas marítimas de comunicación del enemigo con el resto del mundo, en forma de influir sobre su situación económica y sobre su capacidad de resistencia, al impedirle toda importación por tal vía.

Todos conocemos que la Marina chilena era más fuerte que la peruana. La doctrina del más poderoso consiste en tratar de bloquear o batir las fuerzas del más débil; mientras que como misión clara y natural le queda al más débil, operar en forma de dificultarle al más fuerte la consecución de sus fines, haciéndole sentir el peso del **sea-power** propio y la amenaza potencial que éste repre-

sentaba con relación a los fines indicados y esquivando al mismo tiempo la batalla decisiva, siempre que se le presentara en condiciones de manifiesta inferioridad. ¿Cumplió o no cumplió la Marina peruana con los objetivos bien definidos del uso del mar? Podemos asegurar que los cumplió.

Desde el 7 de marzo de 1879, los trasportes **Limeña** y **María Luisa** llevan las primeras tropas peruanas que acudieron a la frontera del sur; el 8 de abril la **Unión** y la **Pilcomayo** levantan con rumbo a las aguas fronterizas y persiguen a las naves enemigas. El 12 de abril parte el **Talismán** para Arica llevando 410 bultos y los cañones con objeto de artillar ese puerto; el 19 de abril sale el **Chalaco** para traer tropas del norte; el 14 de mayo navega hacia Panamá el **Talismán** por armas y proyectiles; el 16 de mayo zarpan hacia el sur la **Independencia**, el **Huáscar** y los trasportes **Oroya**, **Chalaco** y **Limeña** con el Presidente de la República a bordo... Sería dilatadísimo continuar con el movimiento y las acciones de los buques de nuestra Armada; empero creemos suficiente señalar un derrotero memorable. Nos referimos a lo que podemos denominar la ofensiva marítima peruana, en la cual nuestros trasportes, según los historiadores chilenos, "hicieron una campaña naval útil y gloriosa". Nos referimos también, a las operaciones navales por un célebre semestre del **Huáscar**, hasta que lo perdimos en Angamos.

En 1879 encontramos que todo el poder ofensivo de la Marina estaba compuesto por los cañones de los buques de línea. No olvidamos el espolón, en cuyo manejo era un experto Grau, pero conocemos las enormes limitaciones del empleo de ese instrumento, que no era sino una ligera prolongación del buque. Las naves sin artillería poderosa y sin protección de coraza, servían nada más que como auxiliares. Si el poder ofensivo de la Armada estaba concentrado en los cañones de sus unidades de línea, las cuales representaban por lo tanto el núcleo del poder marítimo del país; habiendo conseguido nuestros enemigos aniquilar a los buques de línea que constituían el núcleo de nuestro poder marítimo, esto es, a la **Independencia** y el **Huáscar**, era lógico que adquirieran la libertad completa de usar el mar a su arbitrio. Opina el historiador naval Capitán de Fragata Manuel I. Vegas: "En 1879 el Ejército chileno, dueño del mar, trasladó sucesivamente su base de opera-

ciones desde Antofagasta a Pisagua, a Ilo, Pisco y Curayacu imponiéndole muchas veces entre la nuestra precaria y los Ejércitos peruanos, plantando, al fin, sus victoriosas banderas en el Palacio de Pizarro e imponiéndonos un inícuo tratado de paz" y el historiador militar General Carlos Dellepiane: "Tras corta y violenta campaña marítima, que culminó el 8 de Octubre de 1879, el invasor dispuso del litoral peruano, verdadera frontera y puerta de acceso al territorio, que asaltó donde lo requirieron sus intereses de guerra". Y agrega poco después: "Lo que los Aliados no supieron adquirir fueron barcos de guerra, cuya posesión hubiera trastornado por completo el desarrollo de los acontecimientos. El flagelo de la guerra debe llevarse al territorio del enemigo y los trasportes estratégicos juegan un gran rol para lograr este fin; la superioridad en el mar es la única que, proporcionando la movilidad requerida, da la iniciativa de las operaciones en la guerra entre países de extenso litoral". En resumen, con Angamos se perdió la guerra. Ninguna fuerza militar, tal como estaba la nuestra dependiente de una línea de comunicaciones que corría a lo largo de una costa, podía subsistir con el enemigo gozando de la supremacía marítima.

A la falta de dinero para el sostenimiento de la flota, a la penuria del Erario sin atender las obras que sin cesar se reclamaban, cuando los dirigentes políticos por su voluntad retardaban o suprimían en lo absoluto las adquisiciones de naves, se sumaba la indiferencia general, igual que si no les importara impulsar el sagrado deber de prepararnos a defender nuestro patrimonio y nacionalidad, y a tratar de hacer a la Patria lo más grande y respetada por mar, para poder vivir con seguridad en medio de los peligrosos problemas de este lado del Pacífico. Hasta hubo quienes pregonaron que lo mejor era no tener Marina, de modo que podía aplicarse cuantiosos capitales a asuntos civiles más provechosos. No se daban cuenta de que no había nada más caro que la derrota, ni pensaban que se podían perder extensos territorios, amén de los enormes dispendios de una guerra ruinosa, de las humillaciones y vergüenzas. En realidad, no se terminó por prescindir de las fuerzas navales, porque al fin y al cabo se comprendió que eran condición ineludible de nuestra vida nacional; sin embargo, los recursos que se le dedicaron a sostenerlas eran los más exiguos po-

sibles, algo parecido a lo que refieren que quería Fernando VII: poca Marina y mal pagada. Las consecuencias ya las sabemos.

A partir de 1870, se inició la ofensiva del cañón contra la coraza; pero si bien el espesor de los blindajes respondía bastante bien al tiro de las bocas de fuego, en cambio los acorazados de entonces, no poseían en realidad protección alguna bajo el agua, salvo un doble fondo para precaverse contra los accidentes marítimos. De modo que cuando Whitehead perfeccionó el torpedo, quedó en cierta forma sentado un cuerpo de doctrina a base de una pequeña embarcación que llevando el nuevo ingenio, podía de un golpe certero hundir al gran buque de línea. Esto era muy posible, pero no significaba la muerte del acorazado, como creyeron hasta muchos profesionales, ofuscados por la novedad técnica. La idea hizo nacer lo que puede denominarse **la teoría homeopática** del poder naval, o sea dominar el mar con pequeños buques torpederos. Vino a olvidarse que no era con un minúsculo esfuerzo económico como se encontraba la piedra filosofal y que para avasallar por la fuerza en cualquier parte, se tiene que ser más sólido y ello cuesta dinero. En el abandono que prácticamente se encontraba nuestra Armada antes de 1879, las utopías, aún las más extravagantes, debían encontrar un profundo eco y hasta nació, como en Francia, algo parecido a la "**jeune école**". Fue la reacción de la Marina peruana ante su pobreza y a la necesidad de mantener su gloriosa tradición; echar mano a lo que fuese posible, como el Japón con los famosos **Kamikazes** o "Viento Divino".

Con la derrota, la reacción tuvo que ser aún mayor. Frente al peligro, no sólo fue la Marina, sino también los dirigentes de la Nación, quienes se lanzaron a buscar elementos navales. Primero se quiso comprar en Turquía el acorazado **Telhz Bolend**, que podía competir con los blindados chilenos, operación que falló debido a la acción diplomática enemiga. Dice el Capitán de Fragata Manuel Ignacio Vegas en su Historia Naval: "Tan sólo conseguimos adquirir tres débiles y pequeñas lanchas torpederas sistema Herreshoff, de las que dos bautizadas **Alianza** y **República**, fueron traídas de Panamá al Callao por el transporte **Talismán** en noviembre de 1879. La otra, que se llamaba provisionalmente **Alay**, fue capturada por los chilenos en el puerto ecuatoriano de Ballenitas, en donde esta-

ba detenida por falta de carbón". Este es un incidente singular. La nave chilena **Amazonas** entra a Ballenitas, dejando de respetar la neutralidad ecuatoriana, se apodera de nuestra lancha y se la lleva; sin que una nación soberana proteste. Para colmo de males, la embarcación que perdimos era la más grande, de 21 metros de eslora y 18 nudos de andar con 40 caballos de fuerza. Los chilenos la aprovechan y más tarde actuará contra las fuerzas navales del Callao bajo la denominación de **Guacolda**.

Después del combate de Angamos, las fuerzas auxiliares de nuestra Marina no cesaron de moverse, efectuando los más arriesgados trasportes a fin de llevar armas y municiones, sobre todo a Arica. Como unos dos días después de la caída del **Huáscar**, los blindados chilenos se presentaron en Arica y "aprovechando de una densa neblina, destacaron dos lanchas con torpedos para tentar la destrucción del **Manco Cápac**; pero la neblina despejó a tiempo y los chilenos huyeron, sin lograr impedir que el **Rímac** saliera al norte ese mismo día y la **Unión** también el 13 de octubre. En los primeros días de noviembre se hicieron felicísimas y audaces expediciones de transporte: el 7 la **Pilcomayo** llevó armas y municiones del Callao a Arica, el 8 llegaron a este puerto la **Unión** y el **Chalaco** conduciendo también elementos de guerra y tropas; el **Limaña** fué a Casma" (Manuel I. Vegas).

Como hemos mencionado al monitor **Manco Cápac**, será necesario indicar que esta nave había zarpado del Callao el día 1º de agosto de 1879 con rumbo al puerto de Arica, terminando su lento viaje y fondeando en dicha bahía el día 7, donde quedó desde entonces como baluarte de la misma. Al conocer la Superioridad los riesgos que había corrido el monitor con el fallido ataque de lanchas torpederas, a lo cual se agregó la noticia que oficialmente se notificara por la Escuadra chilena, tanto al Jefe de la Plaza como al Decano del Cuerpo Consular, del bloqueo de Arica por las corbetas chilenas **Chacabuco** y **O'Higgins**; le pareció que la mejor medida consistía en enviar desde el Callao a las lanchas torpederas **Alianza** y **República**. Una primera tentativa en tal sentido falló, pues las dos embarcaciones, convoyadas por el **Talismán**, sólo alcanzaron el puerto de Pisco, pues "además de ser muy pequeñas y de cubiertas de pino muy delgado, sus máquinas no eran como pa-

ra funcionar mucho tiempo. Hubieron de regresar al Callao" (Manuel I. Vegas).

No dejaremos pasar la ocasión de ampliar en unas cuantas frases el asunto de la notificación oficial del bloqueo de Arica. Esto tuvo lugar el 28 de noviembre de 1879, cuando las corbetas chilenas **Chacabuco** y **O'Higgins** se presentaron cerca del puerto de Arica, aguantándose sobre sus máquinas a una distancia tal que quedaron fuera de alcance de la defensa ariqueña. En un momento dado desprendieron las naves enemigas o para ser más precisos, la **Chacabuco** que ostentaba al tope del trinquete la bandera de parlamento, una falúa con la misma bandera, al mando de un oficial de Marina cuyo apellido, según sostiene el después Capitán de Navío Luis B. Arce y Folch (Conferencia dictada en la Sociedad Fundadores de la Independencia y Vencedores el 2 de Mayo, en marzo de 1926), fue el de Gómez Carreño. De primera intención nos pareció que se trataba de quien más tarde alcanzó en Chile el grado de Vicealmirante, o sea Luis Gómez Carreño, nacido el 26 de enero de 1865 y fallecido el 6 de enero de 1930, marino de gran prestigio, que el 4 de octubre de 1880, fuera Aspirante de la Armada, embarcándose con igual fecha para iniciar sus servicios navales en el monitor **Huáscar**, ya chileno, siendo comandante de éste Carlos Condell. Apreciamos que no pudo ser este Gómez Carreño. Por su parte, el monitor **Manco Cápac** despachó al encuentro de la embarcación enemiga, una chalupa al mando del Teniente 2º Eulogio Saldías, con el Guardiamarina Juan M. Mulgrew, la que una vez que se puso en contacto con la falúa, regresó con dos sobres cerrados; uno para el Jefe de la Plaza y otro para el Decano del Cuerpo Consular, en los que se hacía la notificación del bloqueo de Arica.

Lo acaecido en el resto de días de noviembre de 1879, en diciembre del mismo año; y en los meses de enero, febrero y parte de marzo de 1880, dio más vigor a la idea de proteger a Arica. En noviembre perdimos la cañonera **Pilcomayo**, mientras nuestros enemigos, en diciembre, aumentaban su poder con el **Huáscar** y la **Pilcomayo**, ya reparados, y, además, el rápido vapor **Angamos** comprado en Europa y muy bien armado. De modo que la Escuadra chilena a la par que sostenía el bloqueo de Arica con una división

que se relevaba periódicamente, contaba con otras unidades que bombardeaban las villas costeras. Pese a ese aumento de las fuerzas marítimas del enemigo, nuestras naves casi no cesaron de navegar. Así el **Limeña** volvió a expedicionar al norte; el **Rímac** navegó a Pacasmayo por tropas, regresando sin novedad; la **Unión** pasó a Quilca con un importante cargamento de materiales militares; el **Oroya** trajo de Panamá fusiles y munición.

¿Qué pasaba con la Escuadra chilena, dueña del poder naval en esta parte del Pacífico? ¿Suficiente le era para tan poderosa Armada, sin tener ya en el mar oposición alguna realmente militar, sólo mantener el ostentoso bloqueo de Arica y contemplar indiferente la audacia de los buques auxiliares peruanos? Salvo que considerase hazaña extraordinaria bombardear los puertos indefensos del Perú. Nos refiere Manuel I. Vegas en su **Historia**, que Sotomayor escribió al Presidente Pinto: "Respecto de la Escuadra me es sensible decirte que marcha con la misma lentitud del Ejército. Riveros dice: si yo fuera General desembarcaría 2000 hombres al sur de Arica. . . El General por su lado dice: si yo fuera Almirante atacaría Arica con toda la Escuadra hasta abatir sus fuertes". Y explica Vegas: "Estas deficiencias que Sotomayor notaba lo obligaron a enviar a Riveros una nota que Lillo, Secretario general del Almirante, califica de pretenciosa e impertinente y agrega: "el Almirante contestó esta nota en estilo agrio. . . no me extraña que Riveros haya tenido en estos días revoltura de bilis". Esto sin duda causó que el **Blanco Encalada**, **Amazonas** y **Magallanes** bombardearan los indefensos caseríos de Independencia, Ite, Cumba y Sama".

Claro está que la opinión pública chilena debía encontrarse alarmada de tanta negligencia, por lo cual decidió la Superioridad Naval de ese país el bombardeo de Arica el 27 de febrero de 1880.

El ataque a Arica lo ordenó la Superioridad Naval chilena, cumpliendo esa disposición el día 27 en la mañana: "se aproximó el **Huáscar** a reconocer las Baterías del norte del puerto; el **Manco Cápac** salió de su fondeadero y provocó el combate al que entró poco después la **Magallanes**. Después de unos 50 minutos de fuego se retiraron los bloqueadores habiendo recibido el **Huáscar** cuatro balazos que le produjeron averías leves. Fueron a fondearse afuera y, a los pocos minutos, volvieron a levar para bombardear un

tren que venía de Tacna en cuya operación recibió el **Huáscar** un cañonazo que le sacó veinte hombres fuera de combate. Poco después salía el **Manco Cápac** fuera de la bahía y Thompson, que era valiente e impulsivo, se vino a todo andar con la intención de espolonearlo. Estaría a unos 200 metros de distancia cuando se entorpeció la máquina del **Huáscar** hasta el extremo de quedar el buque sin gobierno, lo que aprovechó el **Manco Cápac** para dispararle un proyectil de 500 libras que destrozó el palo de mesana y mató al Comandante Thompson y hubiese salido peor librado el monitor chileno si no es por la interrupción que sufrió el otro cañón del **Manco Cápac** que iba a ser disparado casi simultáneamente con el primero. Otros tres balazos leves recibió el **Huáscar**, lo mismo que la **Magallanes** retirándose después. En este combate, el infortunado More se mantuvo en plena cubierta del **Manco Cápac** y salió ileso'' (Capitán de Fragata Manuel I. Vegas).

Nadie podrá negar el valor de Thompson, pero nadie aceptará su actitud de locura; es lógico que al contemplar al **Manco Cápac** como una presa fácil, se lanzara sobre dicha nave que podía abordarse de un salto, por su bajísima borda que se elevaba nueve pulgadas sobre la línea de flotación. Veamos el parte oficial del comandante de nuestro monitor, que dice así:

''Comandancia del Monitor **Manco Cápac**.— Al ancla Arica, Febrero 27 de 1880.— Benemérito señor Contra-Almirante General en Jefe del 1er. Ejército del Sur.— Me es honroso poner en conocimiento de U.S. los acontecimientos realizados el día de hoy a bordo de este monitor, con ocasión del combate empeñado entre las baterías de la plaza y el **Huáscar** y la **Magallanes** que bloquean el puerto.— A las 7 a.m. se dió parte por el oficial de guardia de que el **Huáscar**, en son de combate avanzaba lentamente por el oeste, en demanda al parecer del fondeadero, y dispuse que en el acto se alistase el monitor para prevenir cualquier eventualidad, porque personalmente observé que eran sospechosos los movimientos del enemigo. En efecto, a las 8.15 a.m. encontrándose el **Huáscar** al alcance de los cañones del Morro, rompió sus fuegos esta batería, cuando aquel se hallaba situado de este monitor a una distancia de 4,000 metros, muy superior al alcance máximo de nuestra artillería, razón por la cual me vi obligado a esperar que el enemigo, en sus evoluciones se

aproximara, para ofenderlo desde el fondeadero en que estaba obligado a permanecer este buque, por el mal estado de sus calderas cuya compostura se trabajaba activamente.— A las 8h. 40 a.m. después de apreciar la distancia que nos separaba, rompió sus fuegos este monitor sobre el **Huáscar**, continuándose hasta las 9h. 50m. que se alejó, gobernando al NE.— Mientras tanto la corbeta **Magallanes**, que desde muy temprano estaba fondeada por el N. del puerto, a seis millas próximamente, y lejos del alcance de los cañones de las baterías, hizo algunos tiros sobre la población, uno de los cuales cayó bastante cerca de la popa de este monitor, pero se retiró con el **Huáscar** cuando suspendió éste sus fuegos. A las 11h. a.m. los dos buques situados al N. del puerto descargaron algunos tiros de su artillería sobre el tren de pasajeros que venía de Tacna e inmediatamente preparé al monitor para salir a botir al enemigo, dando orden de activar la reparación de la caldera de estribor, que como U.S. tiene conocimiento, se encontraba en mal estado desde días anteriores; cumplo con el deber de recomendar a U.S. la actividad y el interés desplegado por el Primer Maquinista don Tomas Colcohum para dejar expedita, en el menor tiempo, la compostura de esa caldera, obra que, a no ser por esta circunstancia, habría demorado un tiempo más del señalado para su terminación.— A la 1h. 15 p.m. dejé el fondeadero, gobernando sobre el enemigo, que se encontraba a una distancia de 5 millas, más o menos, emprendiendo una marcha hasta tres millas fuera del puerto, y una hora después estando a 3,500 yardas del **Huáscar**, descargó su artillería de la torre y sucesivamente hizo otros disparos que encontrándome a 2,000 yardas hice romper los fuegos de este monitor, a las 2h. 30 p.m. Se trabó entonces el combate que por parte del enemigo era sostenido por el **Huáscar** que acertaba la distancia, que se conservó al mayor alcance de sus cañones; continué, pues, avanzando hasta estrechar la distancia, haciendo siempre fuego sobre el blindado enemigo.— Hubo un momento desgraciado en que se entorpeció uno de los cañones de la torre, por haberse quedado dentro de él la primera sección de la lanada, y fué entonces cuando el **Huáscar** nos ponía su proa, aproximándose rápidamente. En tal situación, goberné sobre dicho buque que llegó a pasar por nuestro costado de babor a la distancia de 50 yar-

das, empeñándose un pequeño tiroteo de ametralladora y fusilería del enemigo, el que era sostenido desde a bordo por la gente que me acompañaba sobre la torre. Subsanoado con actividad el inconveniente de que acabo de hacer mención, descargué sobre el **Huáscar** que estaba ya por la aleta de babor una de las piezas de la torre, cuyo proyectil fue a herir la popa de ese buque, echándole abajo el asta en que se sostenía su pabellón.— A las 3h. 30 p.m. hice suspender los fuegos porque el **Huáscar**, aprovechando su andar, se puso fuera de los tiros de este monitor, gobernando hacia fuera, lo mismo que la **Magallanes**.— Once tiros se hicieron con las piezas de la torre, de los cuales dos han ocasionado averías al enemigo; de los disparos de éste y la corbeta que pasan de 50, y entre los que cayeron sobre nosotros, sólo causaron ligeras averías, llevándose parte del pasamanos alto y uno de los candeleros de la torre; hemos tenido también despedazada una de nuestras falúas.— A las 4h. 30 p.m. volví a ocupar con el buque de mi mando su antiguo fondeadero.— Antes de terminar permítame U.S. hacer presente que el digno Capitán de Navío don Juan G. More se me presentó voluntario a bordo, en el momento de la salida de este monitor solicitando cualquier puesto, y que tanto él como el Teniente don Leoncio Prado, cuya salud se encontraba notablemente quebrantada, el Alférez de Fragata don Francisco Forcelledo, Ayudante de U.S., y el Subteniente de Artillería don Eduardo Lecca, han permanecido durante este corto combate, al lado del que suscribe.— Lo que participa a U.S., conforme a ordenanza.— Dios guarde a U.S. Benemérito S.C.A.— (Firmado) **José Sánchez Lagomarsino**".

Veamos ahora el parte correspondiente al enemigo, presentado por el comandante accidental del **Huáscar**, que dice así:

"Arica, febrero 27 de 1880.— Señor: —Pongo en conocimiento de usted lo acaecido el día 27 del presente, en el combate de este monitor con las fuerzas de Arica y el monitor **Manco Cápac**. El citado a las 9 a.m. cuando el **Huáscar** se dirigió a su fondeadero haciendo un reconocimiento por la costa y al pasar frente al Morro, nos vimos provocados por los fuertes situados en ese punto, monitor **Manco Cápac** y fuertes del norte de la población, colocados a flor de agua. En vista de tal provocación nos vimos obligados a contestar con nuestra artillería, después de haber hecho so-

bre nosotros un sinnúmero de disparos, tanto los cañones del Morro, los fuertes de la población y el **Manco Cápac**, acribillados por los proyectiles de tierra, nos limitamos a ofender la población, dirigiendo todos nuestros fuegos sobre ella, prescindiendo por completo de las fortalezas y monitor.— La **Magallanes**, que se encontraba fondeada en la parte norte de la costa que forma la bahía de Arica, se acercó en el acto a secundar nuestros fuegos. Este ataque duró 50 minutos y a las 10.15 a.m. habían tomado su fondeadero, habiendo el **Huáscar** recibido cuatro balazos, tres en el blindaje que causaron poco daño, pues únicamente removieron las planchas y pernos de éstas y el cuarto que pasó el puente de proa, dañando la bitácora y baranda.— A las 10.30 a.m., notando que los trenes del ferrocarril que venían de Tacna a este puerto, conduciendo al parecer mucha tropa, el Jefe de la división bloqueadora Capitán de Fragata don Manuel T. Thompson, ordenó levar anclas y dirigirnos a impedir que el tren continuase su marcha hacia Arica, lo que se consiguió después de haberle hecho algunos disparos por ambos buques, recibiendo por nuestra parte los fuegos de las baterías y monitor **Manco Cápac**. A las 11.30 a.m., ambos buques tomaban nuevamente sus fondeaderos, después de haber recibido un balazo de consideración frente a uno de los cañones de 40 libras, al costado de babor, resultando seis muertos y 14 heridos, entre graves y leves, contándose entre los primeros el aspirante don Eulogio Goicolea, y entre los segundos, el que suscribe, que se encontraba en ese momento al lado del Comandante, sobre la toldilla; y el Teniente 2º don Tomás Segundo Pérez, que mandaba los cañones de cubierta.— A la 1 p.m. a pesar de la distancia que nos separaba de la plaza, los fuertes y monitor continuaban su provocación, sin preocuparnos por estos disparos, hasta que se vió al monitor **Manco Cápac** dirigirse hacia fuera de la bahía, colocándose bajo los fuegos de las baterías. En el acto el Comandante de la División ordenó levar nuevamente, dirigiéndose a atacar exclusivamente al monitor, siguiendo nuestras aguas la cañonera **Magallanes**. A pesar del nutrido fuego que hacían las fortalezas, el **Huáscar** y **Magallanes** se acercaron al monitor tanto como les fué dable, llegando el primero a estrechar la distancia hasta 200 metros. En esta situación el Comandante Thompson ordenó

a la voz, por estar cortado el telégrafo de la máquina, de dar el mayor andar al buque, pero desgraciadamente la máquina continuó pero a poco, por haber subido el agua en los calderos y pasado a los cilindros, razón por la cual el buque no maniobró tan ligero como era necesario, para embestirlo con el espolón, y por esta causa el **Manco Cápac** pudo gobernar hacia el fondeadero y disparar hacia la popa del **Huáscar**, originando la muerte instantánea de nuestro valiente y digno Comandante, quien durante los tres ataques demostró su valor, sangre fría e intrepidez. Este desgraciado accidente tuvo lugar a las 2.30 p.m.— Tan luego como cayó el Comandante Thompson, que fue visto por el Teniente 2º don Tomás Segundo Pérez que se encontraba cerca de la toldilla, en el acto corrió a proa a avisar al que suscribe lo acontecido, quien tomó su lugar y ordenó se izara al palo mayor el pabellón nacional, que se vino abajo con el palo de mesana, por efecto del proyectil que concluyó con la vida de nuestro Comandante. En esta situación, el que suscribe continuó persiguiendo al monitor, haciendo fuego con los cañones de cubierta y el de la derecha de la torre, durante 20 minutos, pues el de la izquierda en ese momento se le cortó la cadena sin fin. Este accidente me fué comunicado por el Subteniente de la guarnición don David Olave, enviado por el Teniente 1º señor don Juan de D. Rodríguez, Jefe de ella.— Reparado este incidente, continué haciendo un vivísimo fuego sobre el monitor **Manco Cápac**, recibiendo mientras tanto el **Huáscar** todos los fuegos de las baterías del Morro, fuertes de la población y monitor, habiendo durante ese tiempo recibido el **Huáscar** tres balazos, uno en el blindaje de estribor, al costado de la escala real que removió las planchas, hizo saltar los pernos y dejó fuera de combate al timonel que manejaba el escandallo; otro atravesó el palo trinquete por su medianía y el último perforó la cocina.— El que suscribe no pudo comunicar al señor Comandante de la **Magallanes** la muerte del Comandante Thompson sino hora y media después que duró su accidental mando, por haber desaparecido el código de señales por el proyectil que cayó sobre la toldilla, habiendo tenido que ponerse por esta circunstancia al habla con la **Magallanes**.— Tengo la satisfacción de recomendar en general a la oficialidad, tripulación y guarnición del **Huáscar**, por su valor y

decisión durante los diversos ataques; recomendación que habría deseado la hubiera hecho el Comandante Thompson.— Por último, el número de disparos dirigidos al **Huáscar** y **Magallanes**, por las baterías de tierra y **Manco Cápac**, ascienden poco más o menos a 300; a 100 los disparos hechos por este buque y 40 los hechos por la **Magallanes**. Adjunto a U.S. la relación de muertos, heridos y contusos.— Dios guarde a U.S.— (Firmado) **Emilio Valverde**.— Al Señor Comandante de la División bloqueadora de Arica, Capitán de Fragata don Carlos Condell".

En cuanto a la lista que se refiere las últimas líneas del parte anterior es la siguiente: "Relación de los muertos y heridos el día 27 de febrero de 1880 en Arica.— Muertos:— Comandante don Manuel Thompson; Aspirante don Eulogio Goicolea; Marinero 1º Luis Ugarte; Grumete Manuel Unca; Soldado Sierra Alta; Marinero 1º Benjamín Reyes; Soldado 2º Apolinario Derzundi; Soldado 2º Abdón Quiróz.— Heridos de muerte:— Fogonero 2º Antonio Huídrobro; Grumete David Campos.— Heridos leves:— Segundo Comandante don Emilio Valverde; Fogonero 2º José Valdez; Teniente 2º don Tomás Pérez; Soldado Ramón Videla; Soldado Dionisio Sepúlveda; Timonel Bernabé Gonzáles; Marinero 1º Agustín Oyarzún; Marinero 2º Reynaldo Serna; Corneta Juan de D. López; Grumete Manuel Palma.— Ilo, febrero 28 de 1880.— Está conforme.— (Firmado) Luis A. Castillo". No olvidemos a la **Magallanes**, respecto a la cual el Parte oficial del Comandante finaliza así: "En este nuevo ataque el buque de mi mando recibió tres balazos de poca consideración, resultando herido un solo individuo de la tripulación.— (Firmado) Carlos A. Condell".

Conocemos perfectamente que los dos monitores de río, el **Oneota** y el **Catawba**, comprados a los EE.UU. en los últimos momentos angustiosos de la guerra con España, pudo considerarse como una adquisición poco feliz, que costó un ojo de la cara y no rindió cuanto se esperaba de ella. En efecto, un historiador naval ha asegurado que esos monitores, a los que la Marina peruana nombró **Atahualpa** y **Manco Cápac**, tenían no sólo un andar muy lento, sino que eran poco marineros, malsanos, estrechos e incómodos para la mar. Escribió el Teniente 1º Bernardo Smith de la dotación del **Manco Cápac**: "Durante las noches el **Manco Cápac**, en son de com-

bate, cerraba sus escotillas, usando lámparas de kerosene para el alumbrado de sus compartimientos que estaban bajo la línea de flotación, poniendo en función las bombas para la distribución de aire, pues carecía de luz eléctrica y otros recursos ventajosos de que se dispone hoy, el estado sanitario deficiente, los víveres generalmente descompuestos, y prefiriendo pasar al regreso de las rondas nocturnas dentro de las embarcaciones izadas en los pescantes, el resto de la noche, dada la humedad y temperatura de las habitaciones del barco. Sin embargo, la decisión y entereza de todos los tripulantes estuvo siempre a la altura de su deber y lleno de entusiasmo por la Patria".

Un novelista chileno ha llamado al **Manco Cápac**, la terrible **tortuga baldada** y supone que sus máquinas, "no tenían la fuerza suficiente para movilizar su pesada mole de acero y que, por esta causa, había sido transformado en un fuerte flotante". Ni tanto ni tan poco. . . navegaba el monitor muy lentamente, pero la **tortuga** caminaba, y como lo hemos visto, con ocasión del combate del 27 de febrero, reparó una de las calderas que tenía una serie de fallas, en tiempo cortísimo.

Siempre hemos dudado que el Comandante Thompson, manejando el monitor **Huáscar**, hubiera querido espolonear al **Manco Cápac** y, más bien, calculamos que trató de abordarlo. Y lo hemos dudado porque los movimientos que hizo en esa ocasión, ponían en claro que no sabía conducir el buque que tenía bajo sus órdenes para ejecutar la habilísima maniobra de usar el espolón. Esto nos lleva a recordar al **Caballero de los Mares**, que era un verdadero experto. Tomando en cuenta el estudio que hiciera el Capitán de Navío Luis B. Arce y Folch, el ataque con el espolón por el monitor **Huáscar** contra el **Manco Cápac**, sólo podía haberse realizado de dos maneras: de enfilada, es decir oblicuamente o normalmente sobre uno de sus costados. En el primer caso, "como el casco del **Manco Cápac** era muy fino, cubierto por una coraza de fierro de cinco pulgadas de espesor y con facilidades para ofender tanto de proa como de popa, el solo roce del casco del **Huáscar** sobre el monitor habría determinado en el primero la rotura y desgarramiento de sus fondos, ocasionándole en consecuencia una vía de agua cuyo final habría sido el hundimiento del propio buque,

sin contar con el simultáneo ataque de nuestros cañones". (Luis B. Arce y Folch). En el segundo caso, esto es, normalmente, puede calificarse de tan aventurado que habría hecho sufrir a ambas naves averías de enorme consideración al punto de producir la pérdida simultánea de ellas. "En efecto, al choque de la nave atacante su espolón habría perforado los fondos del **Manco Cápac**, pero a la vez la afilada coraza de su cintura habría destrozado la proa del **Huáscar**, desbaratándola por completo, siendo en el expresado caso inevitable la falta de salvación de uno y otro barco, hecho que no ocurrió análogamente en Iquique cuando el **Huáscar** embistió a la corbeta **Esmeralda**, echándola a pique por ser de madera el casco de ésta, resultando al contrario el espolón del **Huáscar** torcido y abiertas las costuras de las planchas de proa en una gran extensión, el que después tuvo necesidad de reparar estas averías". (Luis B. Arce y Folch).

Sabemos que los buques chilenos permanecían durante el día fondeados en la rada exterior del puerto de Arica, hacia el NW. y durante las noches cruzaban delante de la boca del mismo precaviéndose de ataques de torpedos; en ciertas ocasiones, los barcos bloqueadores pasaban durante el día frente a las baterías y fuertes, pero manteniéndose a dos millas náuticas de las bocas de fuego, que era el alcance de esas piezas. Los buques de guerra neutrales, fondeaban fuera de la zona de tiro, hacia el norte.

Llegado a Arica el **Huáscar** el 25 de febrero, era lógico que el Comandante Thompson para cumplir la comisión de atacar la Plaza hiciera un reconocimiento, o, para ser más exactos, tomara ciertas precauciones para acercarse a tierra, por lo mismo que ignoraba personalmente todos los detalles propios del puerto. Nos sorprende que los novelistas cuenten el asunto a su capricho, esto es que Thompson con el **Huáscar** voltejeara a media velocidad: "se acercaba a la costa y volvía a retirarse. Otras veces navegaba hacia el sur y regresaba apegado a los roqueríos de la playa, mientras en la cumbre del Morro los grandes cañones giraban lentamente, siguiéndolo, en su derrota...". ¿Cuándo hizo esto Thompson? ¿El día 26? No consta en ninguna exposición; ello es falso e inventado. Consideremos también que el parte oficial de las operaciones del **Huáscar** lo escribe el Teniente 1º Emilio Valverde, como comandante ac-

cidental a la muerte del titular, y no pudo conocer las órdenes reservadas o las disposiciones verbales que hubiera recibido de la Superioridad el Comandante Thompson y de aquí tuvieron que derivarse los varios errores que presenta ese documento.

En su parte, Valverde, ignora o, mejor dicho silenció, cuanto sucedió al **Huáscar** hasta las 9 de la mañana del 27 de febrero de 1880, momento en que dice que ese buque se dirigió a su fondeadero, o sea hacia el N.; en cambio, Sánchez Lagomarsino determina la nave enemiga a partir de las 7 de la mañana, cuando ella avanzaba lentamente desde el oeste. Lo cual era lógico, porque desconociendo Thompson la bahía, no hubiera cometido la necedad de meterse dentro de la zona de fuego de las fortalezas, pegándose por el sur del puerto, para seguir luego temerariamente al alcance de los cañones peruanos de sur a norte, paralelo a la playa, por la dilatada navegación que esto significaba con el riesgo correspondiente y por la inutilidad de un gesto así cuando debía cumplir una misión militar. Suficiente era que se situara el **Huáscar** a dos millas de distancia de la Plaza, para verse libre de los disparos de las baterías nuestras y de los del **Manco Cápac**; a esos tres mil setecientos metros, el buque chileno estaba tan seguro como en un viaje de placer o en unas maniobras de tiempo de paz. No puede pasar por la cabeza de nadie el que Thompson pensara silenciar ninguno de los sectores de la artillería terrestre, por lo cual deducimos cómo su principal misión tuvo que ser el causar daños a la población civil de Arica e intentar un golpe de fortuna contra el **Manco Cápac**; desaparecido este monitor quedaba la defensa reducida al corto alcance de su artillería anticuada, mientras los chilenos estaban libres de desembarcar donde quisieran alrededor de la famosa plaza. El **Huáscar**, con su derrota trazada normalmente a la línea de playa y como marcación el **Manco Cápac**, adquiría la ventaja de evolucionar a su gusto con rapidez y de alejarse por el camino más corto del alcance de la artillería peruana. Los buques chilenos no tenían la costumbre de acercarse tanto de día, puesto que habitualmente sus movimientos los realizaban de noche, de modo que en la ocasión que nos estamos ocupando produjeron una gran alarma en Arica. Por tal motivo, cuando el **Huáscar** parece que está al alcance de los cañones del Morro, rompen

éstos sus fuegos; no así el **Manco Cápac**, que midiendo la distancia, encuentra como resultado más de 4,000 metros por medio del sextante, debiendo esperar que el enemigo acorte el espacio, lo cual sucede sólo a las 8 y 40 a.m. A partir de aquí y durante una hora dispara a largos intervalos su artillería. Decimos a largo intervalo, porque era muy lento el tiro en el **Manco Cápac** y porque estando en plena reparación una caldera, cada vez que hace fuego produce averías en esos dispositivos mecánicos. A las 9 y 50 a.m. se alejó el **Huáscar**, gobernando al NE.

No fueron pues los fuertes de Arica los que provocaron el duelo, sino los dos buques chilenos que, contra lo acostumbrado, en pleno día se pusieron a evolucionar frente a las baterías. En realidad, nos parece que Thompson como recién llegado al bloqueo quería apreciar un punto importante, pretendiendo referir con exactitud hasta dónde llegaban los disparos de la defensa. Dice Valverde en su parte oficial que "en vista de tal provocación nos vimos obligados a contestar con nuestra artillería... nos limitamos a ofender la población, dirigiendo todos nuestros fuegos sobre ella, prescindiendo por completo de las fortalezas y monitor". Es decir que esas naves llevaron a cabo una acción criminal que jamás hizo el **Caballero de los Mares** ni ninguno de nuestros marinos, obligando a la población civil de Arica a ampararse en los cerros del fondo. Esto no fué solo, sino que dispararon a las 11 a.m., según el parte de Sánchez Lagomarsino, y a las 10 y 30 a.m., según el parte de Valverde, contra el tren e impidieron que continuase su marcha hacia la Plaza. Cerca de una hora se prolongó el cañoneo chileno. Con este motivo, la defensa que trató de rechazar estos actos incalificables, consiguió poner un disparo que mató a seis e hirió a catorce en el **Huáscar**. ¿Qué podía creer el Alto comando de Arica? ¿Qué pensaría el comandante del **Manco Cápac**? Sólo que había llegado un momento sumamente crítico para los peruanos, de modo que la única solución, a fin de evitar nuevos estragos en la población de Arica y proteger mejor la defensa total de la Plaza debía ser aumentar el alcance artillero y eso no podía conseguirse sino destacando hacia el mar la batería flotante que era el **Manco Cápac**, de modo que nuestro monitor tenía que salir mar

afuera, arriesgando mucho su existencia en aras de alejar hasta donde le fuera posible cualquier peligro para Arica.

¿Cómo adivinar si las anteriores operaciones de los dos buques chilenos no proseguirían? ¿Cómo saber si no había sido la iniciación de acciones de mayor envergadura y no tardarían en presentarse más naves enemigas y hasta trasportes para intentar un desembarco? Tal peligro era dable sospecharlo por el aspecto del ataque que había sido diurno, asunto que antes no se había presentado. Activando en forma elogiosa las reparaciones de la caldera malograda, el **Manco Cápac** dejó la protección de lanchones que tenía dentro del puerto y salió a la mar. Entonces gobernó esa **tortuga baldada** a la 1 y 15 p.m., decididamente sobre sus dos enemigos, que se encontraban a un trecho de cinco millas, más o menos. Dice el parte chileno: "A la 1 p.m., a pesar de la distancia que nos separaba de la Plaza, los fuertes y monitor continuaban su provocación, sin preocuparnos por estos disparos, hasta que se vió al monitor **Manco Cápac** dirigirse hacia fuera de la bahía, colocándose bajo los fuegos de las baterías. En el acto el Comandante de la División ordenó levar nuevamente, dirigiéndose exclusivamente al monitor, siguiendo nuestras aguas la cañonera **Magallanes**".

Reparemos en el parte oficial del comandante del **Manco Cápac** Capitán de Fragata José Sánchez Lagomarsino, donde en lugar alguno se aprecia que el **Huáscar** tuviera la menor interrupción en su máquina y permaneciera sin gobierno siquiera un momento. Todo lo contrario: se entorpeció uno de los cañones de nuestro monitor y fue necesario que se introdujera el primer sirviente en el ánima de la pieza, para extraer con la mano el asta de la lanada atorada en su fondo. Sánchez Lagomarsino dice que "hubo un momento desgraciado en que se entorpeció uno de los cañones de la torre, por haberse quedado dentro de él la primera sección de la lanada, y fue entonces cuando el **Huáscar** nos ponía su proa, aproximándose rápidamente". El proceso de cargar los cañones de grueso calibre del **Manco Cápac**, por la boca, era muy lento y en el momento a que nos referimos prácticamente el monitor peruano estaba desarmado y a merced durante cierto tiempo de un adversario que, si era hábil, podía aprovechar la ocasión para abor-

darlo o para espolonearlo. No se explica otra cosa, pues, el **Huáscar** con algún motivo estaba embistiendo al **Manco Cápac** y ese motivo no podía ser sólo el deseo de hundirlo a cañonazos, pues nadie busca lo más difícil teniendo a mano el abordaje, que era lo aconsejable. Además, los cañones de tiro rápido de la **Magallanes** estaban disparando contra el **Manco Cápac**, apoyando de este modo cualquier acción; asimismo, la artillería de los fuertes de tierra se encontraba fuera de alcance y ni siquiera podía intentar hacer fuego a los tres buques tan agrupados, por temor de dar en blanco en la nave peruana.

Fue a 200 metros que el **Huáscar** puso la proa contra el **Manco Cápac**; considerando que aquel estuviera dando diez nudos, esto significaba unos 5 metros por segundo y 300 metros por minuto. En cambio el **Manco Cápac** daba 1.5 metros por segundo y 90 metros por minuto: ¿cómo podía escapar el monitor peruano con una diferencia tan apreciable de velocidad? Estaba por completo a merced de su rival. Sin embargo, al apreciar Sánchez Lagomarsino que el **Huáscar** *aproaba* a su buque, hizo lo que lleva a cabo un valiente, o sea la maniobra heroica: metió timón y trató de poner también la proa a su enemigo, pero éste, en lugar de espolonear, se abrió, pasando por el costado de babor a unos cuarenta metros: no era el **Huáscar** de Grau, pues tuvo a su disposición aun meter inmediatamente todo el timón y embestir por la popa al **Manco Cápac**. Precisamente, estudiando estas maniobras nos hemos basado para asegurar que Thompson no sabía usar el espolón.

Empero, algo trató de hacer Thompson para haber llevado su buque hasta cuarenta metros del **Manco Cápac**, arriesgándose a recibir casi a boca de cañón una descarga de su enemigo; esto es lógico. Deducimos que si quiso espolonear, no sabía la maniobra y si pretendió abordar, en último momento no se atrevió, por miedo quizá a la artillería de su rival que presenció cómo quedó lista en un momento para seguir actuando.

Examinemos el parte chileno, en que se asegura que el **Huáscar** y la **Magallanes** se acercaron al **Manco Cápac**, tanto como les fue dable; agrega el documento a que nos referimos: llegando el primero (**Huáscar**) a estrechar la distancia hasta 200 metros. En esta situación, el Comandante Thompson ordenó a la voz, por estar

cortado el telégrafo de la máquina, de dar el mayor andar al buque, pero desgraciadamente la máquina continuó, pero a poco, por haber subido el agua en los calderos y pasado a los cilindros, razón por la cual el buque no maniobró tan ligero como era necesario, para embestirlo con el espolón, y por esta causa el **Manco Cápac** pudo gobernar hacia el fondeadero y disparar...". Ya sabemos cuál era la enorme diferencia de velocidad con respecto a nuestro monitor, de modo que las excusas que fluyen del parte chileno, son increíbles, sin base técnica posible. Además, si estaba a 200 metros el **Huáscar**, con el andar que llevaba le era suficiente para espolonear y aun hasta hubiera tenido que dar atrás a toda fuerza, pues de otro modo la colisión habría sido de un impacto tremendo, capaz de causar a ambos buques las averías más serias. En otras palabras, así la máquina del **Huáscar** parase a 200 metros, con sólo la arrancada por inercia, en un minuto después podía estar espoloneando a su antagonista. Apreciemos cómo el parte chileno no dice nada que la máquina del **Huáscar** se detuvo y quedó este buque al garete, sólo establece que bajó de velocidad y seguramente por poquísimo tiempo hasta purgar los cilindros; pero, ello no alteraba la arrancada que poseía el buque con todas las posibilidades que de aquí se desprendían para maniobrar al gusto del comandante. En cambio nos sorprende al máximo que nuestro historiador naval el Capitán de Fragata Manuel I. Vegas G. en su **Historia de la Marina de Guerra del Perú**, se ocupe de la falla de la maquinaria del **Huáscar** y diga que a 200 metros se entorpeció la máquina del **Huáscar** y quedó este buque sin gobierno, que de esto aprovechó el **Manco Cápac** para dispararle un proyectil de 500 libras matando al comandante Thompson, que el buque chileno hubiese salido peor librado si no es por la interrupción que sufrió el otro cañón del **Manco Cápac**...

Volvamos a examinar el parte del Comandante José Sánchez Lagomarsino, quien con una claridad meridiana nos explica: que el **Huáscar** puso su proa sobre el **Manco Cápac**, que este buque a su vez gobernó sobre aquél, que el **Huáscar** pasó por el costado de babor del **Manco Cápac** a la distancia de 50 yardas, empeñándose un tiroteo de ametralladora y fusilería, que una vez que pasó el **Huáscar** quedó expedito el cañón entorpecido y, entonces, des-

cargaron la pieza sobre el **Huáscar** que estaba ya por la aleta de babor, cuyo proyectil hirió la popa de ese buque. Y lo mismo en esencia establece el parte chileno: 200 metros, Thompson pide más velocidad, no se la dan, pasa el **Huáscar** y dispara el **Manco Cápac** causando la muerte del comandante chileno. No nos explicamos a qué se debió la mala información del Comandante Vegas; ¿de dónde sacó que el **Huáscar** quedó sin gobierno? Claro está que el origen se debería a una información chilena, inventada más tarde, aún contra el propio parte oficial del combate, sin base alguna de verdad.

El final de la pelea ha sido narrado en forma bastante diferente por ambos rivales y para convencernos es suficiente leer los partes oficiales de los dos lados. Según el comandante del **Manco Cápac**, el **Huáscar** después de la muerte de Thompson, aprovechó su andar para seguir las aguas de la **Magallanes** que ya se encontraba lejos, gobernando hacia afuera del sitio del combate; a su vez nuestro monitor, cumpliendo heroicamente con su deber, se puso a navegar lentamente hacia el puerto, necesitando una hora para que a las 4 y 30 p.m. volviese a ocupar su fondeadero habitual. Había estado nuestra nave en los últimos momentos de la refriega, a unas tres millas abierto del puerto y meditemos que no podía falsear la hora de regreso, por el motivo que el Contralmirante Montero no sólo estuvo en tierra presenciando todo el combate sino que esperó el retorno del monitor a fin de conocer las novedades. Ningún subalterno de la Marina habría sido capaz de poner en una comunicación oficial una hora adulterada, cuando era tan fácil de verificar. Montero sabía reir y también castigar. En cambio, el parte chileno establece que el **Huáscar** continuó persiguiendo y batiéndose largo tiempo con el **Manco Cápac**; en realidad, asegura que trataba de hacerle los mayores daños y no consiguió nada. ¿Cuánto tiempo se prolongó tal lucha? No lo consigna la nota chilena. Por nuestra parte, miles de testigos vieron la contienda, miles de ojos desde Arica verificaron cómo el **Huáscar** se retiró de la línea de fuego, abandonando la zona de refriega, para navegar con el fin de ponerse al habla con la **Magallanes**, cuyo comandante después de la muerte de Thompson quedaba de Jefe de la División bloqueadora. Debido a este motivo dijo el Ca-

pitán de Navío Arce y Folch, quien estuvo presente en la acción: "Ambos buques (**Huáscar** y **Magallanes**) siguieron alejándose al Oeste, quedando en consecuencia el **Manco Cápac** dueño del campo, regresando en seguida al Puerto y tomando su fondeadero de costumbre, donde a las 5 h. p.m., recibió las visitas de felicitación del Benemérito Contralmirante don Lizardo Montero, General en Jefe del Primer Ejército del Sur, así como la de los señores Comandantes de los buques de guerra neutrales **Garibaldi** italiano y **Chasseur** francés. Así terminó este nuestro primer combate llenos de júbilo en unión de nuestros camaradas los artilleros de las Baterías y Fuertes de la Plaza que desplegaron pericia y valor en esta ocasión en que pudimos ofrendar un día de gloria a la Patria". Hay quienes dicen que los últimos meses de la vida del Capitán de Navío Juan G. More, "sólo él pudiera haberlos contado"; es el caso, como asegura Vegas, que fueron innumerables las veces que "modestamente, pero con todas las fuerzas de su grande alma, buscó la muerte. A bordo del **Manco Cápac**, sin puesto alguno, en plena cubierta, salió al encuentro del hierro enemigo". No olvidemos, tampoco, al Teniente Leoncio Prado y a los otros oficiales que este día actuaron como voluntarios.

No hay duda posible de que el combate del 27 de febrero de 1880, constituyó una victoria naval peruana, un verdadero y legal triunfo, configurando una concreta realidad que debe sacudir nuestra conciencia por su gran significado. Un hecho que está a la altura de todas nuestras glorias pasadas, de los sucesos bizarros, de las heroicas tradiciones del mar. ¿Cuál habrá sido el motivo para que nunca se haya celebrado? ¿Por qué se ha olvidado tan por completo? A veces pensamos que no estamos a la altura de nuestros deberes y de nuestros ideales. Puede existir una acción de más envergadura que la del 27 de febrero, pero no más limpia y quizás tampoco tan heroica; además, como victoria debe estar presente en nuestro calendario cívico.

Tan fue triunfo que desesperó a nuestros enemigos y los impulsó a vengar su derrota; esta represalia nos la refiere en breves líneas el Capitán de Fragata Manuel I. Vegas: "A los dos días arribó el **Angamos** e inmediatamente abrió sus fuegos sobre el monitor y los Fuertes a la extraordinaria distancia de 7,200 metros, impo-

sibilitando de este modo una respuesta de los cañones de tierra que sólo alcanzaban poco más de la mitad de esa distancia. Los proyectiles caían en tierra próximos a los fuertes, llevando al estallar enormes nubes de polvo, y las granadas que no reventaban podían verse rebotando hasta una milla hacia el interior. El Almirante Riveros que estaba en Ilo con el grueso de su flota, zarpó para Arica, y durante cinco días estuvo bombardeando a la ciudad, felizmente casi sin resultado, porque, como las casas eran de adobes, las granadas las atravesaban fácilmente y no se producían los incendios deseados. El **Angamos** disparó más de cien granadas desde gran distancia. El bombardeo lo hicieron tres veces al día y, además de los nombrados, tomaron parte el **Blanco Encalada**, el **Cochrane** y un torpedero".

Cuando desapareció la potencialidad naval peruana, los chilenos tuvieron la iniciativa de las operaciones. Al iniciarse la guerra, el Ejército peruano-boliviano estaba distribuído en la extensión de Iquique a Pisagua, entre los puntos que hacía necesaria la vigilancia a fin de impedir un desembarque sorpresivo de parte de los chilenos, dispuesto a la vez, para su fácil concentración hacia el paraje que fuere necesario. Se había activado la fortificación de la caleta de Pisagua e Iquique, porque parecían los lugares más vulnerables al asalto enemigo. Precisamente los dos cañones de Pisagua quedaron a las órdenes del anciano Capitán de Fragata José Becerra, que moriría al pie de ellos, sin que los hombres de nuestra generación recordaran más este hecho sublime. La idea era defender Tarapacá y conservar Arica. Los chilenos que tenían en Antofagasta el grueso de sus fuerzas, resolvieron invadir Tarapacá y para ello desde el 19 de octubre de 1879, embarcaron sus tropas y tranquilamente avanzaron en un gran convoy que fue hasta Pisagua y lo tomaron el 2 de noviembre del citado año, llevando la guerra a nuestro propio territorio: el camino lo había abierto la acción de los cañones navales enemigos, ocupando una posición estratégica, como dice Dellepiane, entre los ejércitos aliados de Tarapacá y de Tacna, cortando las comunicaciones entre uno y otro. Las operaciones después de la toma de Pisagua constituyeron la campaña de Tarapacá y sus episodios fueron: el combate de Germanía el 6 de noviembre de 1879, la batalla de San Francisco el 19

del mismo mes y la batalla de Tarapacá, tan gloriosa para nosotros, el día 27. A continuación y ya en 1880, se llevó a cabo la campaña de Tacna, cuyo prólogo fue la incursión a Moquegua con fecha 1º de enero, desembarcando en Ilo las tropas; el cañoneo de la caleta de Ite, el día 3 de enero; el desembarco en Ilo el 25 de febrero del grueso del Ejército chileno, el cual a partir del 12 de marzo, puso en obra el plan de batir las tropas peruanas que estaban en Moquegua y, después, avanzar contra nuestro Ejército de Tacna. A fin de conseguir sus propósitos referentes a Moquegua, salió el agrupamiento Baquedano con un efectivo de unos cinco mil hombres, el cual daría la batalla de los Angeles el 22 de marzo.

Capítulo II

La doble ruptura del bloqueo de Arica

Una gran hazaña, una proeza afortunada, tuvo la rada de Arica y como protagonistas al glorioso marino, después Vicealmirante Manuel A. Villavisencio y sus subordinados de la corbeta **Unión**, el 17 de marzo de 1880. Se ha dicho con frecuencia que esta nave era un débil barquichuelo de madera y, en realidad, desde el punto de vista militar, constituía una frágil unidad de 1,150 toneladas de desplazamiento, construída en Francia de 1864 a 1865 con casco de madera de teak, forrado en cobre y reforzado interiormente con planchas de fierro, unos 12 nudos de andar y una artillería de 12 cañones de 70 libras y uno de 9 libras.

Según el **Libro de Revistas de Comisario y Relación de Nove-dades**, el personal que estuvo presente ese 17 de marzo, fue el siguiente:

Comandante, Capitán de Navío gdo.	D. Manuel A. Villavisencio
2º Comandante, Capitán de Corbeta	„ Arístides S. Aljovín
3er. Comandante, Capitán de Corbeta gdo.	„ Emilio M. Benavides
Teniente 1º gdo.	„ Arnaldo Larrea

Teniente 2º	D. Pablo A. Duffó
Teniente 2º gdo.	„ Ramón Sánchez Carrión
Alférez de Fragata	„ Carlos L. Rodríguez
Capitán de Ejército, Jefe de la Guarnición	„ Manuel Vera
Guardiamarina	„ Enrique Gamero
Guardiamarina	„ César Romero
Guardiamarina	„ Enrique Chávez
Guardiamarina	„ Edmundo Gago
Guardiamarina	„ José F. Seminario
Guardiamarina	„ Héctor Villarán
Guardiamarina	„ Oliverio Sáenz
Guardiamarina	„ Tomás Lama
Guardiamarina	„ Alfredo Villavisencio
Aspirante de Marina	„ Emilio Díaz
Aspirante de Marina	„ Maximiliano Reyes
Contador de 1ra. Clase	„ Ezequiel Fernandini
Cirujano de 1ra. Clase	„ Miguel Rodamonte
Cirujano de 1ra. Clase	„ Joaquín Diez Canseco
Primer Maquinista	„ Benjamín Botsford
2º Maquinista	„ James Laurie
3er. Maquinista	„ Pedro L. Storace
4º Maquinista	„ Gabriel A. Portal
4º Maquinista	„ Henry Lewer
Ayudante	„ Guillermo Zavaleta

La dotación de Oficiales de Mar estaba constituida por los siguientes: Primer Contramaestre Juan Antonio Aguilar; Primer Condestable José Urquiza; Segundo Condestable Francisco Spiell; Primer Guardián Francisco Sena; Segundo Guardián Andrés Riglos; Armero Ignacio R. Livia; Herrero Joseph Pryce; Primer Carpintero Schelmory; Segundo Carpintero José Dávalos; Primer Carpintero Luis Landa; Primer Calafate Juan Apóstol; Segundo Calafate Leandro Pantoja; Maestre de Víveres Ramón Nafarrate; Dispensero Enrique Brunelli; Farmacéutico Máximo Oliva; Cocinero de Equipaje Manuel Herrera; Cocinero de Primera Cámara Francisco Calderón; Cocinero de Segunda Cámara Antonio Montalvo; Mayordomo Ignacio Herrada;

Cabo de Timoneles Manuel Mariño; y Boca-Fragua Arturo Subauste. En cuanto a Artilleros había diez y ocho y como una curiosidad, entre éstos, uno se llamaba John Brown Primero y otro John Brown Segundo; el número de Marineros era de setenta y seis; los Grumetes eran cuarenta y cinco; los Cabos Fogoneros, sumaban cuatro; los Fogoneros, eran quince; los Carboneros, trece, en cuanto a la Guarnición, estaba formada por personal del Batallón **Mirave** N° 19, con siete Clases y veintiún Soldados. En total, de capitán a paje, la dotación era de 248 hombres.

El Capitán de Navío graduado Manuel A. Villavisencio tomó el comando de la **Unión** el 9 de diciembre de 1879, dejando el **Chalaco** en el cual había demostrado sus extraordinarias condiciones de marina; junto con él llegaron el Segundo Comandante Capitán de Corbeta Arístides S. Aljovín, el Alférez de Fragata Carlos L. Rodríguez; en cambio, ese mismo día 9, desembarcaron: el Capitán de Navío Nicolás F. Portal, el Capitán de Corbeta Juan Salaverry, el Capitán de Fragata Gregorio Pérez, que estaba como agregado y el Teniente 2° Felipe La Torre Bueno. El 13 de diciembre de 1879 el Guardiamarina Alfredo Villavisencio reemplazó al de igual clase David Flores, que pasó a otra colocación; del mismo modo dejaron el buque los Alféreces de Fragata Fortunato Salaverry y Pedro G. Roel, el Aspirante de Marina Carlos Revoredo y el Tercer Maquinista Jonathan Pim. El 9 de enero de 1880, se embarcan el Teniente 2° A. Dufóo, los Guardiamarinas César Romero, Enrique Chávez y Edmundo Gago; en cambio salen el Alférez de Fragata Federico E. Matos, el Teniente Coronel graduado Timoteo Smith, que pasa al Ministerio, el Teniente de Guardias Nacionales Emilio Charún, los Guardiamarinas Emilio Escobar, Clemente Alcalá y Ernesto Flores. En febrero, ingresan el Aspirante de Marina Emilio Díaz y el 4° Maquinista Henry Lewer; a su vez, dejan el buque el Teniente 2° Julio Jiménez, el Alférez de Fragata Domingo Valle Riestra, el Teniente Coronel Leopoldo Flores Guerra, el Teniente Coronel de Guardias Nacionales Moisés Cornejo, el Subteniente de Guardias Nacionales Leopoldo Oyague, el Guardiamarina Arturo de la Haza y el 4° Maquinista Francisco Peneck. En el mes de marzo, se dan de alta en el buque el Capitán de Ejército Manuel Vera, el Guardiamarina José F. Seminario, el Aspirante de Marina Maximiliano

Reyes, los Cirujanos de 1ª Clase Miguel Rodamonte (viene del **Talismán**) y Joaquín Diez Canseco (del **Chalaco**); se dan de baja el Teniente Provisional Manuel P. Ramírez, el de igual clase Manuel Pejovés, el Cirujano de 2ª Clase Pedro Irujo (al **Talismán**), y los Practicantes de Medicina Manuel Ugarte y Samuel Zapata.

No podemos dejar de un lado a la plana de Oficiales de Mar, pero sólo unas pocas líneas. El Primer Contramaestre Juan Antonio Aguilar se embarcó el 13 de febrero en reemplazo del Primer Contramaestre Francisco Jesús que había servido muchos años en la **Unión**: fue asesinado Francisco Jesús por el Grumete del mismo buque Gregorio Roca, el 23 de enero cuando este pasó a la cárcel pública; seguido el juicio fue fusilado Gregorio Roca el 21 de febrero de 1880. El Primer Condestable José Urquiza figura con el mismo puesto en el **Libro de Revistas** que comienza desde la misma fecha, o sea desde el 15 de noviembre de 1876 sin moverse de la **Unión**: nadie lo ha recordado hasta hoy y eso que fue el hombre para mantener siempre lista la artillería. En cuanto al Segundo Condestable Francisco Espiell o Spiell, embarcó en la **Unión** el 8 de enero de 1880; es un servidor cubierto de gloria que había acompañado a Grau en toda su campaña, pues embarcó en el **Huáscar** desde antes de 1879 y la Guerra del Salitre lo encuentra de Artillero de Preferencia, de modo que en mayo del citado año está en el famoso monitor, cuando el Primer Contramaestre es Nicolás Dueñas, el Primer Guardián Federico Nogueras lo mismo que Tiburcio Ríos, Segundo Guardián Francisco Sena y Primer Carpintero Luis Landa; no bien regresa de la prisión de San Bernardo, va en busca de más gloria rompiendo a bordo de la **Unión** dos veces el bloqueo chileno. El Primer Guardián Francisco Sena, está en el mismo caso del anterior, se trata de otro veterano del **Huáscar**; lo mismo que el Segundo Guardián Andrés Riglos, que fuera Cabo de Luces del **Huáscar**; iguales conceptos respecto al Primer Carpintero Luis Landa, que desempeñó el mismo puesto en el monitor. Pero lo admirable es que no sólo ellos, sino que en la **Unión** se han reunido otros tripulantes que pertenecieron al **Huáscar**, a quienes citamos con orgullo: Artilleros de Preferencia Atanasio Bayasopoulos, John Pryce, John Grant, y José Gómez; Artillero ordinario Eleodoro Dávila; Marineros José Velásquez, Juan Sifuentes, y Mariano Portales; Grumetes Enrique Ramí-

rez y Valentín Arteaga; Fogoneros Apolinario Salazar y Manuel Balbino y Carbonero Gabino Noé. Nos quedamos sorprendidos de que todos estos hombres, que al lado de Grau habían conquistado la inmortalidad, casi ignoren esta condición de héroes y con toda modestia, sin ascenso alguno, regresen a la lucha y vuelvan a cosechar nuevos laureles en Arica. Son dignos de que la Marina recuerde su nombre, colocándolo en las naves que se adquieran. Quizá en pocas Armadas del mundo, un grupo de hombres que ya había penetrado en la Historia, repita sus hazañas a fin de ser doblemente ilustres; y que no obstante tales hechos, se les vaya olvidando. Claro que modestos servidores, pero peones que construyeron la base para que quienes mandaban, pudiesen cumplir sus grandes actos.

Al final de este trabajo publicamos los artículos que escribieron tres marinos que entonces eran aún sobrevivientes de aquella jornada: el Coronel M. David Flores, el Contralmirante J. Ernesto de Mora y el Capitán de Fragata Antonio Emilio Díaz; el crítico encontrará valiosos pormenores a fin de orientarse. Por su parte, nuestro historiador naval el Capitán de Fragata Manuel I. Vegas, narra así la situación: "En los primeros días de marzo (1880) el Dictador don Nicolás de Piérola llamó a Palacio al Comandante Villavisencio y le manifestó que había necesidad urgente de enviar auxilios por mar al Ejército de Tacna y Arica y, como este puerto estaba ahora rigurosamente bloqueado, quería saber si Villavisencio consideraba posible la aventura.— "Señor, respondió el bravo marino, durante los diez meses que he hecho la campaña en el transporte **Chalaco**, he desempeñado con feliz éxito comisiones importantes y aunque perseguido muchas veces por los buques enemigos, he tenido la suerte de salir bien. Ahora que mando un buque mejor no vacilo en decir a V.E. que entraré al puerto sobre la Escuadra bloqueadora... Del regreso no puedo responder; pero cumpliré con mi deber".

Se dió la orden de embarcar en la corbeta, ropa, medicinas, municiones, dos ametralladoras y la lancha torpedera **Alianza**. El **Talismán**, que debía salir junto con la **Unión**, embarcó a las tropas del General Beingolea, 2000 fusiles, 5 cañones y 6 ametrallado-

ras con su correspondiente dotación de municiones que debía desembarcar en Quilca para el Ejército en formación del Coronel Leiva.

El 12 de marzo zarparon ambos buques del Callao y la **Unión**, que debía también tocar en Quilca para informarse y asegurar una buena recalada en Arica, se adelantó al transporte. A su salida, en la noche, vióle las luces el **Talismán** que esos momentos llegaba y creyendo fuera un buque enemigo viró al norte hasta Pisco donde desembarcó su carga, retrasando así la llegada a Arequipa de esos refuerzos que hubieron de marchar en una larga caminata por tierra. La orden de ir a Pisco la dió el General Beingolea. A las 10 h. p.m., arrumbó al sur la **Unión** y navegó toda la noche dentro del radio en que estaban los buques enemigos y aún uno de ellos la persiguió hasta cerca del amanecer a cuya hora desistió de la caza". A continuación Vegas narra la extraordinaria recalada en la caleta Licera de la **Unión**, el memorable 17 de marzo de 1880.

La orden primera fue que el transporte **Oroya** llevase a Arica la lancha torpedera **Alianza** y la carga para ese puerto; pero no hubo manera de poder acomodar la citada lancha y, entonces, se pasó la misión a la corbeta **Unión**. En cuanto a la salida de los buques, encontramos en el Archivo Histórico de la Marina que, desde siete días antes de que zarpara la **Unión**, existía la siguiente orden: "Nº 322.— Callao, Marzo 5 de 1880.— Sr. Comandante de la Corbeta **Unión** y Sr. Comandante del Vapor Transporte **Oroya**.— Proceda U.S., luego que reciba esta comunicación, a encender las hornillas de la máquina del buque de su mando, de manera que esté listo para zarpar, luego que se reciba orden para verificarlo.— Dios guarde, etc.— **José M. García**". Por otra parte, siempre se ha hablado del cargamento que conducía la **Unión**, produciéndose las opiniones más diversas. Ahora es posible aclarar el misterio con el siguiente documento que existe en el Archivo Histórico del Museo Naval del Perú, que dice así: "Nº 343.— Callao, marzo 14 de 1880.— Sr. Secretario de Estado en el Despacho de Guerra.— S.S. E.— Tengo la honra de elevar al conocimiento de V.S. adjunto al presente oficio, una relación del armamento, municiones y demás artículos embarcados a bordo de la Corbeta de Guerra **Unión** y Transporte **Talismán** con destino a los puertos del Sur, dejando cumpli-

da la orden por V.S. en su estimable comunicación de 11 del actual.— Dios guarde a V.S.— **José M. García.**— **Relación de los artículos de Guerra que han sido conducidos en la fecha al Sur, en los Buques que a continuación se expresan.**— Corbeta de Guerra **Unión:** Treinta y siete (37) Cajones Calzado; Treinta y nueve (39) Fardos Loneta: Un (1) Cajón con ciento noventa gruesas Botones; Cinco (5) Cajones con dos Ametralladoras completas; Cien (100) Cajones con 100,000 tiros para Rifle Remington, cal. 43.— Transporte **Talismán:** Dos (2) Cajones con medicinas (acusó recibo); Noventa (90) Cajones con 1,800 Rifles Remington, cal. 50; Quinientos setenta y ocho (578) Cajones con 500,000 tiros para los Rifles; Cinco (5) Cajones con dos Ametralladoras completas; Cien (100) Cajones con 100,000 tiros para Rifle Remington, cal. 43; Dos (2) Cajones con 2,000 tiros para Rifle Winchester; Seis (6) Cañones de montaña de 9/4 y 12/2 pulgadas con todos sus útiles; Doce (12) Cajones con Projectiles para los anteriores Cañones; Doce (12) Cajas para Projectiles para idem.— Varios Bultos pertenecientes a la Comisaría cuyo número ignoro.— Callao, marzo 12 de 1880.— (Firmado) **Manuel F. Llaque**". Agregaremos que en el momento de zarpar, se entregó al Contador de la **Unión** Ezequiel Fernandini la suma de 4,477 soles por buena cuenta para la dotación de ese buque, por sueldos del mes de marzo 1880.

A las 4 de la mañana, la **Unión** reconoció el lugar al sur del Morro de Arica y se preparó a entrar en este puerto. "Era el instante supremo. La mar estaba apenas rizada por una tenue brisa que hacía ondear calmadamente el mismo pabellón de combate que treinta y tres años antes flameara victorioso en el mesana de la corbeta en Abtao". (Comandante Manuel I. Vegas). La corbeta, después de orientarse con la caleta Licera, pasó cerca de los buques de guerra **Thetis**, británico, el francés **Hussard**, el yanqui **Shannon** y el alemán **Hansa** "y se acercó a la bahía felizmente en momentos que desde el Morro la reconocían los Comandantes More y Espinoza. Detúvose y arrió un bote a cargo del Teniente Carlos Rodríguez para que avisase al **Manco Cápac** en cuyo buque reconocieron la voz de este Oficial de modo que, estando ya todos prevenidos, avanzó al fondeadero la gallarda corbeta entre los hurras estrepitosos de los buques neutrales y fondeó cerca del mue-

lle". Reparemos en que "felizmente" fue reconocida la corbeta por los marinos del Morro y, asimismo, reparamos el momento que arrió el bote a fin de avisar al monitor.

Cuenta un testigo ocular de los hechos, nos referimos a un extracto del diario escrito por el Teniente Primero Bernardo Smith del **Manco Cápac**, lo siguiente: "Pocos minutos después de las 5 a.m., nuestra lancha de ronda **Sorata** pasó la voz a una embarcación que venía del lado de la Isla y contestaron: —**Unión** entra; distinguiéndose el humo de la Corbeta por barlovento de la Isla. El bote fue reconocido a cargo del Alférez de Fragata don Carlos L. Rodríguez, quien pasó en el acto a tierra con el Guardiamarina Mu'lgrew (se trata del oficial del **Manco Cápac** Juan H. Mulgrew). Inmediatamente se dió parte al Comandante y se llamó a la gente a sus puestos de combate.

"La corbeta **Unión** entró al puerto y al aclarar a las 5 h. 30 a.m. se distinguieron los buques enemigos **Huáscar** y **Matías Cousiño**, navegando por el oeste en demanda del puerto. Al aproximarse y después de haber notado la presencia de la **Unión** se alejaron y el **Matías Cousiño** hizo rumbo al norte. A las 6 h. 10 m. a.m., del Morro anunciaron dos vapores; la Corbeta **Unión** se amarró con espías a nuestra popa (Monitor **Manco Cápac**) y se mandaron lanchas a su costado y otras a tierra para darle carbón".

Con la mayor celeridad la **Unión** desembarcó la lancha torpedera **Alianza**, que embarcaba su cubierta, haciendo el Comandante Villavisencio la entrega a los oficiales encargados de ella, procediendo la lancha, una vez en el agua, a amarrarse a la popa de otra embarcación fondeada cerca del **Manco Cápac**. La primera ruptura del bloqueo de Arica por la **Unión**, no sólo fue un admirable acto de audacia y de pericia, sino que disminuída en sus condiciones guerreras por estar su cubierta con el obstáculo de una embarcación, que impedía maniobrar con libertad la artillería, constituyó un acto de increíble sacrificio. No dejaremos de anotar el hecho de que a un gran comandante como Villavisencio, correspondió un notable segundo comandante que colaboró en forma espléndida, simplificando con su ayuda los momentos tan difíciles de aquella jornada: nos referimos al Capitán de Corbeta Arístides S. Aljovín. Un comentarista califica su actitud de "pericia disciplina-

da". Son dos grandes marinos que pueden considerarse como exponentes superiores de la tradición naval peruana.

El Jefe del Estado Mayor General del Primer Ejército del Sur, Coronel Manuel C. de la Torre, quien se encontraba en el campamento, al saber que la corbeta **Unión** había fondeado en el puerto, se constituyó inmediatamente a bordo, acordando las medidas que cooperaran a disponer lo conveniente para el desembarco de lo que conducía el buque y atender a la vez a la provisión de lo que necesitara. El **Manco Cápac** debía salir a una y media millas afuera, para cubrir con sus fuerzas a la **Unión**; el Coronel Panizo, que acompañaba a De la Torre, pasó a constituirse en su puesto como jefe que era de las Baterías del Norte, con el objeto de atender a la parte que le concernía en el combate próximo a librarse; el Capitán de Puerto de Arica, Capitán de Fragata Eduardo Raygada, debía activar el embarco de carbón con que se proveía a la corbeta; por su parte el Comandante de las Baterías de la Plaza, Capitán de Navío Camilo N. Carrillo, tomó las medidas propias de su cargo, lo mismo que el Subjefe del Estado Mayor General, Coronel Jacinto Mendoza y el Teniente Coronel Manuel A. Zavala. Obsérvese la estrecha cooperación entre militares y marinos que existía en las juntas castrenses de Arica.

Con la lancha torpedera **Alianza** en el agua, estamos obligados a reparar en su actuación. Principiemos por declarar que los servicios prestados por la citada embarcación, los conocemos en especial debido a los partes de su comandante el Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila, encargado por el Gobierno de la dirección de la torpedera con la esperanza que el empleo de una arma considerada como del valor y de la sorpresa, al buscar cualquier golpe afortunado, produjese cuando menos grandes averías en las naves guerreras de primera clase de nuestros enemigos. La dotación, en el momento que la **Alianza** amarró a la popa de una embarcación fondeada cerca del **Manco Cápac**, después que Villavencio hizo la entrega a los oficiales comisionados de ella, era la siguiente:

Comandante, Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila.

2º Comandante, Alférez de Fragata David Flores.

Guardiamarina Juan de Mora.

Jefe de Máquinas, Segundo Maquinista Clodomiro González.
Cuarto Maquinista, Carlos Carranza.
Cabo de Fogoneros, José Montoro.
Fogonero, Aurelio Díaz.

Luego de haber amarrado su lancha, el Teniente Segundo Fernández Dávila se dirigió a tierra con objeto de poner en conocimiento del Contralmirante Montero, General en Jefe del Primer Ejército del Sur, la comisión que traía, pues según las instrucciones que se le dieron en el Callao debía estar bajo el mandato directo del citado comando. Por su ausencia, lo hizo al Coronel De la Torre, Jefe de Estado Mayor del mismo Ejército, del que recibiera la orden de maniobrar la lancha torpedera **Alianza** a su cargo, cooperando con la corbeta **Unión** y el monitor **Manco Cápac**. Debía atacar a las naves enemigas cuando nuestros buques se vieran bastante comprometidos en el combate. Y se hablaba de próxima lucha, a mérito de los preparativos que se veían hacer en la Escuadra chilena, alistándose para destrozarse a la **Unión**, vengando la hazaña que acababa de realizar al romper el bloqueo de Arica.

En efecto, dos horas después de haber fondeado la corbeta, se hallaba el puerto cerrado por la Escuadra chilena. El **Huáscar** avanzó rompiendo sus fuegos y no tardaría en trabarse un combate naval. Observemos las palabras del Teniente Primero Bernardo Smith del **Manco Cápac**, quien en uno de los párrafos del diario que escribía dice lo siguiente: "A las 9 horas 45 minutos a.m. el monitor **Manco Cápac** lanzó sus amarras y se puso en movimiento hasta colocarse al Oeste de la Isla, dando atrás y adelante a la máquina para mantenernos en esa posición. El **Huáscar** se retiró después de haber hecho 8 disparos sobre la **Unión**; estando la lanchita **Alianza** lista y en movimiento con torpedos expeditos, nos servía para comunicarnos con la **Unión**, y a cuyo comandante se le mandó decir que aprovechara de nuestra posición para salir y que nosotros haríamos lo posible a fin de llamar la atención de los enemigos y contestó que necesitaba carbón y que más tarde saldría".

La corbeta era un blanco fijo, sobre el cual hicieron un fuego incesante sobre todo el **Cochrane** y el **Huáscar**, que era contestado

por el pequeño buque con rapidez y energía, mientras tomaba carbón y descargaba. Cerca de las 3 y 30 p.m. se retiraron los buques chilenos al N.W. del puerto, según expone en su parte el comandante del **Huáscar** Carlos A. Condell: "Mientras que el Comandante del **Cochrane** en unión del que suscribe, y el Comandante del **Amazonas**, combinaban un plan conveniente para impedir que la **Unión** se escapara durante la noche, los diversos buques de la División dieron la alarma de que la **Unión** emprendía la fuga". Efectivamente, a las 5 y 15 p.m. la corbeta se hizo a la mar con rumbo al sur, despidida por los hurras de los combatientes de Arica que cubrían la playa, por las tripulaciones de los barcos de guerra extranjeros que subieron a las jarcias y por la desesperación de los enemigos que los persiguieron después de un momento: **Amazonas, Cochrane y Huáscar**.

Dice el Teniente Segundo Fernández Dávila, en su parte del 18 de marzo de 1880 al Coronel Jefe del Estado Mayor General del Primer Ejército del Sur: "Durante el combate, recorría con la Lancha de mis órdenes los costados del **Manco Cápac** y Corbeta **Unión**, y fueron varias las comisiones que desempeñé: siendo la primera a las 11 a.m. en que poniendo en contacto a los Señores Comandantes de nuestros buques, el Sr. Capitán de Fragata Comandante del Monitor de guerra **Manco Cápac** D. José Sánchez Lagomarsino me indicó en una de las veces en que me hallaba cerca del Monitor, manifestase al Comandante de la Corbeta **Unión** podía zarpar por la parte del Sur, que estaba claro, y cuyo paso se defendería por el Monitor, que se colocó afuera del puerto, y la Lancha torpedera **Alianza**; contestándome el Sr. Comandante de la **Unión** que tan luego concluyese de hacer carbón zarparía lo que no pudo efectuar hasta las 5 horas p.m., por haberse desde muy temprano empeñado el combate; y haber tomado la Escuadra enemiga otras posiciones.— Terminado que fue el combate aparentemente, me comuniqué con tierra por orden del Comandante de la Corbeta **Unión** con el fin de que fuesen a su bordo botes o lanchas para poner en tierra varios heridos, que tenía a bordo, lo que se efectuó sin demora, pues se preparaba para zarpar en la primera oportunidad que se le presentase, como U.S. ha visto la salida protegida por el **Manco Cápac** y la Lancha **Alianza**, que ha salido sin novedad".

A varios comentarios se presta este parte del joven oficial comandante de la lancha **Alianza**. Sería suficiente imaginar a la embarcación desplazándose de un lugar a otro, con el torpedo que podía volar en cualquier momento por el impacto de los proyectiles enemigos, que caían con prodigalidad; o, también, al acercarse a nuestros buques y por una mala maniobra hacerle daño a uno de ellos. Por supuesto, que en un combate a cañón como aquél realizado el 17 de marzo de 1880 en Arica, a plena luz del día y con el enemigo en movimiento, las posibilidades de una pequeña lancha torpedera eran casi mínimas y la protección que el Teniente Fernández Dávila pensaba ofrecerle apoyando la salida de la **Unión**; carecía de valor efectivo y no pudo compararse con la acción desarrollada por el **Manco Cápac** y por la artillería de la plaza de Arica. En cambio, en la misma noche del 17 de marzo, salió la **Alianza** a la descubierta fuera del puerto y con decisión hizo por el enemigo; buscando una ocasión favorable.

Para dar un apropiado final a esta sección nos vemos obligados a copiar los partes oficiales.

Parte Oficial del Jefe del Estado Mayor General del Primer Ejército del Sur, que dice así: "Arica, marzo 18 de 1880.— Tan luego que se me dió parte en el campamento, de que la corbeta **Unión**, había fondeado en el puerto en la mañana de ayer, me constituí inmediatamente a bordo a fin de disponer lo conveniente para el desembarco de lo que conducía y atender a la vez a la provisión de lo que necesitara.— En efecto, así lo verifiqué, y habiéndose apercibido al poco rato que el monitor **Huáscar**, se dirigía a la rada, ordené al comandante del **Manco Cápac**, que se encontraba en la corbeta, que saliera a una y media milla afuera con el buque de su mando, para cubrir con sus fuegos a la **Unión**, disponiendo también que el coronel don Arnaldo Panizo, que me acompañaba en esos instantes, se constituyera en su puesto como jefe que era de las baterías del norte con el objeto de atender a la parte que le concernía en el combate próximo a librarse.— En seguida me dirigí a tierra, llegando de tránsito al monitor **Manco Cápac** a reiterar la orden de salida de que he hecho referencia y ordenando a la lancha torpedo **Alianza**, que aprovechara una ocasión favorable para aplicar un torpedo a cualquiera de los buques

enemigos.— Una vez en tierra dispuse que se continuara proveyendo de carbón a la corbeta en cantidad que le era necesaria, dirigiéndome después a las baterías, donde dicté las disposiciones del caso para el combate. Este no se hizo esperar, pues avanzando el **Huáscar** rompió sus fuegos haciendo ocho tiros sobre nuestra corbeta y monitor, desde las 8.50 a.m. hasta las 9.30 a.m., siendo contestados por dos tiros del Morro y dos de la **Unión**, retirándose a la última hora preindicada al lado de los demás buques.— A las 12 m., se renovó el combate el cual se hizo general desde ese momento, siendo de notar que dirigiéndose el **Cochrane** a atacar de un modo decisivo a la **Unión** tuvo que desistir de su empeño, por dos tiros de a 300, que le dirigió la batería del norte y por nutrido fuego que se le hacía de todos nuestros fuertes, marchándose a todo andar a colocarse frente al Morro de donde también fue rechazado, haciendo apagar el fuego del enemigo a las 2.20 p.m., hora en que se retiró con los demás buques situándose fuera de tiro.— Es muy importante y difícil de apreciar la circunstancia de que a pesar de ser atacada la corbeta por el blindado **Cochrane** y el **Huáscar** y teniendo los enemigos a más de un blanco fijo, 8 cañones de 300 y otros de menor calibre, que hacían fuego incesante sobre la corbeta que contestaba con rapidez y energía a los fuegos, no haya sufrido más daño que la muerte de un individuo y ocho heridos, por dos proyectiles caídos en la caja de humo y en la parte de proa manifestando a U.S., que dos de estos individuos pertenecieron al número de los del Ejército, que verificaban el cargamento para el buque, durante el primitivo ataque del **Huáscar**, en las frecuentes veces que cruzó por toda la extensión de la bahía sin que los perturbara el estampido del cañón y continuando impassibles en la ocupación que se les había dado.— Concluido el combate me constituí a las 4.30 p.m., en la corbeta **Unión** y ordené a su Comandante que zarpara en el acto, aprovechando la oportunidad de haberse reconcentrado hacia el oeste los buques enemigos, pues en la noche sería imposible su evasión y si prolongaba su permanencia hasta el día siguiente era inevitable la pérdida del buque, porque el transporte chileno **Matías Cousiño**, había marchado en la mañana del día de su llegada con rumbo al norte, sin duda con el fin de traer el resto de la

escuadra chilena que se hallaba en Pacocha. Efectivamente, a las 5.15 p.m., la corbeta se hizo a la mar con rumbo al sur, entre los hurras de los valerosos combatientes que la habían defendido con abnegación y entusiasmo, siendo perseguida después de un momento por el transporte chileno **Amazonas**, blindado **Cochrane** y monitor **Huáscar**, los mismos que se avistaron en el puerto en la mañana de hoy en unión del blindado **Blanco Encalada** y el transporte **Angamos**, todo lo cual nos manifestó de haberse salvado nuestro buque.— No concluiré sin encomiar la decisión y entusiasmo de los combatientes, permitiéndome recomendar a U.S. al Comandante General de las baterías de esta Plaza, Capitán de Navío don Camilo N. Carrillo, Coronel don Arnaldo Panizo y al Capitán de Fragata, Comandante del monitor **Manco Cápac** don José Sánchez Lagomarsino, a quien se le debe el que no se haya perdido la corbeta que hubiera sido destruída por la artillería enemiga, haciendo imposible su salvación a no mediar los esfuerzos desplegados en su defensa por los Jefes a que hago mención recomendando también a U.S. la solícita actividad del Capitán de Puerto, Capitán de Fragata don Eduardo Raygada que en la esfera que le competía, cumplió sus deberes, haciendo rápido a la vez el embarco de carbón con que se proveía a la corbeta y, al Subjefe de este Estado Mayor General, Coronel don Jacinto Mendoza y Teniente Coronel Manuel A. Zavala, que estuvieron siempre a mi lado durante el combate.— Testigo presencial de los hechos relatados, los valorizo en toda su importancia y magnitud, haciéndose acreedores a justos y merecidos elogios, el digno y valeroso Comandante de la corbeta **Unión**, Capitán de Navío graduado don Manuel A. Villavisencio y su heroica oficialidad, que serenos ante el eminente peligro que corrió la nave en que se encontraban, lograron salvarla, ejecutando una gloriosa salida al frente de los poderosos buques y un transporte enemigo, que se hallaban concretados a impedir su marcha.— Elevo al despacho de U.S. los partes originales que sobre tan heroico combate me han dirigido los Comandantes Generales de las baterías de esta Plaza, de la artillería de campaña, Jefe accidental de la batería del norte, del monitor **Manco Cápac** y de la lancha torpedo **Alianza**; incluyendo a la vez la lista de presentes en las baterías, la de los Jefes y Oficiales de este Estado

Mayor General que concurrieron a ellas, y la correspondiente a los que se encontraban en el monitor **Manco Cápac**.— Dios guarde a U.S.— **Manuel C. de la Torre**.— Al Benemérito señor Contralmirante General en Jefe del primer Ejército del Sur".

Leyendo un poco a la ligera el parte oficial que acabamos de copiar, tomaríamos la impresión de que en esa jornada del 17 de marzo de 1880, el hombre que dirigió todo materializando la hazaña, verdadero **Deus ex machina** que cumplió el sentido de esta locución latina, fue el Coronel Manuel C. de la Torre; pero es que sobre tal documento hay que reflejar la importancia y el concepto del binomio "superior-inferior", o sea uno mandando y otro obedeciendo. Todavía se acentúa más el significado de tal binomio, cuando recordamos que en la plaza de Arica actúan militares y marinos unidos y el parte lo firma un militar que utiliza el mando a través del más riguroso orden y con ideas rígidas. Como el parte se elevó al Contralmirante Montero, éste supo extraer con exactitud cuando había sucedido.

Comprendemos que el Coronel La Torre cumplió su deber, se multiplicó ese día y trató de atender a cuanto asunto se presentó; pero no le era posible dar disposiciones respecto a lo que no dominaba, esto es, la parte naval, que desconocía, y en la que fue asesorado por los marinos, lo cual no pudo señalar en su comunicación oficial. Además, la anterior la escribió a la vista de los informes que le elevaron todos los comandos, incluyendo los navales. Dado el espíritu como se redacta la correspondencia oficial, el Coronel Manuel C. de la Torre tenía que adjudicarse por principio del binomio "superior-inferior", todas las órdenes del glorioso día 17 como emanadas de su cargo y de la alta jerarquía que poseía. Era lo lógico, pero no era lo real. Nunca pudo determinar lo que debía hacer el **Manco Cápac**, nunca pudo decidir si podía o no escapar la **Unión**, etc. Aún más, en el bolsillo llevaba un telegrama del Contralmirante Montero en que le decía: "Vare la **Unión** y salve lo que pueda", de modo que se debe a la garantía de salir que le manifestó el heroico Comandante Villavisencio y a la patriótica información del Comandante Aljovín quien aseguró que las averías no eran de consideración que impidieran al buque hacerse a la mar. Sólo entonces el Coronel La Torre entusiasmado por tales

declaraciones diría: "Pues, caballeros, a disfrutar de esta gloria al Callao". Sin embargo, el Coronel La Torre más tarde pretendió tomar todo el mérito de la partida de la **Unión** y lo criticaría en 1929 el Coronel M.D. Flores, escribiendo: "Así pretendía restar al Comandante Villavisencio el mérito de la salida de la **Unión** de Arica, atribuyéndolo a la orden que él dió de salir del Puerto, en vez de cumplir la de vararla". Como si hubiera podido vararla sin el consentimiento de su dotación.

Veamos a continuación el parte oficial del Capitán de Navío graduado Manuel A. Villavisencio, que dice: "Al ancla, Callao, marzo 20 de 1880.— Señor Comandante General:— Tengo el honor de elevar al despacho de U.S., el presente parte referente a la comisión que he desempeñado en el buque de mi mando, y que S.E. el Jefe Supremo tuvo a bien confiarme.— El 12 del presente zarpé de este puerto a las 11.30 a.m., no habiéndolo hecho más temprano por las circunstancias que U.S. conoce perfectamente. El 15 por la tarde llegué al puerto de Quilca, por convenir así al objeto de mis instrucciones y allí tuve conocimiento de la ocupación de Islay y Mollendo por las fuerzas chilenas. En la noche del 15 zarpé del referido puerto, haciendo rumbo al sur, y después de dos horas de navegación se avistó un vapor al parecer enemigo, y aunque desvió su rumbo, permaneció a la vista hasta las 3 a.m., a cuya hora volví a tomar la dirección conveniente aumentando el andar para recuperar el tiempo perdido en la noche y llegar a Arica en hora oportuna y forzar el puerto con buen éxito.— Con todas las precauciones convenientes y habiendo hecho una perfecta recalada, me coloqué cerca del puerto a las 4 a.m. del 17; de allí destacué un bote ligero a cargo del Alférez de Fragata don Carlos L. Rodríguez para que advirtiese a las autoridades de tierra la presencia de la **Unión**; media hora después me dirigí a toda fuerza al fondeadero donde llegué y fondeé sin novedad.— Poco antes de llegar a la bahía avisté luces al norte y sur; las primeras eran de buques de guerra neutrales y las segundas probablemente del monitor **Huáscar** y de un trasporte, pues media hora después de mi fondeo se colocaron frente al puerto.— Inmediatamente que quedó el buque amarrado convenientemente, desembarqué la carga que conduje y entregué la lancha a los oficiales encargados de ella; al mismo tiem-

po comencé a cargar carbón y nos hallábamos en dichas operaciones, cuando aparecieron también por el sur, el blindado **Cochrane** y otro trasporte, así es que 2 horas después de haber fondeado, nos hallábamos con el puerto cerrado por los referidos buques excepto uno de los trasportes que se dirigió al norte, seguramente en busca de más refuerzo para atacar y destruir a la **Unión**.— A las 8 a.m., cuando aún nos hallábamos en la carga y descarga que he indicado, los blindados se pusieron en movimiento: el **Huáscar** primeramente y el **Blanco Encalada** después, rompieron sus fuegos, exclusivamente sobre la cubierta; inmediatamente y sin parar el trabajo se contestaron de a bordo y desde entonces se trabó un serio combate durante 7 horas con algunos intervalos, de cuyos detalles daremos cuenta a U.S. por separado.— A pesar de los esfuerzos hechos por la escuadra enemiga con su poderosa artillería, habiéndonos lanzado 150 proyectiles, más o menos, entre bombas y balas de diferentes calibres y sistema y con perfecta dirección para echar a pique la corbeta, ella resistió valerosamente tan formidable ataque, sufriendo tan sólo ligeras averías y en su personal la muerte del sargento 2º Luis Hidalgo y ocho heridos, de los cuales siete son de tripulación y el otro un lancharo que se hallaba a bordo durante el combate. De los proyectiles lanzados por el enemigo, dos bombas reventaron a bordo y cinco en el aire, cayendo a bordo sus fragmentos y varios en las inmediaciones, causando aquellas los daños que he mencionado, que ciertamente son pocos relativamente al número de proyectiles lanzados y a su ventajosa artillería.— También por nuestra parte creemos haber hecho algunos daños al **Huáscar**, con varios proyectiles Armstrong y Whitworth, que cayeron en dicho buque, según pudo juzgarse desde a bordo.— Las baterías del Morro, San José, perfectamente servidas, como también el **Manco Cápac**, protegían con acierto a esta corbeta, cada vez que el enemigo intentaba acercarse, y mediante tan eficaz y oportuno auxilio, la corbeta no sufrió los daños que era consiguiente en tan desigual combate y puedo asegurar que ambos blindados a pesar de estar en constante movimiento, han recibido algunos proyectiles lanzados por nuestros recomendables artilleros de las baterías.— A pesar de los inconvenientes que teníamos para zarpar, tanto por las pequeñas averías que sufrimos en la chimenea y tu-

bo de vapor, cuanto por las posiciones de los buques enemigos, pero contando con la intrepidez de todos mis valerosos y decididos subordinados para hacer en la mar la defensa del buque, a costa de todo sacrificio; después de listas las necesarias reparaciones, largué el ancla a las 5 p.m.; dejé el fondeadero precipitadamente y barajando muy de cerca la isla del Alacrán, hice rumbo al sur, aun sin contar con toda la expansión del vapor. Pocos instantes después, todos los buques enemigos se pusieron en movimiento y emprendieron a toda fuerza y en distintas direcciones, su caza a la corbeta, que burlaba sus poderosas naves, en medio de los vivas y aclamaciones entusiastas de la multitud de gente que coronaba el Morro y demás lugares cercanos a cuyas inmediaciones necesité pasar, al dejar el puerto.— Poco tiempo después y en los momentos más críticos de la persecución se declaró incendio sobre una de las calderas, ocasionado por las llamas de la chimenea que amagaban también el palo mayor; pero atendido y cortado oportunamente, fue extinguido, un momento después, sin manifestar la tripulación, por este accidente, desconcierto.— Cumple a mi deber, haciendo merecida justicia, recomendar a S.E. el Jefe Supremo, el decidido empeño y noble patriotismo de los señores Jefes y oficiales de guerra, mayores e ingenieros que se hallaban bajo mis órdenes, para llevar a buen término la difícil comisión con que se nos había honrado, así como su valeroso comportamiento durante el combate y en las difíciles circunstancias en que ha estado el buque. No es menos recomendable el comportamiento de todos los individuos de tropa de la brava dotación, que llena de entusiasmo y estimulada con el ejemplo de sus superiores, cumplieron abnegadamente con sus deberes.— Debo también hacer presente a U.S., que los señores Jefes de las baterías, del Estado Mayor General del Ejército y demás autoridades, ofrecieron constantemente los auxilios que el buque necesitaba, como también la ambulancia de la Cruz Roja, que se hizo cargo inmediatamente de los heridos para medicinarlos en tierra, después de habérseles hecho las primeras curaciones por los cirujanos del buque.— En la navegación de regreso no ha ocurrido ninguna novedad, habiendo funcionado la máquina con regularidad y fondeado en este puerto a las 12 m.— Sírvase U.S. pasar lo expuesto al despacho del Benémerito señor Capitán

de Navío, Secretario de Marina, para que llegue a conocimiento de S.E. el Jefe Supremo de la República, y séame permitido manifestar mi sentimiento por no haberme sido posible llenar mi cometido a la altura de mi patriotismo.— (Firmado) **Manuel A. Villavencio**.— Al Benemérito Capitán de Navío Comandante General de Marina”.

Es importante conocer un telegrama que copia en su diario el Teniente Primero Bernardo Smith y que hacemos la reproducción de la parte consiguiente del citado oficial: “Sábado 20 de marzo.— A dos horas p.m. vino a bordo un Ayudante del Estado Mayor General con un telegrama del señor General Montero, dirigido al Comandante Sánchez Lagomarsino, diciéndole:— Felicite usted a todos sus oficiales y mis queridos compañeros, por su siempre entusiasta y valeroso comportamiento el día del combate.— Montero.— Se leyó el telegrama a la tripulación formada, etc., etc., y se le contestó de la manera siguiente: Señor Contralmirante General en Jefe del primer Ejército del Sur. Tacna. Mi oficialidad se honra con la felicitación que U.S. le dirige por el combate del 17, que salvó a la corbeta **Unión**.— Ella se complace en felicitar a su vez a U.S. por los satisfactorios resultados, fruto de sus esfuerzos.— (Firmado) **J. Sánchez Lagomarsino**”.

Se hace necesario ahora conocer la opinión del Contralmirante Lizardo Montero, quien expresó sus puntos de vista en el siguiente parte oficial: “General en Jefe del Ejército del Sur.— Tacna, marzo 20 de 1880.— Señor Secretario:— Aún cuando yo he dado a U.S. los respectivos partes aislados de las funciones de armas del 27 de febrero y 17 del actual, paso, no obstante, a resumir en la presente comunicación ambos acontecimientos, por ser los dos de idéntica naturaleza y fines, o mejor dicho, por ser el uno complemento del otro, y estar, en una palabra, estos combates, caracterizados por sus resultados como un verdadero triunfo para la causa nacional.— En efecto: si el combate del día 27 se singulariza por ser el primero, por su larga duración, por las grandes averías que produjo al enemigo, así como por los demás incidentes de que ya he dado pormenores al Supremo Gobierno; el día 17 lleva el recuerdo imperecedero del gran golpe de audacia y admirable pericia, ejecutado por el Comandante de la **Unión** y secundado por el

monitor **Manco Cápac** y baterías de la plaza, así como el de muchos hechos de valor y serena actitud de los defensores de la plaza, que han merecido el justo aplauso de nacionales y extranjeros.— En ambos sucesos que bien pueden conceptuarse como una gloria nacional y que yo cumplo con el deber de recomendar a la consideración de S.E. el Jefe Supremo para los fines a que haya lugar, no hemos tenido serias desgracias que lamentar ni averías que reparar.— A excepción de un cañón pequeño, colocado en el Morro por el lado de la Licera, que se destruyó por sí mismo el día 17 y cuya plaza ha sido inmediatamente cubierta con otra pieza, ni las baterías ni el monitor **Manco Cápac**, han sufrido absolutamente avería alguna, ni en su personal, ni en su material, quedando así probada la perfección de sus colocaciones respectivas y la eficacia de su manejo. En cuanto a la corbeta **Unión** ya he dicho en mi parte anterior a U.S., que sólo hubo siete heridos y un muerto a consecuencia de la única bomba enemiga que pudo tocarla.— Finalmente, señor secretario, la copia de los documentos adjuntos impondrá a U.S., de todos los pormenores de ambos sucesos, cuya alta significación sabrá apreciar debidamente el país y el Supremo Gobierno.— Dios guarde a U.S.— (Firmado).— **L. Montero**.— Al señor Secretario del Estado en el Despacho de Guerra".

La opinión oficial de nuestros enemigos se halla en el parte del comandante del **Huáscar**, que dice como sigue: "El 16 del corriente, a las 6 p.m., después de recibir carbón del **Matías Cousiño** durante todo el día y hacer el trasbordo de los prisioneros chilenos que me condujo al costado el buque de S.M.B. **Turquoise**, me dirigí con el **Matías Cousiño** a cruzar al sur del Morro, gobernando así poco a poco, hasta las 2 a.m., que cambié el rumbo al noroeste dirigiéndome al fondeadero apenas hubo aclarado. Al instante de fondear divisé a la corbeta peruana **Unión** dentro de la bahía de Arica.— Acto continuo me dirigí al **Matías Cousiño** y le ordené verbalmente dirigirse a llo para dar cuenta de lo sucedido al señor almirante, protegiendo la partida de este buque hasta perderlo de vista, dirigiéndome en seguida a la boca del puerto a cruzar de norte a sur y hostilizar a la **Unión** con los cañones de a 40.— A las 9 a.m., se avistaron dos humos al sur y a las 6 y 30 a.m., se reconoció ser el **Cochrane** y **Amazonas**, dando cuenta a

U.S. por señales de lo que pasaba sin suspender las hostilidades. A las 10 a.m., me ordenó U.S., ponerme al habla, lo que efectué en el acto, recibiendo orden de atacar a las 12 m., junto con el buque de su mando y hostilizar hasta dicha hora al enemigo.— A las 12 m., me encontraba a distancia de 2,000 metros del Morro por la parte sur, lugar designado por U.S., haciendo uso de toda la artillería y maniobrando convenientemente según las circunstancias, hasta las 3 y 40 p.m., hora en que fui llamado al buque de la insignia.— Mientras que U.S. en unión del que suscribe, y el Comandante del **Amazonas**, combinaban un plan conveniente para impedir que la **Unión** se escapara durante la noche, los diversos buques de la División dieron la alarma de que la **Unión** emprendía la fuga. En el acto me dirigí a bordo y goberné al suroeste para encontrarla, continuando de este modo hasta las 12 p.m., hora en que nos encontramos con el **Amazonas** y viendo que era inútil continuar la persecución a causa del poco andar comparativamente con el enemigo y ser de noche, resolví regresar a Arica, recibiendo en este lugar orden de seguir mi viaje a Ilo.— El buque recibió cuatro balazos: tres en el casco y uno en el palo trinquete que no han ocasionado ninguna baja.— El número de proyectiles consumidos es el siguiente: 28 granadas de 300 y 50 granadas de las comunes de 40. Es cuanto tengo el honor de decir a U.S., en cumplimiento de mi deber.— (Firmado) **Carlos A. Condell**.— Pacocha, marzo 19 de 1880".

Por su parte, el comandante del blindado **Cochrane** eleva la siguiente comunicación: "Señor Comandante General:— Participo a U.S., que hoy a las 9 a.m., cuando efectuaba mi entrada al puerto en unión del **Amazonas**, me apercibí que el **Huáscar** se ocupaba en disparar directamente al fondeadero y momentos después reconocimos surta en él a la corbeta de la marina peruana **Unión**. Incontinenti hice llamar al Comandante del monitor, por quien supe que el buque enemigo había forzado el bloqueo durante la noche.— En consecuencia resolví entrar al puerto, lo que efectuamos a la 1 p.m., haciéndolo el **Cochrane** por el norte y el **Huáscar** por el sur. Abiertos los fuegos de parte del enemigo y de la nuestra a la 1 y 5 p.m., prosiguieron sin interrupción hasta las 2 y 50 p.m., en que creí conveniente suspenderlos para renovarlos en mejor oportunidad.— Terminado el cañoneo y encontrándonos al oeste del puer-

to, 5 millas distante conferenciaba con los señores Comandantes del **Huáscar** y **Amazonas** sobre la mejor manera de tomar colocación en la noche para intentar un resultado definitivo respecto a la **Unión**, cuando fuí avisado de que el buque enemigo dejaba el fondeadero, emprendiendo la retirada hacia el sur a todo vapor. Era en este momento las 5 y 20 p.m., inmediatamente ordené emprender la persecución que, por mi parte, atendido a lo escaso del andar del **Cochrane** sólo la efectué hasta la puesta del sol, hora en que la perseguían el **Huáscar** y el **Amazonas**.— Durante el cañoneo, la amplitud de nuestras distancias varió entre 2,000 y 3,600 metros.— En el mismo intervalo de tiempo el buque de mi mando fue alcanzado por cuatro proyectiles que han producido averías de poca consideración. Todo lo cual participo a U.S., para su conocimiento y fines consiguientes.— (Firmado) **J. J. Latorre**".

El Almirante chileno informa así al Ministro de Marina de su país: "Comandante en Jefe de la Escuadra.— Pacocha, marzo 26 de 1880.— Señor Ministro:— Con esta fecha el Comandante del blindado **Cochrane**, me comunica la siguiente relación de las averías sufridas por el buque de su mando durante el combate del 17 de marzo, con las baterías de Arica, y los buques **Manco Cápac** y **Unión**.— Sobre cubierta.— Uno de los obenques de la jarcia mayor a estribor tronchado en dos partes— un proyectil, bala o granada, pegó en la parte superior y a estribor de la casa del piloto en el puente de proa destrozando como cuatro pies de ésta en sentido horizontal y la mayor parte de la esquina y costado de estribor rompió en pedazos la baranda superior de la misma casa— un casco de granada atravesó el palo mesana a 20 pies de la cubierta y otros más pequeños hirieron en la cubierta del puente y defensa de coys. Cubierta de la batería.— Un proyectil chocó exactamente en tubo de 7a., claraboya desde popa a babor, rompiendo la parte superior de aquél, perforó el costado y los cascos en el interior del buque, destrozando la puerta de la botica, etc., e hiriendo varios objetos de parte interior de este departamento. Un pequeño trozo de proyectil cayó en la máquina.— Costado del buque.— Un proyectil chocó con la plancha curva de media pulgada entre el receso y el costado en su parte de popa a babor, tomó una dirección oblicua hacia abajo atravesando la media pulgada de fierro y chocó

contra uno de los pernos de la plancha de blindaje, sin hacerle daño alguno.— Otro proyectil que se supone sea del **Manco Cápac** chocó en la parte inferior del receso de la batería a babor y en la línea vertical con el anterior. Este proyectil ha sacudido y aflojado la juntura de la plancha en toda su extensión, como asimismo los pernos inferiores. No penetró dejando sólo una abolladura del tamaño y forma de un plato sopero. Corresponde a la parte central de la batería, donde sacudió el forro y botó una de las granadas colocadas en chilleras.— Dos proyectiles chocaron en la línea de agua de uno y otro lado del costado, en el cinturón o faja de 9 pulgadas, sin causar daño alguno y dejando sólo una pequeña marca.— Es opinión del carpintero 1º don Eduardo Pentón, que la plancha de fierro interior de la batería a babor debe sacarse y examinarse las tuercas de la plancha de blindaje recorrido por el proyectil.— Lo que trascibo a U.S. para su conocimiento y fines consiguientes. Dios guarde a usted.— (Firmado) **Galvarino Riveros**.— Al señor Ministro de Marina”.

A fin de darnos cuenta de la proyección hacia el futuro de los acontecimientos que estamos ocupándonos, nos referiremos a dos documentos que vienen a producirse 28 años más tarde de la famosa doble ruptura del bloqueo. El primero de los documentos a que hacemos referencia dice así: “Lima, agosto 17 de 1908.— Señores Secretarios de la H. Cámara de Senadores.— En contestación al oficio de UU. SS. HH., N° 27, fecha 4 del presente, en el que se sirven, a solicitud de la Comisión Principal de Guerra de esa H. Cámara pedir informe a este Ministerio, en el proyecto de ley que declara a los jefes y oficiales del monitor **Manco Cápac**, comprendidos en los efectos de la ley de 3 de noviembre de 1903, expedida a favor de los tripulantes de la corbeta **Unión**; me es grato manifestar a UU. SS. HH. que a juicio de este despacho, la acción naval que tuvo lugar en las aguas de Arica el 17 de marzo de 1880 con motivo de la ruptura del bloqueo de ese puerto, constituye uno de los hechos de armas de aquella época que merece la gratitud del país, pues en la referida acción cúpole al monitor **Manco Cápac** interponerse abnegadamente entre la corbeta **Unión** y las poderosas naves enemigas que dentro del puerto, la atacaron, librándola así de ser espoloneada y hundida y dando lugar de ese

modo a que aquella escapara burlando a sus agresores. Juzgo, en consecuencia, que el Congreso cumpliría un acto de justicia, aprobando el referido proyecto de ley, con excepción del ascenso que propone, por no contemplarlo la ley ya citada de 3 de noviembre de 1903, que le sirve de fundamento.— Con lo expuesto tengo la honra de dejar satisfecho el informe que se sirvieran pedirme UU. SS. HH. en su oficio ya citado.— Dios gue. a UU. SS. HH.— (Firmado) **Juan N. Eléspuru**".

El lector podrá hacer los comentarios que más le gusten; pero no olvidemos el punto de vista de que si tan grande fue la hazaña del **Manco Cápac**, ¿por qué fue tan inmenso el regateo de las recompensas? Veamos el segundo de los documentos inéditos, que va a continuación: "Lima, diciembre 9 de 1908.— Señores Secretarios de la H. Cámara de Senadores.— En contestación al apreciable oficio de UU. SS. HH., N° 295 del 25 de octubre retropróximo, sólo recibido antier, 7 del presente, sirviéndose pedirme informe acerca de si los sobrevivientes del monitor **Manco Cápac**, recibieron o no ascenso después de la fecha en que se realizó la ruptura del bloqueo de Arica por la corbeta **Unión**, o sea, por el combate naval que con tal motivo se libró en las aguas de ese puerto, el 17 de marzo de 1880; tengo el honor de manifestar a UU. SS. HH. que los expresados sobrevivientes NO recibieron ascenso alguno por el indicado concepto, si bien posteriormente lo han sido por distintos respectos, como ser: su concurrencia al memorable combate del 7 de junio, en el precitado puerto, y otros que, conforme a la ley de ascensos para la Marina, se les ha conferido en atención a sus servicios normales, hasta las clases que actualmente invisten.— Me es honroso dejar así emitido el informe en referencia.— Dios gue. a UU. SS. HH.— (Firmado) **Juan M. Ontaneda**".

Y para terminar, veamos los comentarios que hace nuestro historiador naval el Comandante Manuel I. Vegas en su **Historia de la Marina de Guerra del Perú**. He aquí sus expresiones: "Los buques de guerra neutrales habían cumplido con el ceremonial marítimo saludando al comandante de la corbeta a su llegada a Arica, a pesar de que en esos momentos menudeaban las balas chilenas alrededor del buque levantando inmensas columnas de agua. Este acto y la ruptura por dos veces en el mismo día, a plena luz,

de un bloqueo marítimo, después de cumplir su misión y estar gravemente averiado por un cañoneo intenso de siete horas es la única vez que haya acontecido a un buque de guerra en el mundo.— Tanto a la entrada como a la salida de la **Unión**, el entusiasmo de los habitantes de Arica fue inmenso; la gente cubría materialmente la playa para contemplar a la esbelta nave sin cuidarse del repetido cañoneo de los buques chilenos que se confundía con sus enronquecidas voces, se tocaba el himno nacional y marciales dianas; "parecía que la Patria estuviese de gala, celebrando el aniversario de una fecha gloriosa!" y las tripulaciones de aquellos barcos de guerra extranjeros, subyugadas por la grandiosidad y audacia de la operación, subieron a las jarcias y despidieron a nuestra heroica nave con aclamaciones estruendosas en las que se mezclaron las palabras de cuatro idiomas.— Veamos ahora el juicio que mereció el acto glorioso a los testigos extranjeros y a los historiadores chilenos.— El teniente Mason, de la corbeta **Thetis**, dice: "cumplimos con el deber de saludar a su llegada al bravo comandante de la **Unión**, a pesar de que el combate estaba en toda su fuerza... Al salir audazmente el buque peruano fue imposible evitar que en todos los buques aplaudieran con ardoroso entusiasmo".— El historiador Clements Markham... "el capitán Villavisencio de la **Unión** entró en Arica; a la luz del día, el 17 de marzo, a despecho de los buques bloqueadores; desembarcó su cargamento, se batió y escapó audazmente".— El coronel Ekdahl: "Como era natural, la atrevida maniobra del buque peruano causó en los primeros momentos, cierta confusión en la división naval chilena. Esta expedición constituye indudablemente una de las hazañas más gloriosas de la escuadra peruana durante esta guerra. La concepción de ella honra altamente al alto comando peruano como honra su ejecución al jefe encargado de ella, capitán Villavisencio. Las alternativas eran bien duras; pero el gobierno peruano supo afrontar sus grandes riesgos".— Vicuña Mackenna: "Villavisencio es de escasa figura como físico, pero de hígados hinchados y alto pecho. Su acción fue atrevida y feliz, por cuanto lo es siempre romper un bloqueo con un solo buque, y mayor fortuna de sus jefes fue hacerlo cuando cerrábanle el paso tres poderosos buques".— Y Bulnes: "Era una sorpresa audaz, digna de un jefe valeroso como Villavisencio

y que supo desempeñar cumplidamente. Tuvo la intención de salir desde un principio e inmediatamente procedió a bajar su carga y a embarcar carbón para ponerse en franquía. A bordo de nuestros buques se decía: "Villavisencio ha caído en la trampa! Ahora no escapa! Sin embargo, este jefe se precipitó rápidamente por el sur, mar afuera, en medio de la anhelante expectación de tierra y de la sorpresa de los bloqueadores. Fue de parte de Villavisencio una operación afortunada que honra su destreza marinera".— En esta acción de armas, a pesar de que en ella tomaron parte Latorre y Condell, aquellos jefes que se caracterizaron por la oportunidad de "llegar siempre a tiempo" y efectivamente, Latorre llegó así por pura casualidad; sin embargo se notó por su ausencia, del lado chileno, la oportunidad, la estrategia, don de mando y previsión. Se ha llegado a decir que para emprender la caza de la **Unión** fue preciso que los comandantes regresasen a sus buques respectivos; pero esto, que ya en sí es una enorme torpeza, nada justifica, pues, ¿cuándo se ha visto que los segundos no actúen en ausencia de sus jefes?"

Capítulo III

La Plaza de Arica

Nos ocuparemos de esa plaza de Arica, a la cual se acaba de incorporar la lancha torpedera **Alianza**. Podemos usar a manera de iniciación las palabras de J. Pérez, un testigo y actor, que escribe el 13 de junio de 1880: "Era el 5 de abril de 1879, y la conocida plaza de Arica, aguardaba ansiosa que se pensase en ella para trasformarla en el punto que había de servir de apoyo a las fuerzas que por mar y por tierra habían de defendernos de la invasión chilena en esa parte de nuestro territorio. El Morro, el famoso Morro, la playa del norte y la Isla conservaban, apenas, los despojos que manifestaban la intención que alguna vez se tuvo de fortificarlos". En efecto, recién el 12 de abril de 1879 y no en mayo según aseguran algunos historiadores, zarpa del Callao el **Talismán** para Arica, llevando 410 bultos con materiales de guerra y los primeros cañones Voruz de a 100 libras para artillar la Plaza de Arica, embarcándose el Contralmirante Lizardo Montero y más de cien agregados. Ya el Prefecto Zapata había iniciado ciertos trabajos preliminares a fin de defender el puerto; pero a la llegada

en la primera quincena de abril de 1879 del Contralmirante Montero, éste quedó como jefe de la Plaza e investido de la dirección de las obras de fortificación y defensa. Se ha dicho que Montero llevaba consigo "un puñado desordenado de elementos de defensa y un grupo de jóvenes entusiastas". En verdad que la Comandancia General de Marina remitió cuanto disponía, hizo lo que podía y trató de llenar las necesidades conforme se iban presentando; por otra parte, cumplió órdenes de la Suprema dirección de la guerra. Como fuese, con la actividad "que permitían los elementos de que se podía disponer se comenzó a montar cañones de menor calibre en el Morro y tres mayores en la playa, los primeros en plataforma de madera y con cureñas de mar, y los segundos en construcciones provisionales de mampostería y madera". En la labor de fortificación tomaron parte el Coronel Panizo y el Comandante Mesa; asimismo, cooperó el Ingeniero A. Elmore, que prestó sus servicios donde fueron necesarios, igual que el Ingeniero Eléspuru.

Gerardo Vargas H. en su obra **La Batalla de Arica**, que subtitula Capítulos de la obra **Arica en la Guerra del Pacífico**, sostiene lo siguiente: "En la primera quincena de abril de 1879, mes en que Chile nos arrastró a la guerra, tenía Arica por Jefe al patriota Prefecto del Departamento de Tacna doctor Carlos Zapata. El 9 de abril del mismo año, el Contralmirante don Lizardo Montero, antiguo conocido de Arica, aceptaba el cargo de Comandante General de las Baterías y Fuerzas de esta Plaza, a la que se trasladó inmediatamente después, siendo recibido con entusiasmo. Rivalizando en actividad con el Prefecto Zapata, desde el primer día de su llegada se concretó a acelerar la construcción de las Fortificaciones del Morro, y San José, cuyos trabajos habían sido encomendados al competente Artillero Coronel Arnaldo Panizo y a los Ingenieros Eléspuru y Castillo".

Recordemos que el Presidente de la República, después de pedir permiso al Congreso para tomar en la frontera el Comando general de las Fuerzas Aliadas, revistó la concentración aliada entre Iquique y Tacna, regresando a Arica el 4 de junio de 1879. Dice Dellepiane: "Las tropas peruanas que se hallaban en Arica, de reciente creación y por consiguiente reclutas, pasaban de cuatro mil

hombres de efectivo. El Morro que domina la ciudad había sido artillado y se habían emplazado además algunas baterías bajas que, con el monitor **Manco Cápac**, defendían la plaza contra toda acción de la escuadra chilena. El Director Supremo de la Guerra estableció su Cuartel General en Arica y allí se realizaron las juntas de guerra de los jefes del Ejército aliado, para acordar los planes de campaña y disponer la ejecución de las operaciones. "Bien se ha dicho de que en esos momentos era Arica un centro de operaciones del Ejército Aliado, refugio de la Escuadra, y una Base Naval efectiva en el teatro de la guerra. La serie de desastres que se presentaron, obligaron al Presidente de la República a dejar Arica el 26 de noviembre de 1879. Durante cinco meses debido a los mismos ajetreos de la gran concentración de tropas en Arica, no se avanzó mucho en la defensa del citado puerto. Siguió las construcciones como provisionales en gran parte y más que todo incompletas. El Contralmirante Montero no encontró las facilidades del caso, pues, tratábase de evitar gastos que "en detalle y por partes, parecían superfluos y muchos; gastos que el Gobierno no hubiera regateado si se les hubiera descentralizado de él y obedecido a un plan y programa acordados". Resolvió el Contralmirante Montero que una comisión compuesta del Coronel Panizo, de un ingeniero y del Mayor Ugarteche llevara a cabo la defensa de la población de Arica por la retaguardia, la cual acordó una serie de medidas como construir más baterías, transformar en reductos los dos panteones, excavación en torno de los parapetos, etc. Todos los estudios partían del supuesto de que Arica sería defendida por el numeroso Ejército que entonces la guarnecía y por tal motivo los trabajos adoptaron una extensión muy grande; lo cual nos indica que mucho influyó lo subjetivo y que la realidad fue bien distinta. ¿En algo se puede culpar de ello al Contralmirante Montero? ¿Acaso el ilustre y heroico marino no estaba empleando a los mejores profesionales que tenía a la mano y metiendo en la obra cuanto elemento podía conseguir? Sabemos que desde el 7 de agosto de 1879, se encontraba en Arica el monitor **Manco Cápac** que quedó como baluarte del mismo, con sus dos cañones Dahlgren de 15 pulgadas de avancarga y ánima lisa, los cuales se cargaban con saquetes de 50 libras de pólvora y lanzaban proyectiles esfé-

ricos de hierro con peso de 500 libras, bombas de tiempo y tarros de metralla con un alcance máximo de 2,200 yardas. Este buque, como dice Arce y Folch, para el combate: "había que suprimir el puente de madera para el comando de tiempo normal y la plataforma que se extendía desde la torre de la artillería hasta la popa del buque para la tripulación, cuarto de planos y oficinas; no presentando sino nueve pulgadas de costado libre sobre la línea de flotación y visible por único blanco para el enemigo la torre de combate del Comandante y la torre de la artillería con un blindaje de 9 pulgadas de espesor". El **Manco Cápac**, por esta época, se concretaba al desarrollo de ejercicios militares, de armas menores y de artillería; empero, tuvo que suspender el fuego con bala de sus piezas, porque las trepidaciones ocasionaban desperfectos en las calderas, las cuales ya habían sido parchadas muchas veces. De aquí que el Comandante Capitán de Navío Camilo N. Carrillo disponía de un margen de tiempo para ocuparse, a solicitud de Montero, de las baterías de la Plaza, siendo uno de los colaboradores más entusiastas, hasta que dejó el 1º de diciembre de 1879 el comando del monitor **Manco Cápac** al Capitán de Fragata José Sánchez Lagomarsino, pasando a hacerse cargo de la Comandancia General de las Baterías de la Plaza y llevó como segundo Jefe del Morro al Capitán de Corbeta Manuel I. Espinosa.

Las fuerzas que formaron el Ejército del General Buendía, fueron incorporadas al grueso de Tacna-Arica que quedó a órdenes del Contralmirante Lizardo Montero. Chile se había hecho dueño de Tarapacá, que sumó a su conquista de Atacama. En el mes de diciembre de 1879, pocos días más tarde de la acción gloriosa de Tarapacá, desenvolviéndose en el teatro de Lima, tuvo lugar una revolución: el Presidente Prado dejó el Perú el 17 de diciembre, asegurando que estaba autorizado por el Congreso para salir del país en busca de armas, quedando encargado del mando el Vice-Presidente, General La Puerta; no tardaron en presentarse una serie de manifestaciones hostiles contra el nuevo estado de cosas y el 23 de diciembre, por un golpe de estado, se proclamó Jefe Supremo de la República Nicolás de Piérola. Esta revolución llevó la mayor desmoralización a las tropas y según asegura el Mayor Ale-

Jandro Montañi, hizo "la Babel más estupenda en cuanto a la acción directiva de la guerra".

Si Montero no tuvo relaciones muy cordiales con Prado, ahora las circunstancias eran realmente peligrosas, pues Montero tenía en Piérola un enemigo a muerte. También por esta época puso un último toque al pesimismo la traición del Presidente de Bolivia General Daza que llevó a sublevarse a las tropas bolivianas, huyendo Daza para ser reemplazado por el General Campero, tanto en la Presidencia de Bolivia como en el comando del Ejército. En el mes de febrero de 1880, por las órdenes expresas y terminantes del Gobierno impartidas desde Lima, se dividieron nuestras tropas en el Primer Ejército del Sur sobre el eje Tacna-Arica a cargo de Montero y el Segundo Ejército del Sur formado por unidades sacadas de la sierra que tenían por base Arequipa. Al respecto, protestó Montero de que en lugar del robustecimiento de sus tropas, del inmediato envío de las armas, vestuario, calzado y tantas necesidades de sus soldados, se "reorganizase el Ejército de Vanguardia alterando su personal, en momentos en que ya se encuentra al frente del enemigo".

Junto con la protesta pidió el Contralmirante Montero ser reemplazado en el comando; pero se ejercieron sobre él presiones que conmoviendo su patriotismo y su desprendimiento militar, lo obligaron a quedarse. A partir de este momento de supremo sacrificio, Montero obedece las órdenes de Lima, cuyas instrucciones eran: "no abandonar bajo pretexto alguna, nuestra base de operaciones que la constituían Tacna y Arica". Oigamos al respecto algunas observaciones del ilustre historiador General Carlos Dellepiane: "Montero, a quien el Director contaba como su enemigo personal y político, en hermoso gesto aceptó el encumbramiento de Piérola y, deseoso de servir a su Patria en los puestos de mayor peligro, relegó a último término intereses políticos y cuestiones personales para recibir con inteligencia y lealtad las órdenes emanadas del Poder central, cuya legitimidad no discutía dadas las difíciles circunstancias por las que atravesaba el país. Piérola con perceptibles fines políticos, cometió en cambio grave error con respecto al Ejército peruano de Tacna, pues en lugar de concentrar toda su atención y sus innegables buenos deseos en él, dividió los escasos ele-

mentos de que podía disponer entre ese Ejército, que llamó Primer Ejército del Sur, por decreto de 31 de enero de 1880 y el Segundo Ejército del Sur, que debía establecerse entre Arequipa y Moquegua, según el mismo decreto. . . Dividiendo y encasillando el esfuerzo nacional, descuidó a las tropas de Montero que no sólo abandonó a su propia suerte sino que aisló, condenándolas anteladamente al desastre. Como plan general de operaciones, Piérola ordenó a Montero, en suma, que la **defensa de Tacna debía ser el objetivo principal de la campaña**". En otro sitio dice el General Dellepiane: "Con la rígida consigna dada por Piérola a Montero para **que no abandonara Tacna sin batalla**, éste se creyó obligado a permanecer en la ciudad y en su valle para hacer la defensa inmediata de la población. . . **El plan de Montero** consistía en defender Tacna en los alrededores de la ciudad, tanto para cumplir puntualmente la orden del Dictador al que quería demostrar la más completa obediencia, a fin de borrar rencillas políticas, como para aprovechar la vía férrea a Arica, en la medida de lo posible, pensando hacer en este puerto, o a sus inmediaciones, una última resistencia. El plan de defensa de Montero estaba fundado en la mayor energía pues tendía a mantener el terreno confiado a su custodia, a pie firme, hasta el último extremo. Después de la batalla de Tacna, en caso de sufrir una derrota, Montero pensaba replegarse a Arica quitándose él mismo toda línea de retirada, para hacer una defensa final que indudablemente, dados los efectivos en presencia, hubiera sido el más completo y abnegado aunque también estéril sacrificio. A tal punto llegaba el firme deseo de Montero de cumplir la orden recibida que, cuando alguien propuso hacer la defensa en Calana para impedir que el enemigo se apoderase de este punto sobre el Caplina, aguas arriba de Tacna, se negó rotundamente. . . Para el Contralmirante Montero, era de una pieza el dispositivo estratégico tendido por él entre Arica y Tacna; podía suceder que las fuerzas que guarnecían ambos puntos se encontrasen o no reunidas en la primera batalla que pensaba dar, pero, en cambio, no dejaría abandonada la plaza de Arica y las divisiones que la ocupaban. Existía en su mente un enlace imaginario, sobre todo moral, entre las fuerzas de Tacna y Arica y, por otra parte,

estaba poseído de un ferviente anhelo de evitar que Tacna fuera hollada por el invasor".

Montero, un marino distinguido, había pasado por distintas etapas en su dilatada carrera, muchas muy difíciles y dignas de ser consignadas en la Historia naval por su intención y contenido; etapas que ahora de Contralmirante lo llevaron por fin a conquistar una madurez interesante desde cualquier punto que se le mire. Nadie hasta hoy ha querido escribir su biografía completa y bien meditada. Apreciamos que Montero poco a poco frente a la vida, se ha puesto entre la posición del filósofo y la del patriota capaz de toda inmolación; la disciplina, llevando del brazo a la amargura, le había impuesto una comisión y a partir de este momento, enero de 1880, todo marchará hacia la muerte como bajo el signo de un monumento funerario. Mientras llega el instante supremo de la hecatombe, quizá si en el fondo de los pensamientos exista una antítesis: por un lado la fe y la esperanza de un Perú que pueda ser capaz de los mayores milagros, y, por el otro, el plan a cumplirse Arica-Tacna, rígido y fatal.

Las funciones de Montero le absorbían casi completamente el tiempo en Tacna, por lo cual ordenó a los Ingenieros Elmore y Eléspuru hacer el reconocimiento de los trabajos que se estaban llevando a cabo en Arica. Sobre todo a Elmore se le confió la forma en que pudiera ser volada la Plaza por medio de galerías cargadas con pólvora, de modo que no sólo fuera posible destruir las baterías y los muelles, sino que el conjunto de minas al estallar lanzara por los aires a toda la población. En el momento que Montero ordenó a este respecto a Elmore, le explicó: "No nos hallamos todavía en estado de decir entre nosotros que la Victoria es la X de una ecuación de términos conocidos; las armas nos pueden ser adversas y, entonces, al perder el poderoso baluarte que nos ha sido confiado, necesitamos un hecho que, como el estertor de la muerte, sacuda hasta las últimas fibras del corazón de la Patria: tiene usted 250 quintales de dinamita para hacer volar Arica. Entonces podré decir yo a mis soldados en el combate: muchachos, adelante tenéis la muerte y si no la encontráis ahí, la hallaréis atrás". El informe, después del reconocimiento de las obras, establecía entre otros puntos los siguientes de más importancia: que el orden de las faenas no era

el más conveniente, pues se estaba dejando a un lado aquello de mayor necesidad por cosas de segunda y tercera monta; que no estaba proyectado cuanto se debía, como reductos con campos atrincherados y foseados, defensa de los flancos con parapetos y minas, etc.; que se carecía de lo más indispensable; y, por fin que la comisión sólo podía asegurar por razones obvias nada más que trabajos rudimentarios. Al mismo tiempo, el Ingeniero Elmore elevó el proyecto para minar la plaza, con los planos de las galerías, las cargas de pólvora, etc. En realidad, quedamos sorprendidos de cuanto era necesario hacer y de la falta de medios materiales para llevarlo a cabo. Sólo de considerar que las baterías estaban en pleno desierto y que una patrulla chilena bien dirigida podía hacerlas peligrar, se nos encoge el alma; nada digamos de los flancos descubiertos, ninguna obra cerrada e infranqueable, la ausencia de herramientas y materiales, en fin, tantas deficiencias que nos producen el tormento de la impotencia.

Anotemos un hecho bastante peregrino. Era Leoncio Prado un joven oficial de Marina que a los trece años obtuvo la clase de guardiamarina y que hizo toda la campaña revolucionaria contra el tratado Vivanco—Pareja, en los buques mandados precisamente por el entonces Capitán de Navío Lizardo Montero; en 1866 se batió en el encuentro naval de Abtao y tres meses más tarde en el glorioso 2 de mayo a bordo del **Tumbes**, al lado también de Montero. Una vez que completó sus estudios profesionales en la Escuela Naval Militar, viajó a nuestro Oriente a órdenes del Almirante John Tucker. Ya de Teniente Segundo de la Armada, fue enviado a perfeccionar sus estudios en los EE. UU. y poco después pasó a pelear por la independencia de Cuba, obteniendo el grado de coronel. Aunque puesta a precio su cabeza, volvió a los EE. UU. donde se enteró que la guerra de Cuba había cesado. Ya podemos imaginar la amargura de Leoncio Prado ante el Convenio del Zanjón, en que sucumbe la naciente libertad cubana; él que junto con sus hermanos Justo y Grocio, estuviera al lado de los héroes isleños, que formaron parte de las huestes de Agramonte, fueron ayudantes del insigne caudillo Máximo Gómez y a Leoncio le cupo el privilegio, en un golpe de singular audacia, de capturar al buque español **Montezuma** y convertirlo en el **Céspedes**, el primer

barco de la naciente República; todos estos y otros muchos trabajos heroicos por la causa de la Independencia de la Perla de las Antillas, no podían perderse; por ello Leoncio Prado principió a militar en los EE. UU. en el llamado Comité de Auxilio, con los rebeldes cubanos que preparaban una nueva expedición libertadora.

En esos momentos fué llamado por su Patria, y a ella corrió animoso; en el Callao se le dió el cargo de Jefe de la brigada torpedista que debía establecerse en la Isla Alacrán de la rada de Arica, como en efecto se llevó a cabo en la citada isla que cierra el flanco sur de la bahía interior, en que se ubicó la maestranza para el servicio de torpedos Lay. A principios de 1880, Leoncio Prado encontró muy monótona su labor y consiguió que lo pasaran al Ejército: "saltó a tierra y organizó a los **Guerrilleros de Vanguardia**, para hostilizar a toda hora a las fuerzas enemigas, dar golpes de sorpresa y, de cuando en cuando, arrancar palmas a la gloria; y cuando los ejércitos se enfrentaron para el duelo del 26 de mayo de 1880 en el Campo de la Alianza, quiso Prado sumarse a la caballería peruana y luchar hasta el último momento, y después de la derrota, dejando en el campo el cadáver de su hermano Grcio, volver porfiadamente a la contienda". (Luis Alayza y Paz Soldán). Después vendría la epopeya de la Breña y el epílogo de Huamachuco, donde dictó una lección magnífica de estoicismo. Al ausentarse Leoncio Prado de su puesto en Arica, se encargó del mismo el joven Pedro Ureta. Ahora bien, por los caminos que salían de Arica, la abandonó Leoncio Prado para la Marina e incorporarse al Ejército con el grado de coronel, el mismo que adquirió en Cuba: iba en dirección de la gloria. Poco después, por los caminos que entraban a Arica, llegaría Bolognesi con el grado de coronel que llevaba años y más años: venía en dirección también de la gloria. Uno y otro no podían evitar el sacrificio de su vida, pero estuvo en ellos rodearla de inmortalidad heroica.

El duelo a cañón librado en Arica el día 27 de febrero de 1880, tuvo como consecuencia lo que menos se habría esperado de él, o sea que prácticamente se paralizaron todos los trabajos de fortificación. Además, púsose en evidencia que no existían cuarteles para alojar la guarnición en su campamento de la retaguardia del Morro; entonces las unidades pasaron a Tacna, quedando en

Arica sólo unas pocas tropas de guarnición con el nombre de Séptima División a órdenes del Coronel Inclán y Octava División al mando del Coronel Alfonso Ugarte: pomposo nombre de Divisiones que no sumaban entre las dos ni 1,400 soldados.

El 3 de abril de 1880, Montero destinó como Jefe de la Plaza al Coronel Francisco Bolognesi, el mismo día que el Estado Mayor General se trasladaba a Tacna. ¿Acaso este nombramiento no acusa en Montero una especie de iluminación interior? Otros cambios llevados a cabo fueron: el Capitán de Navío Camilo N. Carrillo dejó la Comandancia General de las Baterías de la Plaza y pasó a Arequipa llamado por el Gobierno; el Capitán de Navío Juan G. More se hizo cargo de la Batería del Morro; el Coronel Panizo ocupó su puesto en la Comandancia General de Artillería del Ejército de Tacna, dejando con 44 hombres las Baterías del Norte; el Ingeniero Eléspuru, abandonó también Arica, mientras el Ingeniero Elmore era puesto a las órdenes del Coronel Bolognesi. Veamos algunas explicaciones de J. Pérez: "Nunca olvidaremos la actitud asumida por el Coronel Bolognesi, desde que tomó posesión de su puesto. Resuelto a defender la posición que se le confió, a todo trance, atrajo a sí a todos aquellos que podían ayudarlo en su propósito. Activo, a pesar de que sus encanecidos cabellos indicaban su avanzada edad, todo lo emprendió sin arredrarse por la escasez del tiempo y su absoluta falta de elementos. Así hemos visto a ese digno anciano organizar sus brigadas para que cada cuerpo, cada batería, se sirva con independencia, formar dos partidas de caballería para vigilar el Norte y el Sur; mejorar el alimento de la tropa, subiendo a libra y media su ración de carne, y, sobre todo, pensar de una manera seria en los medios de resistencia, para lo que se atrajo al Ingeniero.— Empeñoso como pocos, el Coronel Bolognesi leyó con avidez el **memorandum** que le presentó el señor Elmore, síntesis de los que en otras ocasiones había presentado al General Montero. Naturalmente que las obras de defensa y de mina sólo se podían llevar a cabo rudimentariamente, tanto porque el tiempo no permitía otra cosa, cuanto porque se carecía de lo más indispensable. . . Iniciados los trabajos se tropezó siempre con el modo de proceder del abnegado anciano, jefe de la Plaza: fija su atención en un solo punto, no permitía que se

procediese de otro modo que por detalle; de tal manera que cualquier obstáculo, cualquier artículo que faltase hacía que se perdiese el tiempo lastimosamente en todo el sistema. De ahí que la defensa del flanco izquierdo fuese morosa, por más que se le diera el carácter de provisional.— Afortunadamente el nunca bien lamentado More, prestó todo su apoyo a la preparación del flanco derecho (la retaguardia del Morro) convencido como estaba que era por allí por donde había de embestir el enemigo. Es así que hemos visto a ese valiente marino acompañar personalmente al Ingeniero para escoger la posición de los parapetos, presidir la colocación de las minas, designar los lugares a que se habían de trasladar algunos cañones, etc., etc. Al Comandante More se debe, puede decirse, exclusivamente, que el enemigo en su ataque haya encontrado por esa parte alguna resistencia en materia de fortificación llamada formidable por la versión chilena".

Reforzando lo dicho anteriormente, Gerardo Vargas H., en **La Batalla de Arica**, elogia la labor desplegada por el Coronel Bolognesi desde el primer día en que se hizo cargo de la Jefatura de la Plaza y cita como colaboradores entusiastas en esta tarea, al Ingeniero Elmore, al Comandante More (que escribe equivocadamente con doble o), al Teniente Coronel La Torre, al Coronel Inclán, a Sáenz Peña, a Medardo Cornejo y al Comandante Espinosa (marino). Respecto a Elmore tiene las siguientes frases: "El señor Elmore, de cuya actuación en Arica nos ocupamos más adelante, prestó importantes servicios al país en aquellos momentos supremos. Recordamos, como si hubiese acaecido ayer, haberlo visto al frente del numeroso grupo de improvisados zapadores dirigiendo la construcción de los parapetos del **Cerro Gordo** y de las baterías del este, abrir el extenso reducto que, partiendo de uno de los flancos de la batería **Ciudadela**, terminaba en el cementerio católico, a través del camino real que conduce del puerto al valle de Azapa; reducto que aún existe, como asimismo los grandes parapetos de arena que circundaban el campamento. Eran 18 reductos y trincheras, formadas de sacos de arena, con fosos en forma de media luna, el espacio comprendido entre la plaza del Morro y el fuerte del Cerro o Morro Gordo, hábilmente ubicado, y en forma que se defendían unos de otros, permitiendo, a su vez, romper simultáneamente sus

fuegos sobre su frente, es decir, el oriente. Sin embargo, exaltados e injustos escritores nacionales, y aun el mismo Molinare, han hecho pesar sobre el ingeniero Elmore responsabilidad que no tuvo, ni le alcanza siquiera, de lo que tenemos plena seguridad, por habérnoslo afirmado así el último subprefecto peruano de Arica, señor Fermín Federico Sosa, quien atribuía el no haber funcionado la red eléctrica que conectaba con los polvorazos preparados por aquel profesional, a que los alambres trasmisores habían sido colocados a flor de tierra, en las calles de la ciudad y en los cerros que la rodean; quiere decir, pues, que se hallaban al alcance de los numerosos extranjeros sospechosos, sin oficio ni beneficio, que pululaban en Arica desde los primeros meses de la declaratoria de guerra, y que no eran sino espías al servicio de Chile. (Esos huéspedes ingratos y peligrosos, fueron el mejor auxilio de sus compatriotas.— Paz Soldán)".

Calculamos que no es necesario ofrecer más detalles respecto a las obras de fortificación, salvo indicar que en la búsqueda de materiales, la Marina entregó todo lo que podía y en cuanto a personal técnico, contribuyó con el trabajo de sus contramaestres que se destacaron sobre todo en el movimiento de pesos. Como para las minas, el arma principal de defensa, se requerían pilas y alambres, las primeras fueron entregadas de la sección torpedos y los segundos se arreglaron despeinando los cables de la jarcia firme, de repuesto, que dio el **Manco Cápac**.

Capítulo IV

Incursiones de la Lancha Torpedera Alianza

Conocemos en qué circunstancias arribó la lancha torpedera **Alianza** a Arica; igualmente, cómo desde su llegada efectuó su misión con todo entusiasmo bajo el comando del Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila. La pequeña embarcación era muy delicada y su maquinaria requería un trato sumamente cuidadoso, pues en otra forma quedaría por completo inutilizada; se trataba de una arma nueva, todavía en estado de experimentación, que parecía ofrecer todas las posibilidades, pero que llevaba en ella todas las imperfecciones posibles de imaginar. Quizá lo más importante venía a referirse a la pequeña caldera que daba el vapor necesario para la propulsión. Así tenemos que del 18 al 31 de marzo llévase a cabo el examen de combustibles, resultando que no eran adecuadas las diferentes calidades de carbón conseguidas en el puerto de Arica. Pese a ello la **Alianza** efectuó varias exploraciones afuera del fondeadero durante las horas nocturnas, quemando un pésimo carbón, aun escogido entre el mejor lote con que contaba el monitor **Manco Cápac**.

Zarpaba por lo general entre siete u ocho de la noche, y en cierta ocasión aún a la una y media de la madrugada volvió a salir, por haberse notado en ese momento una luz sospechosa muy próxima al **Manco Cápac**, creyéndose que fuera alguna lancha torpedera chilena pretendiendo un ataque, lo que no pudo constatar-se. Ningún combustible de la localidad salió apropiado, desde que era necesario uno que no produjera casi humo negro espeso y tampoco desprendiera chispas, todo lo cual delataría a la lancha, impidiendo cualquier sorpresa, vale decir, anulando la condición indispensable en que debía navegar. No quedó otra solución sino conseguir en Tacna, de la Empresa del gas o de la Compañía del Ferrocarril determinada cantidad de carbón destilado, indispensable para que en sus obligadas correrías la embarcación no fuese descubierta por el enemigo y en conformidad con la misión de encubrirse propia de una lancha sin protección de parte alguna, construída con pino blanco de una pulgada de grosor en toda la extensión del casco. En vista de pasar los primeros días de abril sin que llegara el carbón destilado, mandó el Teniente Fernández Dávila al guardiamarina Juan de Mora, de su dotación, a Tacna, con el fin de abreviar el tiempo, obteniendo de una vez el pedido y si era posible algunos artículos más de uso necesario para la máquina. Ya conocemos cómo iban las cosas en Arica, donde faltaba de todo. Este oficial regresó portando una cantidad pequeña de carbón que por vía de prueba había sido destilado a diferentes horas de duración. La comprobación hízose al día siguiente, esto es, el 12 de abril, pidiéndose a la capital del Departamento del que dió los mejores resultados. Por segunda vez fue enviado el guardiamarina Juan de Mora a Tacna para conseguir con actividad el combustible indicado; pero sólo a fines de abril, después de muchas exigencias, pudo estar la lancha lista para funcionar correctamente en cuanto al carbón.

En el tiempo corrido del 1º al 11 de abril de 1880, víspera esta última fecha en que los de la **Alianza** obtuvieron las primeras muestras de carbón destilado, hubo la urgente necesidad de hacer una comisión el día 7. Fue el propio Coronel Bolognesi, Jefe de la Plaza, quien dio la orden al Comandante de la **Alianza**, para que zarpara reconociendo la costa hasta la Quebrada de Vitor, no

importando que empleara el carbón corriente y de pésima calidad. Existió la creencia en esos días, o falsa información, que se realizaba en un punto cercano a Arica un desembarque de tropas enemigas. Recordemos cómo prácticamente desde el 1º de enero de 1880, los chilenos estuvieron desembarcando en fuerza por diferentes puntos de nuestro litoral sur, sin oposición alguna: por ejemplo, puede citarse la incursión que se metió por Ilo hasta Moquegua en los primeros días de ese año; el nuevo y ya definitivo desembarque en Ilo el 25 de febrero; la ocupación de Mollendo el 9 de marzo, con tropas que reembarcaron el día 11, después de dejar ruinas y sangre, para alcanzar Ilo por vía marítima y reforzar los efectivos de ese puerto que había tomado el enemigo como base de operaciones. En efecto, conocemos que de allí partieron las columnas chilenas para dar la batalla de Los Angeles, el 22 de marzo de 1880, con la cual adquirieron el dominio de Moquegua y sus alrededores, vale decir una vía libre a fin de avanzar sobre Tacna; precisamente en el desarrollo de tales operaciones bélicas, ocuparon prácticamente desde el 20 de abril la caleta de Ite.

Tantas incursiones contra nuestro litoral, el que cada vez estuviera el enemigo más cercano a Arica, tenían que producir las más serias preocupaciones al comando de esa Plaza y por tal motivo, temiendo un desembarco al sur, se ordenó la exploración con la lancha **Alianza**. La lancha zarpó de su fondeadero a las 7 y 35 p.m., tomando rumbo sur hacia la Quebrada de Vitor, inspeccionó el tramo de costa, regresando sin haber avistado nada sospechoso a las 4 a.m., del nuevo día. Todo había sido normal, salvo un incidente digno de anotarse: se presentó un escape de vapor por el codo del tubo de unión entre la caldera y la máquina. Esta avería, juzgada al principio sin importancia, no fue así porque al parecer reparada con prontitud, volvería a manifestarse cuando menos se esperaba.

Recibido el combustible de Tacna en la cantidad adecuada, el comandante de la lancha **Alianza** la preparó para zarpar al día siguiente (que correspondió al 28 de abril), con la idea de buscar y atacar fuera del puerto a cualquiera de las naves de guerra enemigas; sin embargo, no tuvo lugar la salida en la noche, a consecuencia de que, cuando se levantó presión, era muy apreciable

el escape de vapor por la tubería reparada, al punto de ser imposible obtener la potencia necesaria para navegar. Felizmente, debido a la competencia del Primer Maquinista del **Manco Cápac**, se determinó bajo su dirección calafatear el tubo por segunda vez a bordo del Monitor, con lo cual quedó lista la lancha para salir el 3 de mayo. Copiamos a continuación el parte respectivo: "Arica 4 de mayo de 1880.— Señor Coronel Jefe de la Plaza.— S.C.— Habiendo zarpado anoche a las 7 h. 30 m. p.m. con la Lancha T. **Alianza** de mi cargo con el fin de perseguir y atacar al blindado chileno **Cochrane**, con preferencia a cualquier buque de los enemigos; y por orden de U.S. que sólo en un caso de no poderse evadir de alguno de ellos, atacarlo en caso de tener una retirada comprometida.— Tengo el sentimiento de manifestar a U.S. que en el tiempo que me ocupaba en buscar al enemigo bajo diferentes rumbos, rondando desde el N. al S., a una distancia de más de 30 millas afuera del puerto, no se pudo distinguir a ningún buque y navegando con firmeza para descubrirlos, antes que el tiempo ordenado para regresar al puerto, y no hacer visible nuestros trabajos. Eran las 10 h. 50 m. p.m., cuando me dió aviso el Fogonero de guardia, que atizaba la hornilla, que la caldera tenía un escape de vapor, y que estaba saliendo agua de ella y que apagaba los fuegos; inmediatamente hice que los Maquinistas reconocieran perfectamente si la avería era de consideración e impedía continuar la expedición; contestándome ambos que era de peligro y que ellos no respondían por los resultados si se continuaba en nuestro propósito. Entonces de común acuerdo con los demás Oficiales de dotación, resolvimos regresar al puerto aproximándonos a la costa S.E. de nuestro rumbo, y como a la 1 h. a.m. avistamos un vapor, que navegaba en nuestro paralelo con una distancia más o menos de una milla y reconocido por nosotros frente a la Quebrada de Víctor era el transporte chileno que hoy acompaña al blindado; pero como nuestro objeto no es atacar a un buque de tan pequeña entidad, y que más bien contribuiría esto a descubrir nuestro plan, procuré cambiar de rumbo y dirigirme a este puerto. Así navegué hasta las 3 h. 20 m. a.m., en que la avería notada en la caldera reventó por completo, produciendo el completo escape de vapor por la chimenea, quedando la lancha sin una libra de vapor y por con-

siguiente, sin movimiento a más de 6 millas afuera del puerto.— Nos encontrábamos en esta posición difícil buscando los medios de movilidad, cuando avistamos un pequeño bulto que demoraba al E., y con la duda de que si sería lancha enemiga o del **Manco Cápac**, cambiamos señales y felizmente resultó ser la del Monitor; y con segundas señales que se hicieron, se aproximó a nosotros y nos dió remolque al fondeadero por estar la lancha completamente al garete, por la avería que acababa de acontecer.— Este es el parte que tengo el honor de poner en conocimiento de U.S. para no haber llenado nuestros deseos, pues en nada ha dependido de nuestra parte.— Desde las primeras horas de hoy se halla en reparación la avería de la lancha a cargo del Primer Maquinista del **Manco Cápac**, por orden de su Comandante y los de su dotación; y espero que dentro de pocos días estaré listo para volver a ejecutar otra expedición que nos dé algunos resultados en favor nuestro si la Providencia nos protege.— Lo que pongo en conocimiento de U.S. y demás fines. Etc., etc.— (Fdo.) **Manuel Fernández Dávila**".

Al comandante de la **Alianza** no le fue bastante la nota que elevara al Coronel Bolognesi, sino que pidió una audiencia para referirle personalmente su juicio al respecto; efectivamente, durante la reunión le explicó que habiéndose hecho la avería de tan gran consideración, al extremo de quedar la lancha inutilizada para navegar, sintió que era su deber averiguar cuál era el origen del mal. He aquí las palabras de Manuel Fernández Dávila: "Se me informó por el Primer Maquinista de la dotación de mi propia lancha, que no era una avería nueva ni ocasionada por las diversas salidas en el puerto durante las noches; sino que ya había venido el citado tubo reparado por el dicho Maquinista en el puerto del Callao, antes de mi mando. Se malogró o abrió el tubo en la primera expedición que se llevó a cabo hacia el puerto de Arica, a principios de diciembre de 1879, cuando salieron las dos lanchas torpedos **Alianza** y **República**, bajo de otro mando y en convoy con el transporte de guerra **Talismán** y que por las averías regresaron al Callao desde el puerto de Pisco, al extremo que a la **Alianza** tuvieron que llevarla remolcada al fondeadero. De manera que con los viajes y patrullas de la lancha en Arica, cuanto sucedió fue que el tubo se volviera a abrir donde estaba compuesto de antemano".

Lo anterior está tomado del **Manifiesto** que presentaba el Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila, el 20 de enero de 1887, ante la Honorable Junta Calificadora de Servicios Militares, documento que principia con estas frases: "La prisión de trece meses veinte y siete días en San Bernardo (Chile), el tiempo de la ocupación de nuestro territorio y las diversas épocas anormales por la que ha atravesado la República, sin estar completamente organizado un Gobierno como hoy, me han privado de manifestar mis servicios al Supremo Gobierno en la Guerra con Chile, nuestro enemigo. Mas hoy que ha llegado la oportunidad lo hago por medio de la Honorable Junta Calificadora de Servicios Militares, pues jamás se hace tarde cuando se quiere manifestar hechos realizados que, por la naturaleza misma de ellos, no han salido de la esfera de los Principales Jefes y Autoridades del Puerto de Arica, donde me hallé en Comisión del Supremo Gobierno; y al no efectuar una relación de lo acontecido, quedaría todo en la oscuridad, y en la completa ignorancia de los trabajos ejecutados en aquel Puerto, con el fervor de un verdadero e inextinguible patriotismo; pues de otro modo dejaría un vacío que llenar y, tal vez, una censura de mi comportamiento en aquel tiempo".

Sabemos, asimismo, que el comandante de la **Alianza** puso en conocimiento del Coronel Bolognesi, que en vista de la gravedad del desperfecto, reunió una junta de especialistas formada por el Primer Maquinista del monitor **Manco Cápac**, con autorización de su comandante, y los de dos maquinistas de la dotación de la lancha, resultando del prolijo reconocimiento del tubo averiado, que no quedaba sino cambiarlo totalmente, por su mal estado, con uno nuevo. Habiéndose procedido a buscar inmediatamente los artículos y otros medios con objeto de llevar a cabo la reparación, no se encontró nada apropiado en el puerto, por cuyo motivo solicitaba el informante el permiso del Jefe de la Plaza para marchar personalmente a buscar todos los elementos a Tacna, con el Primer Maquinista de la **Alianza**. Mientras tanto la lancha quedaba encargada a los dos oficiales subalternos de su misma dotación. Accedió el Coronel Bolognesi, pero desgraciadamente ignoramos los comentarios que haría de estos hechos.

Precisamente por estos días de la entrevista, debíanse cargar las minas que por el flanco derecho de la Plaza, estaban destinadas a las dos eminencias de Cerro Gordo y las lomas que lo continuaban por el oeste; el Coronel Bolognesi cuya actividad era tan notable, durante sus inspecciones tuvo un cambio de ideas con el Ingeniero Elmore, que poco después vino a parar en un desacuerdo, al punto que este profesional expuso que no podía minar las dos eminencias y que por ello declinaba toda responsabilidad. Esto afectó mucho a Bolognesi, que ordenó un informe por escrito, como en efecto así lo hizo Elmore en dos oficios fechados el 10 de mayo, estableciendo que en todo trabajo propio del ramo de electricidad se declaraba a salvo de cualquier reclamo o culpa. Dice J. Pérez: "De allí que se encargó de esa operación al joven entusiasta y resuelto D. Pedro Ureta, jefe de la sección de torpedistas desde la separación de Leoncio Prado. El señor Ureta prosiguió los trabajos en el norte, llegando a cargar varias minas colocadas en el trayecto del Panteón al camino de Azapa, cerrado el paso por ese lado de la población. De advertir es que los trabajos se llevaron a cabo por esa parte a fuerza de la voluntad del Coronel Bolognesi que quería impedir un ataque por aquel lado, por más que la opinión del Ingeniero, manifestada por escrito y verbalmente en cuantas ocasiones tuvo, era de que precisaba aprovechar el tiempo en minar las baterías del este, todavía enteramente indefensas".

Ignoramos la fecha precisa en que el comandante de la lan-cha torpedera **Alianza** viajó a Tacna, acompañado de su maquinista, a tenor del permiso concedido por el Jefe de la Plaza, y con objeto de conseguir los materiales para reparar la tubería de vapor de la caldera con la máquina; sería entre el 5 y el 8 de mayo de 1880. ¿De qué se enteró y qué vió en Tacna el Teniente Fernández Dávila? El General en Jefe del Ejército Aliado era el General Narciso Campero, Presidente de Bolivia, quien ya había ejecutado una serie de operaciones disciplinarias, "estableciendo las tropas peruanas y bolivianas, en un orden alternado, es decir, en condiciones de actuar de consuno en la próxima y esperada batalla" (Mayor Alejandro Montani). Más tarde el General Campero, considerado no sólo como un experto militar sino de leal patriota y pundonoroso ciudadano, diría en su mensaje al Congreso

de su país: "Desde que me hice cargo del Ejército en Tacna, el General Montero, me manifestó que **tenía instrucciones especiales de Lima para no abandonar bajo pretexto alguno**, nuestra base de operaciones que la constituían Tacna y Arica. Como se ve, la elección del campo de batalla no fue hecha por los Generales de aquel Ejército, sino por el Gobierno de Lima; y ya sabemos que aquella línea no debió extenderse jamás delante de la ciudad, sino como vamos a demostrarlo, delante del río Sama".

El plan del General boliviano Campero quizá hubiera podido realizarse en los últimos días de abril de 1880, llevando en masa al Ejército Aliado sobre las márgenes del río Sama, estableciendo en ellas su línea de combate, en el momento que el chileno estaba dividido entre el camino de Ite a Sama y de Locumba, al mismo Sama, siempre y cuando que las tropas de Arequipa hubieran tenido tiempo y elementos para emprender una marcha veloz a Torata y de allí a Locumba, sin perder su contacto con el grueso del Ejército Aliado y en número por lo menos de tres mil hombres. No teniendo el Perú el auxilio del mar, sus tres concentraciones militares, Lima, Arequipa y Tacna-Arica, quedaban sin poder auxiliarse. Por otra parte la falta de equipo era terrible: sin calzado, capotes, bestias y forraje para maniobrar a largas distancias; por ello, las tropas de Arequipa recién levantadas, sin trasporte, sus movimientos tenían que ser lentos. En resumen, ni Bolivia podía ya en esos momentos finales poner un hombre más de los tres mil que agrupó en el Campo de la Alianza, ni el Perú recibió más efectivos de Arequipa. Debido a tal motivo sólo se opusieron 9,500 hombres a 18,000 chilenos. El 2 de mayo de 1880, el Ejército Aliado constituido por 22 cuerpos o unidades tácticas, salió de Tacna con dirección al que se llamaría Campo de la Alianza: "Fue sólo entonces que comenzaron a disiparse los temores y emulaciones que tanto habían alarmado a los jefes de las tropas, bolivianos y peruanos, renaciendo la moral y disciplina de aquella tropa, semirivales, sobre el mismo campo de la defensa de sus derechos. Sutil rayo de luz en medio de la penumbra en que mantuvieron su moral por varios meses. Recorrido el campo, determinada la fuerza de reserva y marcada la línea de batalla, hubo que descender sobre Tonchaca, o sea sobre la falda de la posición anterior" (Mayor Alejan-

dro Montani). Constituyó lo antes anotado un ejercicio para todos los comando de unidades, practicándose los denominados "ejercicios en línea" a fin de dar a la tropa un aproximado conocimiento de la magnitud de la batalla próxima. Las tropas regresaron a Tacna el día 4 de mayo y no volverían al Campo de la Alianza hasta el día 7 del mismo mes, en forma de que su ubicación definitiva sobre el teatro de la batalla a ofrecerse, sería el 10.

De modo que a su arribo a Tacna, el Teniente Fernández Dávila oíría el oleaje de comentarios respecto a los movimientos del Ejército Aliado y constataría la unión existente en esos momentos entre peruanos y bolivianos. El optimismo que reinaba constituía algo contagioso; la visita que el Comandante de la **Alianza** llevó a cabo al Contralmirante Montero, contribuyó más que nada a llenarlo de ilusiones. Dice Pedro Dávalos y Lissón: "Era Lizardo Montero un hombre de talento, a quien daban prestigio el conocimiento y el dominio que tenía sobre las personas. Era un valiente, tenía buena figura, fuerza física y un gran realce entre las gentes que poseían su carácter y su vivacidad. Había casado con una Elías, señora que, gozando de gran prestigio por ser una hija de don Domingo, lo relacionó mucho con personas de primera línea en el mundo social. Tenía condiciones para ser hombre de Estado, como en efecto lo fue. Sus amigos le adoraban, no sólo por su espiritualidad, sino por la forma íntima como les trataba, por el don de la palabra que poseía y lo feliz de sus expresiones. El espíritu de camaradería llegó en él al máximo, y nadie más ameno ni más chispeante en las horas en que en los centros de diversión se reunían con su círculo. En audacia nadie le ganó; tampoco en su falta de escrúpulos. Poseía lo que se llama vulgarmente sangre ligera. Hablaba de tú a los hombres de su intimidad, y sin excepción con demasiada franqueza. La gente de valer se resistía a tomarlo en serio y, como si hubiera sido una cosa y no una persona, decían de él: **Esto no sirve para nada**. Sin embargo, por su acción y por la importancia que Pardo le dio, fue un hombre de primera línea. En la revolución de 1874 se le confió una división de Ejército y con ella derrotó a Piérola en Chacalluta, lo que durante cuarenta días no pudo hacer Rivarola en la cuesta de los Angeles. Pardo le quería con gran afecto, y es de suponer que le apenaba sinceramente

no verlo completo y digno de la presidencia. Posteriormente a su candidatura fue senador, y en la guerra del Pacífico hizo un gran papel, salvando el honor de las armas peruanas en la batalla de Tacna''.

Ya con los materiales necesarios, de regreso de Tacna el Teniente Fernández Dávila, se emprendieron los trabajos lo más pronto posible a bordo del monitor **Manco Cápac**, luego se instaló el nuevo tubo en la **Alianza** y se repararon algunas pequeñas averías del casco.

El 17 de mayo estaba lista la lancha torpedera.

Cuando ya estaba por reanudar sus patrullajes, no pudo expedicionar en vista de la mucha iluminación de la luna, a lo cual se agregaba un horizonte completamente despejado; por supuesto, con un estado de tiempo así, la lancha debía mantenerse fuera de servicio por algo más de una semana, o lo que correspondiera a las noches alumbradas por la claridad de nuestro satélite. Sin embargo, no obstante las circunstancias atmosféricas tan desfavorables, el Jefe de la Plaza ordenó el zarpe de la lancha en cumplimiento de asuntos importantes del servicio, exponiendo que necesitaba esto el día 24 de mayo con una gran urgencia para llevar a cabo una descubierta al Morro de Sama.

En la conversación que el heroico Coronel Bolognesi tuviera con el comandante de la **Alianza** a fin de acordar los asuntos de detalle, le explicó que la disposición procedía de Tacna del propio Contralmirante Montero, para observar si efectivamente, según los informes obtenidos, el enemigo realizaba por la caleta mencionada alguna maniobra de desembarco de tropas, aprovechándose de esa situación para atacar a cualquiera de los buques chilenos que estuviesen ocupados en la faena anotada.

En esos instantes estaban los aliados en el prólogo de la acción de armas, a la cual vendrá corresponderle la categoría de primera batalla campal de la **Guerra del Salitre**. De nuestra parte, nada diremos en detalle ni con sentido crítico alguno, de "todos los incidentes precursores de esta batalla; el estado real del Ejército aliado; la capacidad de sus directores; el teatro en que se efectuó; los elementos que en ella intervinieron; las condiciones tácticas del combate y el limitado talento estratégico puesto a su servicio, ha-

brá de convenir que, la batalla de Tacna, librada entre los Ejércitos aliados Perú-boliviano y chileno, constituye una serie de inexplicables errores, en orden a la ciencia militar" (Mayor Alejandro Montani). Por lo pronto no existió en ningún momento un servicio de espionaje y vigilancia, capaz de calificarse de aceptable; tampoco había reservas ni comunicaciones rápidas con los centros poblados. El general chileno Baquedano tenía entonces a sus 18,000 hombres esparcidos en una gran superficie, pero su caballería estuvo bastante activa, realizando atinados reconocimientos que permitieron al Comando enemigo conocer cómo los aliados se habían instalado en el Campo de la Alianza; a mérito de esto, los chilenos realizaron el 22 de mayo un avance en fuerza de unos 1,200 hombres para conocer con el mayor número de detalles el emplazamiento y dispositivo de los fuegos peruano-bolivianos, consiguiendo su objeto al simular un ataque al campo aliado. Fue después de esta acción cuando Montero pretendió saber si los chilenos seguían desembarcando en la caleta de Sama; en el campo aliado no tenían una idea ni aproximada del volumen de tropas enemigas y recién el 25 de mayo, por unos arrieros capturados, advirtieron de los efectivos chilenos y se quedaron asombrados de la superioridad numérica del adversario. Recién, también conocieron que ya hacía algunos días se produjo el desembarco hasta del último soldado por Ite, elementos que venían a reforzar el grueso enemigo como tropas frescas.

Ciéndonos sólo a lo realizado, vamos a reproducir el parte del Comandante de la **Alianza**, que dice así: "Arica, mayo 25 de 1880. — Señor Coronel Jefe de la Plaza.— S.C.— En cumplimiento a la orden que U.S. me ha comunicado del Señor General en Jefe del Primer Ejército del Sur, para que haga una descubierta por el Morro de Sama; en el acto preparé la lancha de mis órdenes y se zarpa 30 m. después de haber recibido la orden de U.S. que eran las 9 h. 15 m. p.m. Con la escuadra bloqueadora enemiga, por babor, hice mi rumbo a la Caleta designada, a la que llegué a las 2 h. 20 m. a.m. y después de haber recorrido toda la ensenada de la referida Caleta, constaté que no existía ningún buque enemigo. Inmediatamente emprendí viaje de regreso con rumbo opuesto; pero la mar gruesa del S. y consiguiente brisa retardó un poco el

viaje, lo que ocasionó que a 15 millas al N. del Puerto, amaneciera y con tiempo claro avistamos a la Escuadra enemiga sobre el puerto, el blindado **Cochrane** por nuestra proa y la corbeta **Magalanes** por la amura de estribor, a cuya vista ordené e hice preparar la lancha como para defenderme y atacar de cualquier ataque muy próximo que me hicieran. Eran las 6 h. a.m. cuando me avistaron los enemigos por el N. y en el acto noté se preparaban a atacarme, lo que hicieron pocos minutos después, arrojándonos ambos buques toda clase de proyectiles, procurando el blindado cortarme la proa con sus fuegos y la corbeta a privarme de que tomase un rumbo más a tierra o a la costa; pues la corbeta llegó haciéndonos fuego a colocarse por la aleta de babor de la lancha, en cuyas circunstancias maniobré para atacar a la corbeta, a pesar de lo inaparente del tiempo; pero era del caso, lo que notó el enemigo y abandonó en el acto el punto que había tomado, dándome lugar con su retirada, a conseguir un mejor rumbo; no obstante que no cesaba el nutrido fuego que me hacían ambos buques, como U.S. lo ha presenciado, hasta entrar al fondeadero a las 8 h. 25 m. a.m.; felizmente con pequeñas averías.— Lo que pongo en conocimiento de U.S., a fin de que se digne poner en la inteligencia del Señor General en Jefe del Primer Ejército del Sur todo lo ocurrido.— Dios guarde a U.S., etc.— (Firmado) **M. Fernández Dávila**.

Es indudable que sin el hundimiento pavoroso que sobreviene en Arica sólo unos contados días más tarde, el heroico Coronel Bolognesi, buen juez en la materia, hubiera informado respecto al comportamiento de la **Alianza** y su tripulación en los términos más elogiosos, de modo que la superioridad, primero y el Perú, después, habrían conocido la hazaña; esto que parece subjetivo, no es un juicio personal y caprichoso que expresamos, sino algo que se deduce por su propio peso. A falta de la opinión de Bolognesi por la fuerza de las circunstancias, careciendo del sello que pudo ponerle con sus palabras el Anciano del Morro, cuanto hizo la **Alianza** quedó sin publicidad, salvo los testigos que salvaron la vida.

El 24 de mayo de 1880, con noche clara, zarpa la pequeña lancha torpedera **Alianza** de Arica tomando rumbo al Morro de Sama, a fin de vigilar si los buques enemigos estaban en ese pun-

to desembarcando tropas. Al no encontrar novedad alguna, regresa a su base; pero el viento y la mar gruesa la dejan avanzar muy lentamente, de modo que cuando rompe el día está a quince millas de su fondeadero y frente al blindado **Cochrane** y la corbeta **Magallanes**, que le cierran el paso. La **Alianza** fué avistada por los buques enemigos a las 6 de la mañana y pocos momentos después comenzaron a hacerle fuego, tratando de capturarla o de hundirla. Entonces el comandante de la pequeña embarcación, amenazó atacar con sus torpedos a las naves chilenas, lo cual las obligó a dejarle libre el paso. La **Alianza** rompió la línea, forzando el bloqueo bajo un nutrido fuego de sus adversarios de fusil, ametralladora y cañón; continuando hasta fondear en Arica a donde arribara a las 8 y 25 de la mañana, sólo con pequeñas averías. El **Cochrane** poseía seis cañones de 250 Armstrong, ocho cañones de 40 y dos ametralladoras Nordenfeldt; la **Magallanes** contaba con un cañón de 115, dos de 70, dos de 40 y dos de 20. La **Alianza** no tenía ni artillería ni ametralladoras; con su torpedo a remolque semejava un gigantesco escorpión, al que un disparo del enemigo podía hacer volar por los aires. Empero a la verdad era como una ala de la buena suerte, concedida por Dios a los valerosos.

Reparemos, como primer punto, que la lancha torpedera **Alianza** rompió el bloqueo de Arica, no uno de papel sino sostenido efectivamente por las naves de guerra chilenas; que ese hecho se realizó a plena luz del día, en forma airosa y por demás gallarda, pues la embarcación peruana privada de los medios para responder el fuego enemigo, durante más de dos horas estuvo expuesta a volar por los aires y continuó la navegación, sin pretender vararse en la playa ni rendirse, hasta alcanzar el puerto. De esta manera burló desafiante el bloqueo. Columnas de agua se levantaron a su alrededor y muchos proyectiles silbaron por encima de ella, pareciendo continua la crepitación de algunos cañones pequeños por lo seguido de sus disparos; frente a ese peligro la lancha luchó por su propio destino, maniobrando de un lado a otro con rápidos golpes de timón, puesto que las decisiones del Comandante se tomaban y ejecutaban instantáneamente en movimientos providenciales e inesperados. Constituyó tan singular manejo el único medio de salvación, procurando adivinar la direc-

ción del impacto mortal con energía y sin perder la cabeza por más de dos horas, interminables, eternas. Reparemos, como segundo punto, que la lancha engalanó su aventura épica con una circunstancia que valía comparativamente tanto como su hazaña de romper el bloqueo y que pudo en ese momento constituir su pérdida total; y damos tal importancia a ese detalle durante la lid, porque él solo hubiera sido suficiente a inmortalizarla. Nos referimos a cuando las dos naves enemigas mientras disparaban, iban procurando impedir el progreso de la lancha hacia el amparo de Arica, al punto que la corbeta llegó a colocarse por la aleta de babor de la **Alianza** y muy próxima a ganar la ventaja que buscaba, pues el mar agitado reducía el andar de la lancha sin suceder lo mismo con la nave, de modo que pronto se pondría entre aquella y la costa, o sea, que le quedaría cerrado el paso al puerto. Fue entonces que tuvo lugar el hecho de meter timón la **Alianza**, poniendo la proa a sus enemigos en disposición de torpedearlos a pleno día, pese a lo inaparente del tiempo; he aquí una maniobra singular en plena retirada, huyendo, por la cual pasó de perseguida a atacante: eso, que bien pudo durar unos segundos, con la roda apuntando al enemigo, el pigmeo frente a los gigantes, consiguió que los dos colosos se llenaran de temor, de verdadero miedo físico, capaz de hacerles cambiar de rumbo dejando la ruta despejada. Reparemos, como tercer punto, la desproporción entre los rivales y el fuego como enloquecido que efectuaron los chilenos; algo que no necesita comentario alguno.

Capítulo V.

Arica queda aislada

El 26 de mayo de 1880 nuestras esperanzas de que cambiara la marea de la guerra se hundían en un abismo de tinieblas y dolores. Conocemos cómo las razones de la derrota del Alto de la Alianza, pueden extenderse en todos los sentidos y, ciertamente, ellas poseen ramificaciones lejanas y profundas que, a no dudarlo, complican a todos los sectores del Perú. No fueron sólo los errores militares, la falta de apreciación de la importancia de los fuegos, la disposición a la resistencia a pie firme, la escasez de elementos bélicos, los hombres mal alimentados y peor vestidos, la inferioridad numérica, sin reservas que oponer al enemigo, etc.; sino que la culpabilidad toca a otras puertas, en especial a las clases más elevadas y dirigentes de la cosa pública. Tratándose de una batalla tan reñida cuando a la mitad de ella, como escribe un historiador: "las ventajas ganadas con tantos sacrificios, pasaban de un Ejército al otro con angustia indefinible: ¡y como si necesariamente se tratara de la destrucción de ambos combatientes!"; de una lucha donde la victoria estuvo en nuestras manos por largo rato, sus proyecciones son tales que aún hoy mismo contemplamos impotentes y con el corazón desgarrado, los episodios que

rápida-mente se sucedieron de aquellas horas capaces de arrojar al final un saldo sombrío: digamos las exclamaciones de entusiasmo patriótico de los soldados de la Alianza al iniciarse el encuentro, el ataque del Coronel Camacho con los batallones **Colorados** y **Aroma**, el rechazo de los enemigos que hacen los Coroneles Salcedo y Nieto, las cargas de caballería del viejo Coronel Albarra-cín, la acción del Batallón **Huáscar** con la mortandad que sufre principiando por los Coroneles Belisario Barriga y Jacinto Men-doza, la apuesta entre el Batallón **Colorados** y el **Zepita** del Coronel Cáceres; en fin, las pérdidas de los aliados de 150 oficiales y 2,500 hombres de tropa. En la cuenta corriente de esta batalla hay inscrito un total desastre del que en el fondo nuestros soldados no fueron responsables. El optimismo de estos hombres se encontró de la noche a la mañana ante una realidad espantosa y fueron li-teralmente aplastados como por un golpe de clava. Pedro Dávalos y Lissón ha dicho: "Fue la acción de Tacna para el Ejército unido espléndida manifestación de valor, de unidad, de camaradería, de cooperación mutua y de pericia militar. El **Zepita** y los **Colorados** quedaron en cuadro".

Hemos expresado en anteriores líneas que el Contralmirante Montero, por orden del Dictador Piérola, no tenía más plan sino la defensa de Tacna como "el objetivo principal de la campaña"; su pensamiento se basaba en el empleo de la vía férrea a Arica, ha-ciendo en este punto o en sus inmediaciones, una última resisten-cia, de modo que no quedara abandonada la Plaza del Morro. Es decir, cualquier repliegue intentado por Montero, tenía de todas maneras la dirección fija de Arica: esto lo sabía muy bien el Co-ronel Bolognesi. Por su parte el enemigo calculaba lo mismo, no pudiendo pasar ignorado para Baquedano, quien a cada momento planeó impedir la retirada hacia el mar de las tropas peruanas de Tacna, sobre todo siendo los chilenos los que maniobraban, favo-recidos por la inmovilidad relativa de los Aliados. Montero podía tener la mejor voluntad de este mundo, empero al salir derrotado eran las circunstancias las que se imponían. Reparemos en las pa-labras de Dellepiane: "Pero, parece que Baquedano quería, pre-cisamente, impedir la retirada hacia Arica, prefiriendo que el ene-migo se replegara al interior a fin de separar los dos agrupamien-

tos de tropas aliadas. Efectivamente, el Ministro de la Guerra y Baquedano sólo habían hecho desembarcar en Ite los elementos de vida más necesarios para un corto período de tiempo, conservando los demás a bordo con la mira de abastecer al Ejército por Arica **tan pronto como esa plaza fuera tomada**, y en estas condiciones el Comandante en Jefe chileno quería aislar Arica, cuyas defensas eran muy temidas como veremos después, a fin de apoderarse de la plaza con la mayor premura para recobrar sus líneas de comunicación por la vía marítima. De este modo Baquedano pensaba vencer dos resistencias sucesivas, en orden decreciente, facilitando la tarea de sus tropas y procurando obtener frente a Tacna una victoria que, simplemente, le abriera el paso hacia Arica, aunque no ocasionara la destrucción completa de las fuerzas aliadas".

Prácticamente terminó la batalla del Campo de la Alianza, cuando Montero que mandaba el ala derecha aliada, habiéndose producido ya la total derrota del ala izquierda y con objeto de no verse envuelto, tuvo que dejar la posición que ocupaba y retroceder a Tacna. Pensó el ilustre marino resistir en los extramuros de la Ciudad Heroica, en el barrio del **Alto** de Lima; mas bien pronto se dió cuenta de lo inútil de tal sacrificio, siguiendo por el camino de Pocollay sobre Pachía, "a cuyas inmediaciones descansó en el fondo de una pequeña quebrada". Los restos del ejército boliviano, con el general Campero, a partir de las cercanías de Pachía, tomó por las faldas del Tacora el camino a su país. La alianza que nos costara tanta sangre y tantos sacrificios de todo orden, quedaba disuelta. Nos significaría aún mayores vejámenes y torturas, con todo el horizonte terrible de la guerra, abierto por largos años, como única perspectiva: panorama siniestro de maldad y horror.

Se hacen dos cargos al comandante del ejército peruano, que después de la derrota del Alto de la Alianza, se internó en la serranía. Es el primero que no se enviara la infausta nueva del desastre al Coronel Leiva, quien llegado a Locumba sólo se enteró de los acontecimientos por los dispersos. El segundo reparo consiste en que nada hiciera Montero por darle a conocer el resultado de la batalla a la guarnición de Arica, "cuya pérdida dejaba a

ese glorioso grupo de soldados en la más espantosa incertidumbre respecto de las operaciones a que debía ajustar su conducta" (Mayor Alejandro Montani).

Tocante al primer punto, diremos que el Coronel Leiva partió de Arequipa a socorrer el Ejército de Tacna, el 19 de mayo, llevando una división de reclutas en número de unos 2,000 hombres o quizá 3,000, con objeto de situarse entre Tacna y Locumba, para intentar un contra-ataque sobre el flanco izquierdo y retaguardia chilenos. El 26 estaba Leiva en Torata, habiendo poco antes establecido contacto con Montero por medio de propios; luego avanzó a Moquegua, adonde llegó el 28; el 30 estuvo en Locumba, a cuya llegada conoció de la Batalla del Alto de la Alianza. Dice Dellepiane: "Leiva tuvo noticia de la batalla realizada cuatro días antes por un telegrama de Bolognesi, transmitido de Arica vía Mollendo, en el que éste indicaba **que defendería la plaza de Arica a todo trance**, pero que había facilidades para salvarla si el Segundo Ejército atacaba a Baquedano en Tacna o si lograba introducirse en Arica, en socorro de los defensores. Leiva comprendió la indicación de Bolognesi de manera muy diferente y, dando todo por perdido, se dirigió por Sinto a Mirave donde llegó el 1º de Junio, después de una marcha forzada. De este lugar envió propios en busca del general Campero pidiéndole un punto de reunión, y, sin esperar respuesta, continuó al norte procurando alcanzar Arequipa. El 8 de junio el Segundo Ejército se hallaba nuevamente en Torata, cuando su jefe recibió una orden telegráfica del Dictador para que las tropas se dirigieran a **salvar Arica**; pero Leiva, que ya había sido informado desde Arequipa, por telégrafo, de que aquella plaza estaba en poder de los chilenos desde la víspera, continuó sobre esta última ciudad que alcanzó el 15".

Vemos que Leiva no operó en tiempo oportuno, a fin de efectuar una marcha de flanco contra las fuerzas chilenas, que progresaban contra Tacna. Tampoco le fue posible reforzar la guarnición de Arica, desde donde Bolognesi una y otra vez telegrafió, creyendo que las fuerzas de Arequipa estarían cerca, "**apure Leiva**". Por lo demás, aquellos efectivos salidos de Arequipa, carecían de armas y municiones. Dice Basadre: "Desde Arequipa había avanzado Leiva con más o menos 3,000 hombres del Segundo Ejército

del sur, ocupando Moquegua el 28 de mayo, dos días después de la batalla de Tacna. Ese día recibió un telegrama del Coronel Bolognesi comunicándole la derrota y agregando: "**Arica se sostendrá muchos días y se salvará perdiendo enemigo si Leiva jaquea aproximándose Sama y se une con nosotros**". Por otros conductos, Leiva tuvo noticia de la magnitud de la catástrofe y regresó a Arequipa, a donde llegó el 13 de junio. Acerca de la calidad de sus tropas, no ocultó en sus comunicaciones oficiales un completo desaliento. A mediados de mayo sólo un batallón tenía uniforme y muchos soldados vestían con la jerga con que salieron de su terruño; no había ninguna clase de cartucheras y corraje; en vez de zapatos calzaban ojotas; y el armamento consistía en una mezcla de rifles **Peabody, Remington, Chassepot y Minié**, todavía en mayor confusión que en Tarapacá. Ni un solo ejercicio de fuego hasta entonces se había intentado y gran parte de la tropa ignoraba hasta el manejo del rifle. Faltas más graves minaban la disciplina. En contraste con la pasividad de Leiva, montoneras audaces, cuyos cabecillas Albarracín y el cubano Pacheco, lograron perdurable popularidad local, hostilizando a los chilenos en el interior del departamento de Tacna".

Ahora nos tocaría preguntarnos, por encima de la debilidad y miseria de su tropa, por encima de toda deficiencia: ¿se dio cuenta Leiva de cuál era el centro de gravedad de la lucha? ¿Arica o Tacna? ¿Regreso a Arequipa? Claro está que es cuestión muy delicada la decisión de correr los grandes riesgos y pocos hombres están en condiciones para medir las repercusiones que puede tener sobre el conjunto de una campaña un fracaso sufrido por uno de los componentes. Empero, era obvio que si iban a ser batidas las fuerzas principales en Tacna, todas las demás se encontraban, a su vez, arrastradas sin remisión en la catástrofe.

Todas las catástrofes presentan infinidad de relatos contradictorios y la de Arica no podía ser una excepción; menos aún, cuando ella se produce por acción de una batalla y existen narraciones de las dos partes que chocan entonces. Ni aún de un mismo lado, todas las versiones se acomodan en un sentido uniforme y sería fácil llegar a este convencimiento leyendo a Wilhelm Edkahl, a Vicuña Mackenna, a Mariano Felipe Paz Soldán, a Dellepiane, a

Gonzalo Bulnes, a Gerardo Vargas, etc. Hay episodios tan cambiados por unos y otros, que al parecer nadie podría extraer la verdad. Este es el caso de Leiva a quien Bolognesi, sitiado por mar y tierra, esperó inútilmente que llegase en su apoyo. Gerardo Vargas Hurtado fue un ariqueño, de muy distinguida familia, que fue testigo del heroísmo peruano en 1880 y como dice un comentarista: "Esas impresiones recogidas en su niñez, alimentadas en su adolescencia y robustecidas por una lucha viril durante 31 años, adormecidas a veces, exaltadas otras, por el relato de los propios actores, por la romería de los deudos a los lugares sagrados, por el juramento de los que después han muerto en la tierra irredenta inculcando a los suyos la promesa vengadora, dan a la **Historia de Arica** escrita por Vargas, toda la sensación de una tradición de glorias e infortunios..." (Teniente Coronel José Ricardo Luna). Precisamente Gerardo Vargas es uno de los que ataca con más dureza a Leiva. Nos quiere demostrar que Leiva desoyó los reiterados mensajes de Montero para que acelerase sobre Tacna, no pasó de Locumba y cumplió así cierta consigna que tenía de **marchar con pies de plomo**. "Prefirió vivaquear en ese pueblo con la fuerte división de su mando, que contrariar la maldita orden, cuando sólo dependía de él la derrota del ejército chileno en Tacna. ¡No quiso tener la gloria de colocar un laurel más al de Tarapacá en la frente de la Patria! Al saber del desastre de la Alianza, contramarchó hacia Arequipa, ingresando a esta ciudad juntamente con el ejército derrotado en Tacna. A través de la oscuridad del cielo de Bolognesi, parece que éste columbraba un rayo de esperanza: el esperado auxilio que nunca llegó...". Vargas deduce esto del tenor de los telegramas que Bolognesi dirigió al Contralmirante Montero y al Prefecto de Arequipa, autoridad ésta que procedió con encomiable actividad, trasmitiéndolos inmediatamente después al "indolente" Leiva.

Para Vargas, lleno de pasión patriótica, Leiva permanece sordo y mudo a los llamados de Bolognesi y regresa a Arequipa; escribe el ilustre ariqueño un cuadro que pasa a las generaciones actuales y las llena con la indignación que él está poseído. Aún hoy mismo los oradores de las Sociedades Patrióticas repiten los conceptos anteriores. Vamos a oírlo en otro aspecto: "El 30 de ma-

yo, en el camino de Locumba a Moquegua, en circunstancias que regresaba con su Ejército a Arequipa, recibió Leiva el telegrama en que el Coronel Bolognesi reclamaba su presencia. Creen algunos que si hubiera atendido esta llamada, otra habría sido la suerte de la guarnición ariqueña; pero Leiva lo pospuso todo a la disciplina y a la obediencia... políticas. Sin embargo, alguien nos ha observado, sin duda con el objeto de cohonestar la actitud de Leiva, pero con sobra de fundamento, que éste hizo bien en contramarchar, porque al haber expedicionado sobre Arica, habría sido destronado por el Ejército chileno, victorioso en Tacna, pues para llegar a aquel puerto, habría tenido que hacerlo forzosamente por la vía de Tacna, toda vez que los **altos** de esta provincia y los de Arica, son pobres en recursos y sus caminos abruptos y llenos de dificultades para transitar por ellos, a pie. Después de la derrota del Campo de la Alianza, se imponía, en verdad, la contramarcha de Leiva, quien evidentemente, tuvo tiempo de más para llegar a Tacna una o dos semanas antes de aquel desastre y contribuir al triunfo del Ejército Perú-boliviano. Pero los días de la ciudad desgraciada estaban contados; sus defensores con visión clara de la suerte que les esperaba y conscientes de sus deberes cívicos, habían jurado caer en la demanda antes que rendirse. ¡Sublime resolución, que cumplieron con sin igual denuedo!"

Pasemos al asunto de Montero. La primera crítica que se le ha hecho, consiste en calificar de verdadero absurdo que en la Plaza de Arica, se dejara en ella una guarnición insignificante para su defensa, la cual en cambio pudo ser de gran eficacia en el Alto de la Alianza. El Mayor Alejandro Montani en su obra **Artículos Militares** (1907) dice: "Como la posición de la Plaza de Arica dependía del éxito de la primera batalla; su guarnición no tenía por qué ser mayor que la indispensable al servicio de su artillería y con sólo 500 hombres, ese servicio habría sido completo, permitiendo traer como reserva del combate principal, a los mil soldados valerosos, dejados allí sobre el **morro histórico**, al mando del inimitable Coronel Bolognesi y sus valientes compañeros". Este concepto lo repite el citado autor y como ejemplo sólo copiaremos de la parte que titula **Una visita al Campo de Batalla de Tacna** (17 años después) las siguientes frases: "¡Bolognesi y sus bravos cama-

radas, al frente de mil soldados, estaban allí ¡allí! ¡a 14 leguas de distancia, unidos por ferrocarril! ¡a una hora tan solo del campo de batalla! Y si su suerte no hubiera estado enclavada, en aquel hermoso pedestal de gloria, aunque la orden del Dictador, lo aislaba del campo de Tacna, para exponerlo infructuosamente como a Leiva, nosotros que en punto al éxito de una jornada militar, cuyos detalles no podía jamás apreciar un **Capitán General** desde Lima, habríamos desobedecido su orden de mantener aislada la división de Arica trayéndola rápidamente sobre el campo de batalla para responder con nuestro arrojo al Dictador, y con un espléndido triunfo a la República! a cuyo festín indudablemente se hubiera asociado el mismo Capitán General. Pero, ¿a qué desgarrar el pecho, con estas dolorosas referencias?". Arica, teniendo una guarnición insignificante, podía haber sido víctima de un golpe de mano chileno, con un desembarco en fuerza cercana al puerto. Por otra parte, Arica desguarnecida iba contra el plan de Montero de replegarse sobre ella, porque en caso de una derrota le quedaba el camino cerrado para hacerlo, pues la hubiera ocupado el enemigo y no era fácil recuperarla con tropas cansadas y desmoralizadas después de un duro quebranto. Arica en las condiciones de abandonada por su guarnición, iba contra las órdenes de la autoridad suprema, del Dictador, de modo que en caso de una catástrofe habría lapidado a Montero y, con cualquiera resultado, se agregaba más desorden del que ya existía, si era posible crear más desconcierto que el de entonces; empero, el caos estaba a un paso. Por lo demás, consideramos que ya Dellepiane con su autorizada opinión nos libra de todo comentario; este crítico militar sostiene que "la idea, también expresada, de que las fuerzas de Bolognesi llegaran por ferrocarril en el momento mismo en que se realizaba la batalla, tiene mucho de utópica y poco sentido práctico de las realidades del combate".

Después de la derrota de Tacna, indudablemente y sin que nadie lo niegue, quedó la Plaza de Arica sola, aislada del socorro peruano y perdida desde ese momento; pero de ello no tuvo culpa alguna Montero. Muchos escritores militares parecen indignarse por el motivo de que el Contralmirante no informara con la debida amplitud a Bolognesi de cuanto le había sucedido y en la forma que se

llevaba a cabo la retirada peruana; alrededor de este punto, la mayoría de los historiadores que vienen tomando parte año tras año en las ceremonias patrióticas, dan a entender como si se hubiera cometido, materialmente a propósito, una tremenda falta y jaun con visos de calificarla de delito castrense!

Una de las principales piezas para la acusación la constituye el parte oficial del Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas de Arica, Coronel don Manuel C. de la Torre, escrito mientras estaba preso a bordo del vapor **Limarí**, del que copiamos las líneas que nos interesan: "El valiente Coronel Bolognesi, jefe de la plaza, no recibió ni al siguiente día del 26, ni nunca, propio ni comunicación oficial alguna, que dando a conocer el estado en que había quedado nuestro Ejército y el punto a que se retiraba, le indicase la norma de conducta que debía seguir la plaza de Arica y la determinación o planes que se proponía adoptar el Director de la guerra o nuestro General en jefe. Sólo se supo que Tacna había sido tomada, y desde luego se mandó imposibilitar el uso de la vía férrea y se emprendió los trabajos de la defensa de lícito empleo en la guerra, que acrecentara en algo el poder de la fuerza defensora.— Resuelta en Junta de guerra la defensa de la plaza, en obediencia de una orden del General Montero dada con fecha 24, para el caso de un fracaso de nuestro Ejército en Tacna y determinado el plan de defensa, cada uno de los jefes y secciones de las fuerzas terrestres y marítimas ocuparon su puesto, resueltos todos a un sacrificio seguro, pero de profícuos resultados, en la convicción de que se seguía un plan bien meditado y de segura salvación para el honor y los intereses de la Patria.— Muchos propios se hizo al General Montero, sin obtener contestación alguna. Estábamos a oscuras, pero todos resueltos a la defensa hasta el último trance para dar tiempo de operar a nuestras fuerzas del Norte".

Respecto del anterior parte oficial del Coronel La Torre, comentó en 1907 el Mayor Alejandro Montani: "Como se ve, por estos gráficos conceptos, la situación de los defensores de la plaza con relación a la jefatura en jefe de nuestro Ejército, fue de completo e irritante abandono. Sin noticias sobre la magnitud del desastre experimentado en Tacna el día 26, sin indicios siquiera del paradero del ejército, ni de las tropas enviadas de Arequipa, a ór-

denes del Coronel Leiva; sin indicios del camino de retirada que hubieran podido seguir; sin explicaciones del plan estratégico que debía efectuarse; sin presunción siquiera que los aproximara a la verdad de los sucesos, los defensores de Arica, demostraron una entereza poco común y heroísmo a toda prueba, procediendo como procedieron. Pudieron dejar el campo siguiendo hacia al Taca por Choquelimpie; pudieron aceptar una capitulación honrosa; pudieron, en fin, luchar hasta cierto momento en que su actitud había cubierto ya de honor las armas del Perú; pero existía en ellos una **sospecha**, una **falsa creencia** y la conciencia del cumplimiento de un **deber**; y en ejercicio de estas tres razones, tocaron la inmortalidad haciéndose héroes! Veamos cómo: La última orden del General Montero transmitida al Coronel Bolognesi, el día 24 de mayo, preveníale la probabilidad de un fracaso en el Ejército de Tacna y para ese caso, le exigía la resistencia de Arica, a todo trance; llegando hasta indicar la conveniencia de hacerla estallar como una mina en que confundidos sitiadores y sitiados, diera un ejemplo de obediencia militar al mundo entero. Consiguientemente a esta orden, más fácil de transmitirse que de ejecutarse, los jefes de la plaza presupusieron con el más racional criterio que en Tacna, se les contemplaba como los elegidos a ser la base de una operación estratégica de matemáticos resultados; pero que les demandaba el consciente y admirable sacrificio de sus vidas, sin lugar a dudas ni vacilaciones. Tal fue la sospecha que dominaba a los heroicos defensores del Morro!.. Ya, en nuestra narración sobre la batalla de Tacna, hemos tomado las palabras del General Montero, respecto del absurdo empeño de debilitar el Ejército aliado, dejando en Arica una guarnición de **mil seiscientos hombres** sin posible protección y hemos visto también, que tal monstruosidad militar le fue ordenada de Lima por el Supremo Director de la Guerra.— El Coronel Bolognesi en Arica quedaba, pues, por este medio como el General Dupont, en su campaña de **Córdoba a Bailén**; es decir, sin que ninguno de sus correos (propios) llegara jamás a manos de los generales de Tacna, ni a las del Coronel Leiva a quien compararemos con el General Bedell, cada vez más distante del objetivo militar de **Sierra Morena**.. Con una particularidad más curiosa aún: las desgracias militares del presuntuoso

General Dupont, comenzaron el día 7 de junio de 1808; y las de Arica terminaron el 7 de junio de 1880. La alteración del cero, habría hecho de estas dos jornadas una sola fecha!... **La falsa creencia** de estos valientes soldados de Arica, fue la de la importancia decisiva que dieron a las minas subterráneas de que estaban rodeadas las baterías de la defensa en la parte baja del **morro** y sobre **Azapa**. Estos depósitos y aquellas acciones a lo Ricaurte, habrían sido factibles en el término de la defensa, en un corto radio, pues, no era dable presuponer muchos héroes entre **mil seiscientos combatientes**, por mucho que una porción considerable de ellos resultaron tales en verdad.— El incendio de la santabárbara debió efectuarse en el mismo **morro**, lugar en el que, como último y fatal parapeto de la resistencia, debía concurrir el enemigo con el mayor número de tropas disponibles. Las minas colocadas en diversos puntos del valle de **Azapa** y en **Chacalluta**, no podían tener mayor éxito o un éxito conveniente, desde que, los chilenos, temerosos de ellas, tratarían de evitar su contacto, ofendiendo las baterías de la defensa, desde la falda o cima de las colinas y cerros inmediatos, hasta conseguir dominar por la parte del Este las del morro, con cuya adquisición tocaban el más completo triunfo. Este raciocinio trivialísimo, si existió en el primer Consejo de Guerra presidido por el Coronel Bolognesi, fue descuidado —sin duda— por creerse que ese punto dominante de las colinas y cerros del Este, debía ser precisamente el campo elegido por las tropas derrotadas en Tacna o las del Coronel Leiva, para rescatar la plaza, cobrando bien caro el triunfo del 26, a los chilenos".

Fue Vicuña Mackenna uno de los primeros en sostener la falsedad de que Montero abandonó a Bolognesi, casi deliberadamente, premeditación que nunca existió. Claro que en la vía de la calumnia, miles de escritores chilenos dejan muy atrás a Vicuña Mackenna y sería suficiente citar a cierto individuo que en **La Reforma** de Arica, el 6 de junio de 1914, afirma: "Es bueno saber, también, que el General peruano Montero no fue de opinión que se resistiera en Arica, como se expresa en un parte que se encontró poco después de la ocupación de Arica, dirigido a Bolognesi, y que decía: —**Coronel: No piense en resistir, que la ira de Dios ha caído sobre nosotros.— Montero**". Semejante falsedad la comenta Var-

gas en **La Batalla de Arica**: "La inexactitud de este despacho salta a la vista en el acto. Mientras Vicuña Mackenna transcribe en su obra la orden terminante de Montero para hacer volar la Plaza, el escritor chileno de **La Reforma**, hace mérito de un telegrama inédito hasta entonces, de su propia cosecha, por mejor decir. Si Bolognesi hubiese recibido tal orden o insinuación, se habría referido a ella en los dos Consejos de Guerra que celebró con sus Jefes; por el contrario, su respuesta al Parlamentario chileno: —**Tengo deberes sagrados y los cumpliré quemando el último cartucho**, está probado que existía el mandato de defender la Plaza a sangre y fuego. En segundo lugar, el día del combate de Tacna, Bolognesi no recibió ningún telegrama de Montero, según se verá más adelante; lo que evidencia la falsedad del fraguado por el escritor de aquel diario chileno de Arica. Finalmente, y a mayor abundamiento, si hubiese existido dicha orden, Bolognesi no habría despachado, como lo hizo, varios propios en busca de Montero, a quien esperaba con los restos del Ejército Perú-boliviano, destrozado en el Campo de la Alianza". Felizmente son conocidos todos los mensajes telegráficos que recibió Bolognesi y que, a su vez éste envió. Gerardo Vargas H. menciona un folleto intitulado **Apuntes biográficos del Dr. Pedro A. del Solar**, impreso en 1890, en la imprenta de Torres Aguirre, en cuyo texto hay las siguientes líneas: "Derrotado nuestro Ejército en el Campo de la Alianza, no fue el Dr. Solar a llorar la desgracia de la Patria a una escondida aldea (Tarata). Calculó que, unidas las fuerzas que había en Arica, a las rezagadas del Coronel Leiva y a las que él se prometía reorganizar, podría darse un golpe audaz a los enemigos y arrancarles el laurel que, fresco aún, batía en medio de los trasportes de la victoria. Con este fin, dirigió al Coronel Bolognesi una carta en la que trataba de persuadirle de que lo que mejor convenía al fin práctico de la Guerra era evitar un sacrificio que, por glorioso que fuera, siempre sería estéril. Comisionó al señor Coronel Pacheco Céspedes, para que condujera esa comunicación. Ella no pudo llegar a su destino, a pesar de los grandes peligros que el comisionado sufrió, y quedó consumado el sacrificio de Bolognesi y de sus heroicos compañeros. Lampo de luz que se destaca del fondo oscuro de nuestra derrota, como un faro que alumbra y señala el camino del deber

en la noche de la desgracia". Pacheco de Céspedes avanzó hacia Arica hasta las alturas de Putre, acompañado del Subteniente Arturo Cornejo; pero se detuvieron ante el muro formado por los chilenos. ¿Confundieron los historiadores enemigos la comunicación de Del Solar con el supuesto telegrama de Montero? No lo creemos; su deseo significó sólo dejar una calumnia, por si daba buenos resultados a favor de sus puntos de vista y manchaba el honor de un gran peruano. Dice Gerardo Vargas: "No regresó a Arica ninguno de los propios que despachó Bolognesi con mensajes para Montero; no obstante, tanto el Jefe de la Guarnición, como sus Capitanes, creyeron en un principio que los derrotados de Tacna se replegarían hacia Arica, lo que parece estaba acordado de antemano; pues no se explica de otra manera el hecho sugestivo de que, desde las primeras horas de la mañana del 26 (Mayo), estuvieran listos en la primera de las ciudades citadas, con sus máquinas encendidas, varios convoyes del ferrocarril, sin duda con el objeto de transportar al Puerto las legiones aliadas, en momento dado. La magnitud del desastre desbarató este plan, que, a haberse realizado, no habría hecho sino demorar algunas semanas la caída de Arica, toda vez que el Ejército invasor contaba con numerosas reservas y recursos de toda clase".

Capítulo VI

Preparativos de la Defensa

Quizá pocos escritores como Pedro Dávalos y Lissón han presentado la hazaña en su aspecto moral y de tragedia heroica: "Arica flota por encima de los más brillantes y heroicos hechos militares de la guerra emancipadora americana. Muchos de esos épicos sucesos fueron provocados, como San Mateo en Colombia, por la fuerza de los sucesos. Allí, como en otras partes, no quedaba otra cosa que vencer o ser vencidos. En Arica la esperanza de vencer quedó descartada desde el momento en que la victoria de Tacna quedó por los chilenos. Pudo Bolognesi, a quien las leyes de la guerra concedían una honrosa capitulación, haber salido de la plaza a tambor batiente y bandera desplegada, como lo hizo el valiente Rodil. Pudo, sin desmedro de su honra y cumpliendo órdenes de Campero, haber abandonado el Morro antes de que los enemigos se acercaran. Procedió con fiereza y nada de esto hizo, porque quiso lavar la afrenta de San Francisco, quiso darle a la Patria un día de gloria que fuera impercedero, que nunca más

podiera borrarse de la mente de los peruanos. Quiso enseñarles a morir heroicamente como patrióticamente había muerto Grau, que combatiendo con siete buques bizarramente y con el espolón, con valor espartano embistió al coloso **Cochrane**. Falto el Perú de armamentos terrestres, de buques, y lo que era más grave, de un general, quiso Bolognesi levantar el espíritu patrio a la altura de la inmortalidad, espíritu que después en muchos casos aislados tuvo heroica repercusión. . . Arica más que Angamos ha redimido al Perú. El suceso año tras año se rememora con creciente veneración. Tropas, pueblo, veteranos y autoridades políticas desde el Presidente para abajo, reúnen cada Siete de Junio ante la estatua que representa al Inmortal, y juntos renuevan el juramento de volver a colocar al Perú en la condición territorial en que se encontraba en 1879. . . No valen todos los millones que ha producido el salitre lo que importan la grandeza moral y el supremo poder de voluntad que Angamos y Arica nos han enseñado. Son nuestras glorias las que han hecho el Perú de nuestros días". Estos conceptos y algunos otros semejantes formaron una norma y se tomaron como precepto y modelo. Honorablemente una circunstancia así no facilitaba la ruda, implacable y molesta labor del análisis, con la traducción imperiosa y vulgar de la sola verdad. Procedieron del modo antes indicado aquellos escritores del 1900 y algunos años siguientes, debido a una expresión cabal de la necesidad del momento en que se vivió por entonces, aunque más no fuera que como contraste con los errores cometidos, sobre todo en la Guerra del Salitre y aunque más no fuera como aspiración a redimirse del pasado. Precisamente el recordado Coronel Aurelio García Godos sostenía en un discurso de orden pronunciado en la sesión especial conmemorativa de la gloriosa Epopeya del Morro del 7 de junio de 1947, en la **Benemérita Sociedad Fundadores de la Independencia**, el sentido de la **preocupación dominante** que debía tenerse presente en cada época al formularse un juicio, preocupación que dirige el pensamiento, los sentimientos y las actividades de los pueblos y de los individuos, y que explica lo que de otro modo resultaría inexplicable. "Pero en Historia explicar un hecho no es justificarlo; a veces explicación y justificación pueden ser coincidentes, pero otras veces no, porque los hechos son determinados por fuer-

zas individuales o colectivas impulsadas por instintos, pasiones, intereses o prejuicios".

Disculpar el error y hasta perdonarlo, no impide el corregirlo; comprendemos los motivos, empero no podemos autorizar aquello que no está ceñido con la verdad. Y si algunas líneas hemos gastado refiriéndonos a la actuación del Contralmirante Montero, sólo hemos obedecido al imperioso mandato de ser verídicos. Podemos añadir todavía que otros argumentos para atacar al benemérito marino se han querido sustentar en los diversos telegramas, aun repetidos dos y tres veces al día, que el comando de Arica dirigió tanto al Prefecto de Arequipa como al Contralmirante Montero, por medio de los cuales se urge a que se les envíe refuerzos o se vea el medio de distraer parte de las fuerzas enemigas que les asedian. Citemos el conocido telegrama del Coronel La Torre, expedido el mismo día de la Batalla de Tacna que reza así: "Arica, 26 de mayo de 1880.— 8 p.m. Señor General Montero.— Pachía. — Dice el Coronel Bolognesi que aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica. Háganos propios, comuníquenos órdenes y noticias del Ejército y de los auxilios de Moquegua.— **Manuel C. de la Torre.**— Jefe del Estado Mayor General". Sólo un apuro muy grande explica por qué el citado telegrama no va firmado por el Jefe de la Plaza; por otro lado, quizá la mejor contestación a él reposa en el parte de Montero, remitido desde Tarata el 29 de mayo de 1880 al Secretario de Guerra: "Sin más tropas que las que formaban en primera línea, hemos resistido el doble ataque de las fuerzas enemigas por el flanco y por la retaguardia, hasta que la inmensidad del número obligó a nuestros bravos soldados a emprender la retirada sobre Tacna con el propósito de renovar allí el combate. Persuadido al fin de la inutilidad de mi propósito, abandoné la ciudad después de las 5 p.m. . .". Quiere decir que Montero en el momento de la crisis final de la Batalla de Tacna, con la derrota encima, semidestruidos sus efectivos y casi envuelto por el adversario, se retiró con algunos elementos sobre Tacna en franca huida y sin poder escalar resistencia alguna, mientras la mayoría de sus soldados adoptaron también el mismo temperamento de una verdadera fuga: tal era la superioridad numérica del enemigo y durante esa operación en la totalidad de nuestras tropas

fue imposible establecer protección o seguridad alguna, salvo la velocidad de la marcha, desmoralizados y fatigados. El contacto con el enemigo fue roto y Montero, agrupando poco a poco sus efectivos, trató aún de resistir por los extramuros de Tacna, en el barrio del **Alto de Lima**; pero fue obvio que ello era imposible y sólo un inútil sacrificio.

Al abandonar la resistencia en Tacna, 5 p.m., siempre recogiendo dispersos, Montero sólo pensó en ganar todo el espacio posible para ofrecerle seguridad a los restos del Ejército peruano, casi desarmado y diezmado. El imperio de las circunstancias presenta el cuadro en esta forma: 1) los chilenos gozaban de la más absoluta libertad de acción, dominando a voluntad el campo táctico y el estratégico, formando una barrera entre Tacna y Arica; 2) el desorden en la retirada de las tropas de Montero fue tan grande, que no dejaron ocasión a informar oficialmente con correo o propio alguno, los pormenores de la derrota y demás detalles, ni a Arica ni a Leiva; 3) la retirada hacia Arica fue imposible y aunque se hubiera realizado, habría sido inútil por las condiciones de la tropa; y 4) en el momento del telegrama que hemos anotado, sabemos que Montero estaba cerca de Pachía, en el fondo de una pequeña quebrada, ignorando por completo los términos del mensaje y como consecuencia sin poder responderlo.

Bolognesi, Montero y Leiva poseían el sentimiento íntimo de que las cosas no se presentaban correctamente, que sus efectivos no respondían a las necesidades del momento y como consecuencia no podían orientarse con facilidad frente a los acontecimientos que les tocaba vivir y no les era posible tomar una resolución precisa correspondiente a la dura realidad, salvo antojadizas suposiciones. Ahora bien, pese a que no deseamos establecer un estudio crítico, colocaremos algunos comentarios y seguiremos luego con el desarrollo de nuestro tema.

El proyecto de volar Arica.— Al referirnos a las disposiciones para saltar por los aires la heroica Plaza, no debemos olvidar cuanto dijimos respecto a las palabras del Contralmirante Montero al Ingeniero Elmore, las cuales corren en páginas anteriores; consideremos que fueran pronunciadas antes de la llegada a Arica del Coronel Bolognesi: "...tiene usted 250 quintales de dinamita para

hacer volar Arica...". Quería Montero jugar con las fuerzas morales, frente a una de las más graves situaciones que se podía imaginar, recurriendo al máximo espíritu de abnegación o sacrificio, que constituye la más alta expresión de las virtudes éticas.

Sabemos que el Ingeniero Elmore presentó un proyecto al Contralmirante Montero, basado en tres grandes excavaciones con una serie de galerías, dispuesto el conjunto en forma que al estallar pudiera levantar la población íntegra. Muchos comentaristas confunden la anterior distribución con otra complementaria, o sea con las minas para la destrucción de las baterías, colocando cinco quintales de pólvora debajo de ellas; lo mismo que con un dispositivo parecido bajo los muelles y aguada; y con los cincuenta quintales en unas galerías, para volar toda la cresta del Morro. Ambas cuestiones eran diferentes, aunque concurrentes. También numerosos críticos equivocan lo ordenado por Montero a Elmore, con lo ordenado a Bolognesi, lo cambian y llegan a trastocar. El trabajo de las galerías a fin de volar íntegra la ciudad, se suspendió casi a la partida de Montero para Tacna, como consecuencia del famoso bombardeo por la escuadra chilena. De todo esto tuvo una completa información el Coronel Bolognesi; además, a principios del mes de mayo, por una divergencia de opinión con el comando, el Ingeniero Elmore declinó toda responsabilidad en los trabajos en que interviniera la electricidad, encargándose de este aspecto el joven Pedro Ureta, a quien Montero había asimilado a la clase de Teniente Segundo de Marina. Es decir, que no se progresaba debidamente en la fortificación. Al final, o sea en el momento del asalto chileno, resultó que las minas con un propósito meramente destructivo y no de combate, no correspondieron con el plan original que acordara el Contralmirante Montero. En su **Historia Militar del Perú**, dice Dellepiane: "El Coronel Bolognesi recibió de Montero instrucciones precisas para la defensa de la plaza, que en último extremo **"debía hacer volar con todos los defensores y todos los asaltantes"**. Secundado por un pequeño estado mayor, disponía de dos divisiones peruanas y de los artilleros de los fuertes; además, había algunos ingenieros voluntarios militarizados en trabajos de ingeniería que debían atender, desde el punto de vista técnico, las obras o arreglos que se hicieran en los fuertes, así como la colo-

cación de minas con las que se complementarían los medios de defensa".

Aquí sucede algo singular: Dellepiane al mencionar a los artilleros de los fuertes, no establece que los 160 que alojaban los cañones en número de nueve de la Fortaleza del Morro y que estaban a las órdenes del Capitán de Navío Juan G. More, eran sus antiguos marineros de la **Independencia**, los mismos que han sido inmortalizados en el famoso cuadro donde se les ve rodeando a Bolognesi en el **último cartucho** y peleando como leones; esos marineros no eran los mismos que formaban las tripulaciones del **Manco Cápac** y de la **Alianza**; y hoy nadie los menciona, nadie los cita en los discursos de las Sociedades patrióticas, han volado al infinito y la ignorancia quiere desvanecerlos, cuando es suficiente mirar el cuadro del **último cartucho** para contemplarlos vivos y heroicos. A la verdad que no podemos compartir la opinión de Dellepiane, pues ni eran muchos los ingenieros voluntarios, ni tampoco se podía calificar de numerosos los llamados oficiales especializados en trabajos de ingeniería: fueron los oficiales de Marina, los jóvenes Manuel y Miguel Espinoza, Rómulo Espinar, Manuel Gómez Caravedo, Germán Paz, Eduardo Raygada y Juan Bonhome, que con los marineros ayudaron allí donde se les solicitó; y, sobre todo, habría que señalar la labor de nuestros Contramaestres y Oficiales de Mar, quienes tomaron parte cada vez que era indispensable una labor de fuerza. ¿Acaso estos peruanos no derramaron su sangre lo mismo que el resto de la guarnición? ¿Por qué olvidarlos? Dejando a un lado la injusticia que se comete, deducimos que todo cuanto existía en Arica como medio de defensa era poco, muy elemental y de aquí la imposibilidad de una mayor resistencia que la demostrada. Es una ironía calificar a ésta de la **Plaza más fuerte del Pacífico**. Por supuesto que el comando de Arica sabía cuál era la situación real para volar "todos los defensores y todos los asaltantes"; eso sí: existió podemos decir una **orden permanente** para llevar a cabo tal acción, en caso de fracasar el Ejército de Tacna. La medida de Montero consistía en el concepto de honor y de tierra arrasada; dio esa disposición a Elmore precisamente cuando se estaba más optimista de los resultados de un combate, al parecer fuertes con la Alianza e ignoran-

do el volumen de la avalancha chilena; pero, el mismo hecho que Bolognesi conociera las deficiencias de la Plaza, abona más en su resolución heroica: sin elevados muros, sin grandes fosos y contrafosos, sin ciudadelas, sin nada que pueda compararse a una Fortaleza.

No sería posible ignorar la explicación que lleva a cabo Gerardo Vargas H. en su conocido libro **La Batalla de Arica**; para el citado patriota ariqueño, la mejor fuente de información serían los apuntes del último Subprefecto peruano de Arica Fermín Federico Sosa, que se refieren a la actividad desplegada por Bolognesi y Elmore, que fueron infatigables en los trabajos relacionados con la defensa de la Plaza, a fin de compensar con ellos la falta de tropas suficientes. Establece Vargas que el Ingeniero Elmore con su reconocido entusiasmo, digno del mayor encomio, tomó a su cargo el empleo de la dinamita, además de las fortificaciones, dándole cima. He aquí las expresiones de Vargas: "A la construcción de las citadas obras de defensa, siguió la colocación de minas eléctricas, cargadas con dinamita, en varios puntos estratégicos del campo atrincherado y de la ciudad misma. En el recinto urbano de ésta, Bolognesi hizo colocar las siguientes: En la calle **San Marcos**, frente a la puerta de la Plaza del Mercado y en la casa que en la misma calle ocupaba el ex-Subprefecto, hoy propiedad de don Gregorio Santiago Nacarino, colindante con el antiguo local de la Municipalidad peruana, actual Oficina de Correos (1918), una cargada con treinta quintales de dinamita; otra frente a la casa que perteneció a don Juan de Mata Fuentes, sita en la calle de **Ayacucho**, conocida hoy con el nombre de **Casa de Bolognesi**, por haber vivido en ella el héroe y en la que funcionaban las Oficinas del Estado Mayor Divisionario; una a un costado del Hospital de **San Juan de Dios**, sobre el camino real que por el lado sur de ese establecimiento, conduce al valle de Azapa. Los alambres que harían estallar estas minas en el momento preciso, partían del Morro, donde funcionaba la Planta eléctrica, a la que estaban conectados. También se colocaron minas en las vecindades de los atrincheramientos y de las Baterías del Este y Cerro Gordo.— Hemos tomado la ubicación de estos polvorazos de la libreta de apuntaciones o diario que en esa época llevó el precitado Subprefecto Sosa, cuyo va-

liso original posee el escritor ariqueño don Lorenzo Martín Carrasco M., debido a patriótico desprendimiento de la viuda de aquel malogrado Jefe, señora Virginia Sánchez".

El diario de Sosa dice así: "El día 27 de mayo (1880) se activaron todos los trabajos de defensa de la Plaza de Arica para resistir al enemigo. En la población hubieron varias minas. En la calle de **San Marcos**, frente al Parque (alude a la Plaza del Mercado, donde se guardaban víveres y pertrechos de guerra) y mi casa, existía una que contenía treinta quintales de dinamita; en la plazuela, frente a la de Juan de Mata Fuentes, otra, y sus alambres eléctricos iban al Morro; otras estaban colocadas tras el Hospital, y el observatorio lo tenían cerca. En las Baterías y trincheras también existían minas".

Muchos comentaristas han deducido que las obras de minar Arica ya estaban por completo terminadas en el momento que los chilenos sitiaron la célebre Plaza. Sabemos que ello no fue así. Como también es discutible que en el Morro estuviera concentrada la red íntegra de conductores eléctricos para hacer volar todas las minas, cuando en realidad ahí sólo existía una central auxiliar sobre ciertos conjuntos de explosivos, a fin de que en una última defensa se pudiera hacer volar determinados sitios.

La Junta de Guerra.— La Junta de Guerra en Arica que corresponde a la orden de Montero del 24 de mayo de 1880, a su vez se conforma con un momento singular. En efecto, vayamos a esa fecha cuando están los aliados esperando el enemigo puestos en una dilatada línea, a unos ocho kilómetros de Tacna, a vanguardia de las colinas de la pampa inmensa que se extiende hasta Sama; el comando en jefe lo ejerce el General boliviano Campero. He aquí que se descubre por dos soldados chilenos recién tomados prisioneros, cómo el Ejército invasor pasa de la cifra de 18,000 soldados; en consecuencia lógica, el optimismo anterior entre los aliados vino a situarse en otro plano más modesto, pues se estaba próximo a pelear con el doble de oponentes calculados y ¡en qué condiciones! careciendo de apropiadas fuerzas de caballería, con ínfima calidad de material artillero, sin reservas y, en cambio, abundando graves rivalidades internas.

Comprendemos entonces que la última orden que el Contralmirante Montero transmitió ese día 24 de mayo al Coronel Bolognesi tenía que reflejar la probabilidad de un fracaso en el Ejército situado en el Campo de la Alianza. Era esa fecha la víspera del cumpleaños de Montero y antevíspera de una de nuestras más trágicas derrotas: lo primero estaba en el calendario, y, lo segundo, significaba una posibilidad pero que recién se mostraba con todo su poder.

Según cuenta el Coronel La Torre, en la Junta de Guerra se resolvió la pelea hasta quemar el último cartucho **"en obediencia"** de lo dispuesto por Montero y hay que reparar mucho en esa declaración, pues esa Junta, en realidad, es el punto de partida a fin de apreciar claramente toda la vigorosa tensión del espíritu que existía y la demostración de una inquebrantable resolución.

La preciosa fuente de información constituida por la obra de Gerardo Vargas Hurtado, esto es **La Batalla de Arica**, nos entera de casi todas las circunstancias que rodearon la Junta o Consejo de Guerra en que Bolognesi convocó a sus subordinados; reunión nacida, como sabemos, cuando el Héroe de Arica se convenció de que el Ejército derrotado en Tacna tomó otro camino distinto del de la célebre Plaza. Por supuesto, es una ironía llamar Ejército a los pocos individuos que rodearon a Montero. La Junta de Guerra fue formada por los jefes de alta graduación que estaban a las órdenes de Bolognesi, quien les hizo conocer su modo de pensar en cuanto a la desesperada situación nacida a las unidades de su mando, a raíz de la catástrofe del Campo de la Alianza, y los recursos que era dable adoptar con el fin, conforme a las notas de Federico Sosa, de "activar los trabajos de defensa para resistir al enemigo".

Según Vargas, la Junta se llevaría a cabo en la casa-habitación del Coronel Bolognesi, esto es la misma en la cual días más tarde recibiría al parlamentario Sargento Mayor chileno Juan de la C. Salvo. ¿En qué fecha exacta se llevó a cabo la Junta? Responde Vargas: "Ni en el parte oficial del combate que elevó al Dictador Piérola el Jefe del Estado Mayor, Comandante La Torre, ni en historiador alguno de la Guerra del Pacífico, encontramos noticia exacta respecto del día y hora en que verificóse este Consejo. No-

sotros creemos que tuvo lugar el día siguiente al de la derrota de Tacna, si hemos de atenernos a la información antes transcrita del Subprefecto Sosa, que copiamos nuevamente para mejor inteligencia del lector:— "El señor Bolognesi envió varios propios en busca del General Montero y ninguno regresó. El 27 del mismo mes se **activaron** todos los trabajos de defensa en la Plaza de Arica para resistir el enemigo".— Uno de los primeros acuerdos que tomó la Junta fue, ya lo hemos dicho en páginas anteriores, activar la defensa, colocar minas en Chacalluta y en otros sitios, volar los puentes del Ferrocarril; en una palabra obstaculizar la marcha del invasor por todos los medios posibles".

Explica Vargas que debemos siempre lamentar que se haya dado tan poca importancia a una Junta de Guerra de la trascendencia y valor histórico de la que tratamos ahora; más aún si se piensa que en ella se decidió la defensa de Arica. Señala Vargas que en el domicilio del Héroe se reunieron veinte y siete entre los primeros, segundos y terceros Jefes de la Guarnición, a saber: Bolognesi, Inclán, Arias y Aragüez, Varela, Ugarte, La Torre, Capitán de Fragata Sánchez Lagomarsino, Capitán de Corbeta Rómulo G. Tizón, O'Donovan, Zavala, Capitán de Navío More, Capitán de Corbeta Germán Paz, Belaúnde, Sáenz Peña, Capitán de Fragata Eduardo Raygada, Capitán de Corbeta Manuel I: Espinosa, Benigno Cornejo, Ayllón, Fermín Nacarino, Francisco Cornejo, Medardo Cornejo, Francisco Chocano, Blondel, Elmore, Sargentos Mayores Miguel Barrios y Felipe Antonio de Zela y Coronel Mariano Bustamante. Dice Vargas: "Cuando todos se hallaban presentes en la amplia sala, Bolognesi, en medio de profundo silencio y angustiosa expectación, se puso en pie, y con voz vibrante y convincente, expresó que había convocado a sus Capitanes para manifestarles que, después de los desgraciados acontecimientos de Tacna, la Guarnición de Arica, sin reparar en sacrificios, **DEBIA Y TENIA QUE CUMPLIR LAS ORDENES TERMINANTES, IMPERATIVAS, QUE, POR SU CONDUCTO, HABIA RECIBIDO DEL GENERAL MONTERO** la antevíspera de aquella nueva desgracia de nuestras armas, en orden a la defensa de la Plaza; que, por su parte, **ESTABA DISPUESTO A CUMPLIRLAS, Y LAS CUMPLIRIA**, y que, en este propósito que le dictaba el honor militar y el patriotismo que abrasaba su corazón, esperaba

que, llegado el momento, le secundaran todos los Jefes amigos allí presentes.— Sí! respondieron a una voz los que, días después, asombraron al mundo con su heroico sacrificio.— Señores, dijo emocionado el Gobernador de la Plaza, vuestra respuesta, que la esperaba, me ha llenado de íntimo regocijo: estoy orgulloso de vosotros y admiro vuestro entusiasmo y decisión por lavar con nuestra sangre las injusticias del Destino, que, desde Punta Gruesa viene mostrándose cruel, inexorable con nosotros. Quiero, sin embargo que cada uno de vosotros funde el voto que acabáis de emitir en pro de la defensa y a este respecto os concedo la palabra. Jóvenes como sois la mayor parte de vosotros, poco habéis gozado aún de los encantos de la juventud; y acaso atribuyáis a egoísmo de mi parte el propósito inquebrantable que me anima de morir al frente de mis Legiones, antes que ver hollado este jirón de la Patria por el enemigo invasor. Tenéis, pues, concedida la palabra, lo repito; y ya os he hecho conocer extra-oficialmente mi plan de defensa; quiero, no obstante, que os pronunciéis también sobre él, con toda franqueza. (Convencido Bolognesi por informaciones de sus Jefes de que los defensores de Arica estaban resueltos a rendir la vida en defensa de la Patria, persistió con ahinco en la consecución de sus planes relacionados con la defensa. No se resintió ni un solo momento la moral y disciplina de Jefes, Oficiales y Soldados; por el contrario, el entusiasmo crecía en ellos a medida que la solución del problema se acercaba. Afecto y convulso en el primer momento, dice un narrador, Bolognesi se sintió orgulloso y altivo cuando se penetró de la confianza que inspiraba; y mucho más advirtiendo que el vínculo del compañerismo de vivac se había hecho un culto de unión entre todos, como prueba segura de que sería salvado el honor de las armas de la República)".

"El Coronel Ugarte fue el primero en pedir la palabra. En vibrante discurso se pronunció por la resistencia, aplaudiendo el plan de defensa ideado por el Jefe de la sitiada Guarnición. Después, por orden de antigüedad y categoría, fundaron sus votos Inclán, Arias y Aragüez, More y los demás Jefes presentes, pronunciándose todos por la defensa, de acuerdo con el plan del Coronel Bolognesi. Pero el discurso que más impresionó fue el del Comandante del Batallón **Iquique**, doctor Roque Sáenz Peña, fue pieza ora-

toria de corte épico y subido valor literario. El denodado argentino, cuyo relevante talento había puesto de manifiesto en ocasiones anteriores, se reveló esta vez orador de verbo arrebatador; sus palabras tenían sonoridades de clarines guerreros que arrastran al combate, sin temer a la muerte. Hubo momento en que el orador electrizó a sus oyentes; fue cuando, en frases sentidas e inspiradas, recordó que, por defender el derecho y la justicia que asistía al Perú en la Guerra con Chile, había dejado a sus amados padres llorando la ausencia del hijo predilecto, que acaso no volverían a ver; que, peregrino del ideal, había llegado hasta la Capital del Perú a solicitar puesto en las filas de su Ejército; que, había desoído los consejos y las súplicas de amigos queridos de la juventud, a efecto de hacerle desistir de su resolución; finalmente, que él, como en Tarapacá, cumpliría con su deber al frente de su Batallón, secundando así, al Jefe de la Plaza en su patriótico empeño de no capitular ni rendirse. El orador fue objeto de entusiasta ovación de parte de sus compañeros allí presentes. Bolognesi, el anciano de arrogante y marcial porte, lo estrechó efusivamente contra su pecho agradecido, siguiendo el ejemplo los demás Jefes. Como se ha visto, el Consejo de Guerra acordó, por unanimidad, defender la Plaza a sangre y fuego; aprobando, al mismo tiempo, el plan de defensa propuesto y concebido por Bolognesi. (Un grupo de intelectuales bonaerenses, amigos y admiradores de Sáenz Peña, se propusieron en la Capital del Plata, hacerle desistir de su propósito de continuar luchando en defensa de la causa del Perú, y al efecto comisionaron al eminente literato y hombre público argentino, doctor Miguel Cané, para que se trasladara a Arica, lo que efectuó con anuencia del Gobierno de la Moneda, en razón de que la Escuadra de éste bloqueaba el puerto. Inútiles resultaron las gestiones del doctor Cané cerca del noble argentino, porque se estrellaron en el broquel invulnerable de su alma de caballero y de guerrero sin tacha y sin miedo. Como razón de peso, concluyente, el emisario adujo a su amigo de la infancia, que en Tarapacá había terminado el compromiso moral que contrajo con el Perú; y que por lo tanto, no podía temer se le tildase de desertor, como escrupulosamente alegaba Sáenz Peña, quien, no obstante la amistad fraterna que le unía al doctor Cané, no permitió que volviera a insi-

nuarle que envainara su espada y regresara al seno de la Patria, donde le esperaban sus padres con el pecho angustiado, temerosos por la vida del hijo querido. Durante su permanencia en Arica, el emisario argentino fue objeto de merecidas manifestaciones de simpatía de parte de la alta sociedad y de los principales Jefes del Ejército Aliado. Antes de regresar a Buenos Aires, emprendió viaje a Lima, admirado del carácter indomable y caballeresco del que, con el correr del tiempo, llegaría a ser el primer ciudadano de su Patria.— Efectivamente, el comportamiento del Comandante Sáenz Peña en Tarapacá, fue valeroso, digno de encomio, tanto que mereció ser citado por el General Buendía en el parte oficial del combate, en los siguientes términos:— En el momento de la batalla, encontrándose sin Jefe la mitad de un Batallón de Guardia Nacional, **el Iquique**, coloqué a su frente a mi Primer Ayudante, Teniente Coronel don Roque Sáenz Peña, quien lo condujo a la pelea con la más valerosa decisión”.

Aborda lo que llama la nota discordante en el Consejo de Guerra, ofrecida por el Jefe del **Cazadores de Piérola**, que deserta en presencia del enemigo. “Como sucedió en las filas sitiadoras, también hubo nota discordante en las nuestras, es decir, en la Junta de Guerra que acabamos de historiar; pero nosotros, siguiendo consejo de un militar amigo y codepartamentano, hemos estado a punto de no consignarla en estas páginas, para no amenguar la solemnidad y trascendencia del acuerdo que adoptó la Junta precitada, en la que, como antes hemos visto, todos opinaron como el Coronel Bolognesi, menos uno, acaso, por ignorancia, falta de patriotismo o porque el miedo se adueñó de su ser, ya que se trataba de un Jefe improvisado elevado a la categoría de tal, con mando de Cuerpo, por el favoritismo político. Nos resistimos a estampar su nombre, pero nos manda imperativamente hacerlo nuestro deber de escritores verídicos y el hecho de que tampoco faltaron jefes cobardes en las filas chilenas, dos de los cuales se resistieron a asaltar las Baterías peruanas. Estos militares chilenos fueron don Ricardo Castro y don Luis José Ortiz. El Jefe peruano que discrepó de la opinión de sus compañeros de armas, fue el Coronel de Guardias Nacionales Agustín Belaúnde, Jefe del Batallón **Cazadores de Piérola**, formado casi en su totalidad de gente colecti-

cia tacneña. En el Consejo de Guerra este individuo fundó su voto en favor de la capitulación, alegando que, habiéndose perdido toda esperanza de auxilio, sea de Leiva, o de Montero, era pueril creer que las escasas tropas de que se disponía, fueran capaces de contener el empuje de las orgullosas legiones invasoras, que no era acción de cobardes capitular ante enemigo tres o cuatro veces superior en número, haciendo antes **tabla rasa** de Arica y sus fortificaciones; finalmente que no hacerlo así, era sacrificar a sabiendas tanta juventud en flor; era llevarla al matadero (textual). Es de suponer la indignación que causaría a los presentes tales declaraciones; todos protestaron de ellas, atribuyéndolas a cobardía. Fue esta, en efecto, nota triste, discordante, en momentos tan solemnes, en que la imagen bendita de la Patria flotaba en la amplia sala, ensangrentada, envuelta en los pliegues vaporosos de nuestra bicolor enseña, clamando venganza por las ofensas que el enemigo acababa de inferirle en el Campo de la Alianza. Pero Belaúnde no paró ahí; al saber que, por razones de orden disciplinario se había decretado su arresto, a bordo del Monitor **Manco Cápac**, no esperó la notificación del caso: desertó de su cuerpo en circunstancias que el enemigo asediaba la Plaza. Cuando el Oficial encargado de notificarle el arresto se constituyó en el Cuartel del **Piérola**, Belaúnde ya había consumado su acto indigno y vil; hacía rato que se hallaba de fuga, camino de Arequipa, dándose trazas para no caer en poder del enemigo, que a la sazón merodeaba por los alrededores de Arica. Esto sucedía el 1º de junio. No tardó en hacerse del dominio público la acción criminal de Belaúnde, tildándosele con los más acerbos y merecidos calificativos".

¿Cuál fue la influencia de Montero sobre la famosa Junta de Guerra? En realidad una intervención directa e indirecta, pero de un ascendiente capital. Las palabras del propio Bolognesi nos dan la razón. El Héroe afirma ante sus subordinados que sin reparar en sacrificios, debía y tenía "que cumplir las órdenes terminantes, imperativas, que, por su conducto, había recibido del General Montero".

El conocimiento de los pormenores de la derrota en Tacna. En la **Historia Militar del Perú** de Dellepiane, es posible seguir paso

a paso las impresiones sufridas por la guarnición de Arica conforme progresaron los acontecimientos. Iniciado tal proceso con gran optimismo, digamos general a todo el eje Tacna-Arica, bajo la influencia de las esperanzas despertadas por la jefatura de Campero, de cuyo talento se hablaba con admiración, a lo cual se agregaba que el terreno había sido elegido por nosotros al parecer con ventajosas posiciones, que Leiva daría la gran sorpresa a los chilenos y que, en el momento oportuno Montero haría un movimiento por el ala enemiga y se ubicaría con su retaguardia apoyada en Arica. Empero, en la segunda quincena de mayo de 1880, las cosas principiaron a cambiar y, por lo pronto el Ejército invasor quedó instalado en Sama: "la próxima solución del problema embargó la atención de los defensores que, de otro lado, para mayor inquietud suya, supieron que Leiva no avanzaba con la decisión y rapidez necesarias". A continuación vinieron los movimientos precursores de la batalla del Alto de la Alianza y, por fin, la iniciación del encuentro, cuyo cañoneo "se oía distintamente en Arica"; con puntualidad llegó un telegrama el 26 de mayo que decía: "Tacna. 11 y 30 a.m.— Batalla comienza.— **Ríos**". Casi una hora después, otro telegrama para Arica, con el siguiente tenor: "Tacna. 12 y 25 a.m.— Principian a llegar bolivianos en fuga. Los chilenos amenazan la izquierda con el objeto de pasarse a Arica.— **González**. Poco más tarde otro despacho: "Llegan noticias que los chilenos huyen. Los dispersos se reúnen en la plaza.— **Ríos**". Y comenta Dellepiane: "Después, ninguna noticia, hasta que a la cinco de la tarde se presentó en Hospicio un soldado ariqueño del Batallón "Arica", que informaba de que las tropas de la Alianza se retiraban al interior. Al día siguiente, cinco dispersos confirmaron el dato y refirieron cómo se había perdido la batalla, terminando por pedir su alta en los cuerpos de la guarnición".

En Arica se conocieron de inmediato los sucesos de Tacna y es lógico deducir que el comando de la Plaza pudo reconstruir gran parte de la verdadera situación. Dellepiane escribe: "La única esperanza que quedaba a los aislados defensores de Arica consistía en la posibilidad de que Leiva acudiera en socorro de la plaza o que llegaran algunas tropas de Montero, que se creía volvieran en ayuda de la guarnición". Alguna concesión hay aquí a los que

atacan a Montero, que llegan aun a decir que el tren funcionó hasta tres horas y pudo llevar al Contralmirante con su tropa hacia Arica; pero, honorablemente no cabía base alguna para una operación estratégica de matemáticos resultados, con los elementos peruanos presentes en la región Tacna-Arica en los días que siguieron al 26 de mayo y, aun poniéndose en el caso utópico que hubiera llegado Leiva como se encontraba, sin armas y municiones, y hubiera llegado Montero como refuerzo en las circunstancias en que estaba su tropa cansada, desmoralizada y casi desarmada, ni uno ni otro habrían salvado Arica: ni los dos juntos. ¿Por qué todo el peso sólo recae en Montero? Tanto Leiva como Bolognesi tomaron nota desde tiempo antes, de que era Campero quien dirigía todas las operaciones de la zona y así el primero desde Mirave, después de su marcha forzada, buscó el contacto con Campero, y por su parte Bolognesi, también recurrió a aquél. Sabemos que a Montero no le fue dable contramarchar a Arica, pues el grueso chileno le negaba el litoral; se dice que Arica quedó en un "completo e irritante abandono": ¿Por quién? —por supuesto que no por Montero, que se había batido como un león y su tropa sufrió una derrota completa; ¿qué plan estratégico podía nacer en las condiciones que se presentaron después de Tacna? ¿por quién se llevaría a cabo?: claro que no por Montero que defendía con la distancia los restos del Ejército peruano. Esa marcha al interior la conocía el comando de Arica, pues el propio 26 de mayo se le expide un telegrama a Montero, suponiéndolo en Pachía, tal como lo hemos reproducido en líneas anteriores y firmado por el Coronel La Torre. Convenimos, pues, que si el Jefe de la Plaza de Arica no recibió **aviso oficial**, ni nunca, propio ni comunicación oficial alguna "quedando a conocer el estado en que había quedado el Ejército y al punto al que se retiraba le indicara la manera de conducta que debía de seguir la Plaza", en cambio en Arica se conoció la idea general de lo que pasaba por los dispersos, los principales detalles de la catástrofe. Y lo mismo le sucedió a Leiva. Nos explicamos, por la magnitud de la derrota y el horror de la situación en Arica, las palabras del Coronel La Torre: "Sólo se supo que Tacna había sido tomada... Muchos propios se hizo al General Montero, sin obtener contestación alguna. Estábamos a oscuras...".

Es posible aclarar más nuestras ideas, recurriendo a la obra **La Batalla de Arica** de Gerardo Vargas H., quien sostiene que la derrota del Ejército Aliado en Tacna se supo en Arica el mismo 26 de mayo, a la una de la tarde, por medio del telégrafo y agrega: "A las 11 a.m. y cuando se esfumó la **camanchaca** que cubría los **Altos de Juan Díaz**, y por ende el Cerro de Intiorco, bautizado por los Generales de los Ejércitos Perú-boliviano, acampados en él, con el nombre de **Campo de la Alianza**, en recuerdo de la unión de los dos Ejércitos en ese sitio, comenzó a divisarse desde la cima del Morro y de los cerros que colindan con la ciudad, por el Sur, las espirales del humo de los cañones, cuyas mortíferas salvas percibíanse de rato en rato, cuando el viento soplabá de ese lado".

Hay otro testimonio y es la carta que escribió en setiembre de 1916 el que fuera en Arica Teniente Primero a bordo del monitor **Manco Cápac**, Bernardo Smith, a Gerardo Vargas y que narra lo siguiente: "En la mañana del 26 de mayo, y sólo hasta las 10 ú 11 del día, se tenía noticia en Arica de la batalla que se libraba, y desde el techo de la casa de don Alejandro Mac Lean, en la que vivió el Director de la Guerra, Prado, el Coronel Bolognesi, Comandante General de la Plaza, el del Morro, Capitán de Navío Juan Guillermo More, el del **Manco Cápac**, don José Sánchez Lagomarsino, otros jefes y el que esto escribe, quien había traído de a bordo un buen telescopio, observaban el humo de la batalla que avanzaba y se movía de un lado a otro en la supuesta línea de combate, que se comprendía tenía lugar a esas horas y del cual pendía nuestra salvación, si se triunfaba, o perdición si era derrotado nuestro Ejército. ¡Qué grandes se manifestaban esos jefes, dejados ya, por así decirlo, a sus propias fuerzas y sin órdenes terminantes y precisas de lo que debía hacerse! Tuvimos conocimiento que hasta el **Hospicio** (estación a mitad del camino ferroviario de Arica a Tacna), había llegado un gran convoy, con dos máquinas y que allí se estancó, volviendo después a Tacna". Vargas en su libro está conforme con Dellepiane, puesto que éste tomó de aquél el dato del soldado derrotado de la Alianza, perteneciente al Batallón **Arica** y que cree que fue Matías Flores, natural de Azapa, el que a las cinco de la tarde llegó al **Hospicio**; en cuanto a los cinco dispersos que cita Dellepiane, nos hace saber Var-

gas que uno de ellos fue el que indica como arribado al **Hospicio**. Fueron llevados a presencia de Bolognesi y le informaron de todas las incidencias de la batalla. Vicuña Mackenna habla equivocadamente de un solo soldado y Barros Arana asegura que fueron tres y que llegaron el 31 de mayo, cuando sabemos que fueron cinco y se incorporaron a Arica el 27.

Capítulo VII

Los Comandos y las Fuerzas Navales

Los Comandos y principales protagonistas en las fuerzas defensoras de Arica fueron:

1.— **Jefatura de la Plaza. Comandancia General.**

Comandante General de la Plaza Coronel Francisco Bolognesi.
Ayudante Capitán Ricardo Iturbe.
Ayudante Teniente Pedro Ureta.
Ayudante Teniente Aurelio Cárdenas.
Ayudante Subteniente N. Munar.

2.— **Jefatura del Detall de la Plaza.**

Jefe del Detall Teniente Coronel Manuel C. de la Torre.
Sargento Mayor Claudio Estrada.
Sargento Mayor graduado Miguel Barrios.
(Siguen otros oficiales más).

3.— **Sétima División. Comandancia General, Detall y Ayudantes.**

Comandante Gral. de la División Coronel José Joaquín Inclán.
Jefe del Detall Teniente Coronel Ricardo O'Donovan.
Ayudante del Detall Sargento Mayor José Pozo.
Ayudante del Cde. Gral. Capitán graduado Luis Benavides.

- 4.— **Batallón "Granaderos de Tacna" N° 31.**
Primer Jefe Coronel Justo Arias y Aragüez.
Segundo Jefe Sargento Mayor Felipe Antonio de Zela.
Tercer Jefe Sargento Mayor Tomás Chocano.
Cuarto Jefe Sargento Mayor Miguel Espinoza.
(Siguen otros oficiales más).
- 5.— **Batallón "Artisanos de Tacna" N° 29.**
Primer Jefe Coronel graduado Marcelino Varela.
Segundo Jefe Teniente Coronel Manuel Francisco Chocano.
Tercer Jefe Sargento Mayor Armando Blondel.
Sargento Mayor Graduado Rubén Rivas.
(Siguen otros oficiales más).
- 6.— **Batallón "Cazadores de Piérola".**
Primer Jefe Teniente Coronel Francisco Cornejo.
Segundo Jefe Sargento Mayor Genaro Vizcarra.
Capitán graduado Miguel Revello.
(Siguen otros oficiales más).
- 7.— **Octava División. Comandancia General, Detall y Ayudantes.**
Comandante General de la División Coronel Alfonso Ugarte.
Jefe del Detall Coronel graduado Mariano E. Bustamante.
Ayudante del Detall Teniente José Lino Barbachán.
Agregado Capitán Daniel Corzo.
- 8.— **Batallón "Tarapacá" N° 23.**
Primer Jefe Teniente Coronel Ramón A. Zavala.
Segundo Jefe Teniente Coronel graduado Benigno Cornejo.
Tercer Jefe Sargento Mayor Jerónimo Salamanca.
Capitán Antonio Lobato.
(Siguen otros oficiales más).
- 9.— **Batallón "Iquique" N° 33.**
Primer Jefe Teniente Coronel Roque Sáenz Peña.
Segundo Jefe Sargento Mayor Isidoro Salazar.
Tercer Jefe Sargento Mayor Lorenzo P. Infantas.
Cuarto Jefe Sargento Mayor Manuel M. Zevallos.
(Siguen otros oficiales más).

10.— **Baterías del "Morro".**

Primer Jefe Capitán de Navío Juan Guillermo More.
Segundo Jefe Capitán de Corbeta Manuel I. Espinosa.
Tercer Jefe Capitán de Artillería Cleto Martínez.
Cuarto Jefe Capitán de Guardias Nacionales Adolfo King.
Teniente Primero de Artillería de Marina Daniel Nieto.
Teniente Primero graduado Miguel Espinosa.
(Siguen otros oficiales más).

11.— **Baterías del "Norte" ("San José", "Sta. Rosa" y "2 de Mayo").**

Primer Jefe Teniente Coronel Juan P. Ayllón.
Segundo Jefe Sargento Mayor Manuel Martínez.
Tercer Jefe Sargento Mayor graduado Augusto C. Soto.
Cuarto Jefe Sgto. Mayor graduado Nicanor García Goytizolo.
Capitán Manuel Masías.
(Siguen otros oficiales más).

12.— **Baterías del "Este" ("Ciudadela" y "Este").**

Primer Jefe Teniente Coronel Medardo Cornejo.
Segundo Jefe Sargento Mayor Fermín F. Nacarino.
Tercer Jefe Sargento Mayor Ismael Meza.
Capitán Juan P. Ramírez.
Capitán Felipe J. Rospigliosi.
(Siguen otros oficiales más).

13.— **Capitanía del Puerto.**

Capitán del Puerto Capitán de Fragata Eduardo Raygada.

14.— **Estación de Torpedos.**

Jefe Teniente Segundo Pedro Ureta (pasó a la Comandancia General).
Torpedista Rodolfo Smith.

15.— **Parque General del Ejército.**

Jefe Capitán de Corbeta graduado Germán Paz.
Teniente Mariano Monda.

16.— **Hospital.**

Contralor Sargento Mayor Claudio Estrada.
Dr. Manuel Villalobos.
Dr. J. Pérez.

- Dr. Eduardo Rodríguez Prieto.
Dr. Juan Quint.
Practicante Emilio Bravo Paredes.
Practicante Cayetano Peralta.
- 17.— **Escuadrón "Lluta".**
Jefe Lorenzo González.
Capitán Enrique Valdez.
- 18.— **Subprefectura de la Provincia.**
Subprefecto Sargento Mayor de Guardia Nacional Fermín Federico Sosa.
Ayudante Subteniente Juan R. Vargas.
Secretario Julio Portocarrero.
Gobernador Domingo Manzanares.
- 19.— **Alcaldía Municipal.**
Alcalde Domingo Pescetto.
Secretario Jesús Fortunato Cortínez.
- 20.— **Maestranza.**
Jefe Sargento Mayor José M. Prado.
(Siguen varios Maestros).
- 21.— **Monitor "Manco Cápac".**
Comandante Capitán de Fragata José Sánchez Lagomarsino.
Segundo Comandante Capitán de Corbeta Rómulo G. Tizón.
Jefe del Detall Teniente Primero graduado Bernardo Smith.
(Siguen otros oficiales más).
- 22.— **Lancha Torpedo "Alianza".**
Comandante Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila.
Alférez de Fragata David Flores.
Guardiamarina Juan de Mora.

Hijo legítimo de Andrés Bolognesi, natural de Génova, y de la dama arequipeña Juana Cervantes, Francisco nació en Lima en la calle de Afligidos el 4 de noviembre de 1816, habiendo sido llevado por sus padres a Arequipa muy niño, donde cursa su instrucción terminando allá la secundaria. Derrotado Vivanco por Castilla, por con-

sejo de los autores de su vida, se dedica Bolognesi al comercio. Escribe Gerardo Vargas H.: "En 1853 se reincorpora en el Ejército nacional, confiándosele el mando de un Regimiento de caballería, cargo que desempeña hasta su viaje a Europa, a donde fue comisionado por el Gobierno del General Castilla, que le profesaba sincero afecto, con el fin de adquirir armamentos. En esta ocasión condujo los primeros cañones rayados, que el 2 de mayo de 1866, en el Callao, y después, en el Morro de Arica, altar de su heroísmo, prestaron importantes servicios a la Patria. La artillería fue su arma predilecta, llegando a ser autoridad en ella". En realidad, Bolognesi estuvo dos veces en Europa. En la Guerra del Salitre, asiste al Combate de San Francisco o Dolores y a la gloriosa Batalla de Tarapacá, cuando gravemente enfermo, no deja el mando de su Regimiento y pelea durante nueve horas como un héroe, como un gigante. Después viene la Epopeya del Morro. Si en Tarapacá se lució como táctico el Coronel Bolognesi, en cambio Arica no era para ostentarse sino para sacrificarse.

En el Morro un hombre iba a representar la fuerza moral del Perú; elevado por su patriotismo, se proyectó hacia el futuro constituyendo el centro y el apoyo de la renovación nacional; su ejemplo viviría como inspirador de las nuevas generaciones. En esta forma el Perú pudo hacer el recorrido de su Historia, bajo un signo de particular esperanza. La consideración de que los personajes de Arica aislada, donde por propia voluntad se dejan llevar camino de la tragedia, alcanzando una especie de paroxismo y rodeados de una tempestad de metralla se coronan de héroes, esa reflexión y aprecio, ha gastado todos los elogios de nuestros oradores en las sociedades patrióticas; en realidad nuestro lenguaje no tiene nada nuevo que decir. Todo ha sido dicho.

Quizá convenga a estas alturas examinar uno de los retratos de Bolognesi; al efecto nos será posible recurrir a la semblanza que trazara Roque Sáenz Peña, voluntario argentino y más tarde Presidente de esa República, en su obra **Mis Recuerdos**: "El Coronel Bolognesi era un hombre de pequeña estatura. Había lentitud y dureza en sus movimientos, como lo había en su fisonomía; la voz era clara y entera a pesar de su ancianidad; los años y los pesares habían plateado su cabello y su barba redonda y abundante,

destacaba la tez bronceada de su rostro enérgico y viril". Esta descripción la reproduce Jorge Basadre en su **Historia de la República del Perú**; y agrega lo siguiente: "Luego lo pinta como ordenancista y soldado sobre todas las cosas; respondiendo a quien dijo que en San Francisco el Ejército aliado no debió atacar el cerro sino apoderarse del agua: **puede ser, pero yo no tenía sed**; combatiendo en Tarapaca a pesar de hallarse enfermo con altísima fiebre; infatigable en el servicio y apareciendo en todas las avanzadas de Arica".

Su discurso del año 1905 en la inauguración del monumento a Bolognesi, en Lima, es una verdadera oración patriótica y un modelo de bien decir de su época. Invitado especialmente por nuestro Gobierno, ascendido oportunamente a la clase de General de Brigada del Ejército peruano, su venida a este país "desde Iquique hasta el Callao, dió lugar a entusiastas manifestaciones patrióticas exteriorizadas por nuestros más connotados elementos, en honor suyo. Su presencia avivó los recuerdos de la sangrienta Epopeya, en que él, valeroso compañero de Bolognesi, fue uno de los principales actores. Cuando llegó a Arica el vapor en que viajaba, la población peruana de esta ciudad y de Tacna, se trasladó a bordo, en masa, ávida de conocer y estrechar la mano al ilustre viajero". El Gobierno de José Pardo rodeó la inauguración del monumento al Anciano del Morro, con la solemnidad y grandeza que la ceremonia se merecía; el General Sáenz Peña mandó la línea ese día. "En la tribuna presidencial, levantada frente al monumento al Héroe ocuparon asiento los sobrevivientes de la jornada de Arica, entre los que figuraban el Coronel don Manuel C. de la Torre, Jefe de Estado Mayor de la Guarnición de aquel puerto, el Coronel don Francisco Chocano, Jefe del Batallón **Artisanos de Tacna**, los Capitanes de Fragata señores Germán Paz, Jefe del Parque, Benjamín Arce y Folch, y otros cuyos nombres se nos escapan" (Gerardo Vargas H.).

El General Sáenz Peña en su famoso discurso, principiaba así: "—Coronel Bolognesi:— Uno de tus Capitanes vuelve, de nuevo, a sus cuarteles; desde la lejana tierra atlántica, llamado por los clarines que pregonan tus hechos esclarecidos desde el Pacífico hasta el Plata, y desde el Amazonas hasta el seno fecundo del Golfo de

México, que les presta su acústica sonora para repetir tu nombre sobre otras civilizaciones y otros pueblos que nos han precedido en la liturgia de la gloria y en el culto de los próceres y de los héroes. Yo vengo sobre la ruta de mi consecuencia, siguiendo la estela roja de mi Coronel, fulgor de grana que conmovió el Pacífico con las tempestades de la guerra y que hoy contemplo alumbrada, por los resplandores de la paz en el fausto concierto de la gratitud, y en la marcha triunfadora del engrandecimiento nacional.— Regreso con distancia de un cuarto de siglo, pero vuelvo sin olvidos y sin retardos, porque llego en la hora justa de tu apoteosis, que tampoco la posterga la lentitud de tu pueblo, ni trataron de omitirla las nuevas generaciones que recibieron bajo el casco guerrero de sus progenitores, el ósculo final de la partida. . .”.

Continúa Sáenz Peña refiriéndose a que solo existen escasos eslabones de la generación de Bolognesi, que mira otros hombres que lo abrazan a título de amigo del Héroe, como si fuera una especie de mensajero: “pero aquí se encuentran todos tus sobrevivientes, que recibieron el ejemplo de tus virtudes cívicas, tus enseñanzas del honor militar y el deber austero y probó que consumó tu inmolación; y ellos atestiguan, como yo, que en el fragor de la defensa, como en la hora doliente del sacrificio, el Coronel Bolognesi era un alma suspendida sobre el alma de su Ejército, para comunicarle sus alientos, su inspiración y su fe; era brazo y era ideal, patriotismo y deber, desprendimiento y heroísmo. . .”.

Establece cómo conoció a Bolognesi en el cerro de Dolores y en Tarapacá, para seguir a Arica. “Fue en Arica donde me honró con su amistad, en esa relación íntima de una Guarnición bloqueada por las fuerzas de mar y estrechada en aro férreo por un Ejército de tierra; el servicio de guarnición fue pesado como el aislamiento que incomunicó esas tropas con el resto del mundo y en esa vida cariñosa e íntima del hogar militar, brotaron vínculos, crecieron afectos, como crecen las flores cultivadas en suelo generoso. . .”. Y después de varias frases dedicadas al recuerdo de la infatigable labor del Héroe en el campamento, llega al parlamentario enviado por el enemigo”. **¡Pelearnos hasta quemar el último cartucho!**, provocación o reto de muerte, soberbia frase de varón, con digno juramento de soldado. . .”. Se ocupa del sacrificio, de la he-

rencia que le corresponde al Perú y desgranando palabras tras palabras, en frases hermosas que casi se resiste el ánimo por no copiarlas en su integridad, sin perder una sílaba.

Concluye uno de sus largos períodos de esta manera: "y a cambio del soldado heroico te llamaríamos el primer ciudadano de tu tiempo, si no fuera que la memoria de Grau debe ir a tu diestra, porque no cabe en la penumbra del cuadro contemporáneo". Ahora vuelve a dirigirse al Héroe y le dice: "—Coronel Bolognesi:— Tus sobrevivientes te saludan sobre el pentélico sagrado, y somos tus sobrevivientes, porque la selección siniestra de la muerte decapita la flor y no la hierba que ha de perecer también en el desgaste común de las vegetaciones imperfectas; pero todos rodeamos tu monumento; y si he surcado dos piélagos para traerte la ofrenda de mi corazón, es porque tu noble Patria tenía el derecho de exigir que no faltara a esta cita ninguno de tus soldados y todos, todos los que vivimos, hemos dejado caer de nuestras manos los instrumentos de trabajo, y desandado camino sobre la presa de la vida, venimos a refrescar en el recuerdo, que es la fuente de la juventud lejana, las horas gratas de tu dulce amistad y a sentir las emociones y regocijos de tu pueblo en esta fiesta nacional, porque a los muertos ilustres no se lloran: se saludan, se aclaman y se veneran". A partir de aquí, el orador eleva todavía más su estilo épico, se enaltece cada frase y termina el discurso así: —"Mi gran amigo:— Es tan intensa mi emoción como mi gratitud, asistiendo a tu apoteosis al frente de tu Ejército, que el Excelentísimo Gobierno ha confiado a mi comando, como un homenaje a tí, por la amistad con que me honrásteis, pero que es también insigne honor y altísima distinción discernida a quien la recibe, la estima y la agradece en su nobilísimo significado.— Señor Presidente de la República:— La expresión de mis afectos y de mis sentimientos en este día, no quedaría completa si no agregara lo que debo y tributo a vuestro Gobierno y a vuestra persona, al Honorable Congreso de la Nación, a vuestro Ejército y al nobilísimo Pueblo del Perú".

Pasemos al 26 de mayo, a la noche correspondiente del gran desastre del Alto de la Alianza; esta fecha la ofrecen algunos historiadores y la adoptamos aunque tenga quienes duden de ella. Por orden de Bolognesi, el Ingeniero Elmore salió de la Plaza con

el personal apropiado, conduciendo cuatro cajones de dinamita con el objeto de hacer volar diversas partes de la línea férrea, impidiendo así al enemigo el empleo del ferrocarril, el cual no fuera tocado por el Comando de Tacna, quedando sus elementos de trabajo como carros y locomotoras, listos para ser empleados por los chilenos. Dellepiane ha criticado en la siguiente forma este asunto: "El abandono en la vía del material rodante del ferrocarril, que como en Pisagua hicieron los aliados por falta de previsión, fue una gran facilidad que encontró Baquedano sin esperarla. Si Montero pensó hasta el último momento en trasladarse al puerto de Arica, nada más fácil que tener listo el material necesario para hacerlo cuando llegara la oportunidad y si, como sucedió, desistió de su idea, esas locomotoras listas para partir, hubieran llevado siquiera el aviso de los sucesos de Tacna al Coronel Bolognesi". Aquí tenemos una de las últimas estocadas a Montero como víctima de los sucesos después del Alto de la Alianza, siempre responsable de todo; por lo pronto recordemos que durante la huída a raíz del desastre, desaparecieron los maquinistas y conductores del ferrocarril como si se les hubiera tragado la tierra. Ya hemos dicho que fue muy inmediata la presencia de elementos de caballería chilena, al punto que no dejaron tiempo para nada, los que progresaron no solo hacia Tacna sino que alcanzaron los alrededores de Arica; no se olvide lo que dice el Coronel chileno José Velásquez en su parte oficial: "una fuerza respetable de caballería marchaba sobre Pachía y Calana, con el propósito de **cortar la retirada a los desarmados restos** que conducía Montero".

En cuanto al Ingeniero Elmore había decidido destruir los sectores más propios a fin de conseguir sus propósitos, o sea, el puente de Chacalluta, el terraplén de la quebrada Escritos, el acueducto del Hospicio y el puente de Molle. La tarea era inmensa para una noche y como lógica consecuencia, la destrucción no podía abrazar tramos muy dilatados a uno y otro lado de los sitios que se volaban, de modo que al fin y al cabo las tareas aún perfectamente cumplidas no significaban un obstáculo de magnitud tan apreciable al avance enemigo, siendo el retardo de poca monta. Con todas las dificultades, el plan se llevó a cabo por Elmore y como escribe J. Pérez: "Todo se llegó a hacer por más que el día sorpren-

dió a los operadores, quienes tuvieron que ponerse a la vista del enemigo para llegar al último punto y ejecutar ante él su operación''. Tómese nota que se trataba del amanecer del día 27 de mayo y ya las avanzadas chilenas estaban prácticamente sobre Arica.

Creemos oportuno presentar tres anotaciones respecto al hecho que acabamos de narrar, a saber: 1) El Ejército chileno tuvo sus ojos puestos sobre Arica casi de inmediato, puesto que la observó con sus avanzadas antes de las 34 horas del Alto de la Alianza; esto es un desmentido a cuantos dicen que el campo estuvo abierto unos dos o tres días a Montero para que pudiera deslizarse hacia Arica. 2) Elmore cumplió sus operaciones sometido al mayor peligro y sin la debida protección, lo cual parece que produjo una falsa confianza en realidad inexplicable, arriesgándose a personal de suma importancia, insubstituible, en los días siguientes que conocía gran parte de los secretos de la defensa de la Plaza, lo cual traería consecuencias desastrosas. 3) Con el enemigo presente no se llevó a cabo un plan inteligente de vigilancia, por emplear el llamado Escuadrón Lluta, reforzado con personal mejor armado de la guarnición.

Podemos imaginar fácilmente la diligencia y la precipitación con que se emprenderían todos los trabajos de fortificación, ahora que el enemigo estaba acusando su presencia; claro está que todavía no en fuerza, pero sí con sus patrullas. En Arica no existía más deseo sino mejorar el estado de defensa de la Plaza, superando cuanto obstáculo se presentaba y acude a nuestra imaginación la idea de una colmena que se afana en efectuar cuanto preparativo está a su alcance para morir con la mayor dignidad. Había que terminar los terraplenes, hechos con sacos de arena, parapetos que se debían minar; cerrar la retaguardia del Morro, completando una serie de cinco parapetos; a duras penas la mayoría de las hileras se pudieron levantar del espesor de un solo saco lleno de tierra. Había que concluir la labor de remover los afustes sólidamente afir- mados, para conseguir que algunas bocas de fuego pudieran apuntar hacia tierra. Había que resguardar en la Batería de San José el observatorio de las minas; que por el lado del Artillero, se evitara con explosivos el cómodo acceso por la pampa del Chinchorro y que las Baterías del Norte no fuesen víctimas de un golpe de mano chi-

lena. Había... ¡que laborar inmensamente! Leemos en el parte oficial del Coronel La Torre, algunos conceptos que nos iluminan esos momentos: "...la Plaza de Arica, cuya custodia había sido encomendada a la diminuta y mal armada fuerza de nacionales que aparecen del estado adjunto, quedó sometida en un estrecho asedio de mar y de tierra por fuerzas infinitamente superiores a las nuestras... Se emprendió los trabajos de defensa, de lícito empleo en la guerra, que acrecentaron en algo el poder de las fuerzas defensoras...". Repetimos una vez más que las líneas anteriores fueron escritas estando prisionero La Torre y bajo la vigilancia de un enemigo que masacró a casi todos los vencidos, como reacción del terror que pasaron respecto a las famosas "minas"; esto explica aquello de "**lícito empleo**": en la guerra no hay lícito empleo de las minas, sino su buena o mala utilización con respecto a la técnica de los explosivos.

Fue el Capitán chileno Juan de Dios Dinator, quien con 50 hombres del **Carabineros de Yungay**, hizo las primeras exploraciones hacia la sitiada Plaza y sostuvo un tiroteo con elementos avanzados peruanos y se replegó en franca huída. Conocemos muy bien todos los incidentes que se presentaron en la Junta de Guerra del día 27 de mayo, fecha que hemos adoptado sin existir una seguridad perfecta de ella. De paso informaremos que respecto a esa Junta, ofrece Dellepiane una lista de 26 nombres, dejando sin citar al Coronel Bustamante.

Unión fraterna existió en la Junta entre el Ejército y la Marina, tan estrecha que parecía, y lo fue en realidad, un solo cuerpo. Por otra parte, no podía ser sólo la defensa la inquietud de Bolognesi, sino que hubo de conseguir los recursos en víveres, el abrigo y otros medios para sus soldados, sobre todo si se piensa que el bloqueo del puerto trajo el encarecimiento de la vida. Dice Gerardo Vargas H.: "La Guarnición de Arica no contaba, como tampoco el Ejército de Tacna, con abrigo adecuado para dormir a la intemperie y al raso, al pie de las trincheras y en la abierta pampa que separa el Río San José de los cerros del lado de Lluta, a poca distancia del mar; pero el carácter sagaz de Montero lo vencía todo. Sabedor Bolognesi de que éste había conseguido que la Casa inglesa **Campbell, Jones y Cía.**, del alto comercio de Tacna, pusiese

a su disposición, antes de la Batalla del Campo de la Alianza, la existencia de bayeta de Castilla de que disponía, hizo gestiones a efecto de que se le remitiera parte de esa bayeta para distribuirla entre sus Oficiales y tropa; solicitud que Montero atendió en el acto. Por lo que respecta a viveres, en el Parque de Arica había regular existencia de arroz, harina, etc., lo bastante para dos o tres meses de sitio, sin contar los avituallamientos acumulados en el campamento del Cerro Chuño, de donde fueron trasladados al Cuartel del Morro. Esto sucedía el 18 de marzo. Según una narración suscripta por el Jefe del Parque, el hoy (1916) Capitán de Navío don Germán Paz, existían en aquella fecha 1,800 sacos de arroz de 180 libras cada uno, sin contar una regular cantidad de ganado vacuno en pie, que el Coronel Bolognesi hizo desprender de una numerosa partida que días antes del asalto de la Plaza llegaba a los **altos** de la Provincia de Arica, procedente de la Argentina, a la orden de los señores David Puch e Indalecio Gómez, ambos de esa nacionalidad, proveedores de carne del Ejército del Sur. El primero, padre del Comandante don Filiberto Puch, falleció hace pocos años en Arica; y el señor Gómez es uno de los políticos más prominentes de su Patria (1916), habiendo sido Embajador en Berlín y miembro del primer Gabinete del Gobierno del doctor Sáenz Peña de quien era antiguo amigo".

Otro punto importante lo constituía el aguardiente destinado a la tropa; para ello comisionó Bolognesi al Subprefecto Sosa, a fin que se trasladase al valle de Chacra y lo solicitara de los hacendados. Sosa el 31 de mayo emprendió su viaje a Pintatane, el propietario de esta hacienda, Agustín Maure, le obsequió la cantidad pedida y el Subprefecto regresó de inmediato a Arica burlando a las tropas chilenas. Ya sabemos cómo ingresó Sosa a la Plaza, pero será mejor que lo refiera Gerardo Vargas: "La autoridad citada (Sosa) y su acompañante Portocarrero ingresaron a Arica la noche del 4 de junio, por el camino conocido con el nombre de **Las Quebradillas**, a corta distancia de Buenavista, sin ser advertidos ni por las avanzadas chilenas ni por los centinelas de la Batería **Ciudadela**, que quedaba casi sobre el camino real. ¿A quién imputar este descuido? ¿Al Sargento Mayor Nacarino, Jefe de la Fortificación dicha, o al Coronel Arias y Aragüez que la defendía con sus **Gra-**

naderos de Tacna? El inadvertido ingreso de Sosa a la ciudad, coincidió con la misteriosa desaparición del Capitán ariqueño Manuel Moyano, quien esa misma noche salió de una de las Baterías del Este, al frente de un grupo de exploradores, no regresando a su base de operaciones, ni habiéndose sabido jamás de su suerte, ni la de sus soldados; lo que hace presumir que habiéndose aproximado, sin duda, a Buenavista, fueron sorprendidos y ultimados por las avanzadas enemigas.

El regreso de Sosa, a quien todos creían prisionero del enemigo, fue muy celebrado; tanto Bolognesi como sus Capitanes lo felicitaron entusiastamente, consignándose el hecho en la orden del día de la guarnición, no obstante lo cual ninguno de los historiadores de la Guerra del Pacífico, se ocupa de ello". Ahora existía otra necesidad, la del dinero para pagar la tropa. Los más importantes establecimientos comerciales y las Agencias de aduana, con el bloqueo habían cerrado sus puertas y no le quedó más camino a Bolognesi que recurrir al Alcalde de Arica, el caballero italiano Domingo Pescetto, quien de modo generoso le facilitó todo el dinero de que disponía, cuatro mil pesos. Bolognesi otorgó recibo y después fue materia de un largo proceso, cuando los herederos de Pescetto reclamaron del Gobierno la cancelación de la cantidad que se les debía.

Hay otro noble ejemplo que citar: es la hermosa carta de Alfonso Ugarte que desde el campamento de Arica, dirigió seis días antes del combate a su primo Fermín Vernal, residente a la sazón en Tarapacá "y que la Historia patria consigna en sus más fulgentes páginas". He aquí una parte de sus conceptos: "El día 26 (mayo) se dió la gran batalla de los dos Ejércitos litigantes en las alturas de Tacna, donde fue atacado, destrozado y vencido nuestro Ejército, con tanta desgracia, que aun a pesar de haber transcurrido tantos días hasta la fecha (1º de junio 1880) no tenemos ni noticias oficiales de nuestros Generales ni aun sabemos a donde se halla refugiado Montero con el restante de los dispersos. El Ejército chileno se apoderó de Tacna y está allí dueño de esa población y todos sus valles y alrededores. Montero, creemos que se retiró a Palca, 12 leguas distante de Tacna, según nos dicen algunos dispersos que han llegado; pero como digo, no tenemos noticias ofi-

ciales a que referirnos y no sabemos cómo ha sucedido la desgraciada Batalla. No hay detalles ni tenemos noticias seguras de los nuestros más que lo que te comunico. Aquí, en Arica, estamos solamente dos Divisiones de Nacionales defendiendo este punto, y aun cuando somos tan pocos no podemos hacer lo de Iquique, abandonar el puerto y entregarlo, porque este es puerto artillado y tiene elementos y posiciones de defensa. Tenemos pues, que cumplir con el deber del honor defendiendo esta Plaza hasta que nos la arranque a la fuerza. Ese es nuestro deber y así lo exige el honor nacional. Estamos, pues, esperando por momentos ser atacados por mar y tierra, Dios sabe lo que resultará; así que ya puedes imaginarte mi triste situación. Sin embargo, es preciso resistir hasta el último y te puedo asegurar, también, que con las posiciones que ocupamos del Morro, los cañones de grueso calibre y minas que tenemos preparadas, les costará muchas vidas a los chilenos reducirnos y quitarnos la Plaza. Estamos resueltos a resistir con toda la seguridad de ser vencidos, pero es preciso cumplir con el honor y el deber. Quizá la suerte nos favorezca y lleguen con tiempo los refuerzos que esperamos de Arequipa y que hoy deben estar a pocas leguas de Tacna y que podamos así recuperar este Departamento, que lo tenemos ya perdido. Montero lo ha hecho peor que Buendía, porque hasta la fecha no se ha acordado de Arica y sus compañeros que deja sitiados por mar y tierra".

En la constante y tremenda marejada de sentimientos y sensaciones que golpeaba sin tregua a estos hombres metidos, más aún encadenados, dentro del anfiteatro trágico de Arica, todos ellos por lógica no podían librarse de vivir su agonía. Pese a su valor, amontonaron en su ser las dolorosas e infinitas desilusiones que iban padeciendo. Por ello, si alcanzaron la heroicidad más alta y la gloria más pura, en cambio no les fue posible ser imparciales con la situación que estaba fuera de su visual y, por eso, Alfonso Ugarte juzga a Montero sin saber lo que le ha sucedido a éste.

Aún podemos citar otro noble ejemplo. Nos referimos a los párrafos que escribió en esos momentos el Coronel Ramón Zavala, en los que se lee: "De todos modos, tenga la seguridad de que si no triunfamos... que si no hacemos en Arica un segundo Tarapacá, su defensa será de tal naturaleza que nadie en el país desde-

ñará reconocer en nosotros sus compatriotas y que los neutrales tampoco dejarán de reconocernos, como los defensores de la honra e integridad de nuestra Patria". Comenta el Coronel Pedro J. Rivadeneira R. lo siguiente: "La unidad en el concepto y la firme determinación de lo que imponía el cumplimiento del deber, no podía ser más grande entre los defensores de Arica y raya en lo sublime. Muy modesto estuvo Ramón Zavala cuando escribió: "la defensa de Arica será de tal naturaleza que nadie en el país desdeñará, etc. Efectivamente; no solo los peruanos nos sentimos orgullosos de ella".

Veamos ahora los preparativos en las fuerzas marítimas o más propiamente navales. Principiemos por el comando del Capitán de Navío Juan Guillermo More, que como sabemos tuvo a su cargo los Fuertes del Morro, constituidos por las dos baterías llamadas Alta y Baja; fue su segundo el Capitán de Corbeta Manuel Espinosa y existió una dotación de cerca de 160 marineros, antes embarcados en la **Independencia**: "estas baterías no tenían absolutamente muros de ninguna especie, espaldones, parapetos, trincheras...", casi todos eran cañones navales en montajes de marina, sin haberse podido obtener los manteles, bocas de fuego que por estar destinadas al tiro directo propio del mar, no era posible instalar según el uso de las piezas terrestres.

Por su parte More, con la diligencia que le caracterizaba, procuró, con los medios que disponía, llevar a cabo la mejor organización del terreno, especialmente llenando sacos de arena a fin de proteger la cresta del Morro y ciertas instalaciones como el polvorín, los pañoles sobre todo de saquetes, de bombas, de víveres, etc., así como los tanques de agua. Reparemos en estas frases de Dellepiane: "Indudablemente, el bastión principal de la defensa era el Morro y a conquistarlo debían tender todos los esfuerzos; una vez que éste estuviera en poder del asaltante, el resto de la defensa quedaba inútil. Para corroborar esta aseveración basta imaginarse lo que habría sucedido si el ataque principal hubiera sido lanzado en otra dirección cualquiera, por ejemplo, de las baterías del Norte hacia el Morro o de los atrincheramientos del cementerio al mismo lugar: en primer término, no se hubiera realizado la ventajosa sorpresa del Morro y se habría necesitado tal vez largos días para do-

minar, una tras otra, las sucesivas resistencias que opusiera el defensor; por otra parte, el camino más corto para llegar al Morro era el que conducía, ascendiendo gradualmente, por la planicie superior de la cerrillada". Tomemos nota que Dellepiane dice: **La ventajosa sorpresa del Morro.** ¿Por qué era sorpresa, el ataque al Morro? El Mayor Alejandro Montani expone su punto de vista: "El incendio de la **santabárbara** debió efectuarse en el mismo **Morro**, lugar, en el que, como último y fatal parapeto de la resistencia, debía concurrir el enemigo con el mayor número de tropas disponibles. Las minas colocadas en diversos puntos del valle de Azapa y en Chacalluta, no podían tener mayor éxito o un éxito conveniente, desde que, los chilenos, temerosos de ellas tratarían de evitar su contacto, ofendiendo las baterías de la defensa, desde la falda o cima de las colinas y cerros inmediatos, hasta conseguir dominar por la parte del Este las del Morro, con cuya adquisición tocaban el más completo triunfo. **Este raciocinio trivialísimo**, si existió en el primer Consejo de Guerra presidido por el Coronel Bolognesi, fue descuidado —sin duda— por creerse que ese punto dominante de las colinas y cerros del Este, debía ser precisamente el campo elegido por las tropas derrotadas en Tacna o las del Coronel Leiva, para rescatar la plaza, cobrando bien caro el triunfo del 26, a los chilenos".

Es en realidad inexplicable cómo el razonamiento de Montani, habiendo seguido una serie ordenada de pasos intelectuales enlazados entre sí, llegue a una conclusión sin encadenarse para nada con las razones anteriores: ¿qué tiene que hacer el organizar convenientemente la resistencia del Morro, que es una puerta para el ingreso del enemigo, con la llegada por ahí de los derrotados en Tacna o del Coronel Leiva? ¿Acaso, porque se minaba esa parte, no podían ingresar a Arica los otros peruanos? Por lo demás, esas tropas agotadas hubieran encontrado una verdadera ayuda y protección con el Morro bien defendido. O si pretende significar Montani que por la parte del Este se podía recuperar nuevamente el Morro por los peruanos, tal afirmación sería el negarle a los chilenos ese "raciocinio trivialísimo" que dice él mismo. Sabemos muy bien y ya lo hemos referido, que el Comando de Arica fijó toda su atención a un ataque solo por el Norte; mientras que More, así lo asegura el testigo presencial J. Pérez: "prestó todo su apoyo a la pre-

paración del flanco derecho (la retaguardia del Morro) convencido como estaba que era por allí por donde había de embestir el enemigo". Y volvemos con las mismas frases: "Al Comandante More se debe, puede decirse, exclusivamente, que el enemigo en su ataque, haya encontrado por esa parte alguna resistencia en materia de fortificación llamada formidable por la versión chilena". ¡No hay mejor elogio!

En cuanto a aquella batería flotante, que como conocemos estaba destinada a defender principalmente el ángulo muerto de los tiros del Morro y que se llamaba el monitor **Manco Cápac**, vino a organizarse así: el comandante Capitán de Fragata José Sánchez Lagomarsino, con su ayudante el Guardiamarina Felipe C. Alcorta, en la torre de combate; el Segundo Comandante Capitán de Corbeta Rómulo G. Tizón, ayudando al comandante; jefe de la torre de la artillería, el Teniente Primero Bernardo Smith, que dirigía personalmente el cañón de la derecha de 500, con el Guardiamarina Luis B. Arce Folch; el cañón de la izquierda de 500 dirigido por el Teniente Segundo Nicanor Asín, con el Guardiamarina Carlos T. Barandiarán; en la sección de proa, primera cámara, el Teniente Segundo Eulogio Saldías con el Guardiamarina Francisco E. Vidaurre, teniendo a su cargo el torpedo allí instalado; en la santabárbara, el Teniente Segundo Juan E. Taboada, con el Guardiamarina Juan H. Mulgrew; en el acarreo de saquetes y proyectiles, estaba el Teniente Primero José S. Pizarro; el Subteniente de Infantería de Ejército Daniel Durán junto con la guarnición militar, como auxiliar del trozo de abordaje; la máquina a cargo del Primer Ingeniero Thomas Colquhoun, en la que el Guardiamarina Carlos A. Leguía recibía las órdenes del Comandante, para su justa e inmediata ejecución; el Segundo Ingeniero Aníbal Alayza y los Terceros Mecánicos Manuel Hidalgo, Toribio Villalobos, Alcibíades Maldonado y James Bonard, en las diversas instalaciones del Departamento de Máquinas; en la segunda cámara, el servicio de ambulancia lo componían el Contador Alférez de Fragata Ramón E. Bueno, el Farmacéutico del buque y el personal subalterno de las cámaras: he aquí el equipo de trabajo, que había funcionado en esta forma desde febrero 1880.

Respecto a la lancha torpedera **Alianza**, su comandante el Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila, sus dos oficiales y do-

tación, la tenían lista a desempeñar la misión a que estaba llamada en las aguas ariqueñas; se había realizado un completo recorrido de la maquinaria y diversas pruebas, de modo que con el tiempo oportuno y el favor de las noches oscuras, se esperaba mucho de las próximas salidas a la mar.

La Capitanía de Puerto estaba a las órdenes del Capitán de Fragata Eduardo Raygada, con un personal de maniobra y bogas correspondiente a sus diversas funciones, el cual ocupaba una cuadra en la Capitanía, cuyo local era uno de los mejores del litoral Sur. Entre los servicios que se cubrían, puede citarse: vigilancia de las playas, asegurar la comunicación hacia el mar por medio de una chalupa de guardia y su dotación siempre lista, vigilancia del desembarcadero, puesto de observación para volar el muelle, etc.

Gerardo Vargas Hurtado en su libro **La Batalla de Arica**, ocupándose de los temores por entonces de una sorpresa del enemigo por mar y de las rondas nocturnas; dice así: "También se tomaron precauciones para evitar una sorpresa por mar". Con efecto, las rondas nocturnas de la lancha-torpedera **Alianza**, a la que el enemigo daba más importancia de la que tenía, pues la eficacia ofensiva de los torpedos eran por entonces un problema, fueron más activas, máxime cuando se tuvo certeza de que el Ejército sitiador se comunicaba con su Escuadra por la playa de Chacalluta; las rondas, decimos, se hacían con más frecuencia, no sólo por la lancha citada, sino también por botes armados en guerra del monitor **Manco Cápac** y de la Capitanía de Puerto, cuyo Jefe, el Capitán de Fragata don Eduardo Raygada, fue, también, uno de los colaboradores activos y entusiastas con que contó el Coronel Bolognesi en la defensa de la Plaza.

Podemos decir que la vigilancia de la extensa bahía ariqueña estuvo a cargo, exclusivamente, de este pundonoroso marino, quien no solo jugó papel importante en el desempeño de su cometido de Capitán de Puerto, sino que se distinguió también en forma sobresaliente el día en que la corbeta **Unión** forzó el bloqueo de Arica, en cuya oportunidad tuvo a su cargo la arriesgada comisión de proveer de combustible a este buque como asimismo la descarga de los pocos auxilios que condujo para el abandonado Ejército de Montero.— La foja de servicios del Comandante Raygada es digna

de la fama de nuestros viejos marinos; en ella constan las varias acciones de armas a que concurrió y las importantes comisiones que desempeñara en su larga carrera, figurando su nombre entre los fundadores de la hoy floreciente ciudad de Iquitos. El 7 de junio cayó prisionero, y en esa condición fue conducido a Chile. Puesto en libertad, la Empresa del Ferrocarril de Arica a Tacna lo nombró Jefe de la estación de la primera de las ciudades citadas, cargo que desempeñó durante algunos años con acierto y aplauso general, en ambiente en que gozaba de antiguas y extensas simpatías, por su sagacidad, espíritu conciliador y don de gentes".

La Maestranza para el servicio de torpedos Lay, que como sabemos se instaló en la Isla del Alacrán, bajo la dirección y comando del Teniente de Marina Leoncio Prado, pasó a la jefatura del Teniente Segundo asimilado Pedro Ureta, quien llevó a la Capitania de Puerto esta sección torpedista, quedando él con dos hombres a órdenes directas del jefe de la Plaza, disponiendo de todo el material eléctrico que existía.

Capítulo VIII

Prosigue el patrullaje de la Alianza.- Elmore y Ureta

¿Qué apuro empujaba al alto Comando chileno a tomar Arica? Baquedano, en un cambio de ideas con el Ministro de la Guerra chileno en campaña, Vergara, señaló las tropas que lo más pronto posible atacarían la heroica Plaza, "a efecto de procurarse salida a la costa para comunicarse con la Escuadra, que permanecía apontonada sosteniendo el bloqueo de este puerto". Al respecto, en la obra **Asalto y Toma de Arica** dice Nicanor Molinare: "Baquedano y su Estado Mayor necesitaban a Arica, llave de su Ejército, base de sus operaciones y tenedero seguro para la Escuadra, con la que debe estar en contacto permanente y de quien está separado por más de un centenar de kilómetros desiertos (sólo son unos 65), sin agua, desprovistos de recursos y con una costa agria, áspera y brava. Además, en Tacna escaseaban los víveres, porque la Intendencia chilena tenía que alimentar a nuestro Ejército y mantener a los numerosos prisioneros hechos en el Campo de la Alianza; para avituallar nuestras tropas, se imponía tomar Arica". Prácticamente lo mismo escribe en su **Guerra del Pacífico** Gonzalo Bulnes: "Un Consejo de Guerra acordó el ataque violento de la Plaza, porque los

viveres escaseaban y el Ejército necesitaba a la brevedad posible ponerse en contacto con el mar, donde estaban los depósitos de bastimentos. El General nombró para dirigir el ataque al Comandante Castro, del Regimiento Nº 3, designación desgraciada; pues este Jefe carecía de la audacia impulsiva que necesitaba la empresa. Don Máximo Lira, con su poderosa influencia con el General, consiguió que el nombramiento quedara sin efecto y que se designara al Coronel Lagos''.

Desde el 28 de mayo de 1880, las avanzadas chilenas, con patrullas mandadas por el Capitán Juan de Dios Dinator, principiaron a explorar hasta el Hospicio y aun más allá; el 29, en lugar de elementos sueltos destinados a buscar información, llegaron a la quebrada de Chacalluta los **Carabineros de Yungay**, medio Escuadrón: "en la margen norte del río Azufre, estableciéndose en esa región y tomando el enlace de datos con la Escuadra chilena que bloqueaba el puerto, por medio de botes que ésta desprendió" (Dellepiane). Ese día 29, las patrullas enemigas practicaron por cerca de una hora, el reconocimiento del campo peruano. El 30 de mayo como los chilenos estaban cada vez más en fuerza, decidió el comando de la Plaza minar el sitio que probablemente serviría de aguada, colocando cargas de dinamita a darse fuego en dos tiempos, valiéndose del material con que contaba la Maestranza para el servicio de torpedos, trabajo que quedó terminado el día 1º de junio; empero, la labor era llevada a cabo corriendo un gran riesgo y la protección del personal no era la apropiada.

El día 1º por la tarde, con conocimiento del comando partió el Ingeniero Elmore de Arica para Chacalluta, llevando cuanto necesitaba para hacer correr un carro de manos entre ese punto y el pueblo y, al mismo tiempo, destruir nuevamente la línea hasta la quebrada de Escritos: "dispuesto el trabajo, las avanzadas del Escuadrón Lluta anunciaron la presencia del enemigo; así pues, se perdió la noche''. Por supuesto que las destrucciones efectuadas, lo mismo que las operaciones de minar, no podían pasar olvidadas y al respecto dice Dellepiane: "Los Carabineros informaron al Comando de las destrucciones que los **aliados** habían efectuado en la vía férrea y, en consecuencia, Baquedano dió orden para que los Pontoneros se adelantaran por ferrocarril para arreglar los des-

perfectos, bajo la protección de la caballería, dejando la vía expedita para las dos locomotoras y cuarenta carros intactos que los chilenos habían encontrado en la estación de Tacna, al ocupar esa ciudad". El ya referido 1º de junio, llegó a Chacalluta el Regimiento de Cazadores a Caballo y se completó el Escuadrón de Carabineros de Yungay.

Leemos en el **Manifiesto** presentado por el Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila, comandante de la lancha torpedera **Alianza**, lo que sigue: "Zarpé el 1º de junio, como en las demás ocasiones con conocimiento del Jefe de la Plaza, a las 7 h. p.m., a buscar fuera del Puerto a los buques enemigos, animado de un intenso fervor de operar contra cualquiera de ellos, con la sed de venganza consiguiente desde que ya sabíamos la pérdida de nuestras fuerzas en Tacna. Hicimos rumbo directo desde nuestra salida a la luz eléctrica que mostraba el blindado **Cochrane**, cuando toda la Escuadra enemiga desde la puesta del sol se alistaba para ponerse en movimiento, y abandonar el fondeadero que tenían durante el día al N. del puerto. No fue posible avistar a los buques ni conocer su rumbo, tan luego que desapareció su luz eléctrica y fueron ellos puestos en movimiento; por ese motivo no tuve otro recurso sino hacer diversos rumbos, patrullando de NE. al S., puntos por donde siempre se ponían a la vista al amanecer, dejándose solo ver sus columnas de humo, por la distancia. Desgraciadamente no se pudo avistarlos hasta las 2 h. a.m. Regresé al puerto con las horas que me eran necesarias para fondear y no ser visto por el enemigo".

La reunión de una fuerza prácticamente considerable en plan de acción, claro está que ve multiplicarse sus oportunidades operacionales en todo orden de cosas, por manera que el restablecimiento de los daños en la vía férrea hubo de llevarse a cabo; sin embargo, no faltan los comentaristas haciendo notar cómo el Ejército chileno de línea, que no peleó en Tacna, destinado a atacar Arica, sólo pudo emplear los trenes a su deseo el 2 de junio, o sea que el invasor se vió contenido o limitado durante unos días. ¿Y qué categoría de daños? Las averías en cuestión eran tales que por la misma naturaleza de la línea, descontando el pequeño puente de Molle, no existía ningún tramo cuya destrucción fuera un tre-

mendo problema. Así, cuando meditamos que se dedicaron casi seis días con tropas frescas a fin de reparar un puentecillo de solo seis metros de ancho, no podemos menos de admirarnos.

Baquedano había ordenado reforzar la caballería de Chacalluta y el 2 de junio terminó de concentrarse en ese lugar el Regimiento Buín Primero de línea; precisamente, el Ingeniero Elmore junto con el Teniente Ureta, que pasaron la noche buscando la forma de volver a destruir la vía férrea y que ya habían minado un lugar que pudiera servir de aguada al enemigo, se vieron envueltos en uno de los episodios más singulares de la campaña. Estaban los oficiales observando el movimiento de la tropa chilena; pero cedamos la palabra a J. Pérez, quien escribe: "El observatorio era un simple matorral de caña hueca en donde estaba la batería a unos 500 metros de las minas. Preparada ésta se aguardó el momento oportuno. ¡Cuál sería el contento y la ansiedad de los operadores, cuando después de muchas vueltas y revueltas del enemigo observan que al fin escogían por bebedero el sitio mismo de las minas! Al desfilar pueden por primera vez hacerse cargo de que no era un piquete el presente sino la caballería entera; pero ¡qué importa! la resolución de morir estaba hecha desde que se había enviado las bestias al pueblo para no ser descubiertos antes de tiempo. —**Es el grueso de la caballería**— dice un operador a otro. —**Mejor**— le contesta éste. —**Entonces: ¡fuego! y preparémonos a morir**—. Ignoramos por qué causa sólo hizo explosión una carga de cada serie; el hecho es que así y con todo el estrépito, la tierra y las piedras que silbaban en el aire, introdujeron una confusión espantosa de que nadie se daba cuenta; los jinetes por una parte, los caballos por otra, todos corrían desafortunadamente, creyendo que la tierra se los iba a tragar. Pasada la primera impresión, se repusieron y enviaron a buscar a los actores. Bien pronto dieron con el matorral que contenía el nido infernal y en él al señor Elmore y al joven Ureta que habían ido a entregar su existencia para dar el primer ¡atrás! al invasor y levantar la gran figura de Arica a la altura que era debida para que al mirarla tuvieran que retroceder. Así sucedió, en efecto. Por confesión de la oficialidad de la caballería, el ataque debía verificarse el 3; pero Arica que había sabido erguirse y repeler a la poderosa flota

enemiga cuando ésta osaba acercarse a sus playas, se levantaba también como un fantasma, si no para repeler, al menos para imponer con un puñado de dignos soldados, al ejército victorioso que en el Alto de la Alianza acababa de destrozar a 8,000 valientes, y que venía ahora a asaltarla por tierra.— Estaba en el interés de los señores Elmore y Ureta negar en lo absoluto su participación en la colocación de las minas; pero el enemigo explora, estudia y piensa antes de resolver, de tal manera que, por más que la palabra de los prisioneros llevara el sello de la verdad, pues, en efecto, ni conocían las minas (todas se sobreentiende), se resolvió cañonear primero y asaltar después por el camino que el más miope militar hubiera escogido, tomando las disposiciones necesarias para que las ignoradas minas, a estallar, hicieran el menor daño.— Al tomar esta resolución atrevida, los jefes enemigos han hecho creer a muchos que habían aprovechado de los prisioneros para conocer la posición de ellas y evitar sus efectos, pero hay que reconocerles el tino y arrojo con que han procedido; pues lo han hecho sin tener el más mínimo detalle de la defensa del terreno que iban a pisar: volvemos a decir, esa es la ventaja de la observación y el estudio. Verdad es que al soldado con que cuentan no hay sino lanzarlo a la sangre, el incendio y el saqueo para que, procediendo por sí, pase por cuanto obstáculo se le presente si no hay la fuerza suficiente para repelerlo”.

Acudamos al compendio del suceso: el día 2 de junio de 1880, la tropa de caballería chilena pasando un vado del río de Azufre, el cual corre por el valle de Chacalluta, hizo explosión una mina y tres soldados chilenos resultaron heridos; en ese momento se tomó prisioneros a un Ingeniero peruano encargado de hacer saltar las minas y a tres individuos que se ocupaban en la misma tarea. He aquí casi a la letra, las mismas palabras empleadas por el Coronel Jefe de Estado Mayor General chileno, en su informe a la superioridad, salvo que el acaecimiento lo sitúa el día 1º de junio por un motivo que ignoramos; en realidad, el alto jefe invasor parece no ofrecerle mayor importancia al suceso, como algo que se anota porque así se presentó y hay que manifestarlo por rutina. La verdad es bien distinta y la experimentamos en carne peruana a un precio inmenso. Como un ejemplo, sería suficiente re-

cordar las propias frases del Coronel chileno Pedro Lagos, quien en su parte oficial refiriéndose a la última vez que pidiera la capitulación de la Plaza de Arica, o sea el día 6 de junio, explica que lo llevó a cabo "por creer ineficaces los esfuerzos que pudieran hacer para rechazar nuestro ataque, y por humanidad, pues conocía la indignación que produjo en nuestra tropa el estallido de las minas de Chacalluta y temía que, al suceder lo mismo en el Morro y población, se excitaran más los espíritus, y deseaba evitar por este medio el inútil derramamiento de sangre". Es posible que el motivo principal del segundo parlamentario, fuese evitar el efecto de los campos minados que no se conocían por los chilenos, dándole a los que ya sabían una importancia por encima de lo real; pero, cualquiera que hubiera sido el resultado, ya estaba decidida por Lagos la venganza más sangrienta por el susto que pasaron con las minas. La sangre manará eternamente de Arica: cada calle de la población será un cementerio y cada lugar del área militar un matadero, porque se aplastó y exterminó sin compasión en unas horas de horror y de brutalidad. Un testigo presencial llega a decir: "Media hora después, encontrándose prisioneros y encerrados en un cuarto con centinela de vista los Jefes y Oficiales peruanos que habían escapado de la matanza, se presentaron los Coroneles Lagos y Ortiz, que no habían tenido valor para entrar en el ataque a la cabeza de sus soldados, y haciendo lujo de una torpe arrogancia y fiereza con los vencidos principiaron a insultarlos. Las palabras textuales de Lagos fueron las siguientes: **Cobardes, miserables, se encierran con minas estos canallas, y ustedes** (dirigiéndose a sus Oficiales y Soldados) **han tenido la desvergüenza de no cumplir mis órdenes. ¿No les dije que no debía haber prisioneros? ¿Para qué necesitamos a estos cobardes?**— Y encarándose con el Comandante Souper que hablaba en esos momentos con Sáenz Peña, le dijo: **Al conversar usted con un prisionero daña nuestra causa, estos canallas no merecen ningún género de consideración.**— Tales vociferaciones estimularon a la tropa chilena para continuar cometiendo atrocidades en los contornos del Morro, calles y plazas de Arica. Todas las casas fueron asaltadas y saqueadas. Si los que han perpetrado semejantes villanías, si estos crímenes quedaron impunes y no recibieron el castigo ejemplar, imponente y ruidoso que

la justicia y la civilización reclaman; el grande, el terrible daño, sería el daño moral que ello causaría a la raza americana, cuya hidalguía y nobleza son tradicionales. Así como en el corazón de los soldados de nuestra Independencia el triunfo despertaba todos los instintos generosos, en el de los chilenos está visto que los acusa al crimen y los embrutece". Lo anterior fue publicado dos meses después de la epopeya de Arica, en el periódico **La Patria** de Lima.

A fin de completar la concepción respecto a Lagos, recurramos a la tantas veces mencionada obra **La Batalla de Arica**, de Gerardo Vargas H., donde se lee: "Baquedano, que conocía los fieros instintos de este Jefe, no vaciló en confiarle el comando de las tropas que expedicionaron sobre Arica. No encontró tampoco entre sus Capitanes otro más capacitado para enfrentarlo a Bolognesi. Elección desacertada; porque, dados los antecedentes militares de Lagos, era el menos digno para medir sus armas con las de aquel viejo soldado, sin tacha y sin miedo. El jefe del asalto de Arica degeneró en chacal, en insaciable bebedor de sangre peruana; se despertaron en él fieros instintos de su raza, como en su hosca fisonomía se retrataba el hombre de alma empedernida, indiferente al ajeno dolor. Había sido actor principal en la pacificación de la Araucanía, campaña de exterminio racial, que costó numerosas vidas a Chile y a los indomables araucanos. La orden o consigna de HOY NO HAY PRISIONEROS, delata el alma sanguinaria de su autor. Hemos oído decir que su Gobierno desaprobó el inhumano proceder de Lagos en el combate de Arica, porque exhibió a Chile, ante el mundo civilizado, como país en pugna con los usos de las guerras modernas. Tal vez por esta causa no figura en la historia de su patria con los relieves salientes de otros Jefes que actuaron al par que él, aunque en segundo término, en la Guerra del Pacífico". Cita Vargas a Vicuña Mackenna, que refiriéndose a la masacre, expone: "Han llamado los vencidos de Arica LAGO DE SANGRE al ilustre (?) captor de esa Plaza, por lo que allí aconteciera...". Y cita también a Molinare, que describe así la matanza en el **Ciudadela**: "Fue tal y tan espantosa aquella represalia, que el vasto e inmenso recinto del **Ciudadela** se convirtió en humeante poza, charco horrible de sangre humana; y tanto subió el nivel de aquel LAGO, que el caballo del General en Jefe, don

Manuel Baquedano, cuando más tarde penetró en aquel mudo y desolador lugar, se perdió en la sangre peruana, hasta los mismos nudillos". Y esto lo escribe un chileno.

Los fundamentos de la fortificación de la Plaza de Arica, estaban basados en la instalación de la artillería, en las plataformas de los cañones, parapetos, obras de albañilería, etc., en todo lo cual había tomado alguna parte, unas veces, y acción importantísima, otras, el Ingeniero Elmore; empero, ese profesional conocía la ubicación de cada boca de fuego, sus alcances, si estaba bien o mal emplazada, en fin, era como un plano viviente de todo lo concerniente al armamento. Asimismo, junto con el Coronel Panizo y el Mayor Ugarteche, Elmore desde antes de la llegada de Bolognesi, estudió la defensa de la población ariqueña por su retaguardia, en un extenso desarrollo de fortificaciones, cuando se pensaba que la guarnición sería muy numerosa. Por otra parte, tal como indica un comentarista: "Trabajo especial del Ingeniero Elmore había sido estudiar el modo de dejar bien puesto el nombre de la Patria en caso de un descalabro"; de aquí las órdenes de Montero y como consecuencia el informe que le presentara del área de Arica con el proyecto de mina: que no se llevó a cabo, no importa, pero era el plano regulador y más no era posible efectuar.

Al llegar Bolognesi, Elmore recibió el nombramiento para que sirviese a órdenes directas del Jefe de la Plaza y fue quien le confeccionó a éste un programa de defensa de los flancos con parapetos y minas, lo mismo que de campos atrincherados, la forma de reventar los cañones y polvorines, la acción sobre las minas, etc., etc.; estaban expuestas las necesidades que tal programa exigía y el orden en que debía llevarse a cabo. La preocupación principal era hacer saltar los lugares peligrosos, impidiendo que los utilizara el enemigo en contra de los defensores. No olvidemos que Elmore cambió ideas constantemente con Bolognesi, conoció sus más íntimos pensamientos, sobre todo por el sitio que esperaba el ataque chileno con las disposiciones que tomaría y, además, supo todas las sugerencias que le presentaban los diversos Jefes de sectores; era, pues, como un libro viviente de cuanto se relacionaba con la defensa de Arica.

El Teniente Pedro Ureta, conocedor a fondo de lo que se enlazaba con los torpedos y el aspecto naval, rápidamente ganó la confianza de Bolognesi, quien pensó que podía reemplazar a Elmore por aquel joven tan trabajador y disciplinado; de primera intención se le ordenó el trabajo de electricidad y, al mismo tiempo, cargar las minas colocadas en el trayecto del panteón al camino de Azapa, cerrando la entrada por el lado norte a la población de Arica. Debemos convenir que con respecto a Elmore y Ureta, se trataba de dos personas de suma importancia en el plan de defensa, las cuales no podían ser arriesgadas en ninguna misión, salvo con una protección que garantizara lo suficiente que no caerían en manos del enemigo. Y no fue así. Ya hemos dicho que ambos habían resuelto morir, "desde que se había enviado las bestias al pueblo para no ser descubiertos antes de tiempo". Ni una escolta bien armada, ni la menor esperanza de salvación; sin embargo, con esos dos hombres se perdía cuanto de verdadera experiencia en explosivos, electricidad y construcción existía en la Plaza.

El corresponsal del periódico chileno **El Mercurio** cuenta en su crónica escrita el 7 de junio de 1880, el incidente del valle de Chacalluta, la explosión y el avance de los jinetes chilenos al galope en busca de los que accionaron la mina; por fin, apreciaron unos bultos que fugaban, sobre los cuales rompieron fuego de carabina: "Entre los prisioneros tomados en el momento de la explosión se encontraba un ingeniero peruano, y éste fue puesto en aprietos para que confesara dónde estaban las minas y fuera personalmente a designar los lugares. Poco después, en efecto, se descubrían otras nueve minas sembradas en los pasos del río, y se recogía una enorme cantidad de alambre". El Mayor Rafael Vargas del Escuadrón Carabineros de Yungay, cuenta así la captura: "En el acto procedí a buscar el punto donde debía estar la batería eléctrica y sus autores. En estas pesquisas tomé un paisano, quien me indicó el punto donde estaba, como también quiénes éran los que habían hecho estallar la mina, los que fueron tomados poco después, resultando ser uno don Teodoro Elmore, ingeniero militar y un subteniente Ureta, ambos pertenecientes al ejército peruano; quise en el acto fusilarlos, pero habiéndome ellos declarado que eran los encargados de colocar minas y de destruir la línea férrea de Arica

a Tacna, resolví dejarlos, para de ellos poder saber los puntos donde hubiesen barricadas, tanto en la línea como en la plaza y puerto de Arica. En la aprehensión de estas dos personas resultó herido de bala el subteniente Ureta". La **Covadonga** recibía desde tierra, por semáforo, el siguiente despacho en la parte que nos interesa: "Fue capturado un individuo que ayer por la mañana hizo saltar una mina cerca del campamento de los Carabineros de Yungay. Se tienen los planos de los fuertes y de las minas. El lugar para dar fuego a las minas está cerca del **Waterree**". Y un nuevo despacho agregaba: "Hubo solo un cazador con un brazo quebrado y tres carabineros contusos. Junto a esa mina había otras, de las cuales se han extraído ya seis cajones de dinamita. Por fortuna se capturó a los ingenieros principales, Elmore y Arenas, y ellos declaran lo que le dije más arriba respecto del número y ubicación de las minas. En consecuencia se ha resuelto ocupar con la artillería una altura desde la cual se dominan los fuertes y la población, y mañana al amanecer se principiará el fuego". En una carta del Capitán chileno Manuel R. Barahona, escrita en Arica el 9 de junio de 1880, se leen estas líneas: "Y por otro lado dimos con la batería eléctrica y tomamos a dos oficiales que la dirigían. Uno salió herido. El otro, un ingeniero Elmore, era el que había dirigido todo el trabajo de minas con que están rodeadas todas las trincheras y parapetos. Por éste supimos todo lo que necesitábamos para hacernos cargo de la manera como estaban defendidos los fuertes. El eligió entre ser fusilado y hablar sin mentir".

Gerardo Vargas, que siempre tomó la defensa de Elmore, explica: "El Capitán Ayudante del Coronel Lagos, Jefe del Ejército que expedicionó sobre Arica, don Belisario Campos, hoy General (1916), que se radicó en este Puerto (Arica) luego después de suscripto el Pacto de paz, en cuya ocasión le conocimos, fue quien recibió el encargo de fusilar a Elmore, si se resistía a suministrar noticias exactas de las fortificaciones de la Plaza, de sus reductos, minas, etc.; pero éste "se negó a dar los datos que se le pedían, y asílándose en el Derecho internacional, alegó que eso no podía exigirse honrada e hidalgamente a un prisionero de guerra: declaró al Capitán Campos que por nada de este mundo daría los datos que se le exigían; que a un Oficial de honor, a un caballero, no po-

día hacérsele proposición de esa especie". A su vez, Molinare establece: "El Ingeniero Elmore, profesional serio y estudioso, a quien personalmente conocimos en San Bernardo, donde se hizo notar por la austeridad de su vida y por su actitud circunspecta y laboriosa". Augusto Orrego, Oficial del Ejército chileno que tomó parte en el ataque de Arica escribe: "Es cierto que si Elmore no fue fusilado, se debió a que el General Baquedano se convenció, como yo mismo se lo expuse, y también el Coronel Lagos, de que este señor no era un simple ciudadano, sino que formaba parte del Escalafón del Ejército enemigo, y que, por consiguiente, era militar".

En una correspondencia fechada en Arica el 9 de junio de 1880 y dirigida a **La Opinión Nacional** de Lima, se publica lo siguiente: "Debemos agregar que el señor Elmore fue puesto en capilla; pues debió ser fusilado. Se salvó mediante la intervención de un señor Toro". En el mismo periódico y como correspondencia dirigida de Arica el 23 de junio de 1880 se da a luz esta narración: "Persona que nos merece fe refiere de este caballero (Elmore) lo que sigue: Al volar una mina de Arica fue tomado el señor Elmore por un Sargento Mayor chileno, señor Vargas, el que se lanzó a él diciéndole si era él quien había dado fuego a la mina; el señor Elmore contestó que él no había sido, pero había dado la orden. Lo colocó entonces sobre una piedra y mandó que lo fusilaran. Una vez preparados los soldados para ejecutar la orden, le interrogó el señor Vargas nuevamente, que si tenía los planos de las foraminas. El señor Elmore contestó que no los tenía, y aun cuando las tuviera no las entregaría. En vista de la serenidad y resolución de Elmore, le preguntó el Jefe chileno si daba su palabra de honor de no escaparse; respondió el señor Elmore que sí. El mismo señor Vargas y los demás Jefes chilenos dijeron que la firmeza de carácter de Elmore y su dignidad en los momentos supremos, hicieron que se le mandara a Arica donde el Jefe y que le expresara lo inútil de su resolución".

Gonzalo Bulnes dice: "Habían estallado dos minas de ocho preparadas en ese camino que era la vía frecuentada entre Tacna y Arica. En el momento de la explosión se vió huir de los matorrales un hombre a caballo y otro a pie. Perseguidos por los soldados fueron aprehendidos. El de a pie era el Ingeniero Elmore y

el de a caballo su Ayudante. La irritación de los soldados contra los que empleaban esas armas traidoras era inmensa, y ambos hubieran sido fusilados sin la intervención del Ingeniero Orrego Cortez, Ayudante de Lagos, el que pidió a éste la vida de los prisioneros, lo que Lagos concedió sin dificultad, porque era humano y susceptible a cualquiera influencia generosa. El plano de las minas y de las conexiones eléctricas cayó en poder de los chilenos". Y para terminar con estas citas, recurramos al mismo Elmore repitiendo las palabras que emplea este profesional en una carta dirigida a su señora madre, en Lima, pocos días después de la toma de Arica; dice así: "Mis trabajos eran la esperanza de todos; mis obras de fortificación duplicaban nuestras fuerzas, y las de minas defendían puntos donde no teníamos tropas para sostener. Desgraciadamente, la presencia de un piquete enemigo trajo la idea de minar la aguada a dos leguas al norte del puerto, y los trabajos estuvieron listos el 1º a la madrugada, justamente cuando yo me encontraba en el lugar y aparecía el grueso de la caballería chilena. Presente un joven Ureta, nos encaminamos al lugar de la batería eléctrica y las minas saltaron, en instantes que relataré a Ud. después. Ocultos en dicho sitio, fuimos hallados por la caballería, que se puso a buscar naturalmente, y las balas que nos llovían me respetaron, sacando Ureta un balazo en la pierna. El otro sujeto que estaba con nosotros fugó.— Preso e incomunicado por tres días, sin comer y sin abrigo, se me condujo con el 3er. Regimiento para flanquear Arica y **ejecutar en mí órdenes terminantes**, a la primera mina que estallara. Por fortuna, de mi conversación con el Comandante Castro, Jefe del Regimiento y de una protesta que hice ante el Jefe de E.M. resultó el cambio de plan de atacar el 6. Ese mismo día encontré a don Domingo Toro, que había conocido a Oyague. Vino un joven Orrego, Capitán de Ingenieros, y se presentó un Oficial de E.M., con recomendación de una señora de Tacna para que me atendiera; todo lo que hizo fue saber quién era yo y se considerara debidamente. La pena capital que pesaba sobre mi cabeza se convirtió en la idea de enviármeme a Arica para preparar la capitulación". Anotemos que Domingo Toro Herrera presenció el asalto de Arica, como **cucalón** del Ejército chileno, según anota Gerardo Vargas.

La tempestad que se avecinaba era formidable y dantesca. Las tropas chilenas iban poco a poco reuniéndose para el asalto, mientras el Morro con su masa de más de quinientos pies de elevación, naciendo inmediatamente al sur de la ciudad, constituía el polo de atracción para los enemigos y el altar del sacrificio para los nuestros. Considerando la gravedad de la situación, igual que el experimentado capitán de una nave ante el peligro de la tormenta, Bolognesi avisaba a la superioridad en dos telegramas: "Arica, 2 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 2 a las 12 y 38 p.m.).— Prefecto.— Arequipa.— Toda caballería enemiga en Chacalluta. Componen ferrocarril. No posible comunicar Campero. Sitio o ataque resistiremos.— **Bolognesi**". Y poco después: "Arica, 2 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 3 a las 6 y 35 a.m.).— Prefecto.— Arequipa.— Enemigo todas armas por trenes a dos leguas acampado. Espero mañana ataque.— **Bolognesi**". Para Arica, preguntar o referirse a Campero, era lo mismo que inquirir o señalar a Montero. ¿Qué era y qué hacía el Contralmirante? Según refiere Pedro A. del Solar en una carta al Dictador Piérola, escrita en Tarata con fecha 31 de mayo, este día y en el citado lugar se llevó a cabo un Consejo de Guerra, resolviéndose: "que la fuerza reunida, que no llega a 400 hombres, con dos cañones y una ametralladora, que es todo lo que se ha salvado, salga pasado mañana con Montero y el Estado Mayor a Puno y de allí para Arequipa. Montero me dice que la entregará al Prefecto y pasará a Lima". Del Solar era un famoso pierolista, no hacía mucho nombrado Prefecto de Tacna, desplazándose así al notable y popular doctor Zapata. Es necesario subrayar, entonces, que la marcha de Montero hacia Puno con los restos del Ejército peruano, fue acordado por un Consejo de Guerra, tal como lo dice Del Solar enemigo político de Montero y enviado especialmente desde Lima para fiscalizarlo, asunto que tenía aún más complicaciones al punto que en una carta de la señora Rosa Elías, esposa de Montero, a su hermana doña Corina Elías, en marzo de 1880, encontrada por los chilenos en la ciudad de Ica y publicada por estos, se lee: "Montero y su Ejército carece de todo: está desnudo, sin víveres ni dinero tampoco tiene. Este titulado Dictador (Piérola) no hace la guerra a los chilenos sino a Montero. . .". Sería suficiente para nues-

tros propósitos que el lector consulte el Acta levantada en Tarata por todos los Comandantes Generales y Primeros Jefes de los Cuerpos que formaron el Primer Ejército del sur, con el objeto de resolver definitivamente respecto de la retirada a Puno y Arequipa, donde figuran las firmas de Pedro A. del Solar, M. Velarde, Luis Felipe Rosas, Aquiles Méndez, Justo P. Dávila, César Canevaro, Andrés A. Cáceres, Melchor J. Bedoya, Arnaldo Panizo, Gregorio Albarracín, Remigio Morales Bermúdez, etc. Para terminar, podemos referirnos a la carta que el tantas veces citado Del Solar remitió a Piérola el día 3 de junio, también de Tarata, donde expresa: "Ayer salió Montero para Puno con 500 hombres y es todo lo que ha podido reunir del Ejército. En el acto he empezado a funcionar con independencia, y aunque ya no hay sino restos, haré lo posible por reunir armas y hombres cuantos pueda.— Hoy he mandado a un jefe intrépido, el Coronel Pacheco (cubano) a Arica, dándole cuenta a Bolognesi de lo que ocurre y dándole mi opinión sobre la situación en que se encuentra. Le digo que destruya los cañones y cuanto elemento bélico hay en Arica, y que salve los 2,500 hombres que allí tiene para pasar ese Ejército a Moquegua y unirlo al Coronel Leiva. No sé lo que hará, ni si le parecerá a Ud. bien".

Volviendo a la lancha **Alianza** nos será suficiente recurrir al **Manifiesto** del Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila donde establece cuanto sigue: "Pasé mi parte verbal al Jefe de la Plaza de no haber podido encontrar a los chilenos en la noche del 1º, lo mismo que la resolución adoptada de volver a la mar en la noche siguiente del 2 de junio. En efecto, zarpé del puerto a la misma hora que en la noche anterior, y con rumbo a la luz eléctrica que ponían los buques chilenos al dejar su fondeadero; pero tan luego que ésta desapareció, ordené mayor fuerza de máquina para andar, y gobernando del rumbo de mi salida tres cuartas más al sur de donde se perdió la luz, ya por la práctica de verlos entrar al puerto en esos días, del sur casi cerrado. Era las 11 h. 30 p.m. cuando avistamos a la cuadra de nuestro costado de estribor un vapor, que por su magnitud parecía ser el blindado chileno **Cochrane**, a cuya vista, navegando nosotros al sur, mandé gobernar para virar por redondo por el costado de babor y sobre tierra para tomar enseguida la popa del buque avistado, cuando en este

movimiento, notamos otro vapor por la parte de tierra, que fue bien reconocido en el acto, por habernos aproximado bastante a él, y era el transporte chileno **Limarí**, que acompañaba en ese día al blindado en el bloqueo. De donde resultó asegurarnos que el primero avistado era el poderoso buque chileno, al cual nos preparamos a atacarlo, y ordené al Maquinista conservase la mayor cantidad posible de vapor para el momento del ataque; estábamos ya colocados a su popa, por lo cual mandé mayor fuerza de andar a la máquina, navegando sobre la estela del enemigo para no ser descubiertos por la fosforescencia de las aguas y acortar la distancia al enemigo cuanto fuese posible, lo que conseguimos luego. Fue entonces que calculada la distancia que creí conveniente, di la voz de **¡LISTO!** para el ataque, a los Oficiales y Maquinistas; mandé atacar a toda fuerza de máquina, estando yo en la escotilla de la máquina a proa, cuando veo, me fallan de popa el botalón armado al principio del ataque, y como en tales circunstancias no era posible retroceder ni menos corregir ese trabajo de la lanzada del botalón (a destiempo), por la velocidad que llevaba la lancha, no hubo otro recurso que continuar el ataque. Pero no habíamos avanzado la mitad de la distancia al enemigo, cuando en una de las cabezadas de la Lancha en su arrancada, con mar gruesa y viento del S. (a 20 millas del Puerto), saltó el botalón por el primer zuncho o abrazadera de proa, que lo sostenía, acontecimiento fatal, ya sea por desgracia nuestra en todas nuestras operaciones con el enemigo. **Si bien se agrega también a esta circunstancia la falta de unidad en los procedimientos de muchos subordinados en todos nuestros encuentros militares con el enemigo, cuya conducta nos ha traído siempre fracasos inesperados, desde el principio de la guerra hasta su conclusión, todo atribuido a las vanas pretensiones de personas, en los puestos que han ocupado.**— En la posición difícil en que nos encontrábamos con la falta del botalón y casi ya sobre el enemigo, mandé en el acto dar atrás con igual fuerza de máquinas, para salir del peligro, que nos amenazaba, tanto por haberse colocado el torpedo bajo nuestra quilla, cuanto por haber sido descubiertos por el blindado enemigo por el ruido del botalón al trozarse, en la distancia pequeña en que nos encontrábamos al blindado; notando al mismo tiempo, que este viraba

sobre nosotros. Pero nuestro andar mayor que el de nuestro perseguidor, bien pronto lo perdimos de vista, retirándonos al Puerto con nuestro fatal acontecimiento, digno de lamentarse. Y digo así, pues al no haber tenido lugar este deplorable suceso, y si se hubiera aguantado en el ataque el botalón pocos segundos más, no se puede calcular cuál habría sido la avería efectuada al blindado **Cochrane**; pero sí, se comprende, que los resultados habrían sido bien funestos para el enemigo, y, conformes a nuestros propósitos.— De lo acontecido en la noche del 2 de junio de 1880 dí mi parte verbal al Jefe de la Plaza, reservándome el darlo por escrito con algún resultado favorable en los trabajos que emprendía, y que en las noches consecutivas podía obtener volviendo a salir, después de cambiar el botalón roto”.

Infinidad de conceptos emitidos con toda ligereza y con poco conocimiento de las cosas de Marina, crearon un mundo de fantasía. Ya nos ocupamos del juicio equivocado de una gran cantidad de gentes, aun de profesionales de la Marina, pensando que si Chile dominaba entonces el mar peruano con su fuerza imponente, en cambio, se podía oponer frente a esa Escuadra lanchas torpederas, lo único con que se contaba. Es decir, las embarcaciones más pequeñas capaces de armarse, que carecían de cualidades náuticas, o sencillamente mínimas, y que no disponían de la facultad de permanencia en la mar: solo salir y regresar. Esto, como lo volvemos a repetir, era un sueño, en que se menospreciaba el número y la medida; esto era la obra de teóricos seducidos por el gusto de leer novelas, donde se describían batallas de torpederos triunfantes contra acorazados. Sin embargo, el asunto cuyo anverso podía ir hasta lo risible, tenía un reverso que podía alcanzar lo sublime. Por nuestra parte, tampoco hemos negado que aquellos que buscaban el torpedo y la lancha torpedera como expedientes supremos en medio de su debilidad, significaran una escuela llena de inspiraciones bizarras, eso sí, limitando con la quimera. Pero al fin, en esencia, manifestaban el muy noble anhelo de seguir luchando en el mar, en duelo singular con el enemigo victorioso. No existían sino las pequeñas embarcaciones, capaces de intentar algo con éxito, de modo que nuestros marinos que solo pedían tener una cubierta bajo sus pies y una arma cualquiera capaz de ser utilizada, salían

a ver la forma de herir al contrario. Negarles una ilusión así, hubiera sido matar toda fe en el porvenir, toda esperanza de mejores tiempos y toda voluntad de rehabilitación y de progreso.

Una pequeña lancha torpedera como la **Alianza**, estamos obligados a convenir que su empleo era una prueba de que sólo en caso de verdadera necesidad nacional se practicaba y, en el fondo, debía de existir mucho de quimera en su aplicación. Hemos visto cómo en cada uno de sus cruceros, tenía que pedir auxilio a las sombras y misterios de la noche, que invocar a los dioses de la fortuna, puesto que en cada salida con el bajel se pretendía realizar proezas y maravillas, casi iguales a las imaginadas por autores de calenturienta y belicosa inspiración. Sin embargo, tan extraño medio de figurarse las cosas, casi fue realidad para la **Alianza** que por poco no dañó al blindado **Cochrane**; y casi fue realidad por el amor a la Patria, el honor del Cuerpo y la gloria de la Bandera: es que la exaltación heroica, llevada a su más sublime manifestación, puede realizar asombrosas maravillas. Contemplemos a la **Alianza** navegando sobre la estela del gran acorazado, a fin de poner un torpedo por su popa, ya casi para efectuar el ataque, pero se rompe el botalón del torpedo, probablemente al momento de echarlo afuera o por efecto de los golpes de la mar, con la velocidad que llevaba la lancha, y esto sucede en el instante crítico, precisamente cuando eran descubiertos por el blindado. La ejecución del acto es de gran belleza en especial por su sentido íntimo, por el espíritu que en ella latía, si es verdad casi un suicidio naval, en cambio fenómeno incontrastable y hecho de virtud. Todas las fallas se podían esperar en el pigmeo, pues contaba con una maquinaria de suma debilidad; mas, ¿el gigante? La **Alianza** llegó casi a la misma popa del poderoso blindado y éste no la hace añicos entre nubes de balas de trayectorias tensas y precisas. De aquí el brillo austero de una gran hazaña.

Capítulo IX

La Respuesta de Bolognesi

El 3 de junio de 1880, los chilenos continuaron con un movimiento más activo de trenes, conduciendo los poderosos efectivos a los cuales se les había confiado la misión de atacar la Plaza de Arica. A la una de la tarde llegó a Chacalluta el Regimiento 4º de línea, el Batallón **Bulnes**, tres Baterías de Campaña y una de Montaña, sumando con lo que ya existía en el lugar unos 5,300 hombres. La lancha torpedera **Alianza** apreció el vaivén del ferrocarril, lo mismo que las marchas de los soldados en tierra, comunicándolo al **Manco Cápac** y a los superiores militares. Dice Dellepiane: "Baquedano, Velásquez y Lagos, que tenía el título de Primer ayudante del General en Jefe, llegaron en el tren que condujo la artillería. Las unidades que formaban la División habían sido recompletadas en Tacna con soldados de otros Regimientos para darles su efectivo máximo, excepto, desde luego, los Regimientos que habían formado en la División de Reserva durante la batalla del Alto de la Alianza, que no sufrieron pérdidas".

Según la información chilena, a las 2.30 p.m., salió el General y el Jefe de Estado Mayor a practicar un reconocimiento de las posiciones enemigas, escoltados por una partida de caballería; el

descubrimiento de las minas había impresionado muy fuertemente a los chilenos y temían que todo el valle estuviera sembrado de más minas que las conocidas por la información que obtuvieron. Baquedano con sus acompañantes apreciaron cómo con dirección a Chacalluta se extiende la dilatada planicie que hacia el lado de la ciudad, baja suavemente desde la falda de un cordón de cerros arenosos hasta la misma ribera del mar. De la inspección de nuestros enemigos tenía que desprenderse: 1) cuál era la zona que dominaban los cañones peruanos del Morro, lo mismo que del resto de artillería de la Plaza; 2) cuál era la importancia de los diversos cordones de cerros; 3) dónde se debía emplazar la artillería enemiga; 4) cuál era el mejor sitio para el ataque de la Plaza; y 5) que antes de pensar en los medios de rendir o de tomar la plaza, era necesario cortar a los peruanos la fácil retirada por el valle de Azapa. Respecto a las fuerzas chilenas que, durante el día acamparon en la ribera N. del valle de Chacalluta, en la noche juzgaron prudente dormir en campamento, fuera del tiro de los cañones enemigos, buscando uno más al E. y en la misma ribera del río.

En la noche del 3 de junio, el comandante del monitor **Manco Cápac** varió de fondeadero más al norte con la idea de atacar al enemigo al otro día en su paso al Puerto. Este mismo día 3 el Jefe de la Plaza envió el siguiente telegrama: "Arica, 3 de junio de 1880.— Prefecto.— Arequipa.— Avanzadas enemigas se retiran. Continúan siete buques. Apure Leiva para unirsenos. Resistiremos.— **Bolognesi**". Ya hemos dicho qué significó este retiro de las avanzadas enemigas o sea un cambio de campamento a fin de protegerse. En cuanto al Coronel Leiva, será suficiente que copiemos unas líneas de la nota que este Jefe pasa con fecha 8 de junio 1880 al Ministro de la Guerra en Lima, que dicen así: "A pesar de que la primera noticia del desastre de Tacna la recibí en la Rinconada el 30 del pasado, seguí, no obstante, mi marcha a Sinti, Mirave e Ilabaya, con la esperanza de llegar a Corucas o Tarata y encontrar allí una fuerza respetable, a la cual unirme para operar sobre Arica; pero cuando me informé que el desastre sufrido era completo y que de nuestro brillante Ejército solo se habían reunido 300 hombres, comprendí que el único partido que me tocaba seguir era mandar una fuerza a Candarave para reunir dispersos, re-

coger armas y municiones y volver sobre Tarata, para, dejando guarda esa posición, regresar a Arequipa a continuar la formación del Segundo Ejército, como lo comuniqué a V.S. en mi oficio anterior. Así lo he hecho, y espero que S.E. el Jefe Supremo apruebe mis procedimientos".

El día 4 de junio de 1880 se revela en forma definida el concepto estratégico del alto comando chileno respecto de la operación castrense sobre Arica: rodear la Plaza por completo, ganando con ello la moral de la guarnición, a la cual se le pediría que se rindiese. En caso negativo, se iniciaría un activísimo bombardeo para romper la voluntad de resistencia peruana. Hay numerosas pruebas de lo anterior y que inicialmente Baquedano no pensó llevar a cabo el asalto: el emplazamiento de las bocas de fuego chilenas casi al límite de su alcance, protegiéndose de las baterías de la Plaza; la organización de los abastecimientos para permanecer varios días frente al enemigo, aprovechando la producción del valle de Lluta y de Azapa; los partes chilenos que recibió Lynch y los retransmitía, según se puede leer en la obra de Pascual Ahumada Moreno (tomo III); etc. Por ello comenta muy bien Dellepiane: "Pero, antes de proceder por medios de fuerza que podían aumentar entre los defensores el deseo de resistir, sublevando su coraje por el hecho de verse cañoneados sobre seguro y a mansalva, Baquedano decidió intentar otros procedimientos que le permitieran economizar sus fuerzas y no correr el peligro de ver volar sus Batallones por el efecto de las minas que, en cumplimiento de su consigna, podían hacer estallar los defensores".

Dicen los informes oficiales chilenos que, la mañana del 4 de junio, se pasó en reconocimientos para dar a la artillería una colocación que le permitiera dominar la ciudad; al mismo tiempo mandaron al Cuarto de línea y a una parte de la caballería al valle de Azapa, que corre de E. a W. al pie de la cadena de cerros que termina en el Morro, por donde la Plaza recibía ganado y podía, en un trance difícil, retirarse y tomar el camino del interior. "A mediodía, las baterías se pusieron en marcha y comenzaron a trepar los elevados y arenosos cerros que se levantan por el este del puerto y que cierra por el mismo lado el llano que se extiende hasta el río de Azufre por la orilla del mar. Tal operación duró la noche entera, sal-

vándose las dificultades de la ascensión, merced a la constancia y a la actividad de los artilleros" (Baquedano). Por su lado, dice el Comandante del Número Dos de Artillería: "El día 4, en cumplimiento a las órdenes de V.S. (Lagos), marché desde el campamento de Chacalluta con las cuatro baterías a tomar posiciones al frente de Arica, tropezando en la marcha con graves dificultades que fueron salvadas algunas por el Cuerpo de Pontoneros y las otras por el personal del Regimiento. Nos acampamos en la noche de ese día en lo más alto de los cerros que había que recorrer, a cubierto de la vista del enemigo y muy poco antes de llegar a las posiciones que debíamos ocupar, todo en conformidad a las instrucciones de V.S. Emprendimos la marcha a hora conveniente, y al amanecer del siguiente día se colocaron las baterías en los puntos reconocidos con anterioridad por V.S."

El Comandante del Regimiento de Cazadores a Caballo, expone: "El 4 del presente, a las 10 p.m., recibí orden del Señor General en Jefe de marchar a la diana del día siguiente con 50 hombres del Regimiento al valle de Azapa y reunirme al Teniente don Juan de Dios Quezada, que se hallaba en ese punto con otros 50 individuos de tropa y que había marchado el día anterior a hacer un reconocimiento del valle y de los lugares donde hubiese forraje y agua para las cabalgaduras, teniendo, además, orden de reunir todos los animales que encontrase y traerlos al campamento". El Corresponsal de **El Mercurio**, con fecha 7 de junio, narra a su periódico en lo relacionado con el día que nos ocupamos: "A las 2 p.m. del 4, cambiaron de campamento el **Buín** y el **Cuarto**, corriéndose tras los cerros del oriente, por el mismo valle de Chacalluta, a fin de trasmontarlos en la noche y apoderarse del valle de Azapa. Los Cazadores debían acompañar esta tropa, y, en efecto, se pusieron en marcha a las 10 p.m. del mismo día. A las 12 p.m. partían de su nuevo campamento los dos Regimientos mencionados, y tras una penosa marcha, llegaban al amanecer al valle de Azapa sin que lo notara el enemigo. **Allí caían en nuestro poder un Capitán y dos soldados que formaban parte de una avanzada peruana.** La artillería se movía al mismo tiempo para coronar la cumbre de los cerros del oriente y llegada al río lo atravesaba por un puente improvisado por el Cuerpo de Ingenieros.— La acompa-

ñaba el Batallón Bulnes, que debía permanecer junto a ella en protección de las piezas. A las 2 a.m. llegaban nuestras piezas a la cumbre y coronaban el cerro. La batería de montaña se colocaba en la extremidad sur de éste, y las cuatro de Campaña en la medianía, o sea a unos 7,000 metros de los fuertes enemigos".

Es importante saber cómo Baquedano realizó el reconocimiento de los alrededores de la Plaza, entre otros Jefes con Lagos que sería el encargado del sitio, para lo cual recurriremos a la **Historia Militar del Perú** de Dellepiane: "El General Baquedano en perfecto acuerdo y constante comunicación con el Comandante La Torre, jefe de la Escuadra bloqueadora del puerto, con quien enlazaba hasta por señales, decidió buscar emplazamiento para la artillería que había hecho traer de Tacna, y al efecto, el 4 de junio pasó el Lluta o Azufre, sobre el que había hecho construir un puente provisional, y se dirigió a las alturas del Condorillo para reconocer las defensas de la plaza y medir las distancias. Le acompañaron en este reconocimiento los Coroneles Velásquez y Lagos. Iban con ellos, además, dos piezas de montaña y el 1er. Escuadrón de **Carabineros de Yungay** cuyo completo había llegado de Tacna por tierra el día anterior, pues el Generalísimo seguía haciéndose escoltar por el Escuadrón del Comandante Bulnes. Con el anteojo, Baquedano observó el terreno, juzgó de la potencia de los llamados fuertes y de la solidez de la posición. Con las piezas de montaña ordenó hacer algunos disparos para calcular la distancia y después de apreciada en cinco mil metros, luego de haber recibido a su vez algunos disparos que hicieron los defensores, se retiró alarmado, ordenando entonces que viniera de Tacna el Regimiento **Lautaro** para cooperar a la acción". En efecto, al día siguiente 5 de junio, llegó el citado Regimiento **Lautaro** compuesto por 1,200 plazas; con ello el efectivo chileno rodeando Arica alcanzó a 6,500 hombres con 22 cañones y 2 ametralladoras.

Este mismo 4 de junio, Francisco Bolognesi remitía la siguiente carta: "Arica, junio 4 de 1880.— Señor General Montero o Coronel Leiva:— Este es el octavo propio que conduce, tal vez, las últimas palabras de los que sostienen en Arica el honor nacional.— No he recibido, hasta hoy, comunicación alguna que me indique el lugar en que se encuentra, ni la determinación que haya toma-

do.— El objeto de ésta es decir a U.S. que tengo al frente 4,000 enemigos poco más o menos, a los cuales cerraré el paso, a costa de la vida de todos los defensores de Arica, aunque el número de los invasores se duplique.— Si U.S. con cualquier fuerza, ataca, o siquiera jaquea la fuerza enemiga, el triunfo es seguro. Grave, tremenda responsabilidad vendrá sobre U.S. si, por desgracia no se aprovecha tan segura, tan propicia oportunidad.— En síntesis, actividad y pronto ataque o aproximación a Tacna, es lo necesario por parte de U.S., por la nuestra cumpliremos nuestro deber hasta el sacrificio.— Es probable que la situación dure algunos días más y aunque hayamos sucumbido, no será sin debilitar al enemigo hasta el punto en que no podrá resistir el empuje de una fuerza animosa, por pequeño que sea su número.— El Perú entero nos contempla. Animo, actividad, confianza y venceremos sin que quepa duda.— Medite U.S. en la situación del enemigo, cerrado como está el paso a sus naves.— Ferrocarril y telégrafo fueron inutilizados; pero hoy ya funcionan los trenes para el enemigo.— Todas las medidas de defensa están tomadas. Espero ataque pasado mañana. Resistiré.— Hágame propios cuantos sea posible.— Dios guarde a U.S.— **Francisco Bolognesi**".

La carta de Bolognesi, sacudiendo el patriotismo, se hace conmovedora y pasa a ser un valor permanente en la Historia peruana puesto que se encarna en nosotros, denunciando nuestros errores. Su mérito reside en ser lección capaz de ser comprendida por todos, en virtud de un principio permanente de explicación inteligible: el sacrificio.

El día 5 de junio de 1880, la Guarnición de Arica advierte la presencia de la artillería chilena establecida en los cerros más inmediatos y dominantes. En la página 175 del Tomo III de la **Guerra del Pacífico** de Pascual Ahumada Moreno, en un parte firmado por Lynch, se lee entre otros asuntos lo que sigue: "Una vez que nuestra artillería y tropa estuvieron colocadas de manera que se cerraba al enemigo todas las puertas de salida, se envió en la mañana del 5 al Mayor Salvo, de artillería, a intimar rendición a la plaza para evitar así inútil efusión de sangre. El Coronel Bolognesi, Comandante en Jefe, reunió a todos los jefes superiores en presencia de nuestro parlamentario, y **unánimemente declararon que**

estaban resueltos a quemar el último cartucho. Sin embargo, parece que los subalternos no pensaban lo mismo, puesto que había constantes deserciones de oficiales y tropa. Traída la **respuesta** al campamento, se rompió por ambas partes fuego de artillería. Nuestros cañones eran, sin embargo, incapaces de dañar las sólidas fortificaciones detrás de las cuales se parapetaban los enemigos. Además, nuestros proyectiles solo alcanzaban al fuerte San José y no era posible acercar más a la artillería porque habría quedado dominada por las baterías contrarias con tantos cañones de grueso calibre. Así pasó el día 5".

Nos extraña que el Príncipe Rojo se ocupe de "evitar así inútil efusión de sangre", él que la prodigó sin medida; por otra parte quedan plenamente confirmadas por el enemigo las sublimes palabras de Bolognesi de "**Quemar el último cartucho**". También queda plenamente confirmado que los cañones chilenos se ubicaron al límite máximo de su alcance, que tratándose de piezas flamantes, de último modelo, ese alcance las ponía bien resguardadas. En cuanto el parte oficial que se eleva a Baquedano, dice: "Al amanecer del día 5, los cañones se encontraban en batería en la parte alta de los cerros del este, dominando el puerto de Arica, y a las 8 a.m. rompieron sus fuegos sobre las fortalezas del enemigo, algunas de las cuales no podían distinguirse bien, pues las baterías estaban cubiertas de arbustos y a lo lejos parecían solo grupos de verdura. La distancia que los separaba de éstas era de 5,000 metros. Los fuertes situados en las alturas paralelas al Morro y los de San José y Santa Rosa, contestaron en el acto, con buenas punterías, a tal punto que nuestros artilleros veíanse cubiertos y expuestos a ser heridos por los cascos de las granadas que reventaban sobre ellos. Hechos algunos disparos para apreciar la distancia y conocer bien la situación de los cañones peruanos, se tocó alto el fuego, que también cesó por parte de aquéllos.— Antes de la ruptura de las hostilidades, V.S. mandó de parlamentario ante el Coronel Bolognesi, jefe de la plaza, al Sargento Mayor de artillería don Juan de la Cruz Salvo. Este jefe cumplió debidamente su cometido. Dijo al Coronel Bolognesi que V.S. empeñado en evitar la efusión de sangre, pedía, **en nombre de la humanidad**, la capitulación de la plaza, ya que toda resistencia era inútil, porque

el Ejército de Tacna, hecho pedazos, dispersado y prisionero en su mayor número el 26, no podía en manera alguna prestarles auxilio; por último, que contaba con un **crecido Ejército** que sitiaria la plaza o la tomaría al asalto, siendo él el responsable de las consecuencias. El señor Bolognesi respondió, después de conferenciar con sus jefes compañeros, **que estaba dispuesto a salvar el honor de su país quemando el último cartucho**. Cumplido pues, el deber que nos imponía la situación difícil del enemigo, no había más que hacer, y, como lo dejo expresado, se rompió el fuego".

El parte oficial del Comando del Regimiento 2 de Artillería dice así: "Recibida la orden de principiar el fuego sobre el enemigo, se rompió a las 9 a.m. (día 5) sobre los fuertes del norte con nuestras baterías de campaña, y sobre los del este con la de montaña que, al mando inmediato del Sargento Mayor don Benjamín Montoya, fue a colocarse a 3,000 metros de ellos, en una loma alta más avanzada y a la izquierda de las posiciones que tenían las demás baterías. Después de un cañoneo, por ambas partes de media hora, más o menos, se mandó suspender el fuego. Entre 4 y 5 p.m. se dió orden a la artillería de montaña de replegarse a la de campaña y a ésta que rompiera nuevamente los fuegos sobre los fuertes enemigos, que los contestaron a su vez, cañoneo que duró una y media hora, más o menos".

Es bastante interesante conocer los términos como se expresa el Corresponsal de **El Mercurio**, pues será la forma como reciba las noticias el público chileno; he aquí sus frases: "El día 4 a las 2 a.m. llegaban nuestras piezas a la cumbre y coronaban el cerro. La batería de montaña se colocaba en la extremidad sur de éste, y las cuatro de campaña en la medianía, o sea **a unos siete mil metros de los fuertes enemigos**. Al amanecer del sábado 5 estaba completamente sitiada por tierra la formidable Plaza de Arica, sin tener el enemigo más escapatoria que hacia el lado sur, siguiendo el cordón del Morro, en donde el desierto le ponía una infranqueable barrera. Por el lado del mar, los buques de nuestra escuadra, fondeados frente a la desembocadura del Salado, se comunicaban en ese día con nuestras tropas, y de esta manera, puestos de acuerdo los Jefes de mar y tierra, quedábamos en situación de establecer contra la Plaza un riguroso asedio o atacarla com-

binando nuestras fuerzas marítimas y terrestres. Pero quedando solo el 3º de línea en el puente de Chacalluta para custodiar, junto con los Carabineros, la extensa planicie del valle de Arica por el norte, y necesitándose mayor número de tropas para atacar el nudo de fuertes y reductos del este y sur, se acordó traer de Tacna el Regimiento Lautaro para que tomase parte también en las próximas operaciones.— A las 7 a.m. del 5, rompía nuestra artillería sus fuegos contra los fuertes y baterías enemigas. La Batería de Montaña, situada en la extremidad sur de los cerros del este, dirigía con preferencia sus disparos al fuerte Ciudadela, que, como centinela avanzado, ostentaba sus imponentes y escarpados flancos sobre una colina que domina todas las cercanías, mientras las baterías de campaña lanzaban sobre los fuertes del norte certeros tiros, cuyos proyectiles se veían estallar dentro de los recintos. El enemigo rompió a los pocos minutos sus fuegos en contestación a los nuestros, y la bronca detonación de sus disparos demostraba que todas sus piezas eran de grueso calibre y algunas de largo alcance. El fuerte Ciudadela del sur, el Santa Rosa del norte y dos o tres más de distintos puntos, hacían retemblar el suelo con sus disparos. Durante tres horas se mantuvo el cañoneo casi sin intervalos de reposo, semejando su conjunto, repercutido por los ecos, el sordo estrépito de un prolongado trueno. Mientras tanto, el formidable Morro, cual si desdeñara tomar parte en la fiesta, o como un general que mira batirse a sus soldados, permanecía silencioso, ostentando sus abruptos flancos y sus formidables trincheras a la codiciosa mirada de nuestras tropas, como si desafiara sus esfuerzos y retara su heroísmo.— Pronto se vió que el Ciudadela y demás fuertes del sur dominaban completamente con sus disparos la batería de montaña establecida en la extremidad meridional de los cerros arenosos y sobre el borde norte del valle o quebrada de Azapa. Los enormes proyectiles de a 200 y 300 de los cañones Parrot de esas baterías, estallaban estrepitosamente alrededor de nuestros artilleros y muchas pasaban a enorme distancia tras ellos, lo que demostraba el buen alcance de los cañones enemigos de esa parte de la Plaza. Nuestra batería de montaña permaneció bravamente, sin embargo, sosteniendo el cañoneo y contestando con certera puntería los disparos de ambos fuertes; pero

siendo sus proyectiles incapaces de abrir brecha en sus sólidas murallas y en los parapetos de arena de los reductos, se creyó conveniente retirarla de allí y trasladarla al lugar que ocupaban las cuatro baterías de campaña. Estas, lo mismo que la de montaña, eran impotentes contra los bien contruidos fuertes del norte; pero se vió que los proyectiles chilenos podían dañar al enemigo causándole bajas entre la gente que servía las piezas, mientras ninguno de los suyos había alcanzado a llegar a la cumbre que ocupaban las nuestras.— Terminado el cañoneo, y estando aún indecisos el General en Jefe y el Jefe de Estado Mayor sobre si se continuaría el sitio de la Plaza hasta obligarla a rendirse por hambre, o si se daría un asalto a los fuertes con nuestra infantería, se acordó mandar un parlamentario para que intimara rendición al Jefe de la Plaza. Fue encargado de esta comisión el Sargento Mayor de artillería don Juan de la Cruz Salvo, que regresó en la tarde con la noticia de que el Jefe enemigo estaba resuelto a defenderse hasta el último extremo. Habiéndole hecho notar el Mayor Salvo la inutilidad de una resistencia, desde el momento que de ninguna parte podía esperar socorro, y siendo el Ejército chileno bastante poderoso para dar dos o tres ataques aunque fueran rechazados los primeros, el Coronel Bolognesi repuso: "Nuestro país, señor, es una nación muy desgraciada. Si en la presente guerra no contamos con ninguna acción de brillo, de esas que retemplan el entusiasmo de un pueblo, yo quiero dar este ejemplo a mi país.— Le repuso el Mayor Salvo que no era posible sacrificar inútilmente tantas vidas por satisfacer una pueril vanidad, pero Bolognesi se negó tenazmente a entrar en ninguna clase de consideraciones".

Con motivo de una información aparecida en la revista chilena **Vea**, el Presidente del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, General Felipe de la Barra, publicó un artículo en **El Comercio** de Lima, el 18 de noviembre de 1960, estableciendo que el periodista, al hacer una reminiscencia de la jornada del 7 de juni de 1880, deformaba lastimosamente "en cuanto toca al lado peruano, el episodio más notable de ese memorable suceso y que nunca ha sido igualado en la Historia Epica Americana, ya por su altísimo significado de cumplimiento del deber militar y ya por el heroico sacrificio con que se llevó a cabo, esto es, la respuesta de

Bolognesi al parlamentario chileno, cuando intima la rendición de Arica. Tras de poner en boca de este emisario, el Mayor Juan de la Cruz Salvo, una singular demanda, diciendo entre otras cosas que **el Ejército de Chile, que se encuentra en estos momentos RODEAN-DO por completo esta plaza. . .**, cosa que no es rigurosamente exacta ya que todo el frente occidental daba al mar y en éste la situación era otra, hace responder al Jefe de la plaza el cursilísimo discurso que sigue: **Señor Parlamentario, el Perú no ha tenido victorias en esta guerra, pese al valor decidido de sus soldados; no ha contado con alguna acción de brillo, de esas que retemblan el entusiasmo de un pueblo. Y nosotros queremos dar este ejemplo a nuestro país.** Haciendo decir tales cosas al glorioso Coronel peruano, el articulista ha olvidado completamente que ya hubo **acciones de brillo**, en el mar un Angamos y precedido de las tantas hazañas, valientes como notables, conducidas por Grau, y en tierra un Tarapacá, en donde un Ejército se alzó de sus cenizas para infligir tremenda derrota a otro Ejército hasta entonces engrdeído con sus victorias. . .". El General de la Barra recurre a los propios historiadores chilenos, citando a Vicuña Mackenna, quien se refiere a la respuesta de Bolognesi al Mayor Salvo con estas frases: **"Tengo deberes sagrados y los cumpliré quemando el último cartucho"**. Asimismo, señala a Gonzalo Bulnes que relata así: "Este (Salvo) fue recibido con decoro, con los ojos vendados, y conducido a la presencia de un anciano de barba blanca que lo trató con dignidad. Era Bolognesi. Aquél le comunicó la comisión que lo llevaba ante él: **Bolognesi le contestó que los defensores de Arica estaban resueltos a perecer antes que rendirse**". Y agrega Bulnes: "En seguida telegrafió a su Gobierno por medio del Prefecto de Arequipa: **Junio 5. Parlamento chileno intima rendición. Contesto, previo acuerdo Jefes: resistiremos hasta quemar el último cartucho**".

El parte del Coronel Manuel C. de la Torre dice así: "Continuó desde ese día 2 de junio el tráfico activo de trenes y una serie de exploraciones de la caballería sobre las colinas y cerros de Chacalluta y Azapa, que dominan la Plaza, hasta que el 5 apareció, en la madrugada, poderosa artillería, estacionada en los puntos más vecinos y dominantes. A las 6 a.m. de ese día, recibió el Jefe de la Plaza un parlamentario del General en Jefe del Ejérci-

to chileno, por el cual, manifestando una deferencia especial a la enérgica actitud de la Plaza, expresaba su deseo de evitar la efusión de sangre, que creía estéril y de ningún resultado práctico para sus defensores, atendida la excesiva superioridad de las fuerzas marítimas y terrestres con que se hacía el asedio. El General de la Plaza, previo acuerdo de una Junta de los Jefes de las fuerzas defensoras, cuya unánime opinión fue consecuente a la determinación adoptada en días anteriores, de hacer la defensa hasta el último trance, despidió al parlamentario, don Juan de la Cruz Salvo, dándole por contestación para su General: que, agradeciendo el acto de deferencia, la determinación de las fuerzas defensoras de Arica **era quemar el último cartucho**. Un momento después de retirado el señor parlamentario, a las 9 a.m., la artillería Krupp, situada en las colinas de Chacalluta y Azapa, principió un nutrido fuego a bomba sobre nuestras baterías del norte y del este, el cual era contestado a los puntos a que podían alcanzar nuestros cañones. Duró este bombardeo, con un pequeño intervalo, hasta las 4.30 p.m., sin que los pocos tiros caídos en la población, ni los recibidos en nuestras baterías hubieran ocasionado daños de consideración".

Nuestros historiadores están conformes en que la intimación a fin de rendir la Plaza, llevóse a cabo por el Sargento Mayor de artillería Juan de la Cruz Salvo, quien se presentó el 5 de junio de 1880 a las 6 de la mañana; este oficial superior que se encontraba a cargo de su batería en posición, fue portador del encargo del Comandante en Jefe chileno de ofrecer una capitulación honrosa, permitiendo la salida de la Guarnición con sus armas y bagajes, a cambio de rendir al enemigo la Plaza heroica. Según el General Dellepiane: "A las 6 de la mañana se presentó este Jefe ante la línea defensora, algo al norte del cementerio, pidiendo, en forma establecida por las leyes de la guerra, ser introducido cerca del Jefe de la Plaza para conferenciar con él. El parlamentario, que se presentó acompañado por un Capitán, un Alférez, un Abanderado, un Corneta y dos Ordenanzas, fue recibido por el Comandante Zavala del Batallón **Tarapacá**; y, de acuerdo con los procedimientos en uso, fue conducido, aislado, a la casa en que Bolognesi se alojaba con su Cuartel General. Recibido por el Jefe de Ari-

ca e informado éste de la proposición que traía, respondiéndole en seguida: **Tengo deberes sagrados y los cumpliré hasta quemar el último cartucho**. Llamó después, por medio de sus ayudantes, a los demás Jefes de unidad de la Plaza, refiriéndoles en breves frases la conferencia que acababa de tener con el parlamentario y, a presencia de éste, sometió al voto la cuestión. Ninguno de los quince Jefes que lo rodeaban disintió de la respuesta dada por Bolognesi y Salvo partió, despedido cordialmente por ellos, a llevar a su General la noticia de tan heroica resolución". El nombre de esos Jefes fue: Bolognesi, Inclán, Ugarte, Arias Aragüez, Varela, More, La Torre, Zavala, Sáenz Peña, Francisco Cornejo, Benigno Cornejo, Medardo Cornejo, Chocano, Bustamante, Ayllón y Sánchez Lagomarsino. Otros historiadores sólo mencionan quince nombres, contando a Bolognesi. En cuanto a la célebre respuesta, también existe otra versión, que es la siguiente: **"Tengo deberes sagrados que cumplir y los cumpliré hasta quemar el último cartucho"**. Asimismo se dice que cuando el Sargento Mayor Juan de la Cruz Salvo expresó que ya se iba a retirar, considerando que su misión había terminado, Bolognesi que escuchaba muy sereno, lo despidió con las siguientes palabras: "Podéis decir al General Baquedano que me siento orgulloso de mis Jefes, Oficiales y Soldados y que estoy dispuesto a defender la Plaza hasta quemar el último cartucho". José Santos Chocano, el más vibrante y encendido cantor de Bolognesi, revive la escena:

"Ya sabéis, dice, la respuesta mía,
Yo rendirme no sé, yo siempre lucho
A vencer o morir, decid que es ésta
Mi irrevocable y única respuesta:
Quemaremos el último cartucho".

A principios de este siglo el tradicionista Ricardo Palma se ocupó de la sublime respuesta de Bolognesi y enfocó su trabajo en el sentido de rectificar al parlamentario Salvo que negaba la frase pronunciada por Bolognesi: "quemaremos el último cartucho". Palma se refirió a Vicuña Mackenna, quien dijera que la escena ariqueña "le fue referida por el Mayor Salvo a los pocos días de su llegada a Santiago, en junio de 1880, conduciendo en el trans-

porte **Itata** a los prisioneros de Tacna y del Morro, y la hemos conservado con toda la fidelidad de un calco". Es decir que entonces Salvo refirió que el Héroe de Arica había decidido "quemar el último cartucho", de modo que la negativa del parlamentario chileno, años más tarde, no era cierta. Palma, además, exhibió el testimonio de los jefes peruanos La Torre, Marcelino Varela y Sáenz Peña; presentó las publicaciones de los diarios peruanos de la época de los cuales disponía como Director de la Biblioteca Nacional.

Los asaltantes obsesionados con la idea de la dinamita y de sus terroríficos estragos, temor que no sólo experimentaban los soldados, sino los Jefes de Cuerpo, envían un parlamentario a proponer la rendición de la Plaza; y es esto y nada más que esto, el miedo que se apoderó de nuestros enemigos y de ninguna manera su fingido deseo de evitar efusión de sangre a los peruanos. Ahí está la manifestación de los sobrevivientes peruanos de la jornada, como los Coroneles Varela y Chocano. Vargas establece que Molinare ratifica su aserto en el siguiente párrafo de su libro: "Pero sabían también que Arica estaba minada y repleta de dinamita, y estimando que en el ataque podía volar sus reductos y con ellos gran parte del Ejército asaltante, hicieron al Coronel Bolognesi proposiciones para que se rindiera, a fin de evitar efusión de sangre en los bandos". La entrada del parlamentario enemigo la cuenta así Vargas: "A pesar de que los sitiados observaban a la simple vista los movimientos y trajines de los Regimientos enemigos sobre los cerros fronterizos a la ciudad, nunca pensaron recibir la visita de un emisario de paz, por eso fue grande su sorpresa cuando a las 6 de la mañana del 5 de junio, el citado Sargento Mayor don Juan de la Cruz Salvo, anunciaba su presencia, por el lado del **Lazareto Viejo**, por medio de toques de corneta. La defensa de este sector, como lo hacemos constar en otra parte de este trabajo, estaba encomendada a los Batallones **Iquique** y **Tarapacá**, el segundo de los cuales se hallaba parapetado en los atrincheramientos que rodeaban el Cementerio General. Acompañado de un corneta de órdenes, el Jefe de este Cuerpo, don Ramón Zavala, salió en el acto, a caballo, al encuentro del inesperado visitante; contestando antes los toques de inteligencia del enemigo. Un momento más y el Jefe peruano llegaba a presencia del

emisario chileno, a quien saludó cortesmente, lo mismo que a los de su escolta, que la componían el Ayudante del Coronel Lagos, Capitán don Enrique Salcedo, Alférez del 2º de Artillería, don Santiago Paz, un abanderado, un corneta y dos ordenanzas. Luego después que el Comandante Zavala se impuso de la misión que traía el parlamentario, le vendó la vista, observando exquisita cortesía en esta operación; y en seguida lo condujo a presencia del Coronel Bolognesi. No tardó en tenerse noticia en los vivacs peruanos del ingreso de Salvo a la ciudad, en la travesía de la cual fue seguido por grupos de pueblo, hasta la casa que ocupaba el Jefe de la Guarnición, sita en la calle de **Ayacucho**, al pie del Morro. Después de ascender la pequeña gradería que conduce a la gran sala, se le despojó de la venda, experimentando sorpresa al encontrarse en presencia del Jefe para quien traía encargo de su General. El dueño de casa saludólo cortésmente, invitándolo, al mismo tiempo a sentarse a su lado". A partir de aquí, Vargas reproduce a Vicuña Mackenna en el relato que éste hace a mérito de cuanto le contara Salvo en Santiago.

No nos resistimos a reproducir el relato de Vicuña Mackenna. Después de una breve pausa, se afirma que Salvo hizo conocer a Bolognesi la misión que traía a mérito que el Jefe de la Plaza lo animó con estas palabras: "—Lo oigo a usted, señor". "—Señor, contestó Salvo, el General en Jefe del Ejército de Chile, deseoso de evitar un derramamiento inútil de sangre, después de haber vencido en Tacna al grueso del Ejército Aliado, me envía a pedir la rendición de esta Plaza, cuyos recursos en hombres, víveres y municiones conocemos.— Tengo deberes sagrados, repuso el Gobernador de la Plaza, y **los cumpliré quemando el último cartucho**.— Entonces está cumplida mi misión, dijo el parlamentario levantándose.— Lo que he dicho a usted, repuso con calma el anciano, es mi opinión personal; pero debo consultar a los Jefes; y a las dos de la tarde mandaré mi respuesta al Cuartel General chileno". En este punto comenta Vargas: "Vicuña Mackenna atribuyó a ardid de Bolognesi esta consulta, porque lo que pretendía éste, al decir del historiador chileno, era ganar tiempo; suposición antojadiza, infundada, toda vez que las Fuerzas peruanas, por su reducido número, estaban imposibilitadas para iniciar la ofensiva y por consiguiente

tenían forzosamente que estar a la defensiva". Continúa Vicuña Mackenna: "Salvo, que era hombre perspicaz, de la escuela de los Portales, Pinto e Isidoro Errázuriz, replicó al punto al Gobernador de la Plaza:— No, señor Comandante General. Esa demora está prevista, porque en la situación en que respectivamente nos hallamos, una hora puede decidir de la suerte de la Plaza. Me retiro.— Dígnese usted aguardar un instante, replicó Bolognesi, voy a hacer la consulta aquí mismo y en presencia de usted.— Y agitando la campanilla llamó a un Ayudante, al que impartió orden de conducir inmediatamente a Consejo a todos los jefes". Comenta Vargas: "La suposición del escritor chileno de que Bolognesi pretendía **ganar tiempo**, queda destruída con la determinación que tomó para celebrar el Consejo en el acto, en presencia de Salvo".

La negación de Salvo obedecía, lógicamente, una orden perentoria de la Superioridad chilena, a fin que de ninguna manera se ofreciera al Comando de la Plaza sitiada el envío de parlamento alguno al campo chileno o a cualquier punto de sus vivacs; porque la presencia de un Oficial peruano, desde que dejase el perímetro de Arica, significaría descubrir el emplazamiento de las tropas chilenas y, consecuentemente, cuál era la sorpresa que planeaban, junto con la posible dirección del ataque próximo a llevarse a cabo: no les era posible militarmente arriesgar el secreto de sus planes y tal era la "**Hora**" que podía decidir la suerte de la Plaza. En cambio los chilenos sí enviaron un parlamento constituido por tan numeroso personal, que no cabe duda lleno de temor se acercó a las defensas de Arica y descubrió el camino libre de minas.

Mientras esperaban la reunión de los Oficiales, Bolognesi y el parlamentario charlaron respecto de asuntos generales, refiriéndose sobre todo a las crudezas del conflicto, hasta que por fin llegaron los Jefes de la Guarnición que sumaron quince con Bolognesi y fueron: Inclán, Arias y Aragüez, Varela, Ugarte, More, La Torre, Zavala, Sáenz Peña, Francisco Cornejo, Benigno Cornejo, Chocano, Bustamante, Ayllón y Sánchez Lagomarsino. Así se reunieron cuantos figuran en el conocido cuadro de Lepiani, **La Respuesta**. Explica Vicuña Mackenna: "El primero en llegar fue Moore (se refiere a More), vestido de paisano, pero con corbata blanca de ma-

rino (jamás se usó, sino la negra en forma de lazo); en seguida Alfonso Ugarte, cuya humilde (!) figura hacía contraste con el brillo de sus arreos; el modesto y honrado Inclán; el viejo Arias; los Coroneles Varela y Bustamante; los Comandantes O'Donovan, Zavala, Sáenz Peña, los tres Cornejo (solo asistieron dos) y varios más. Cuando estuvieron todos sentados, en pocas y dignas palabras, el Gobernador de la Plaza reprodujo en sustancia su conversación con el emisario chileno, y al llegar a la respuesta que había dado a la intimación, se levantó tranquilamente Moore y dijo:— Esta es también mi opinión.— Siguieron los demás en el mismo orden, por el de su graduación, y entonces, dejando a su vez su asiento el Mayor Salvo, volvió a repetir:— Señores: mi misión está cumplida. . . Lo siento mucho.— Y, luego, alargando la mano a algunos de los Jefes que le tendían la suya cordialmente, fue diciéndoles sin sarcasmo, pero con acentuación:— ¡Hasta luego!— Despedido enseguida en el mismo orden en que había sido recibido; llegaba el Mayor Salvo a su Batería a las 8.30 a.m. y sin cuidarse mucho de decir cuál había sido el resultado de su comisión, pedía una alza y un nivel para apuntar sus piezas de campaña a los Fuertes del norte, que tenía a su frente". Según Vargas, mientras se desarrollaba la conferencia se reunió alrededor de la casa de Bolognesi mucha gente, con el principal deseo de conocer al parlamentario, el cual antes de abandonar la sala fue nuevamente vendido y se le llevó a las afueras de la población, en el mismo sitio donde fuera recibido y donde estaba esperándolo su escolta. "Cuando el pueblo tuvo conocimiento de la respuesta dada a Salvo, prorrumpió en aplausos y en estruendosos vivas al Perú y a Bolognesi".

No sería posible dejar de lado el artículo que escribiera Sáenz Peña, respecto al asunto de Arica y que se refiere en la siguiente forma a la sublime respuesta: "Era un Parlamentario! Bolognesi lo hace recibir con todos los respetos de la Ordenanza y todas las leyes de la guerra, le hace vendar los ojos y lo introduce a la Plaza, luego a la Comandancia, donde ya se encuentra reunida la Junta de defensa formada por los coroneles, Tenientes Coroneles y Sargentos Mayores del Ejército. Eran veintiocho jefes.— La sesión fue solemne.— Libres de la presión de la venda, los ojos del Par-

lamentario, se clavaron con curiosidad visible en los rostros enemigos; a su turno, el extraño visitante era observado en todos los detalles de su uniforme, su fisonomía, su actitud, sus miradas, todo era observado minuciosamente, produciendo en la Junta una impresión más bien simpática. El Coronel Bolognesi presidiendo la Junta, invitó al Parlamentario a que diera cuenta de su misión. El Comandante Salvo, entonces Sargento Mayor de Chile, expuso la situación de ambos Ejércitos; la Plaza, dijo, no puede defenderse, bloqueada por mar, sitiada en tierra, por un Ejército seis veces superior en fuerzas, la resistencia es imposible: el General Baquedano invita a los Jefes superiores a evitar que se derrame más sangre que la que acaba de correr sobre los campos de la Alianza. El General Baquedano pedía la evacuación de la Plaza y la entrega de las armas; las tropas peruanas desfilarían con honores militares, batiéndose marcha regular por el Ejército chileno.— El Coronel Bolognesi se dirigió entonces a los Jefes de la Junta en estos términos, que reproduzco textualmente:— Señores Jefes y Oficiales:— Estáis llamados a decidir con vuestro voto de la suerte de esta Plaza de Guerra cuya custodia os ha confiado la Nación. No quiero hacer presión sobre vuestras conciencias, porque nuestros sacrificios no serían idénticos. Yo he vivido setenta y un años (?), y mi existencia no se prolongará por muchos días, ¿qué más puedo desear que morir por mi Patria y con la gloria de una existencia heroica, que salvará el honor militar y la dignidad del Ejército (!) comprometido en esta guerra? Pero hay entre vosotros muchos hombres jóvenes, que pueden ser útiles al país y servirlo en el porvenir; no quiero arrastrarlos en el egoísmo de mi gloria, sin que la Junta manifieste su voluntad decidida de defender la Plaza y resistir el ataque. El Comandante en Jefe espera que sus Oficiales manifiesten libremente su opinión.— El Comandante Moore (More), que ocupaba un asiento en el fondo del desmantelado salón, púsose de pie y pidió que la Junta resolviese por aclamación la defensa de la Plaza. Todos los Jefes se pusieron de pie y la resistencia quedó resuelta por aclamación; fue entonces cuando el Coronel Bolognesi se dirigió al Parlamentario con una frase cuyo recuerdo lo conservarán los pocos peruanos que sobreviven al desastre.— **Podéis decir a vuestro General que me siento orgulloso de mis**

Jefes y dispuesto a QUEMAR EL ULTIMO CARTUCHO EN DEFENSA DE LA PLAZA". Sólo haremos una anotación y se refiere a la edad que Sáenz Peña pone en boca de Bolognesi: 71 años, lo cual no corresponde con los datos ofrecidos por todos sus biógrafos ni con la placa puesta en Lima, en la casa donde se asegura nació el Héroe de Arica.

Por su parte, ocupándose de ese hermoso gesto apunta el Mayor Alejandro Montani en sus **Artículos Militares**: "El Coronel Bolognesi, **consecuente a la determinación tomada días antes, contestó** al parlamentario chileno, agradeciéndole el acto de deferencia de su General en Jefe, para los defensores de Arica; **pero que las fuerzas de su mando habían resuelto quemar el último cartucho**. Pocas escenas de este género presenta la guerra moderna y hemos de confesar que hubo en ello, la caballeresca hidalguía de los antiguos guerreros castellanos. Bien es cierto, que la misma táctica empleada por los atacantes en su **orden paralelo**, en completo desuso, revivía en sus menores manifestaciones las antiguas artes que, en este particular, nos legara Epaminondas. La solemnidad de esta entrevista, la precisión militar hasta de las frases en ella empleadas, iban preparando la epopeya sublime del sacrificio por la Patria!... No era la Plaza de Arica la de Metz guarnecida por 100,000 soldados franceses a orden del Mariscal Bazaine; menos la de Sedán, defendida por un Emperador aguerrido en los campos de Solferino y Magenta y humillado y abatido vergonzosamente, después, sobre la meseta de Illí, rindiendo su espada a los pies del Emperador Guillermo victorioso, de Bismarck implacable y Moltke carnicero e inmutable. Eran 1,600 Guardias Nacionales, mandados por un soldado sobrio y valeroso, desechando la rendición honorífica que se le pedía por 16,000 soldados chilenos vencedores en la batalla del 26 de mayo y cercados por mar con una escuadra invencible para ellos. Eran un puñado de hombres semidesnudos, con armas colecticias, sin artillería de gran alcance, ni fuertes sucesivos, sin fosos, alambrados, ni reductos, sin caminos de retirada posible, que rechazaban la capitulación y ofrecían: **QUEMAR EL ULTIMO CARTUCHO!!** ¡Ah!— es que, en este suelo bendito, tan calumniado, también se sabe morir por la Patria; también se sabe ejemplarizar con valor la Historia Militar...".

La decisión, altivez y energía de los Jefes de la Plaza de Arica, a quienes se había confiado la defensa y el honor de ella, encabezados por Bolognesi, los que al hacer el sacrificio de sí mismos alcanzaron una grandeza fuera del tiempo, pero metida en la leyenda; una lucha que llegó a ser la razón de lo que el corazón y el patriotismo se negaban a aprobar, es decir, afirmando la defensa de los derechos del Perú y del individuo contra la opresión amenazadora de la conquista; esa situación del pequeño grupo de buenos peruanos, la muestra el Coronel Aurelio García Godos en las siguientes frases de un discurso: "El parte oficial cuya lectura acabáis de escuchar me releva de hacer la descripción de la batalla pero recordando el lienzo **La Respuesta de Bolognesi**, cuya figura central reproduce el óleo que se ostenta en esta sala de la **Sociedad Fundadores de la Independencia**, exhibiendo con toda su gallardía, la noble entereza de su gesto final, en el que el pintor Lepiani ha tratado de aprisionar el gesto de esos héroes en el momento supremo, trasladémoslos, en alas de la fantasía, a la habitación de la casa cercana al Morro donde se celebró la última Junta de Guerra. Allí está el grupo de pie, altivo, denodado y fiero que ha de dar la respuesta épica que, en boca del que la pronuncia se hace maravillosa, por ser una contestación franca y terminante, pronunciada con toda la arrogancia del soldado que al parlamentario chileno deja mucho de estupor, después de haber ofrecido honores militares si se aceptaba la rendición. En torno a la sencilla mesa, se destacan esas figuras homéricas. Almas serenas, impasibles, que no se turban ante el influjo del peligro, tranquilas ante la adversidad, están resueltos a morir en la demanda para dar mayor lustre a las Armas Nacionales y que la muerte segura que esperan les ha de dar gloriosa vida inmortal, no vacilando en ir al holocausto. Grande entre los grandes, Bolognesi no quiere aparecer como el único paladín del honor militar peruano, por eso congrega a los suyos ante el testigo adversario para dar a cada uno la parte de perdurable gloria que le corresponde. Hierático, recto, inflexible en el cumplimiento de su deber, teniendo a su derecha a su Jefe de Estado Mayor el Coronel La Torre, el héroe hace uso de la palabra: los que lo rodean, lo escuchan con respeto y lo miran atónitos. Habla More, el infortunado marino de la **Independen-**

cia, le sigue en el uso de la palabra Ugarte, ebrío de coraje, y Varela indignado, de quien dijera un historiador chileno **débil como un junco y bravo como un león**, y Sáenz Peña tranquilo, y resignado Inclán, y el resto asiente imperturbable, demostrando al emisario enemigo que nadie vacila ante la muerte. Es entonces cuando el heroico Jefe pronuncia con firmeza su categórica respuesta: **PELEAREMOS HASTA QUEMAR EL ULTIMO CARTUCHO!**".

Estamos obligados a enmendar la afirmación del Coronel García Godos, en el sentido de que confunde a los dos Coroneles Varela. Quien estuvo en Arica fue el Coronel Marcelino Varela, nacido en Tacna e hijo del caballero español Juan Varela y de la señora Nicolasa Barrios; era un viejo militar que había acompañado a Piérola en el combate de Pacocha. El otro Varela fue don Enrique, hijo legítimo del anterior que llegó hasta General y lo asesinaron en el Fuerte de Santa Catalina de esta Capital, en la madrugada del 4 de febrero de 1914. Refiriéndose el historiador chileno Vicuña Mackenna a Enrique Varela por su valeroso comportamiento en la gloriosa Batalla de Tarapacá, es que emplea la elogiosa frase: **"era débil como un junco, pero bravo como un león"**.

Los fuegos en andanadas eran disparados por las baterías chilenas; muchos de sus proyectiles cayeron alrededor del **Manco Cápac** sin tocarlo. El Ejército chileno llegado primeramente por tren a Chacalluta, se mueve en los días sucesivos ocupando posiciones rodeando Arica en la siguiente forma: instala su artillería en determinadas elevaciones que dominan la Plaza, pero que no dejan sospechar el punto que desean ablandar para el asalto; a la par la infantería chilena va desbordando por las lomas de Condorillo hacia Buena Vista o la Hacienda de los Franceses en el valle de Azapa, de modo que el grueso se agrupa al este de Arica o frente al macizo del Morro, empero disfraza tal maniobra manteniendo a la vista un Regimiento al norte de la Plaza como simulando que por ese lado pretende efectuar su ataque principal; respecto a la caballería, se ocupa en apoyar a los infantes del norte y en guardar las salidas de Azapa y Lluta; al mismo tiempo, la Escuadra está lista para atacar por el frente marítimo. Anotamos que el bombardeo de la artillería terrestre tuvo resultados nulos. Dice Dellepiane: "Viéndose obligados los chilenos a cambiar de posi-

ción repetidas veces y, en fin, a cesar el fuego porque sus disparos fueron respondidos con mucha precisión por los fuertes del este y del norte. En este día, cuando no quedaban ya esperanzas de rendir la plaza por amenazas, Baquedano reemplazó al Comandante Castro, encargado del mando de la División, con el Coronel Lagos".

El Jefe de la Plaza hizo los siguientes telegramas este día: "Arica, 5 de junio de 1880.— Recibido en Arequipa el 5.— Prefecto Arequipa.— Apure Leiva. Todavía es posible hacer mayor estrago en el enemigo victorioso. Arica no se rinde y resistirá hasta el sacrificio.— **Bolognesi**". El siguiente: "Arequipa, junio 5 (noche).— Señor Prefecto de Ica.— Sírvase V.S. transmitir a S.E. el Jefe Supremo lo que sigue:— Con esta fecha recibo telegrama de Arica.— Arica, 5 de junio de 1880.— Recibido en Arequipa el 5 a las 9 a.m. Prefecto Arequipa.— Parlamento enemigo intima rendición. Contesto, previo acuerdo de los Jefes: **RESISTIREMOS HASTA QUEMAR EL ULTIMO CARTUCHO.— Bolognesi**". Este otro: "Arica, 5 de junio de 1880.— Recibido en Arequipa el 5 a las 10 y 30 a.m.— Prefecto Arequipa.— Comienza el cañoneo de una y otra parte.— **Bolognesi**". Este otro: "Arica, 5 de junio de 1880.— Recibido en Arequipa el 5 a las 2 y 40 p.m.— Prefecto Arequipa.— Suspendido por enemigo cañoneo. Parlamentario dijo: General Baquedano por deferencia especial a la enérgica actitud de la plaza, desea evitar derramamiento de sangre. Contesté, según acuerdo de Jefes. Mi última palabra es **QUEMAR EL ULTIMO CARTUCHO.— ¡Viva el Perú!— Bolognesi**".

Capítulo X

La Víspera del Asalto. Lucha en el Mar

Se lee en la nota que eleva el General Baquedano lo siguiente: "El 6, de orden de V.S. comuniqué por medio de señales al señor Comandante del **Cochrane** una nota pidiéndole la cooperación de la Escuadra surta en la bahía para atacar de una manera simultánea por el frente y por retaguardia. Abrigábamos entonces la esperanza de que con esa tentativa los peruanos desistirían del propósito de seguir resistiendo inútilmente, sin probabilidades de triunfo. Al mismo tiempo, obligándolos a batirse, les dábamos oportunidad para salvar el honor de su país y entrar en honrosa y cuerda capitulación. La sangre preciosa de oficiales y soldados derramada en Tacna y los horrores que trae consigo un combate, nos habían hecho desistir antes de un asalto, esperando arreglar todo por la vía tranquila y sensata de la palabra". Ya Publio Ovidio Nasón, el último poeta latino de la era de Augusto, había puesto en boca de Medea unas palabras que retratan la flaca naturaleza humana: **Veo lo mejor, lo apruebo, pero sigo lo peor (Video meliora, proboque, deteriora séquor)**. Por lo pronto, Baquedano se había retirado a Chacalluta, mientras en la madrugada del 6 el

Coronel Pedro Lagos se dirigió al valle de Azapa, acompañado de varios ayudantes del Estado Mayor General, con el objeto de tomar el mando directo de las tropas con las que en última instancia se daría el asalto a la Plaza, sobre la base de su enorme superioridad de efectivos. Dellepiane observa que en toda la preparación del asalto estuvo visible la dirección de Baquedano y asegura: "Es indudable que el planteamiento general de la operación que se ejecutó el 7 de junio, se debió en gran parte a la acción personal del Comandante en Jefe. El dispositivo de los Regimientos de asalto 3º y 4º y 1º, hace recordar al que tomaron las divisiones Amengual, Barceló y Amunátegui en la batalla del Alto de la Alianza. La inacción a que fue obligada la caballería, recuerda asimismo esa batalla. A mayor abundamiento, el hecho de **tomar al toro por los cuernos**, según la expresión favorita de Baquedano, revela también su influencia directa en la elaboración del plan de asalto".

¿A qué hora principió este día el cañoneo? Baquedano asegura que las piezas de campaña chilenas abrieron el fuego a las 11 a.m. El Jefe chileno del Regimiento Número 2 de Artillería, escribe que "como a las 12 ó 1 p.m., se rompió el fuego con las baterías de campaña sobre los fuertes enemigos y población, el que cesó una vez que hizo cada pieza veinte disparos, en conformidad a órdenes recibidas". Bolognesi, a su vez, establece que el duelo artillero comenzó a las 12 y 50 del día. Dellepiane está con Baquedano: se iniciaron los disparos a la 11 de la mañana. El Mayor Alejandro Montani pone en sus estudios que el bombardeo fue a las 12 del día. Y el Coronel de la Torre, acorde con su Jefe Bolognesi, confirma las 12 y 50 del día. ¡Esos relojes! La importancia del hecho es muy secundaria; empero, como podemos apreciar, a veces hay desacuerdo hasta en los menores detalles, con lo cual no nos extrañan las diferencias en asuntos complicados y de mayor volumen y, eso mismo, nos aconseja el no poder seguir a fardo cerrado siempre a un solo testigo o autor.

Las baterías chilenas empezaron su acción en un momento cercano al mediodía, antes o después. Las bocas de fuego colocadas en las lomas anexas a los cerros llamados del **Wateree**, dispararon contra nuestras posiciones de San José, las que contestaron. (El **Wateree** era el casco de una nave norteamericana, la cual varó a

unos tres kilómetros al norte de Arica y a más de un kilómetro tierra adentro, por las enormes olas del tristemente célebre maremoto del 13 de agosto de 1868). Nuestras baterías del este efectuaron algunos disparos a las tropas que por los cerros del frente y por la parte del valle se ponían a tiro; en cuanto a la batería peruana Santa Rosa, con su Vavasseur de 250 libras, contestando este violento ataque logró acallar una batería chilena, la más baja del lado del este; igual defensa hacía a esta hora, la batería 2 de Mayo y el Morro, secundadas por el monitor **Manco Cápac**. Inútil es indicar cómo las baterías enemigas de tierra, a duras penas podían ser alcanzadas por los Parrot de 150 libras de la posición de San José, cuando se empleaban elevaciones máximas a fin de conseguir la trayectoria mayor de los proyectiles: puede asegurarse que estaban fuera de tiro. El cañoneo enemigo no tuvo consecuencias y sucedió lo mismo que el día anterior.

Respecto al bombardeo del día 6, Gerardo Vargas H. en su estudio **La Batalla de Arica**, dice que a las 11 a.m. fue la hora en que los cañones de Lagos rompieron sus fuegos sobre la ciudad y que a la 1.30 p.m. lo hacía también la escuadra siendo el **Loa** el primero en disparar. Las Fortalezas del puerto contestaron en el acto, trabándose desde este momento reñido combate de artillería, que atruena los aires. Cree Vargas que por el encarnizamiento por ambas partes como se pelea, no registra nuestra Historia combate de artillería semejante y son sus palabras: "Fue imponente el espectáculo de este combate por mar y tierra, en el que la única arma que se empleó, como se ha dicho, fue la artillería, representada por cañones de diversos calibres y sistemas; siendo los chilenos de mayor alcance y de más moderna fabricación; lo que se evidenció en el simulacro de bombardeo del día anterior, en que los disparos de los Krupps del enemigo, pasaban sobre el Morro, para ir a caer más allá de la isla del **Alacrán**. El estridente silbido de los proyectiles chilenos en el cielo ariqueño, no cesó hasta el momento en que se produjo a bordo del **Cochrane**, el accidente de que damos cuenta en seguida. Las estrepitosas detonaciones de ambas artillerías semejaban tempestades andinas; durante cuatro largas horas los atacantes hicieron infructuoso alarde de su poder marítimo y terrestre; mas sin conseguir su objetivo; por el contra-

rio ese día sufrió merecido castigo. Nuestra Historia no registra combate de artillería de la magnitud de éste; sólo el del 2 de mayo de 1866 entre la poderosa Escuadra española de Méndez Núñez y las baterías del Callao, tiene alguna similitud. Lluvia de fierro y metralla cayó ese día en ambos campos contrincantes, como que el enemigo hizo 272 disparos y 71 nosotros".

Baquedano se había concertado con su Escuadra al fin que procediera con la artillería, haciéndole juego a la de tierra. Es muy interesante leer la narración presentada por el Corresponsal del diario chileno **El Mercurio** respecto al desempeño de las naves enemigas. "Eran las 2 p.m. del 6, y a esa hora suspendían su cañoneo nuestras baterías de tierra. Pocos momentos antes de que nuestras baterías de tierra suspendiesen sus fuegos sobre la Plaza, adelantaban hacia el Morro en son de combate los buques de guerra que sostenían el bloqueo del puerto. A la cabeza de ellos y ceñido a la costa norte, avanzaba el **Loa**, que iba a probar el cañón Armstrong de nuevo sistema que se le acababa de montar a proa; seguía un poco más afuera, en dirección al centro de la bahía, la simpática **Magallanes**, y por fin, con la proa en dirección al Morro y más al oeste la **Covadonga**. El primer disparo, como a 8,000 metros de distancia, lo hizo el **Loa**, dirigiendo su puntería a los fuertes del norte; y desde ese momento hasta las 2 p.m., continuó lanzando proyectiles, ya a éstos, ya a las baterías del este y del Morro, tras el largo intervalo que necesitaba para cargar y apuntar su única pieza de largo alcance. La **Magallanes** y la **Covadonga** seguían acercándose a tierra sin romper el fuego, mientras el **Cochrane**, que hasta ese momento se había mantenido en su fondeadero frente a la desembocadura del río Chacalluta, principiaba a levar ancla, al parecer con el intento de tomar también parte en el combate.— Ya la **Magallanes** se encontraba a 3,500 metros de las baterías enemigas, y en estos momentos rompía sus fuegos contra el Morro y los fuertes del este, demostrando, desde el primer disparo con sus certeras punterías, el buen pie de disciplina de su veterana tripulación. La **Covadonga**, por su parte, internándose atrevidamente hasta hallarse a unos 2,500 metros del enemigo, iniciaba también a los pocos momentos su cañoneo, permaneciendo a esa distancia. El **Cochrane**, mientras tanto, principiaba

a adelantar su imponente masa en dirección al centro de la bahía, al mismo tiempo el **Manco Cápac**, abandonando su fondeadero al pie del Morro, se acercaba más a la playa, junto a los fuertes del norte, como si temiera ser acometido por nuestro blindado. Ya había éste franqueado la distancia que lo separaba de la **Covadonga**, y sin disparar un tiro seguía aún avanzando majestuoso en dirección al puerto, hasta llegar a colocarse a unos 2,000 metros del Morro. Quizás se creía a bordo que el ataque iba a tener lugar ese día, y que la artillería había suspendido sus fuegos para ganar terreno sobre el enemigo.— Desde los primeros momentos del ataque habían suspendido sus fuegos contra la artillería los fuertes de la Plaza, y al ver que nuestros buques de madera se acercaban a tiro, rompían sobre ellos sus disparos. El Morro era ahora uno de los más empeñosos, y sus proyectiles llegaban mucho más allá de la línea de nuestros buques de madera. Pero en cuanto el **Cochrane** hubo avanzado a menos de 2,500 metros, todos los tiros se concentraron sobre él, mientras éste continuaba adelantando siempre imparable. Al fin brotó de su costado una densa humareda, que fue saludada con entusiastas gritos por los que desde la ribera contemplábamos su atrevida marcha, y desde ese momento continuó haciendo concienzudos disparos sobre el enemigo. Sus tiros se dirigían, ya a las baterías del norte, ya al **Manco Cápac**, que se movía nuevamente de su fondeadero al ver que uno de los gruesos proyectiles de a 300 levantaba a su costado una inmensa columna de agua que por un momento lo ocultó a nuestra vista.— A las 4 p.m. suspendían el cañoneo nuestros buques y se retiraban lentamente a su fondeadero, **sin que durante este tiempo hubiesen secundado sus fuegos nuestras baterías de tierra**".

Examinemos el aspecto de la lucha en el mar, realizada este día 6, empero desde otro punto de vista, el profesional. Tanto el Comandante José Sánchez Lagomarsino del monitor **Manco Cápac**, como el Teniente Manuel Fernández Dávila de la lancha torpedera **Alianza**, habían notado que después de rotos los fuegos en tierra por parte del enemigo sobre los fuertes de la Plaza, se puso en movimiento el transporte **Loa** más o menos a la 1.30 p.m.; este buque estaba artillado con un cañón de largo alcance y avanzó hacia el

norte de la bahía colocándose a unos 8,000 metros de tierra, prácticamente fuera del alcance de nuestras baterías y en forma que quedaba escudado por los buques neutrales, rompiendo entonces el fuego lentamente, con intervalos apreciables de tiempo. Al zarpar el **Loa**, se pudo apreciar que el resto de los buques bloqueadores avivaban sus hornillas y poco después salían a la mar. En esta operación contra Arica se hicieron presentes seis buques chilenos: el citado **Loa**, los corbetas **Magallanes** y **Covadonga**, el blindado **Cochrane** y dos transportes más. La **Magallanes** fue a ponerse cerca del **Loa**, pero más al sur y la **Covadonga** todavía más al sur; al tomar las posiciones entre sí, se desplazaron disparando y acercándose a tierra, de modo que al transcurrir una hora, el **Loa** quedó a la altura del Morro y las dos corbetas bien al sur, como si quisieran batir los fuertes del este y las baterías del Morro de revés. El blindado **Cochrane** fue el último en ponerse en movimiento, corriendo la línea de la rada de norte a sur a una distancia mayor de 4,000 metros; cuando se creyó a distancia, cañoneó las baterías Santa Rosa y 2 de Mayo, efectuándolo de flanco: el rumbo que llevaba venía a conducirlo hacia el centro de la bahía. Por su parte, nuestro monitor **Manco Cápac** desde que apreció la intención de las naves enemigas elevó la presión de sus calderas, se puso en son de combate y zarpó del fondeadero, dejando la protección de lanchones que tenía y estando listo a las 2 y 45 p.m., cuando el **Loa** hacía sus primeros disparos sobre la Plaza; en su lenta maniobra el Monitor puso primero proa hacia el norte, para luego gobernar sobre el **Cochrane** que entonces estaba al centro de la bahía y a unos 2,500 metros de él: todo su problema consistía en buscar la oportunidad de que se acercaran los buques enemigos para hacer uso de su artillería, cuyo pequeño alcance le era tan desfavorable. El caso es que se traba un combate general a cañón, durante el cual disparan buques y fuertes, mientras el Morro sólo cañonea tan luego que tenía a propia distancia a los enemigos.

Si el Comando naval chileno tuvo la intención de conseguir dañar apreciablemente las fortificaciones o el **Manco Cápac**, la verdad es que no causó nada de esto. A las 4 p.m. se suspendió el cañoneo. En su parte, dice el Comandante J. J. Latorre del blindado **Cochrane**: "El buque de mi mando fue alcanzado por una gra-

nada que chocó en el canto alto de una de las portas, y al estallar prendió fuego a un cartucho con que en ese momento se cargaba el cañón, hiriendo y quemando a 27 individuos, de los cuales hay 25 graves. La **Covadonga** no tuvo bajas; pero ha recibido dos proyectiles a flor de agua, que la obligan a mantener sus máquinas en ejercicio para achicar el buque. La envió a Pisagua para que se repare con tranquilidad. La **Magallanes**, que salió ilesa del combate, marcha también a Pisagua con el objeto de convoyar a la **Covadonga** y para que rellene sus carboneras." La bomba Voruz de a 70 que estalló en el **Cochrane** fue disparada por la batería del Morro y fue a raíz de este impacto que salió el blindado de combate, haciendo señales a los otros buques chilenos que también se retiraran. Peruanos y chilenos han escrito respecto del combate, debiéndose anotar que los primeros no han hecho resaltar lo suficiente nuestra victoria, mientras los segundos han tratado de reducir al máximo su falla; sin embargo, Molinare no puede menos de afirmar: "En verdad, el triunfo fue de los peruanos" y Vicuña Mackenna, concede que el ataque "no fue feliz". Sosa, el Subprefecto de Arica, en una comunicación a Piérola, dirigida desde su prisión de San Bernardo, escribe: "En este momento se trabó un combate serio con el blindado **Cochrane**, **Magallanes** y **Covadonga**, que lanzaban sus proyectiles sobre todos nuestros puestos. La artillería chilena situada en el cerro de Lluta, también aprovechaba de estas circunstancias para hacer fuego a **San José**; así es que el fuego era de tierra y mar.— Día glorioso para el Perú; por nuestra parte no tuvimos ninguna desgracia que lamentar". A su vez Gerardo Vargas establece: "Lo expuesto basta para demostrar que las baterías de tierra pusieron fuera de combate a la **Covadonga** y al **Cochrane**, la primera de las cuales, para no irse a pique hubo de pedir auxilio y el blindado no volvió a reanudar el combate, lo que significó la derrota de la Escuadra chilena. Así lo reconoce, también, sin ambages, uno de los escritores chilenos a que antes nos hemos referido, al declarar que el **triunfo fue de los peruanos**. La explosión a bordo del **Cochrane** revistió caracteres de catástrofe; desmoralizó a su tripulación e introdujo el pánico en ella, lo mismo que en las de los demás buques atacantes. Conversando alguna vez, en Arica, con el antiguo ex-vecino chileno, don Arturo

Gallo, de la histórica familia atacameña del mismo apellido, muerto ha poco en ese puerto (1917), sobre el combate terrestre-naval que nos ocupa, nos hizo saber que, cuando el **Cochrane** recibió ese certero disparo del Morro, se encontraba él a bordo de este acorazado, desempeñando el puesto de practicante; y que, en verdad, fueron de tal magnitud los efectos desastrosos que causó el disparo del Morro, que en los primeros momentos causó pánico y desorden en la tripulación; porque se creyó que el daño era irreparable.

El Teniente de Fragata ariqueño, señor Bernardo Smith, cuyas interesantes noticias sobre los hechos navales acaecidos en Arica, desde la declaratoria de guerra hasta la caída de dicho puerto, hemos hecho conocer en anteriores capítulos, se expresa así del referido combate: "Al día siguiente, 6, volvió el bombardeo por tierra y mar, sin producir daño alguno. Los fuertes de tierra contestaban a los atacantes; el **Manco Cápac** también. En este día se tocó varias veces por los disparos de tierra, al **Cochrane** y **Covadonga**; terminó este último bombardeo como a las 4.30 de la tarde. Siendo estos ataques infructuosos, todo hacía ver que la Plaza sería atacada en la madrugada del 7; pues, nuestro Comandante (Sánchez Lagomarsino) asistió la noche del 6 al 7, a una Junta de Guerra, y al regresar a bordo nos hizo conocer la situación de los de tierra, y lo que se debía esperar. . .".

Tanto los fuertes y fuerzas de tierra, como el **Manco Cápac** junto con la **Alianza** que lo acompañó en todo momento, ejecutaron su patriótica obligación. El Comandante Sánchez Lagomarsino dice: "Durante la acción no ha ocurrido novedad alguna en el buque de mi mando, complaciéndome en asegurar a V.S. que el entusiasmo de los tripulantes del monitor ha sido digno de la noble actitud de la Plaza". El Coronel de la Torre expone en su parte: "En este día todas las baterías y fuerzas, así como el **Manco Cápac**, cumplieron dignamente su deber, manifestando ánimo, entusiasmo y ardimiento merecedores de un grande aplauso". Y lo que es más glorioso, Bolognesi pasó un telegrama a Arequipa, el cual se transmitió por la vía de Pisco a Lima y cuyo tenor es el siguiente: "(A las 11 a.m.) Pisco, Junio 10 de 1880.— Exmo. Señor: También he recibido el siguiente telegrama:— (A las 10.45 p.m.) Arequipa, Junio 6 de 1880.

— Trasmita a S.E. lo que acabo de recibir de Arica.— Prefecto Arequipa:— A las 12.50 p.m. dió principio a sus fuegos artillería enemiga. **Amazonas, Magallanes, Covadonga y Cochrane** sobre baterías y monitor **Manco Cápac**. Combate general. Batería San José, a 2.10 p.m. apagó una batería enemiga situada en el cerro. **Manco Cápac** hizo cambiar rumbo al **Cochrane**, que a las 3.40 p.m. tuvo incendio por proyectil Morro y salió de combate a las 4 p.m. Caballería e infantería por norte, huyeron luego de nuestros fuegos. Gran entusiasmo. Enemigo hizo 275 cañonazos. No hay desgracias. Jefes agradecen saludo. Arequipa.— **Bolognesi**.— Felicito en su nombre al país por el día.— **González Orbegoso**".

El General Carlos Dellepiane en su **Historia Militar del Perú** no dice nada del reconocimiento efectuado en la tarde del día 6 por el Coronel Lagos. En cambio, con gran precisión, se ocupa en varios lugares del desarrollo del tema del asalto de Arica, respecto a lo que en síntesis llama Bolognesi en su telegrama: "Caballería e Infantería por norte, huyeron luego de nuestros fuegos". Esto es: "Mientras se disparaba, cerca de las 4 de la tarde, Lagos ordenó que el Regimiento **Lautaro**, puesto a órdenes del Coronel Barboza desde días antes, avanzara de Chacalluta por el camino de la playa en dirección a la batería **San José**; otra pequeña fracción de tropas, pertenecientes al **Buín**, se desprendió de las alturas del Condorillo amenazando, concéntricamente con el **Lautaro**, las baterías del norte. Poco habían avanzado estas tropas, cuando fueron tomadas bajo el fuego certero de esas baterías que desordenaron sus filas y las obligaron a retroceder por el camino que había traído" (Dellepiane). Alguien que lea la anterior exposición, por la forma en que está redactada, puede interpretarla erróneamente y creer que los atacantes sufrieron bajas al ser "tomados bajo el fuego certero" de las baterías; cuando a la verdad, las tropas chilenas se retiraron rápidamente y en desorden sólo al alcanzar la barrera de fuego de los fuertes indicados. Aclarada la idea, nos hemos referido al avance del **Lautaro** y el **Buín** que no es sino un episodio más en el cañoneo del día 6 y sin importancia; pero las consecuencias que tuvo, ellas sí fueron capitales. Cada fuerte en Arica poseía su dotación de artilleros; en cuanto a los batallones de infantería, estaban distribuidos de manera de proteger tanto a

los fuertes como a los parapetos que ocupaban los intervalos, esto es, un dispositivo equilibrado; pero que con la idea del Comando de la Plaza que el asalto se llevaría por el norte, la distribución de la fuerza favorecía esta sección. Al producirse la tentativa que hemos anotado del Regimiento **Lautaro** y de las compañías del **Buín**, ya no dudó el Comando de Arica y dió por hecho que el asalto se realizaría por el norte. Dice Dellepiane: "Esta operación, que al decir de los chilenos fue un simple reconocimiento, hizo creer al Coronel Bolognesi que el ataque se produciría por ese lado y, celoso de sus funciones, dispuso que se trasladara a esa región en la misma tarde del 6 la **Octava División** completa dividiendo así sus fuerzas entre las dos grandes reparticiones de la posición". Lo más aciago que pudo hacerse.

Los acontecimientos los aprecia Gerardo Vargas Hurtado desde otro punto de vista, en cuanto el ataque que denomina **simulado** del Regimiento **Lautaro** y una Compañía del **Buín**. Principia por explicarnos que el **Lautaro** estaba formado casi en su totalidad por obreros chilenos echados de las salitreras de Tarapacá y de otros departamentos del Perú, en los primeros meses de declarada la Guerra del Salitre: esa gente conocía el terreno en que actuaban, mejor que los peruanos. Continúa Vargas su relación, admirándose que se realizara el ataque a destiempo, las 4.30 p.m., cuando ya la Esquadra enemiga había sido rechazada, titulándolo extemporáneo e inconveniente. Cita la justificación de Vicuña Mackenna y de otros historiadores chilenos, en el sentido de atribuirlo a un ardid, que según ellos surtió mejor efecto que el bombardeo, porque el Gobernador de la Plaza se obstinó en creer, que los chilenos se vendrían sobre nuestros cañones, a pecho descubierto, y que el ataque iba a ser por el lado norte. Expresa con énfasis Vargas: "Suposición antojadiza, pueril; porque mal podía Bolognesi abrigar ese temor, toda vez que con el auxilio de sus prismáticos, divisaba, claramente, desde el Morro, el núcleo del Ejército expedicionario, diseminado en el valle de Azapa, lo que indujo a intensificar más aún la vigilancia en el sector este, que era el amenazado y vulnerable por todos sus flancos, principalmente por el izquierdo, o sea por el camino abierto que conduce de la ciudad a Azapa, difícil de defen-

der en toda su extensión, por el escaso número de tropas de que se disponía".

Vargas no es un hombre de armas, carece de formación militar y, por ese motivo, su crítica en las operaciones castrenses no tiene el sentido profundo y menos la exactitud de un profesional; él defiende patrióticamente a nuestros héroes, pero no alcanza a dejar lecciones militares. Es posible que el movimiento realizado por los chilenos fuese solamente y nada más que un estudio del terreno, como preparación del ataque el día siguiente; es posible que el comando enemigo, hasta probara, cayendo en el sector norte por los cerros del lado Lluta, apoderarse de una brecha y, si resultaba, progresar en fuerza por ese lado o que le sirviese de diversión con el fin de proseguir su ataque por el este: es posible todo lo anterior. Empero, les resultó un ardid. ¿Lo intentaron así o no lo intentaron? Lo ignoramos. El Ejército enemigo estaba diseminado en el valle, esto lo veían todos: ¿qué se opuso a su emplazamiento nocturno hacia el punto de partida que tomaron en la madrugada? No existía ningún obstáculo. En cuanto a que el comando de la Plaza, apreció desde esta hora, cómo el ataque sería por el este, eso no es creíble: el **Iquique** y el **Tarapacá** no se hubieran movido del sector amenazado. La vigilancia no fue un modelo para una zona amenazada y vulnerable, todo lo contrario, mostró deficiencias notables. Los soldados del **Buin** con la caballería, operaron por el lado de las **Carpas** del Ferrocarril, pegados a los cerros de Lluta; en cuanto al **Lautaro**, que progresó en guerrillas, alcanzó el punto donde estaba varada la **Wateree**, o sea, que se puso en un sitio bien peligroso para la defensa y si no dió el otro salto fue por falta de decisión y su poco valor lo demostró al retirarse en franca y desordenada huída. En cambio, Vargas es notable en sus apreciaciones de otro orden, el patriótico, y dice así al terminar con el presente tema: "Con este fracasado movimiento, el enemigo puso término a la jornada; desprendiéndose de la anterior relación, que el más hermoso e indiscutible triunfo sonrió ese día a nuestras armas, triunfo que fue para la guarnición, cual aura de esperanza en medio del asfixiante círculo de fuego que amenazaba devorarla; por eso lo celebró con manifestaciones jubilosas; y, cuando desde su campamento contempló que, averiada y maltrecha la Escua-

dra enemiga abandonaba el campo de batalla, prorrumpió en hurras y vivas a la Patria".

No sólo en los partes oficiales chilenos sino hasta en la correspondencia particular de ellos, mantienen la ficción de que "no había un solo punto que no fuera una trinchera inexpugnable", en Arica: son los trabajos de Hércules que se adjudicaba el vencedor a fin de aparecer lleno de gloria; se hablaba de la situación de la Plaza, de sus fortificaciones, de sus minas, de sus reductos, de sus cañones de grueso calibre. El Capitán chileno Manuel R. Barahona llega a decir: "Las defensas de Arica superan a todo lo que uno se pueda imaginar. Realmente esta plaza es el Gibraltar del Perú. Parece que la naturaleza se ha esmerado en colocar las alturas precisas para defender la ciudad y hacerla inexpugnable. Todas las ventajas que da el terreno están sabiamente aprovechadas. Ud. se hará cargo de lo que es esto a medida que los corresponsales hablen". El presbítero chileno Salvador Donoso, en una oración pronunciada el 2 de julio de 1880, exclama: "Rendido Tacna, era necesario marchar sin pérdida de tiempo sobre la plaza de Arica, en cuya formidable ciudadela y en cuyo eminente Morro, el Gibraltar de la América del Sur, se encontraba el último baluarte de nuestros porfiados enemigos. Allí era necesario afrontar peligros sin cuento, minas y fosos, trincheras y fortificaciones, preparadas con calma y dispuestas con todos los últimos recursos del arte de la guerra. Pero en vano, vuelvo a repetirlo; Dios está con nosotros y la victoria nos pertenece".

En Arica, las trincheras inexpugnables, eran los sacos de arena puestos en una sola hilera. Las ciudadelas, eran los pequeños parapetos que rodeaban las baterías y éstas quedaban descubiertas, al punto que "los cañones estaban montados, puede decirse, como sobre la palma de la mano". Las obras de defensa y de mina, no podían ser más rudimentarias, pues se careció de lo más indispensable. No había protección a los flancos de las baterías, no había ciudadelas, no había muros escarpados, no había fosos y contrafosos, no había la guarnición suficiente y los soldados estaban mal armados, no había tropas veteranas ni el suficiente número de oficiales, no había artillería moderna. El Morro, que es inaccesible por su frente marítimo y aparece cual un Gibraltar, es-

te Morro que presenta lados abruptos al norte y al sur, en cambio, tomado por el este es bastante practicable, o sea, por donde pretendían atacarlo los chilenos. Establece Dellepiane: "En cuanto al defensor, sus medios eran indudablemente menos potentes de lo que el temor de los chilenos los hacía aparecer. No todos los cañones, como ya lo hemos dicho, se hallaban en condiciones de batir las direcciones de tierra; siendo en su mayor parte piezas pesadas de sitio, su empleo se hacía difícil para el defensor que no podía dar la debida rapidez a las operaciones necesarias para hacer partir sus tiros sobre un enemigo en movimiento. Lo reducido de lo efectivo de la guarnición y la naturaleza de las tropas, en su mayoría reclutas, no permitía hacer una defensa de larga duración, ni mucho menos rechazar al asaltante definitivamente. Los parapetos y obras construídas para la defensa eran débiles y más que cubrir del fuego o formar un serio obstáculo para el asaltante, eran magníficos blancos y servían para denunciar los lugares en que se encontraban los defensores. Es constante que para los trabajos faltaron hasta herramientas, que hubo de adquirir el Coronel Bolognesi en las últimas semanas. En cuanto a las minas, tan temidas por las tropas de Chile y que dieron lugar a escenas de salvaje e infundada represalia, eran efectivamente de escaso poder y su acción fue nula".

Los chilenos habían terminado por conocer perfectamente cuanto acabamos de exponer: 1) por los dos personajes de tanta calidad profesional que tomaron prisioneros; 2) por los reconocimientos efectuados; 3) por los prisioneros de Tacna que habían servido en Arica; 4) por los ataques efectuados que confirmaron la situación y el alcance de la artillería de la Plaza; 5) por un chileno que había vivido muchos años en Arica, asilado ahora en el Cuartel General de Baquedano y que le servía de guía a Lagos; y 6) por otros diversos medios con que cuenta cualquier servicio de inteligencia.

Sabía el enemigo a conciencia que se podían tomar por sorpresa las baterías de la espalda del Morro, pues el camino era accesible; además, que Arica constaba sólo de una guarnición mezquina. Entre mil pruebas, suficiente sería repetir los términos de una carta publicada en la época por **El Ferrocarril** de Santiago,

con el titular que era "escrita por un jefe chileno a uno de los jefes de más alta graduación de nuestro Ejército, residente en esta ciudad", que dice en uno de sus párrafos: "Las fortificaciones de Arica eran magníficas, pero para que fuesen enteramente inexpugnables necesitaban ser defendidas por una fuerza que no bajase de 5 a 6,000 hombres. Este es el motivo porque las hemos tomado en pocas horas, cuando bien defendidas habrían resistido el ataque de 12 a 15,000 hombres. Los enemigos se han batido muy bien, como que sabían que la cosa valía la pena, pues no se daba cuartel en el combate". Sería inútil continuar asegurando que el comando sitiador estaba percatado hasta el detalle, de cómo se vivía y pretendía defender Arica.

Con tan amplia información ¿qué más se podía esperar en tiempo? Consideremos que en el mismo parte elevado por Baquedano se indica el apremio por conquistar Arica: "ya que no queríamos ni debíamos ponerle sitio, lo que hubiera importado un perfecto bloqueo para nosotros, que buscábamos con urgencia una puerta de salida para el océano. Respecto al punto por donde debía atacarse, no cabía vacilación. V.S. había comprendido desde el primer día que era por la retaguardia". Según los papeles oficiales chilenos, Baquedano resolvió efectuar el asalto el día 6 por la noche, sin haberse señalado la hora de esta determinación; al estar por su subordinado Lagos, el día citado poco después de las 2 de la tarde ya principiaba a dar a los Cuerpos las instrucciones debidas para el ataque; afirma el Comandante del Regimiento Lautaro, que desde las 2 de la tarde del día 6 conocía las operaciones que se llevarían a cabo el día siguiente; resulta que a las 6 p.m. las tropas sabían todos los pormenores para el asalto del amanecer del 7 y hasta que se había decidido por medio de la suerte quién tomaría parte, si el 3º de línea o el Buin 1º de línea, habiendo tocado al primero el emprender primero la ofensiva. Esto nos lo cuenta el corresponsal en campaña de **El Mercurio** que según él mismo como el Gran Napoleón la víspera de Austerlitz, recorrió el campamento chileno poco antes de las 7 de la noche, pues a esta hora los Cabos ordenaron apagar los fuegos y descansar a las tropas; explica el corresponsal: "Además se quebrantó en este caso la rutinaria costumbre del militarismo de la vieja escuela, que consiste en ocultar mis-

teriosamente al soldado o al oficial el objeto que trata de alcanzarse con la comisión o la tarea que se les confía. De manera que el plan de ataque y la forma como debía llevarse a efecto circulaban de boca en boca entre los alegres corrillos de los soldados. . . a cualquiera le habría causado admiración, sorpresa y hasta asombro las **finas** observaciones, los acertados pareceres, los oportunos acuerdos del ilustre **Jeneral Pililo**". Aseguraba el corresponsal, e ignoramos cuánto hay en ello de fantasía, que oyó una serie de diálogos en los campamentos, entre los cuales reproduciremos el que se supone captado en el 3º de línea, porque revela hasta qué punto se conocía los dispositivos de la defensa peruana; he aquí las palabras:

"—¿De qué serán las trincheras que vamos a atacar nosotros?

—Son sacos de arena, hombre.

—Mala está la cosa, pues, porque son anchas y altazas.

—¡Vaya, hombre! ¿Para qué andas con corvo, entonces?

—¿Y de ahí?

—¡Y de ahí! Se le mete el corvo al saco de abajo como rajarle la guata a un cuico, y entonces verás cómo luegoito abrimos pasada.

—¡Ciertito, pues hombre! Se caen los de arriba, y. . .".

Del estudio que hemos llevado a efecto de los documentos pertinentes y conforme a la opinión de los críticos militares más autorizados, la decisión de capturar la Plaza por un ataque directo estuvo ya tomada por Baquedano desde el día 5 de junio, cuando nombra al Coronel Lagos para que conduzca la división de asalto, creándose un Comando General y otro subordinado operativo. Debido a la anterior, es Lagos quien intima nuevamente este día 6, de que nos estamos ocupando, la rendición de la Plaza, enviando al Ingeniero peruano Elmore, que como recordaremos fuera tomado prisionero junto con el joven Ureta; empero, el objeto de este parlamentario es sobre todo para cubrir las intenciones chilenas. Muy correctamente opina Dellepiane: "Para asegurar el secreto, Lagos recurrió además (el traslado de los Regimientos de ataque

se realizó bajo la protección de las sombras de la noche), al ardid de avivar las fogatas del campamento a fin de engañar a la guarnición de Arica sobre sus intenciones y parece, por otra parte, que despachó a Elmore como parlamentario irregular con el propósito de distraer al defensor, a sabiendas de que los peruanos no aceptarían esa intimación por conducto desusado, y con la certidumbre de que el Ingeniero informaría a sus compatriotas de la situación en que dejaba al atacante; por eso, cuando Elmore regresó ya encontró a las tropas chilenas en pleno desplazamiento por el valle de Azapa hacia las alturas inmediatas al Morro".

Leyendo el parte oficial de Lagos, nos enteramos que a las 4 de la tarde del 6 de junio, en uso de las facultades discrecionales que verbalmente le concediera el General Baquedano al darle el mando de la división para el asalto, creyó conveniente mandar al prisionero de guerra, Ingeniero Teodoro Elmore, con la misión de pedir por última vez al Coronel Bolognesi la capitulación de la Plaza; ya sabemos la segunda intención que abrigaba el Comando chileno con el hecho de hacer esta solicitud. El corresponsal de **El Mercurio** establece que Elmore hizo toda la resistencia posible para no ir a la Plaza: "**El pobre diablo**" se negaba a cumplir esta comisión y por nada del mundo quería entrar de nuevo a la ciudad, temeroso de caer en manos de los nuestros en los momentos del combate, por lo cual fue necesario acompañarlo hasta alguna distancia y ver que en seguida no volviese sobre sus pasos". Apreciamos la posición de este parlamentario, que va a ejecutar su encargo de la manera más extraña y particular; por lo pronto se trata de un peruano que pedirá la rendición de la Plaza en nombre de los enemigos de su patria. Cuando el Mayor Salvo en la mañana del 5 de junio, ejecutó el papel de parlamentario ante la Plaza pidiendo ser introducido a la presencia de Bolognesi, lo hizo en la forma más visible acompañado por un abanderado, cornetas, ordenanzas y oficiales. Entonces se le recibió protocolariamente siendo conducido, de acuerdo a los procedimientos usuales, ante el Jefe de la Plaza; ahora, en el caso de Elmore, éste era materialmente impulsado a presentarse con el mismo carácter que Salvo, pero por su condición de prisionero de guerra a merced de la voluntad ajena. ¿Era un parlamentario? ¿Por qué nada lo anunció ni na-

die lo acompañó? Acercarse a la Plaza de esta manera constituía un suicidio; empero con el conocimiento tan completo que tenía de Arica el Ingeniero Elmore, se introdujo al recinto fortificado a desempeñar la tarea impuesta por el enemigo, sin ser visto ni recibido por persona alguna, un descuido que puso de manifiesto a los chilenos que era muy factible una sorpresa. Es decir, que penetra en la Plaza por uno de los accesos más peligrosos, señalándole a los sitiadores que según esa dirección no había minas ni nada que negara la aproximación del adversario, puesto que por donde pasa uno pueden efectuarlo otros muchos más. ¿Significaba nada más que una burla la presencia de un parlamentario que no observaba los requisitos exigidos a éstos? No, sino un plan para verificar si era verdad que la Plaza contaba con algún minado del que no tuviera conocimiento el sitiador.

Según el parte del Coronel peruano La Torre, fue a las 6 de la tarde cuando el Ingeniero Elmore vino a presentarse al Jefe de la Plaza con el carácter de parlamentario "para inquirir de él si se hallaba dispuesto a entrar en arreglos, cubierto como se hallaba ya el honor nacional y de las fuerzas defensoras con los dos días de combate habidos. El Jefe de la Plaza, de acuerdo con la Junta, se negó a reconocer al señor Elmore con el carácter de parlamentario y le despidió, indicándole contestar: que sólo estaba dispuesto a recibir parlamentarios en forma y con arreglo a la prescripciones militares del caso. "En los partes oficiales peruanos ya no hay otra referencia más al asunto Elmore. Entonces está probado que el Jefe de la Plaza reunió la Junta General de los Jefes y así lo confirma J. Pérez en su estudio de Arica: "En este estado de cosas acordó el enemigo un último esfuerzo para evitar el asalto que tanto le preocupaba: resolvió enviar a la Plaza al Ingeniero prisionero bajo su palabra para hacer comprender a los defensores lo fatal de su suerte por el buen estado en que había quedado el Ejército invasor después del 26, la ninguna esperanza que podían tener de recibir refuerzos y auxilios y el peligro que todos corrían si las tropas se desenfrenaban. Por lo demás, el honor se había salvado con los dos hermosos días de resistencia, sin que, por consiguiente, hubiera nada que perseguir en lo sucesivo. El comisionado **manifestó en pleno Consejo** sus impulsos, deseos y te-

mores; cumplió con su cometido diciéndoles la verdad de lo que pasaba en el campamento enemigo, en medio del que había estado cinco días mortales. Pero la idea era una, la intención la misma, la mirada invariable entre los defensores: los halagos de la salvación, el brillo de la honra adquirida en dos días de fuego, la pérdida de toda esperanza del exterior, los temores del desbordamiento del enemigo, nada, absolutamente nada, podía haber hecho cejar a ninguno de esos inflexibles patriotas. . .". El Mayor Alejandro Montani en sus estudios de la Guerra del Salitre, confirma plenamente lo anterior: "El señor Elmore, sin embargo de que no venía precedido del ritual en estos casos, traía a sus compatriotas ciertas advertencias de orden militar y dictadas por su mejor apreciación del número, proyectos y calidad de los sitiadores. Tampoco fue atendido sin embargo, y con la respuesta encerrada en la lacónica observación de que dicho señor, no traía las condiciones impuestas por los usos de la guerra a los parlamentarios, se le despidió cortésmente".

Vargas Hurtado es un decidido y sincero defensor de Elmore; en este sentido, se presenta en las explicaciones de aquél, notas muy importantes de tomar en cuenta. Veamos el dilatado relato de Vargas en su libro **La Batalla de Arica**, que dice así: El enemigo, obcecado con la idea de los polvorazos, como ya lo hemos hecho notar más adelante, intentó por segunda vez, inducir a los sitiados a que desistieran de su propósito de presentar combate; y al efecto, al anochecer del 6, despachó de su campamento de Azapa al Ingeniero Elmore (prisionero de guerra desde el 29 de mayo), con encargo de proponer al Coronel Bolognesi la capitulación. Pensó que este profesional era persona idónea para desempeñar comisión tan importante, como que, a decir de un historiador chileno, "había podido aquilatarse el carácter serio" de este nuevo emisario de paz. A las 6 de la tarde, cuando el Ejército expedicionario se hallaba aún en el mencionado valle, el señor Elmore emprendía viaje a Arica; penetró a esta ciudad, según se nos ha asegurado, sin ser advertido por las Fuerzas exploradoras de los sitiados, causando su presencia el estupor consiguiente. En el acto se encaminó a casa del Coronel Bolognesi, a quien manifestó que traía misión idéntica a la de Salvo; venía a proponer la capitulación de la Plaza en nom-

bre del Alto Comando chileno, en forma honrosa y digna para sus defensores; agregando que la resistencia resultaría estéril, dada la superioridad del enemigo, en todo orden el cual "quería a toda costa evitar la efusión de sangre innecesaria, espantosa, que iba a producir por el hecho de hacer estallar minas". No cabe duda, pues, que fue el miedo a la dinamita, el motivo principal que tuvo el General del Ejército invasor para enviar a Elmore con la "caritativa misión de pedir, en primer término, no la rendición de la Plaza, sino el que evitaran los sitiados las explosiones que tenían preparadas".— Siendo como es Molinare para nosotros, lo repetimos, el escritor que ha narrado con más exactitud la jornada de Arica, a partir del abundante caudal de noticias, algunas exageradas, que contiene su obra, no ha de extrañar, por lo mismo, que reforcemos, algunas veces, nuestras aseveraciones con el testimonio de narrador tan autorizado; lo que no obsta para que juzguemos asaz calumniosas y malévolas apreciaciones suyas, relativamente a algunos de nuestros Jefes, Bolognesi entre éstos.

Bolognesi después de escuchar a Elmore el mensaje que traía, encaminado a conseguir la desocupación de la Plaza, rechazó de plano tan insólita proposición; sin embargo quiso conocer la opinión de sus compañeros de armas, tal como cuando se presentó el parlamentario Salvo; y al efecto los llamó en el acto a su presencia para comunicarles el encargo que traía aquel compatriota. Presentes la mayor parte de jefes, Elmore volvió a repetir lo que había informado a Bolognesi respecto a sus observaciones e impresiones personales con relación al poder y superioridad del enemigo y al deseo del General Baquedano de conceder la capitulación en forma honrosa, a tambor batiente, etc. Agregó que, en la hipótesis de que venciéramos al enemigo, sería un triunfo efímero; porque al día siguiente volveríamos a ser atacados por fuerzas más numerosas de que Baquedano disponía en Tacna; mientras que nosotros no contábamos con tropas de reserva para reemplazar nuestras bajas, toda vez que ni Leiva ni Montero acudirían en nuestro auxilio; pues ambos se hallaban camino de Arequipa.— Manifestó, además, que no se había resistido a desempeñar tan ingrata misión, porque ella proporcionaba la oportunidad de hacer conocer a sus compañeros y amigos, (aludía a los presentes), sus observaciones acerca del po-

der del ejército sitiador, en los ocho largos días que había pasado a su lado en la condición de prisionero de guerra. Ese poder o superioridad, que la estimaba él en la proporción de cuatro a uno, respecto del factor hombre, e inconmensurablemente superior, también, en elementos de defensa, comparados con los nuestros, había traído el convencimiento a su ánimo, de que la resistencia resultaría inútil, porque todo militaba en favor del enemigo, en vista de las razones que, con sinceridad y franqueza, acababa de exponer, con el único fin de evitar un sacrificio estéril y las consecuencias que sobrevendrían, en caso de que estallara una siquiera de las temidas minas, porque los atacantes estaban animados de sentimientos aviesos y no darían cuartel a los vencidos. . . Las importantes informaciones del Ingeniero Elmore arraigaron más aún en el ánimo de Bolognesi y en el de los jefes asistentes al Consejo, la idea de morir antes que aceptar ninguna transacción del enemigo.— Fue en esta ocasión cuando aquel profesional encareció al Coronel Varela y al Comandante La Torre prestar mayor interés a la defensa del sector este, que a los demás; porque estaba convencido de que el ataque se iniciaría por ese lado. . . Elmore había prometido bajo su palabra de honor regresar al campamento chileno de Azapa, aunque Lagos "lo había dejado en plena libertad para quedarse o volver", pero hombre decente y correcto como es, hizo honor a su compromiso; y, para comprobar su presencia en el Cuartel General peruano, solicitó se consignara por escrito la respuesta a la nueva invitación a capitular, formulada, no ya por el General Baquedano, sino por el Jefe expedicionario, en forma incorrecta, por órgano de un civil peruano, quien no venía munido de documento alguno que comprobara su misión. Durante las cuatro largas horas que permaneció Elmore en compañía de los jefes de la guarnición, se sinceró de su actitud de Chacalluta, explicando, ampliamente, la manera como cayeron en poder del enemigo él y su ayudante Ureta, después de la explosión de los desgraciados polvorazos. Jefe intransigente hubo que no quedó satisfecho con estas explicaciones; lo atribuimos a **exagerada interpretación de la disciplina militar**; pues como decimos en otra parte de esta obra, Elmore se comportó con serenidad y civismo en tan duro trance, habiendo estado a punto de ser fusilado por el Capitán Campo.—

En el campamento chileno creían que Elmore no regresaría; pero por ningún motivo habría faltado a su palabra. A las once de la noche llegó a dicho valle; lo recibió el Alférez de **Cazadores a caballo**, Carlos Federico Souper y Vial, acompañado del cual se presentó a Lagos, en cuyas manos puso el papel en que constaba la resolución del Consejo de Guerra peruano a que antes nos hemos referido. Esta entrevista tuvo lugar en la pampa que existe entre Buena Vista y las Baterías del este, tres a cuatro horas antes de ser asaltados. Lagos, después de imponerse del papel mencionado, dejó en libertad a Elmore, pero éste no aceptó la gracia **por creerla deprimente**, al decir de un escritor chileno; exigió, por el contrario, continuar en la condición de prisionero de guerra, a lo que se accedió; conduciéndosele nuevamente a Azapa, de donde fue trasladado a Arica días después de la toma de esta ciudad. Posteriormente se le condujo a la prisión de San Bernardo. Cuando este señor partió llevando el mensaje de Lagos para los sitiados, dejó al Ejército chileno en Azapa, no encontrándolo a su regreso. Era que, sin esperar la respuesta de aquellos, había emprendido marcha sobre Arica, **lo que probaba la perfidia de la propuesta**".

Quedan en pie dos versiones antagónicas, y no se dilucida si la Junta rechazó al parlamentario tal como lo explica el Coronel La Torre o si en cierta manera se le hizo concebir a Elmore esperanzas para los chilenos que con otro individuo que acudiera con su verdadero carácter, se podía discutir respecto a los deseos de los sitiadores; por supuesto que nuestros adversarios sostuvieron este último punto de vista a fin de enervar en todo lo posible las bases morales que sustentaban la grandeza de las palabras del Anciano del Morro. Sin embargo no se concilia una respuesta tal como la que está probado que dió Bolognesi, con cuanto sostienen nuestros enemigos: ¿con qué objeto se recibirían nuevos parlamentarios? Únicamente para ganar tiempo. ¿Y qué objeto tenía ganar tiempo? Ninguno en las condiciones en que se encontraba la Plaza. Por otra parte, acude a nuestra imaginación una pregunta: ¿qué hizo el Ingeniero Elmore después de salir de la Junta, en el largo espacio de tiempo que se demoró hasta dejar la Plaza? ¿Estuvo viendo sus asuntos particulares? ¿Es verdad que recibió cierta nota, según asegura oficialmente el Coronel Lagos? Sabemos que habló con algu-

nos de los que habían sido sus compañeros de Guarnición. Indica Dellepiane: "En la tarde del 6, cuando Elmore se presentó a Bolognesi como enviado de Lagos, previno a los jefes amigos suyos que el ataque principal, según sus sospechas, se realizaría sobre los Fuertes del este; pero la noticia no llegó a conocimiento de Bolognesi o éste no le dió debido crédito". El testigo presencial J. Pérez sostiene que Elmore habló con Bolognesi y sus frases son: "Ya se sabe cómo es que el enemigo había llegado a avanzar sus tropas, valido del reconocimiento que practicó y de las sombras de la noche, sin ser sentido. ¿Por qué? No lo sabemos decir; porque el Ingeniero antes de regresar a donde el enemigo, había dicho al Coronel Bolognesi: **las avanzadas deben ser enviadas bien lejos, compuestas de compañías enteras y con un puntero, lejano también, que a caballo, descubra el campo.** Se sabe, asimismo, que el grueso del Ejército había avanzado por Azapa, ¿por qué se envió entonces una división al norte? ¿por qué no se siguió el consejo del que había venido del campamento contrario y dicho: **por Dios, Coronel, bajo mi responsabilidad no envíe Ud. un hombre al norte; tenga Ud. un batallón en la Batería del este, dos en la 2ª y el resto de la fuerza en Cerro Gordo**"? Pero el Alto Comando, preocupado siempre con que el enemigo atacaría por el norte no sólo distrajo un batallón, sino que la mejor división, compuesta de gente resuelta y fogueada, se eliminó de la defensa principal. Así, pues, cuando el enemigo atacó, que lo hizo brusca y rápidamente, sólo lo resistieron los batallones Granaderos en la 1ª Batería y Artesanos en la 2ª, mandados respectivamente por sus jefes los Coroneles Arias y Varela, cuyo valor ha sido siempre conocido".

Según el parte oficial del Coronel Lagos: "El señor Elmore regresó a media noche, cumpliendo así su palabra empeñada, y me entregó el documento que acompaño, que no impidió el ataque por no acceder el citado jefe a lo que se le pedía. El documento a que me refiero va certificado por el señor Elmore, debiendo agregar que este caballero ha pedido que se consigne este hecho en el parte oficial que tengo el honor de dirigir a V.S.". Este parte chileno va firmado por Lagos en Arica el 11 de junio de 1880.

Seis meses más tarde, el Senador por Coquimbo Benjamín Viña Mackenna, sostuvo en su Cámara las dos afirmaciones siguientes:

tes: 1) que era tan cierto que las tales minas no inspiraban confianza alguna a los mismos peruanos, que los defensores de Arica, en Consejo de Guerra del 6 de junio, resolvieron rendirla sin combatir; y 2) que, en ejecución de esta determinación, propusieron la rendición por medio de una nota firmada por los Jefes de la Plaza y dirigida al Ingeniero T. Elmore, el parlamentario. Los diarios chilenos publicaron las aseveraciones de Vicuña Mackenna el 10 de diciembre y tres días más tarde los coroneles peruanos Varela y La Torre, que estaban prisioneros en San Bernardo, mandaban una nota a la prensa demostrando que ambas afirmaciones eran falsas, completamente inexactas: "Los suscritos asistieron al Consejo de Guerra del 6 de junio y a todos los que antes se celebraron, y en ninguno de ellos, después del acuerdo celebrado el 28 de mayo en que se resolvió la defensa, se propuso o discutió tal punto. Los jefes de la Plaza de Arica, entre los cuales estuvieron los suscritos, no han firmado nota ni documento oficial alguno ofreciendo rendirse, dirigido al señor Elmore, ni al señor General Baquedano o al señor Coronel Lagos, jefes a quienes era más natural dirigirse para tratar de un asunto de tan grave y trascendental importancia, y no al señor Elmore, que ningún carácter oficial investía en el Ejército chileno".

La carta en cuestión, que ocupaba más de dos columnas de **El Ferrocarril** de Santiago, ofrecía una serie de argumentos más, bien puestos, y con toda cortesía mantenían una posición altiva Varela y La Torre. El 15 de diciembre respondió en el periódico ya citado el Senador Vicuña Mackenna, con una carta llena de frases que parecen golpes de corvo con las cuales pretende responder "contra el lenguaje descomedido y hasta grosero de individuos a quienes las leyes de la guerra y, más que esto, las leyes del honor, hacen mudos en el país a cuyo amparo viven". Anexo a su carta va el famoso documento que dice así: "(8.30 p.m.).— Arica, junio 6 de 1880.— Señor Elmore:— Apreciamos debidamente los sentimientos manifestados por Ud. a nombre del jefe que lo ha enviado.— Puede Ud. regresar y decir que, no obstante la respuesta dada al parlamentario oficial señor Salvo, no estamos distantes de escuchar las proposiciones dignas que puedan hacerse oficialmente, llenando las prescripciones de la guerra y del honor.— (Sigue una rúbrica)".

¡Qué mundo de comentarios acude a nuestra pluma! Por lo pronto: ¿de quién es la rúbrica? Empero, dejemos estas disquisiciones, que la tiranía del tiempo nos obliga a continuar. He aquí el certificado de Elmore: "El ingeniero que suscribe, certifica que el documento que antecede fue el resultado del consejo de guerra que tuvo lugar el 6 en la noche, como consecuencia de su presencia en Arica, enviado por el señor coronel Lagos a manifestar las conveniencias de la capitulación; documento que puso en manos de dicho coronel en dicha noche al volver a ocupar su puesto de prisionero de guerra.— Buenavista, junio 7 de 1880.— (Firmado)— T. Elmore". ¿Fue idea de Lagos o de Baquedano **inventar** este documento y hacerlo certificar después por Elmore? ¿Fué el propio Elmore que **ideó** el documento, quizá con la intención que ganara más tiempo la Plaza?

Contra el Ingeniero Elmore fue levantándose la terrible muralla de lo que se dice y no se prueba, pero en cambio se asegura con miras de hacer daño o de irresponsabilidad. Gustavo Rodríguez, corresponsal entonces en el Ejército del Sur del periódico **El Nacional** de Lima, en su correspondencia respecto a la toma de Arica, escribía que algunos peruanos que pudieron escapar descendiendo por la Licera y escondiéndose en las cuevas que hay al pie del Morro, aseguraban: "¡Nos vendieron! Teníamos una triple red de minas que no hubieran podido atravesar los chilenos sin reducirse a la mitad, a la tercera, a la décima parte; tal vez hubiéramos tenido un segundo Tarapacá; pero las mechas han sido cortadas por una mano traidora, y los sitios todos donde estaban esas minas, descubiertos". A continuación Rodríguez se pregunta el nombre del traidor y expone que todas las sospechas recaen sobre el Ingeniero y los chilenos lo dicen; luego aduce: "¡Elmore! ¿Pero cómo? Ese joven a quien hemos conocido bastante, a quien hemos creído un caballero y un patriota, habrá sido capaz!... ¡Imposible! Sin embargo, el prefecto chileno de Tacna, Lira, lo dice así en una comunicación publicada en los diarios de Valparaíso y Santiago. ¿Y cómo explicar ciertos hechos oscuros, bastante claros, sin embargo, para afirmar que hubo allí algo extraño que el tiempo se encargará de descifrar? Mientras tanto suspendamos nuestros juicios: ¡oh! ¡un peruano!... ¡Imposible!". El tema de las minas ha sido constantemente puesto en juego y al respecto, veamos la opi-

nión de Dellepiane: "La instalación de las minas había corrido a cargo del Ingeniero Elmore quien, según se dice, era el único poseedor del secreto de su organización que no tuvo tiempo para comunicar a sus Jefes al ser tomado prisionero por sorpresa; pero, indudablemente, cuando regresó a la Plaza como parlamentario de Lagos pudo revelar a Bolognesi dicho secreto, que, en su rol de simple ejecutante, no le correspondía conservar. Las minas no dejaron pues de funcionar por falta de dirección técnica, sino porque el cañoneo de los días anteriores dislocó probablemente los alambres conductores o estos estarían mal instalados o, en fin, porque siendo improvisados como los fulminantes no comunicarían el fuego". Por lo demás, Dellepiane olvida que en la parte eléctrica trabajó también el joven Ureta, que estaba prisionero.

Sólo nos falta referirnos a la actuación durante la noche de la lancha **Alianza**. El comandante de esta embarcación solicitó del comandante del monitor **Manco Cápac**, como Jefe de Bahía, permiso para salir a buscar el blindado **Cochrane**, creyendo que dicha unidad estaría inmovilizada reparando sus daños, después del accidente que sufriera en el cañoneo de la Plaza. Al efecto, zarpó de Arica la lancha a las 8 p.m. teniendo ya cambiado el botalón de proa, que se había roto en la acción que relatamos en otras líneas, por el botalón de popa; como el Teniente Fernández Dávila había marcado a la hora de la puesta del sol el rumbo al que demoraba el blindado, por si acaso al producirse la oscuridad se perdía de vista las luces eléctricas del buque enemigo, según las cuales acostumbraba buscarlo el Teniente, ahora tomó la dirección que calculaba correcta; empero entre las sombras de la noche, sin verse ninguna luz adversaria, no obstante la precaución de poseer un rumbo encontrado con anticipación, el comandante de la **Alianza** dice que navegó hasta las 2 h. 48 m. a.m. sin encontrar la menor indicación del **Cochrane**, cuando ordenó regresar gobernando sobre el puerto, habiendo fondeado a las 4 h. 30 m. del fatídico día 7 de junio.

Capítulo XI

El 7 de Junio de 1880

Las fuerzas que estaban en presencia para dar la batalla eran las siguientes:

CHILENOS

Regimiento Buin 1º de línea	1,200	hombres
Regimiento 3º de línea	1,200	"
Regimiento 4º de línea	1,200	"
Batallón Bulnes	600	"
Regimiento Lautaro	1,200	"
Tres Baterías de Campaña y una de Montaña	500	"
Caballería	600	"
<hr/>		
Total	6,500	hombres

PERUANOS

Batallón Artesanos de Tacna N° 29	440	hombres
Batallón Granaderos de Tacna N° 31	295	"
Batallón Cazadores de Piérola	223	"
Batallón Tarapacá N° 23	241	"
Batallón Iquique N° 33	363	"
Escuadrón Tiradores de Lluza	68	"
Batería del Morro	180	"
Batería Norte	75	"
Batería Este	196	"
<hr/>		
Total	2,081	hombres

Los batallones **Artesanos de Tacna**, **Granaderos de Tacna** y **Cazadores de Piérola**, formaban la **Sétima División**, mandada por el Coronel J. Inclán; los batallones **Tarapacá** e **Iquique**, constituían la **Octava División** a las órdenes del Coronel A. Ugarte. Los efectivos peruanos que aquí presentamos no coinciden exactamente con los ofrecidos en la obra del General Dellepiane, habiéndolos tomado nosotros del Estado de Fuerza y otros documentos de la época. Quizá la diferencia tenga su motivo en que no hemos hecho los descuentos por enfermedad, comisionados, licencia, etc.

En cuanto a la parte que en Arica podemos llamar de la Marina, venía a estar formada por la Batería del Morro, las tripulaciones del **Manco Cápac** y la **Alianza**, Capitanía, Torpedos, etc.; todo lo que sumaba unos 320 hombres, equivalente a un poco más del 14% de la dotación de la Plaza. Empero, si consideramos las tripulaciones peruanas, por lógica deberíamos hacer lo mismo con las de los dos buques chilenos a agregarse a los efectivos enemigos, y como no es tal el caso, sólo estimamos, según el cuadro anterior, la Batería del Morro que era netamente naval y estaba integrada por 180 personas de plana menor y de esta manera la Marina con respecto a la Guarnición de Arica significaba un porcentaje del 8.6%. La tantas veces mencionada Batería del Morro, la mandaba como sabemos, el Capitán de Navío Juan Guillermo More, siendo el Segundo Comandante el Capitán de Corbeta Manuel I. Espinosa, estando constituida la dotación por hombres de la antigua **Columna Naval de Iquique** de los tercios navales de ese lugar, los restos de la tripulación de la blindada **Independencia** y chalacos de los tercios navales del Callao. El Estado General de la Fuerza de la Batería del Morro era el siguiente:

Plana Mayor	
Capitán de Navío Comandante	1
Capitán de Corbeta Segundo Comandante	1
Tenientes Primeros y Capitanes	7
Tenientes	12
Sub Tenientes	9
Cirujano	1
Total	31

Plana Menor

Contramaestre	1
Condestables	2
Primer Guardián	1
Sargentos Primeros	7
Sargentos Segundos	13
Cornetas	2
Cabos Primeros	25
Cabos Segundos	23
Marineros y Soldados	106
<hr/>	
Fuerza Efectiva	180
Descuentos	14
<hr/>	
Fuerza Disponible	166

El plan de Baquedano, tal como lo expresara oficialmente, consistió en ordenar al **3º de línea** que marchara a reunirse con el **4º** en el valle de Azapa, y junto con él tomara la retaguardia y asaltara el contorno de fuertes que terminaba en el Morro; tomaba el mando de esas fuerzas el Coronel Pedro Lagos. El **Buin** y el **Bulnes**, que ocupaban las alturas del este, el primero al sur del valle de Azapa y el segundo al norte, debían vigilar y defender dicho valle, protegiendo la artillería chilena y atacar, por el flanco y de frente, la Plaza en un momento dado: estos Cuerpos estarían mandados por sus respectivos comandantes Ortiz y Echevarría; en cuanto al **Lautaro**, atacaría por el norte a los fuertes de San José y Santa Rosa, mandado por el Coronel Barbosa: por el mismo punto avanzaría la caballería al mando de sus Comandantes Bulnes y Vargas. "De esa manera, los peruanos no tenían más camino que el de la rendición o la muerte. El ataque debía hacerse en guerrilla, pues se tenían datos seguros de que el centro de la población, sus alrededores y los fuertes estaban minados y listos para volar al menor peligro. La artillería no podía absolutamente abandonar su posición y entrar de lleno a la zona de tiro de los poderosos cañones enemigos, pues habría sido despedazada sin provecho al-

guno para nosotros. Este Cuerpo lo mandaba el Comandante Novoa".

Señala el Coronel Lagos sus disposiciones en la forma siguiente: "En conocimiento, en lo posible, del terreno, ordené que el **3º de línea** debía atacar al amanecer del próximo día el fuerte del este, el **4º de línea** el del centro y demás posesiones que defendían la ciudadela del Morro, fortificaciones todas coronando las alturas llamadas Cerro Colorado, Chuño, Gordo y Baterías del Morro, y el **Buin** el punto central más a propósito para auxiliar las fuerzas antedichas". Y agrega poco después Lagos: "A las 7 p.m. (día 6) ordené que la división dejara su campamento, acompañándola hacia el campo que debía atacar al amanecer del día 7, haciendo que la tropa se proveyera de agua al pasar por Buenavista. El Regimiento **3º** siguió su marcha directamente al fuerte del este, protegido por las lomas, donde acampó a un kilómetro de distancia; el **4º de línea** y el **Bulnes** marcharon por la izquierda de las lomas, también protegidos por ellas, hasta una distancia de kilómetro y medio del fuerte que debía atacar el primero de éstos, donde también acamparon. La caballería que quedó en el campamento se encargó de mantener los fuegos durante la noche, para que el enemigo no sospechara nuestra aproximación hasta la hora en que debía ponerse en movimiento, lo que efectuó a las 12 p.m. pasando por el lugar donde acampaban el **Buin** y **4º de línea**, debiendo recorrer el llano que se extiende a retaguardia de los fuertes citados y que abraza una extensión de dos kilómetros, más o menos, hasta llegar al cordón que domina el mar, con orden de colocarse en el centro de dichos fuertes, a retaguardia y a la distancia conveniente de la reserva para no ser heridos por los fuegos de las baterías, una vez empeñado el ataque. Esta sección de la División la comandaba el Capitán don Alberto Novoa G., acompañándolo el ayudante del Estado Mayor General, Capitán don Enrique Salcedo". Además indica Lagos: "A las 4 a.m. (día 7) ordené al ayudante, Capitán don Belisario Campos, que se uniera al **3º de línea** y que lo acompañara en el ataque al fuerte que debía tomar al aclarar; a la misma hora marchó el Capitán de ingenieros don Enrique Munizaga, con igual fin, al **4º de línea**. A las 5 a.m. me puse en mar-

cha hacia el centro de los fuertes, con el Regimiento **Buin**, que debía servir de reserva, uniéndose poco después la caballería".

El comando del **3° de línea**, en su parte, confirma las órdenes recibidas: que en la noche del 6 de junio, estando acampado en el valle de Azapa se movió con las fuerzas de su mando a las 6 y 30 p.m. a ocupar: "con el mayor sigilo y precauciones del caso, la posición en que debía pernoctar, y que según el reconocimiento que bajo los fuegos del enemigo habíamos hecho con V.S. durante el día, habiendo llegado al indicado punto a las 11 p.m. En ese lugar di descanso a la tropa después de haber colocado una compañía de avanzada a fin de reconocer los movimientos del enemigo y evitar toda sorpresa. Habiéndose pasado la noche sin novedad, me puse en movimiento a fin de preparar el ataque a las 4 y 30 a.m. del día 7".

El Regimiento **4° de línea**, obedeciendo al plan trazado, se puso en movimiento el día 6 a las 7 p.m. desde el valle de Azapa, con dirección al punto señalado por la Superioridad, al que llegó poco después y allí descansó hasta las 4 a.m. del siguiente día 7, en que inició el ataque. El Regimiento **Lautaro**, según lo ordenado, salió del campamento de Lluta para Arica a las 4 a.m. del día 7, anticipando la marcha una hora con el objeto que la tropa se encontrase más descansada para entrar al combate; a las 6 a.m., estando la tropa del **Lautaro** convenientemente situada y a tiro de fusil, procedió al ataque. Apreciamos, entonces, que en resumen el plan chileno era: las fuerzas enemigas, las cuales debían ser el asalto por el este de Arica, efectuaron el avance bajo la protección de las sombras nocturnas y lo consiguieron sin llamar la atención de los peruanos, moviendo su campamento de Saucache, pasaron por Buena Vista y, al fin, se instalaron tras de una gran lomada que había tierra adentro al frente de las Baterías peruanas de ese lado, bajo los fuegos de ella. Contra cada una de las fortificaciones de retaguardia de Arica atacarían un regimiento chileno: el **4° de línea** lo haría sobre el llamado propiamente Fuerte del Este y el **3° de línea** procedería sobre el **Ciudadela**, mientras otro agrupamiento compuesto por el Regimiento **Buin** y el Batallón **Bulnes**, marcharía detrás por el intervalo dejado de los dos Regimientos anteriores, **4° y 3° de línea**, para reforzarlos; asimismo, el Escuadrón **Ca-**

zadores a caballo, dice Dellepiane: "seguiría este movimiento, para impedir el pánico en las tropas asaltantes y cortar brutalmente todo intento de fuga; la misión de cortar la retirada a los defensores que ellos dicen que tenía esa caballería, es absurda e increíble, porque los soldados batidos no se retiran jamás por la línea de mayor resistencia, es decir por entre las filas de quienes los acaban de vencer y, si tal hubiera sido efectivamente la razón que movió a Lagos a poner la caballería cerrando la izquierda del ataque, eso demostraría la mayor ignorancia de parte del comando chileno, según el fundamento dado más arriba".

El Regimiento **Lautaro** con dos escuadrones de caballería atacarían por el norte de Arica, avanzando hasta la Puntilla en donde pernoctarían Dellepiane hace notar que el **Lautaro** con su asalto no sólo fijaría a los defensores en el extremo norte de la posición, sino desviaría la atención de los peruanos complicando el problema de la defensa dando de revés sobre los elementos del Morro, fuertemente atacados de frente, respecto a la fuerza de caballería: "impediría que los infantes chilenos vacilaran en el cumplimiento de su deber". Ofrece el General Dellepiane un comentario de suma inteligencia: "La consigna expresa de NO DAR CUARTEL y la manera de utilizar su propia caballería, pone en evidencia el **modus operandi** del jefe de las fuerzas asaltantes".

He aquí tres arietes mortales apuntando hacia Arica, listos a disparar: dos por retaguardia y uno por el norte, sin que la guarnición sospeche el peligro. Los conjuntos de asalto chilenos, como sabemos, han llegado a las que llamaremos las bases de partida para el movimiento final, sin experimentar novedad alguna, mucho antes del amanecer y allí esperarán el momento del ataque; a mayor abundamiento, los chilenos se han situado a una muy favorable distancia de sus objetivos, permaneciendo silenciosamente hasta el instante apropiado. Y así comenzó a aclarar el día, aquella fecha del 7 de junio, cuando sucederán los hechos memorables, las grandezas heroicas, pero también las cosas espantosas.

Debemos hacer resaltar los siguientes puntos: 1) **Asunto fogatas**. Los vientos que se dejan sentir en estas costas del SSW al SSE, casi invariablemente durante el día, al entrar la noche calman esas brisas para dar sitio al **terral**, bastante débil; entonces el aire sue-

le ser frío y siempre muy húmedo, con un relente copioso que es un contraste marcado con la fuerte evaporación durante el día. Esa humedad de la noche, ese impacto sobre el clima de la gran diferencia de temperatura entre el día y la noche, sobre todo a partir del mes de junio, tenía que obligar al ejército chileno, acampado en la pampa, a prender fogatas. Además, las llamadas **camanchaccas**, o neblinas espesas, bajan desde lo alto y se mantienen sobre el valle toda la noche hasta el amanecer. Los chilenos hicieron lo que hubiera hecho cualquier tropa del mundo, esto es, prendieron fogatas para resguardarse de la temperatura y de este modo señalaban sus campamentos y los lugares donde preparaban el rancho a las horas reglamentarias. Por otra parte, el resplandor de las fogatas no podía tomarse, para veteranos militares, como señal inequívoca de la pasividad de las tropas, pues era una vieja y conocida estratagema mantener los fuegos encendidos, mientras un ejército se movía para atacar y tan manoseada treta no era un engaño que pasara fácilmente. Durante la noche del 6 al 7 de junio, toda la guarnición militar y los habitantes de la ciudad, contemplaron en los vivacs chilenos los fuegos encendidos, como si las tropas sitiadoras estuvieran inmóviles, cuando en realidad el fuego era alimentado por la caballería chilena, en los sitios culminantes de Azapa, con el objeto de hacer creer a los sitiados que el enemigo reposaba ahí. La misma intensidad de las fogatas y que se avivaran constantemente, pudo despertar sospechas a quienes las contemplaban desde Arica; mas no fuera de ese modo. Hasta las doce de la noche estuvieron los Coroneles Ugarte e Inclán, conferenciando con el Jefe de la Plaza y a dicha hora se encaminaron a sus respectivos vivacs: apreciaron las luces enemigas y no sospecharon nada. Mientras tanto el enemigo estaba en sus nuevos emplazamientos para el asalto. Molinare, que presencié la maniobra, dice con frase burlona e imágenes vestidas de prosaica mitología, que "alimentando las predichas fogatas, nuevo fuego sagrado que-daron soldados de caballería, Martes disfrazados de vestales".

2) **Asunto vigilancia.** ¿Qué pasaba con la vigilancia? Vargas dice: "La circunstancia de que los grupos exploradores desprendidos de los Batallones **Granaderos** y **Piérola**, que guarnecían las Baterías del Este y Ciudadela, no sorprendieran durante la noche del

ó al 7 a ningún centinela perdido de los sitiadores, nos hace creer que sólo se les ordenó explorar el camino real que conduce de Arica a Azapa y las playas vecinas a la Batería del Este; porque no se explica de otra manera, que, acampando, como acamparon los chilenos a un kilómetro de aquellos bastiones, nuestros centinelas perdidos no descubrieron su presencia en esos parajes. ¿Debe atribuirse a descuido? No...". Realmente que el servicio de seguridad fue deficiente y no se explica que se llevara a cabo en un solo sentido, sino que no se descuidara todas las direcciones; la única explicación la ofrece que los Cuerpos estaban formados con gente colecticia, patriótica, empero sin experiencia.

3) **Asunto respecto del guía del Ejército enemigo.** Cuando apreciamos que Lagos extiende tanto su línea en afán de sitiar la Plaza y luego maniobra con un grueso de tropas, demostrando perfecto conocimiento del terreno, tenemos que convenir en la presencia de un guía que tenía que conocer esa región a fondo. A este hombre se le ha señalado como Carlos Weguelin, que fuera propietario del fundo Buena Vista, en cuya casa alojó al Estado Mayor chileno: era un antiguo vecino de Arica, haciéndose pasar por francés, cuyo idioma dominaba, habiendo trabajado por cuenta del Gobierno del Perú, junto con el ingeniero francés M. Petot, levantando la línea telegráfica de Arica a Iquique. Dice Vargas: "Antiguo amigo y ex-condiscípulo de Baquedano, Weguelin se prestó de buen grado para servir de guía al Ejército atacante en su viaje nocturno a los cerrillos mencionados, en los que pernoctó, esperando los primeros albores para tomar por asalto, como lo hizo, las Baterías **Este** y **Ciudadela**. Y esto que decimos de Weguelin no es aseveración antojadiza nuestra, sino que lo hemos oído contar a él mismo...". El Gobierno chileno pagó muy bien a Weguelin y lo hizo en varias ocasiones Gobernador de Arica.

4) **Asunto espionaje.** Está demostrado que "Arica era una madriguera de espías extranjeros, que tenían al enemigo al corriente de los menores movimientos de la Guarnición".

5) **Asunto de ubicación de algunos altos jefes.** Vargas sostiene en unas líneas de su obra que los jefes de las divisiones peruanas Inclán y Ugarte permanecieron en sus respectivos campamentos del Este y de la meseta del Chinchorro; pero unas pocas líneas

más adelante, se inclina a creer que Ugarte al iniciarse el combate estaba en el Morro, donde pernoctó acompañando al Coronel Bolognesi y que éste a su vez, desde hacía unas noches dormía en uno de los departamentos para oficiales del Cuartel que existía en la cumbre.

Bolognesi, La Torre y Alfonso Ugarte durmieron en el Morro la noche del 6 al 7. Además de los anteriores, durmió en el Morro el Capitán de Navío More: "ocupaba una de las habitaciones que quedaban a espaldas del cuartel, frente casi, al emplazamiento del cañón Vavasseur...". Bolognesi pudo dormir en el Morro y pudo no hacerlo, pues a su antojo le era dable señalar cualquier parte de su campamento como puesto de comando. Pero en el Morro estaba el comando que le fuera asignado a More, quien ocupaba una habitación a la cual en su lenguaje náutico la titulaba su "camarote" y del mismo modo existían otros "camarotes" para sus oficiales. Todo el Morro constituía el cuartel de la Marina.

Al amanecer el enemigo se puso en movimiento. Escribe en su parte el comandante chileno Castro, del Regimiento 3º de línea, que dispuso marchar al ataque a las 5 a.m., en la forma siguiente: "Hice desfilar seis compañías escalonadas con distancia de 50 metros unas de otras tomando la dirección de las alturas de la izquierda del fuerte denominado del **Este**, a fin de poder llegar al expresado por dos de sus costados; las dos compañías restantes fueron destinadas por el bajo con el objeto de dividir sus fuegos llamándoles la atención a ese costado. Cuando sólo se habría avanzado 300 metros, nuestra tropa fue vista por el enemigo y principió a hacernos fuego con sus tres poderosas piezas de grueso calibre que montaba el fuerte; con este motivo llamó la atención de los fuertes del Morro y baterías de la playa colocadas en el plan, que todas a la vez reconcentraban sus fuegos sobre nuestra tropa que avanzaba sin disparar un tiro. A la distancia aproximativa de 1,000 metros, dos batallones de infantería que guarnecían el fuerte rompieron sus fuegos sobre nosotros, mientras tanto nuestra tropa avanzaba ganando terreno hacia el fuerte, y lo que fue llegando sucesivamente hacia él haciendo sus fuegos a la distancia conveniente sin dejar de avanzar...". Explica en su informe el Comandante accidental del Regimiento 4º de línea Luis Solo de Zaldívar:

"Habiendo llegado al citado punto, se descansó hasta las 4 a.m. del siguiente día (7), y a esa hora recibí orden del Comandante don Juan José San Martín para que con el 1er. batallón del Regimiento marchara sobre el indicado fuerte y lo tomara a viva fuerza, y que no me detuviera aunque hubiera explosión de minas, como se decía, y que él, con el 2º batallón, me protegería en el ataque. En esta virtud, como a las 5 a.m. subí las lomas cercanas a los fuertes, marchando muy despacio, porque la oscuridad de la noche no me permitía distinguir la posición precisa que debía atacar, y con el objeto, además, de esperar al Capitán del cuerpo de ingenieros don Enrique Munizaga, comisionado por V.S. para que me indicase la posición del fuerte. Seguí la marcha en la dirección indicada por el Capitán mencionado, y a pocas cuadras vino la claridad del día y pude observar que el fuerte se hallaba a 1,500 metros de mi tropa. Casi inmediatamente rompe el enemigo sobre el batallón un fuego bien nutrido de rifle y artillería, y marchando en dirección al fuerte, mandé apurar el paso y romper sobre él los fuegos, a pesar de que la tropa enemiga casi no se veía por estar oculta detrás de los parapetos. El batallón de mi mando siguió con orden y serenidad adelante, a pesar del vivo fuego que recibía a pecho descubierto. Estando a una cuadra del fuerte, ordené tocar ataque, y la tropa, con sus oficiales a la cabeza, se lanzó a la carrera sobre los parapetos, y en 10 minutos el fuerte Este estaba en nuestro poder".

Hemos apreciado la hora en que los Regimientos chilenos se ponen en movimiento para el asalto y no podemos ignorar la crítica que al respecto realiza el General Dellepiane en su notable obra **Historia Militar del Perú**: "La orden disponía que el movimiento se iniciara a cerca de las 4 y 30 de la mañana; pero el Comandante Castro, del 3º de línea, con la atonía que produce el miedo no dió la señal de partida hasta que uno de sus dos jefes de batallón desencadenó de por sí el asalto, arrastrando a su tropa a pesar del Jefe del Regimiento (el chileno Molinare, actor en Arica como Subteniente del 4º de línea, describe este hecho con abundancia de detalles pintándolo con vivos colores); el otro Mayor Jefe de Batallón, rompió también la marcha, en segundo escalón como estaba ordenado, no sin que uno y otro enrostraran su conducta al

Comandante Castro que quedó atrás, fuera de las filas de su unidad. El Jefe del **Buin**, a pesar de que se hallaba en situación menos peligrosa, detuvo también a su Regimiento, lo hizo desviar de la dirección general de ataque desorientándolo adrede hacia la izquierda y, por fin, no secundó a los batallones de primera línea (Molinare, ya nombrado). Retrasado pues el ataque, el 3º y el 4º, recuperaron el tiempo perdido lanzándose cuesta arriba a **paso de frote**. Se hallaban ya a 300 ó 400 metros de los fuertes, cuando fueron descubiertos por la guarnición del Este que disparó sobre ellos sus cañones cargados desde hacía días y dió la alarma al **Ciudadela** que pronto abrió también el fuego. Los batallones chilenos, formados en columnas cerradas de asalto, respondieron entonces sin detener su avance y el fuego de fusil se hizo vivísimo por ambas partes. La sorpresa táctica planteada por Lagos se había realizado totalmente. Los defensores dispararon sus cañones, reglados para una distancia mayor que aquella a que se presentaba de improviso el asaltante y sus proyectiles no produjeron resultado eficaz. El hecho de que los cañones quedaran neutralizados por razón de la proximidad a que se hallaban los chilenos, hizo perder gran parte de su potencia a la defensa y el número abrumador de fuerzas enemigas que los tiradores peruanos veían aparecer a su frente, en densas formaciones de ataque, les hizo comprender que no quedaba otra expectativa que sacrificarse por el honor nacional sin esperanza alguna de éxito".

Más o menos a las 5 y 30 a.m. del día 7 de junio de 1880, o sea con las primeras luces del alba, un cañonazo de la que se llamaba Batería del **Este** de la defensa, inició la acción sirviendo de sonoro alerta a los peruanos; partiendo de ese instante continúan otros disparos de las baterías vecinas, rompiéndose en seguida el fuego graneado de fusilería. He aquí el comienzo real del asalto. No se puede dejar de anotar una crítica muy importante que hace Dellepiane en su libro: "Si los comandantes de los regimientos chilenos no se acobardaban a la hora de partida del ataque, éste hubiera llegado hasta el pie de las trincheras cubierto por las últimas sombras, sin dar lugar a que los defensores ocuparan los parapetos. Como se ha visto, el retraso fue solo de algunos minutos que bastaron para que la guarnición de los fuer-

tes se apercibiera". Ahora bien: la batería o Fuerte del **Este**, situada sobre una elevación del terreno, contaba con dos cañones Voruz de a 100 libras y uno de a 70; el **Ciudadela**, en la eminencia llamada Chuño, poseía un Voruz de **70 libras y 2 Parrot** de a 100; además de la respectiva dotación de artilleros, en el **Este** estaba el Batallón Artesanos de Tacna comandado por el Coronel Varela y lo acompañaban el Coronel Inclán Jefe de la Séptima División (Artesanos, Granaderos y Cazadores) con su Jefe de Estado Mayor Coronel O'Donovan; en el **Ciudadela** había el Batallón Granaderos de Tacna con el Coronel Arias Aragüez y el Batallón Cazadores de Piérola con el Coronel Francisco Cornejo. El Fuerte del **Este** estaba mandado por el Mayor Meza y el **Ciudadela** por el Mayor Nacarino y ambos obedecían al comando superior del Teniente Coronel Medardo Cornejo; en estos momentos del asalto enemigo, el **Ciudadela** contaba con una guarnición total de 500 hombres, pues las unidades tenían diversos enfermos y en comisión, mientras el **Este** lo defendían 400 hombres efectivos, o sea que 900 peruanos iban a enfrentarse a 2,400 chilenos, que eran apoyados por 1,400 hombres más.

Al encontrar los chilenos los parapetos, sacaron sus corvos y rasgaron los viejos sacos llenos de arena, derrumbaron las hiladas y se lanzaron a la carga. La lucha se hizo terrible entre los pequeños batallones de guarnición y los dos poderosos regimientos que efectuaron el asalto. Nos dice el Capitán de Corbeta Manuel I. Espinosa, Segundo Comandante de la Batería del Morro, en su informe: "A las 5:30 a.m. se sintieron hacia la Batería del **Este** tiros de fusil y poco después un fuego graneado acompañado de disparos de artillería; inmediatamente se tocó zafarrancho de combate y como la retaguardia del Morro no estaba defendida, se mandó la primera compañía, a órdenes de su capitán don Cleto Martínez a los parapetos de Cerro Gordo, y el resto de la gente se distribuyó en dotar las tres piezas de artillería y cubrir las trincheras de retaguardia, pues los buques enemigos estaban a muy larga distancia, y, por consiguiente no era de suponer que hubiese de usarse de la artillería de la Cortina. Como la claridad, dudosa aún, no permitía distinguir claramente los objetos a la distancia de las Baterías del Este, no fue posible romper los fuegos de arti-

llería sobre este punto hasta que se observó que desde su recinto e inmediaciones se hacía fuego sobre nosotros; entonces rompimos los fuegos, empleando primero bomba y después metralla sobre la gente que descendía y circundaba esa ciudadela, al mismo tiempo que se hacía también un nutrido fuego de fusilería”.

El Capitán de Navío More, según el informe que acabamos de copiar, ha enviado a su personal a guarnecer los parapetos usando sus armas menores: cuarenta hombres al mando del Capitán Martínez, tomaron posesión de Cerro Gordo, ochenta fueron a las trincheras más próximas y cuarenta sirvieron los cañones de retaguardia que comenzaron a hacer fuego tan pronto como pudieron; es decir, que More con sus disposiciones, comprobadas por testigos, asegura la posición de Cerro Gordo y con ello ofrece una retirada a las tropas de la Batería del **Este** que se batían en condiciones trágicas. Inexplicablemente el General Dellepiane en su famosa obra no dice una palabra respecto a cuanto acabamos de referir de More. Y esto es muy importante en el desarrollo de la acción pues obliga al atacante a proceder por escalones y prolonga la resistencia vistiéndola de mayor grandeza.

El 3º chileno va ascendiendo a carrera abierta la ladera en cuya meseta quedaba el Fuerte **Ciudadela**, siendo descubierto por sus defensores cuando se hallaban los atacantes casi sobre la boca de los cañones. Por su parte el 4º de línea, los cuartinos, avanzaron frente a la Batería del **Este**, cerca a la cual habían pernoctado, progresando con las mayores precauciones, “se le previno silencio de muerte y mano a la vaina de metal de las bayonetas”, algunas guerrillas del 4º fueron a dar cerca de la playa de Quiani, al sur de la Licera, teniendo que replegarse después. Fueron los **Artesanos** del Coronel Varela, en los atrincheramientos del **Este**, los primeros en descubrir el enemigo y hacer los primeros disparos peruanos; a partir de aquí, las cornetas de ambos bandos principian a tocar: unas a degüello y otras a resistencia.

Un testigo presencial peruano dice que al generalizarse el fuego desde la primera batería hasta la cresta del Morro, “el loma-je que las separa, parecía un hervidero de humo que esparcía la muerte en esa grande extensión. “Principiemos, como ya lo hemos dicho, por el Fuerte del **Este**, donde cuatrocientos defensores lucha-

ron contra el 4º de línea que hizo sentir su inmensa superioridad numérica y de armamento; aquellos realizaron una enérgica resistencia la cual afligió por un rato al adversario. Así, un testigo chileno expresa: "El enemigo contestaba al principio con mucha entereza y con un fuego no menos nutrido que el 4º, haciendo en nuestras filas muchas bajas, gracias a la formidable posición que ocupaba. Desde ella se domina el Fuerte **Ciudadela**, que en esos momentos acallaba sus fuegos al llegar los nuestros al pie de la muralla; pero esta posición está dominada a su vez por el 1º del oeste, a donde se había dirigido el 1er. Batallón. Fuera porque el enemigo tuviese temor de verse flanqueado, fuera porque lo impuso la ordenada marcha de la tropa del 4º, que avanzaba en perfecta formación, y temiera verse rodeado y acuchillado como los del Fuerte **Ciudadela**, el enemigo no sostuvo los bríos con que había iniciado sus fuegos, y poco a poco fue aflojándolos hasta el punto de suspenderlos por completo y emprender la fuga. El 2º Batallón del 4º tomó posesión del Fuerte y comenzó a disparar desde él sobre los fugitivos, que habían tomado, unos el camino de la ciudad, otros el del Morro, y otros, en fin, el de otro Fuerte situado en la misma línea que el recién ocupado por nuestras tropas y que llamaremos 2º del Este".

Casi las dos terceras partes de los defensores cayeron muertos; corresponde esta hazaña al Batallón Artesanos de Tacna, donde se distinguen Inclán y O'Donovan con el aliento que imprimieron a sus subordinados y la acción del jefe directo de la Unidad el Coronel Varela; empero, ya dijimos cómo caen muertos los defensores en número tan crecido, el propio Coronel Varela yacía tendido herido gravemente en el pecho. En fin, era imposible mayor resistencia y principiaban a ser rodeados. Se tocó fuego en retirada, como se hizo, retrocediendo hasta la falda del Cerro Gordo. Según Dellepiane, fue Inclán quien dispuso la evacuación del Fuerte, "en conformidad con las órdenes anticipadas de Bolognesi, para ocupar las zanjas que se habían cavado en Cerro Gordo como posición de repliegue y antemural de las baterías del Morro, último baluarte de la defensa".

Fue valeroso el comportamiento del **Artesanos de Tacna**, al contener por un tiempo el avance del **4º de línea**, al punto que los

mismos chilenos lo reconocen así al afirmar que "los peruanos disputaron bien el puesto durante los diez minutos que duró el entrevenero". Expone Vargas: "A las voces de: —¡Fuego muchachos! ¡Fuego!, lanzado por Jefes y Oficiales, nuestros Soldados, que tenían delante la sangrante visión de la Patria, crecen, se agigantan; no se amedrentan ante el número abrumador del enemigo, ni ante la sorpresiva del ataque. Inclán, Varela y O'Donovan, recorren, revólver en mano, los reductos disparando y animando a sus tercios. La violencia y desigualdad de la lucha acusó numerosas bajas en nuestras filas y como carecíamos de reservas para reemplazarlas, el Coronel Inclán, Comandante General de la **Sétima División**, optó por replegarse a los atrincheramientos vecinos de **Cerro Gordo** y el Morro, cumpliendo así órdenes anticipadas que tenían los Jefes de Cuerpo, para que, de cualquier punto que sufrieran un desastre, se replegasen sobre el Morro, como "el último baluarte de nuestra defensa". Mientras se ejecutaba este mandato, dos compañías del 4º y un piquete de caballería iniciaban, a su vez, un movimiento de flanqueo por el sur-oeste, por el lado de la playa de **La Licera**, movimiento que a haberse realizado con más anticipación y actividad, habría dado por resultado el total aniquilamiento del **Artesanos**, como sucedió con **Granaderos** y **Piérola**, en el **Ciudadela**".

Cayó gravemente herido el Coronel Varela, en momentos de llegar a los parapetos de **Cerro Gordo**, reemplazándolo en el Comando del Cuerpo su segundo, Teniente Coronel Francisco Chocano. Dice Gerardo Vargas: "En efecto, casi a viva fuerza fue extraído de la zona de fuego, conduciéndosele a su domicilio, en la casa que el señor Domingo Pescetto, último Alcalde peruano de Arica, poseía en la calle **San Marcos**, pero sólo después de convencerse de que era imposible llegar al Hospital **San Juan de Dios**, porque el enemigo invadía en esos momentos las calles adyacentes a este establecimiento haciendo fuego en todas direcciones. Sin embargo un historiador chileno, Molinare, dice que este jefe "cedió el campo después de corta y tenaz lucha, y, que sólo abandonó el puesto cuando feroz bayonetazo lo tendió con el vientre herido dentro del fuerte. Varela, agrega, cayó vivando al Perú y animando a los suyos". Esta información es, en parte, inexacta. El jefe referido no fue herido por **feroz bayonetazo**, sino por bala de rifle,

la que le perforó la clavícula izquierda, saliéndole por el omoplato, herida de cuya consecuencia falleció años después, no obstante la delicada asistencia que recibiera en las ambulancias de Lima, a donde fue conducido, juntamente con numerosos heridos de las Batallas de Tacna y Arica. Hemos oído contar al mismo Coronel Varela, después de la Paz de Ancón, la manera como cayó prisionero en Arica".

Mientras Varela continuaba perdiendo abundante sangre, un grupo de soldados chilenos entraron forzando la puerta del departamento que ocupaba y se lanzaron sobre él, pero increpó enérgicamente a la soldadesca, conteniéndolos. Los chilenos, "a grito abierto y profiriendo tabernarias interjecciones, pedíanle dinero en cambio de su vida; dinero de que carecía, por lo que saquearon sus ropas, llevándose todo lo que de valor encontraron en ellas. Felizmente para el Coronel Varela, en esos momentos penetraban a la casa, atraídos por los gritos y disparos que los criminales soldados hacían dentro, tres oficiales, a quienes el herido jefe se entregó prisionero, y quienes, desde ese instante, rodearonle de atenciones, poniendo a su disposición dos clases, para que hicieran respetar su vida, mientras gestionaban su traslación al Hospital de **San Juan de Dios**; lo que se hizo dos horas después, siendo operado en este establecimiento por su viejo amigo el médico español Eduardo Rodríguez Prieto, padre de la dama tacneña, señora Emilia Rodríguez Prieto de Billinghamurst, digna esposa del que fue ex-Presidente de la República, señor Guillermo Billinghamurst".

Pasemos al **Ciudadela**. El 3º de línea atacó a los defensores con dos compañías, no tardaría mucho en ser reforzado por tres más, trabándose un reñido combate a fuego, bayoneta y corvo, tanto en el parapeto como en la plataforma dentro del Fuerte, que no tenía nada de tal. El Comandante del 3º de línea informa oficialmente: "El combate quedó terminado después de una hora, habiendo quedado muertos sus defensores con excepción de un oficial y nueve soldados heridos. En honor de nuestros adversarios, debo decir que pelearon como bravos y se defendieron hasta sucumbir". El Capitán chileno Manuel R. Barahona, escribe: "El 3º atacó al Fuerte **Ciudadela**. Logrando cortar varias guías de minas,

se lo tomó a la bayoneta. Este Fuerte presenta un espectáculo horroroso: lo menos 300 cadáveres cubren el suelo. La sangre ha corrido formando acequia. Los fragmentos humanos esparcidos en una confusión espantosa y el olor a sangre hace de aquello algo que marea. A esto se agrega los destrozos que hizo una mina que reventaron. Entre nosotros sólo tuvimos tres bajas y algunos contusos y un oficial que quedó sin cabeza; pero entre ellos hizo estragos. He visto muchos cadáveres calcinados junto a la mina, y fuera y distante de las trincheras troncos humanos y trozos informes. La explosión fue muy grande". Por su parte, el comandante chileno Rafael Vargas cuenta: "El primer Fuerte, que se llama del Este, o **Ciudadela**, estaba defendido por 550 hombres, esto es confesión de ellos, sólo han escapado 12 soldados y dos oficiales, y de éstos un oficial muy mal herido y cinco soldados; esta carnicería fue espantosa. Cuando los nuestros entraban al Fuerte prendieron fuego los enemigos a una de sus minas, y desde ese momento nuestros soldados no dieron cuartel. Imposible es describir aquí la bravura de nuestros soldados, esto es para conversarlo y no para escribirlo. Desde ese momento nuestros oficiales, más se ocuparon en impartir tanta carnicería que en atacar. El primer aspecto de los Fuertes después del combate se parecía al incendio de la Compañía; con la explosión volaron infinidad de soldados, unos vivos, otros muertos o heridos". En la defensa se distingue el antiguo e intrépido Coronel Arias de los Granaderos de Piérola, quien se bate cuerpo a cuerpo con los primeros asaltantes, siendo necesario saber cuanto dicen los testigos de ese espectáculo heroico, cuando el citado Coronel firme en su puesto sin retroceder un paso, llega a dar muerte personalmente con su espada, según se asegura, a cinco chilenos; he aquí un ejemplo que repartió bríos a todos, obligando a una resistencia bizarra y fiera. Muere el Coronel Arias, igual triste suerte corren Zela, Tomás Chocano, Francisco Cornejo, Vizcarra, Nacarino, etc. Esto quiere significar que han desaparecido los jefes de los dos batallones, el Jefe de la Batería y que los peruanos son muy pocos, que van siendo rodeados por todas partes, de modo que el enemigo ya iba a apoderarse del sitio; la Batería no tenía más defensa que la fila de sacos que la circundaba: "es decir, 80 metros de frente, para cubrir a 100 hombres;

los demás se batían a pecho descubierto sin más escudo que su noble corazón que bien pronto había de ser destrozado" (J. Pérez). Entonces, cuando la batería va a ser capturada, el Cabo Alfredo Maldonado da fuego a la santabárbara, conforme a las órdenes que tenía, haciéndola volar y arrastrando a los primeros enemigos que subían. Maldonado estaba herido al llevar a cabo su arrojada misión y sublime sacrificio. Es un niño héroe, que al volar por los aires entre asaltantes y defensores iguala en América y en el mundo a quienes efectuaron igual hazaña y se hace digno compañero de ellos, pese a que en el Perú no se le ha levantado el monumento que merece.

Respecto del **Ciudadela**, no es posible silenciar la narración del chileno Molinare que dice así: "El combate se había iniciado por el valeroso **3º de línea** en magníficas condiciones; a todo esto el enemigo hacía descargas tras descargas sobre los asaltantes; tronaban sus grandes cañones, y el fuego de rifle se sostenía con bravo empeño por su parte.— El Coronel Arias y Aragüez, impávido, se pasea el muro que mira al Oriente; su marcial silueta se destaca cual gigantesca sombra al iniciarse el asalto, en la penumbra del día que pardea; y a medida que la luz que viene del oriente ahuyenta la oscuridad de aquella noche, la figura del nobilísimo defensor del **Ciudadela**, se perfila más y más en el alto parapeto. El viejo Coronel Arias se enronquece animando a su tropa y defiende su puesto con sin igual bravura; en aquella faena le ayuda don Francisco Cornejo, Comandante de los **Cazadores de Piérola**, puesto que ejerce desde el primero de junio, día en que cobardemente desertó y abandonó su puesto de peligro y de combate el infame Coronel Belaúnde a quien los peruanos apodaban **Sisebuto**. La división peruana dirigida y alentada por el heroico don Justo Arias, firme en sus puestos, defiende sus bastiones con sin igual denuedo; el fuego de cañón no disminuye y el de rifle se mantiene con tesón y bravura. Pero los **terceros** han llegado al pie de aquellos soberbios bastiones; y el corvo y la bayoneta rompiendo los sacos de arena, que se vacían como por encanto, desquiciando los muros del Fuerte, dejan brecha cómoda y entrada libre a nuestros bravos, que por ellos se precipitan. . . El Coronel don Justo Arias Aragüez, ronco de gritar animando a los suyos, vive

aún y defiende con denuedo sus valores, el puesto que se le ha señalado. Aquel heroico soldado, sable en mano, se pasea impávido en la plazoleta del Fuerte, en la del costado principal, desafiando, a nuestros soldados y a la muerte. A todos llama la atención aquel héroe, que sin kepís, presentaba su desnuda calva, blanca y venerable cabeza a las balas. En verdad, los alientos de aquel soldado no dicen con cuerpo. Arias es chico, pero de marcial apostura. Lleva garbosamente su uniforme francés de Coronel de Ejército, con galones y pantalón garance, y ciñe su levita el cinturón de su sable. Lo repetimos, en el momento en que se encuentra está sin kepís; sin duda lo ha perdido en el fragor del combate; con su diestra, empuña la espada, y ante el inmenso peligro que le rodea, que no teme y desprecia, aquel anciano soldado agiganta su físico, enaltece su ser moral.— Arias, desafiando el peligro, infunde respeto y admiración a los nuestros, y con la clara luz del día, pueden ver y aquilatar a su sabor la bizarra actitud del Jefe enemigo. Su valor satisface a los hombres del 3º y se dispone a salvar la vida de Arias. Todo el mundo le grita: —Ríndase, mi Coronel, no queremos matarlo.— ¡No me rindo c. . . . ! ¡Viva el Perú! ¡Fuego muchachos! responde aquel ínclito guerrero y con su ejemplo estimula el valor de su tropa, la defensa del **Ciudadela**. Pero la hora suprema de aquel hombre había llegado; que escrito estaba hubiera de caer como un bravo en medio del asalto y a manos de chilenos. El Fuerte **Ciudadela**, en puridad de verdad, ya es nuestro; el valor del Coronel Arias ha impuesto respeto a los asaltantes, su denuedo, la simpática y altiva figura del Jefe enemigo hace que nuestros hombres intimen nuevamente al Comandante de los **Granaderos de Tacna** que se rinda. Un soldado del **Tres** se aproxima al Coronel y le grita: —¡Ríndase, mi Coronel!— Pero el Jefe enemigo no quiere hacerlo, rehusa la intimación; rechaza indignado esa pretensión, no quiere nada que sea chileno, ni aun la vida, y de un feroz sablazo tiende a sus plantas al noble soldado que lo ha querido salvar.— ¡No me rindo c. . . . ! ¡Viva el Perú!— grita don Justo Arias y Aragüez; y una descarga cerrada tiende al invicto guerrero, que cae muerto dentro del Fuerte, y su espíritu, libre de la humana envoltura, traspone los lindes de la vida y penetra en el templo sereno de la inmortalidad. . . .

El choque ha sido terrible, inenarrable. Los pocos sobrevivientes de la hecatombe optaron por replegarse sobre el Morro, haciendo fuego en retirada: como la meseta que queda a espaldas del **Ciudadela** "es amplia, abierta, razón por la cual los **Granaderos** que salvaron con vida, fueron diezmados por las descargas cerradas de las Compañías chilenas". La muerte de Arias y Francisco Cornejo fue vengada y mucha sangre y vidas costó a los chilenos, quedando el terreno que circunda el Fuerte y el recinto mismo de éste sembrado de muertos y heridos. Para demostrar que el **Ciudadela** se convirtió en un lago de sangre, Máximo Ramón Lira, secretario en campaña del General Baquedano, en una carta a Patricio Lynch hace resaltar cómo la lucha fue terrible y asegura: nuestra caballería entraba la uña en los charcos de sangre.

Pasaron de 600 los muertos peruanos. El Segundo Jefe del Batallón **Granaderos de Tacna**, Felipe Antonio de Zela, dejó de existir sobre los atrincheramientos del **Ciudadela**, emitiendo su postrer aliento junto con un ¡viva al Perú! Vargas hace una rectificación histórica y se refiere al artillero ariqueño Alfredo Maldonado, el niño héroe, hijo de doña Micaela Arias y del honorable obrero Santiago Maldonado, capataz de playeros: "Alfredo, que en el fragor de la lucha vió caer a su tío N. Arias (a) **Campo Hermoso**, condestable de la Fortaleza, como asimismo a su Jefe, el Sargento Mayor don Fermín Nacarino, y a casi todos sus compañeros de armas, no pudo conformarse con ello ni con el triunfo del enemigo; y en arranque de incontenible patriotismo, al ver que la bandera de la Patria era descendida del asta del Fuerte y reemplazada por la de la estrella solitaria, la ira le ciega, le transfigura, y cuando la soldadesca chilena no ha saciado aún su sed de sangre, pues continúa empeñada en su obra de exterminio y muerte, Maldonado, con la rapidez del rayo, penetra a la santabárbara del **Ciudadela** y la hace estallar, volando en mil pedazos, juntamente con varios compañeros suyos que yacían heridos, y con los enemigos, que ya habían puesto pie en la zona artillada". "Sin embargo, no ha faltado escritor peruano, mal informado, acaso, que propalara y sostuviera que fue el Subteniente tacneño del **Granaderos de Tacna**, don Lizardo Pedraja, y no Maldonado, quien hizo volar el polvorín del **Ciudadela**; aseveración inexacta que vamos a destruir por

su base, reivindicando, así, una gloria ariqueña y constituyéndonos en defensores de la verdad histórica, por todo lo que dice relación con el combate de Arica, cuyos más saltantes episodios conocemos, tanto como si hubiésemos actuado en ellos, gracias a las informaciones recogidas, personalmente, desde nuestra juventud, de Jefes, Oficiales y Soldados sobrevivientes de la recordada jornada.— Vamos, pues, muy a nuestro pesar, a bajar del sitial de héroe en que la apasionada fantasía provinciana ha colocado al Subteniente Pedraja, para colocar en él al bayardo ariqueño. Pocas palabras nos bastarán para probar que no fue aquel valeroso militar tacneño, sino Maldonado, el que, en el paroxismo de su desesperación patriótica, hizo estallar la santabárbara del **Ciudadela**". Cuatro páginas de su libro, gasta Vargas en presentarnos el asunto de la rectificación histórica. Principia por citar las palabras de Víctor Mantilla, el más grande e inspirado poeta del Parnaso tacneño, el que se hizo eco de la manera como murió Lizardo Pedraja, escalando la gloria al aplicar la tea a los saquitos de pólvora. Vargas cita frente a la anterior información, la declaración de un hermano de Pedraja, demostrando que éste era de la dotación de la Batería **Este**, de modo que para ir al **Ciudadela** habría tenido que recorrer a pie y por entre los asaltantes, la distancia de los trescientos metros que lo separaba de la otra Fortaleza. "Más fácil le habría sido volar el polvorín del Fuerte en que peleó, que no emprender el arriesgado viaje al **Ciudadela**, con ese solo objeto". Vargas publica varios testimonios de historiadores de la Guerra del Salitre como el chileno Molinare, el chileno Vicuña Mackenna, el Coronel peruano Marcelino Varela, etc.

El Coronel Bolognesi con su Jefe del Estado Mayor el Coronel La Torre y sus Ayudantes Itúrbide y Cárdenas, personalmente daba las órdenes más oportunas y trataba de animar a la tropa, llevando el entusiasmo a todas partes. Treinta minutos después de trabado el combate, Bolognesi, que observaba cuanto estaba sucediendo, apreció toda la importancia del ataque enemigo, empeñado como se veía en dominar el este de la posición, con positivas ventajas sobre sus defensores que comenzaban a ceder terreno replegándose sobre los parapetos de Cerro Gordo; entonces ordenó al Coronel Alfonso Ugarte que fuera al otro lado de la población

a traer en refuerzo a la Octava División, la cual se había puesto en posición desde la tarde del día 6 de junio en la siguiente forma: el Batallón **Iquique**, al mando del Teniente Coronel Sáenz Peña, en la proximidad de las Baterías del Norte y el Batallón **Tarapacá**, bajo el comando de Zavala, entre la derecha del **Iquique** y el reducto del cementerio; **la División** que formaban los dos Batallones estaba a órdenes del Coronel Ugarte que tenía como Jefe de Estado Mayor al Coronel Bustamante. Dice J. Pérez: "La **Octava División**, entre tanto, dejaba al frente su colocación en el norte para venir apresuradamente a tomar posiciones en donde debió pernoctar! El muy patriota Coronel Ugarte a su cabeza, con los valerosos Comandantes Zavala y Sáenz Peña, llegaron a subir, a fuerza de dar alientos a la tropa, que se ahogaba de fatiga, con medio batallón, a la cuchilla de la izquierda del camino a la Licera, cuando ya los Fuertes estaban dominados. Los otros medios batallones se quedaron sin subir, porque se encontraron flanqueados cuando comenzaban a dominar la cuesta".

¿Cuál es en esos momentos fatales la situación peruana en Arica? Los fuertes llamados del **Este** y **Ciudadela** se han perdido sin esperanza alguna de recuperarlos, pues está a la vista el movimiento de tropas enemigas que acuden en ayuda. En cambio la defensa peruana presenta una brecha de gran magnitud y su guarnición ha sufrido una pérdida en hombres que la debilita notablemente. Mientras llegan a paso de trote a las faldas del Morro los batallones **Iquique** y **Tarapacá**, los defensores que han quedado de los fuertes antes anotados, van replegándose sobre los parapetos de **Cerro Gordo**. Han mostrado al enemigo que su armamento es de pésima clase. Aun los fusiles Peabody y Remington de los **Granaderos** y **Artesanos** han resultado inferiores a los chilenos, de modo que para el resto de la guarnición que emplea Chassepot, ya se puede pensar la eficacia de unos rifles de los que decía un experimentado militar, apenas sirven para matar a garrotazos. En la retirada al **Cerro Gordo**, van enseñando los defensores al enemigo el mejor camino a seguir.

Por otra parte, con la salida de la Octava División, los Fuertes del Norte habían quedado solo con los sirvientes de las piezas y sin protección alguna. Es otra brecha de importancia capital que

quedaba abierta a los chilenos. Según Gustavo Rodríguez, corresponsal de **El Nacional** de Lima, testigo en Arica de los sucesos, ocurrió que antes de la ocupación del **Cerro Gordo**: "La resistencia se había organizado ahí (el Morro) de un modo desesperado. Bolognesi había estado un momento antes en la ciudad, en el sitio donde se tenía el aparato para la explosión de las minas; había querido dar fuego a una y luego a otra y otra sin que ninguna reventara, hasta que, convencido de que no debía contarse ya con ese medio de defensa, exclamó colérico: —**Estamos perdidos**— y se dirigió al Morro con ánimo firme de resistir hasta la muerte". La situación peruana, en esos momentos en Arica, significaba el principio del fin.

Los sobrevivientes del Batallón **Artisanos** se replegaron hacia el Morro, conducidos por Inclán, en reñida pelea con el enemigo y perdiendo constantemente hombres hasta llegar a la trinchera de **Cerro Gordo**, uniéndose a la escasa tropa que, como se sabe, había mandado More. Precisamente en la retirada que acabamos de anotar sucedió la explosión que lanzó por los aires el Fuerte **Ciudadela**, mostrando a todos los peruanos cómo la dotación de él cumplió hasta el último con su deber. Sería apropiado recordar aquí que en **Cerro Gordo** estaba ubicada la Batería llamada **Baja** que con la **Alta**, conformaba el sistema de los Fuertes del **Morro**; de modo que era ahora materia del ataque chileno, la Batería **Baja**, la cual poseía cuatro cañones Voruz de a 70 libras y delante de ellos una trinchera con parapeto que separaba el Morro de los Fuertes del **Este**. El Coronel Bolognesi, con La Torre y Alfonso Ugarte subieron a la Batería **Alta**, para reunirse con More.

Gerardo Vargas H. en su libro **La Batalla de Arica**, dice en la página 150: "El Comandante Francisco Chocano, en cuyo civismo y denuedo puso el Coronel Varela su confianza, al encargarle el comando del Batallón **Artisanos de Tacna**, supo corresponder a ella; en efecto, organizó la marcha ordenada sobre los atrincheramientos y fortificaciones del **Cerro Gordo** y del Morro; batiéndose en retirada, hasta llegar a estos sitios. Los Capitanes Olegario José Julio Rospigliosi, José del Castillo, Rubén Rivas y varios otros Oficiales, secundaron el movimiento a la cabeza de sus respectivas Compañías, llegando a tiempo al primero de los atrincheramientos

citados, desde cuyas posiciones, que defendían la entrada al Morro, reanudaron el combate, con la misma energía que en la Batería del **Este**". Vemos, entonces, que no cita a Inclán; pero, más de cuarenta páginas después, en la 195, ya se corrige y establece: "Por ocuparnos en poner de relieve la actuación de los Comandantes Sáenz Peña y Zavala en la Guerra con Chile, de manera especial en el Combate de Arica, hemos interrumpido la narración de la retirada ordenada del Batallón **Artisanos de Tacna**, de la Batería del **Este** a los parapetos y fortificaciones de **Cerro Gordo**, conducidos por las espadas gloriosas del Coronel Inclán y de los Comandantes Francisco Chocano y O'Donovan. Desde este sitio hacían descargas cerradas sobre el enemigo que avanzaba de frente y por ambos flancos sufriendo fuertes pérdidas. Como Arias y Argüez en el **Ciudadela**, Inclán en **Cerro Gordo** hizo pagar caro al chileno cada pulgada del terreno que ocupaba; la resistencia en este sitio fue heroica, sublime".

En los Regimientos 3º y 4º de línea, los cuales era lógico que debían proseguir inmediatamente el ataque contra **Cerro Gordo**, aprovechando las ventajas obtenidas, sucede en ellos algo que aún no está suficientemente aclarado. Si bien es verdad que el segundo Batallón del Regimiento 4º se sirve de los momentos de confusión que la retirada de los **Artisanos** producía, para continuar sobre ellos pretendiendo terminar la lucha de una vez y se empeña en un duro combate; en cambio, el resto de las tropas chilenas que están en los dos Fuertes, se detienen un rato en su avance, no muy dilatado por supuesto, mas lo suficiente para ser apreciado por los historiadores. No hemos leído mejor crítica al respecto que la publicada por Dellepiane, quien apunta: "Los militares chilenos que estudian hoy el asalto, dicen que éste se realizó por saltos, ocupando objetivos sucesivos. Fundamentan su opinión afirmando que Lagos dispuso que, una vez conquistados los Fuertes **Este** y **Ciudadela**, los Regimientos 3º y 4º se detuvieron para esperar al **Buín** y emprender los tres el asalto del Morro. Si esto fuera cierto, Lagos no hubiera situado a los **buines** tan lejos en el dispositivo inicial, lo que fue en todo caso un grave error, ni, estando cerca de ese Regimiento hubiera permitido al Comandante Ortiz, por íntimas razones que conocemos, retrasar el momento de partida y desviar des-

pués su unidad. Además, las ideas de objetivos sucesivos, marcha por saltos y fijación de tiempos de detención en el ataque, son tan modernas como el establecimiento de redes de alambres, que estos mismos escritores dicen que debió tender Bolognesi delante de sus fuertes. (Repetimos que la idea de organizar alambradas ya había sido lanzada y que hasta se había puesto en práctica, pero su empleo no estaba generalizado como hoy. Esto, en el supuesto de que Bolognesi hubiera dispuesto de los elementos necesarios para establecer esas defensas accesorias)".

Cuando el enemigo con el 2º Batallón del Regimiento **4º de línea** estaba por completo empeñado con el **Cerro Gordo**, acude el resto de este Regimiento, y, en ese mismo momento, engrosaron a la diminuta dotación de la batería, a unos pocos soldados peruanos que a pie firme resistieron en los parapetos hasta donde les fue posible. Asimismo, ayudó a la resistencia una parte de la 8ª división peruana, unidad que no alcanzó a subir a las alturas del Morro sino fragmentada. Expone Dellepiane: "Gracias a la resistencia en los fuertes avanzados, las baterías del Morro que mandaba More y Espinosa, cerca de las que se encontraban Bolognesi y Alfonso Ugarte, lograron hacer algunos disparos contra la cola de las columnas de asalto, sin poder hacerlo sobre los primeros elementos para no ofender a los propios camaradas".

En el parte oficial del Coronel La Torre viene a consignarse: "Llegaban a paso de trote a las faldas del Morro los Batallones **Iquique** y **Tarapacá**, que formaban la expresada División (8ª), cuando, arrolladas nuestras fuerzas del **Este** por el excesivo número de los que atacaban por ese lado, se replegaban ya sobre los parapetos de **Cerro Gordo**. A gran esfuerzo, jadeantes, llegaron a la altura del Morro el Teniente Coronel don Ramón Zavala, a la cabeza de medio batallón del **Tarapacá**, y el Teniente Coronel don Roque Sáenz Peña, a la cabeza de medio batallón del **Iquique**, rompiendo con bravura sus fuegos sobre el enemigo, que ya coronaba la altura de **Cerro Gordo** y lo flanqueaba al mismo tiempo por los lados del este y oeste con otras fuerzas".

El Capitán de Corbeta Manuel I. Espinosa dice: "En estas circunstancias, y mientras V.S. desplegaba, para hacer fuego sobre **Cerro Gordo**, a toda la gente que venía en retirada de las bate-

rías del este, se vieron subir por la falda del Morro dos batallones nuestros que venían desde las baterías del norte, los cuales, fatigados por la larga marcha que hacían al trote y por la pendiente de la subida, y flanqueados por los fuegos enemigos, no pudieron llegar oportunamente a la cima del cerro a pesar del empeño que ponían instados por sus valientes jefes que hacían esfuerzos inauditos para conseguirlo, logrando sólo hacer subir, cada uno de ellos, medio Batallón de la derecha, mandado el de **Iquique** por su Comandante el Teniente Coronel don Roque Sáenz Peña, y el de **Tarapacá** por su Comandante el Teniente Coronel don Ramón Zavala. Los medios batallones de la izquierda no hicieron su ascensión, probablemente porque fueron flanqueados y cortados por el enemigo que avanzaba por el este y dominaba el **Cerro Gordo**, y los medios batallones de la derecha, unidos a la tropa que se replegaba, compuesta de algunos grupos de soldados, mandados respectivamente por el Teniente Coronel don Ricardo O'Donovan, Sargentos Mayores don Armando Blondel y don Jerónimo Salamanca, Capitán don Cleto Martínez y otros que no recuerdo, sostenían los fuegos protegidos por la gente del Morro que cubrían los parapetos y los cañones de ese sitio, hasta que, arrollados por el número, se replegaron a las trincheras, en donde se hizo una tenaz resistencia, de la que resultó muerto el valeroso Comandante Zavala".

En el parte oficial del Teniente Coronel Roque Sáenz Peña, se lee: "Avancé con mi batallón a paso de trote desde el Chinchorro, y después de cruzar esta larga distancia, emprendí, con gran esfuerzo de mi tropa ya fatigada, el ascenso del cerro que en ese momento se encontraba bajo los fuegos enemigos; contraí mi acción al medio batallón de la derecha para impedir que contestase los fuegos, encargando el de la izquierda a dos jefes subalternos, porque era imposible recorrer todo el flanco del batallón, que marchaba en hileras por el estrecho desfiladero del Morro. El medio batallón de la derecha subió, en efecto, sin contestar un tiro y soportando el nutrido fuego enemigo; a la cabeza de él coroné el cerro en el momento mismo en que el señor Comandante Zavala hacía otro tanto por mi izquierda con medio Batallón **Tarapacá**. El enemigo no me dio tiempo de ocupar los parapetos, pues se

hallaba tan próximo y sus fuegos eran tan vivos, que tuve que contestarlos desde el primer momento en que mi medio batallón escaló el cerro. Allí se combatió con toda decisión; los fuegos fueron sostenidos por el medio batallón **Tarapacá**, por la derecha del **Iquique** y por resto de **Granderos** y **Artisanos de Tacna**. Ya nuestras bajas hacían difícil la resistencia; la izquierda del **Iquique**, que mandé buscar, se había ocupado de contestar los fuegos enemigos y había sido cortada por éste en la falda misma del cerro; la mitad del **Tarapacá** había corrido igual suerte; el enemigo estaba a 20 pasos. La oficialidad y tropa del medio batallón que logré subir estaba ya diezmada; los tres jefes subalternos no pudieron seguirme, y yo me hallaba herido, desde el principio del combate, de un balazo en el brazo derecho, que me permitió, sin embargo, mantenerme a caballo desde los últimos momentos en que tuve que abandonarlo por serme ya imposible darle dirección...".

Ampliaremos en algunos aspectos la actuación del **Iquique** y el **Tarapacá**. Según Vargas H., fue no menos de tres kilómetros que debieron recorrer estos batallones, mano a la cartuchera. Paz Soldán nos muestra a los dos batallones que "a paso al trote van a reforzar la casi aniquiladas defensas del Morro; pero como la subida por el lado norte es difícil, venciendo con gran trabajo y bajo los fuegos del enemigo, cuyo número aumentaba a cada momento con sus cuerpos de reserva, pero todo esfuerzo es inútil; el valor sirvió tan solo para probar que prefería la muerte al dolor de presenciar su derrota, por gloriosa que fuera". Vargas señala que el **Iquique** ascendió el Morro por la calle del **Colegio** y el **Tarapacá** por la de la **Matriz**: "Antes de iniciar este movimiento se desplegaron en guerrillas y en este orden iniciaron la ascensión al Morro, conducidos por sus jefes, en medio de verdaderas granizadas de balas, disparadas por las tropas invasoras desde los parapetos del **Cerro Gordo**". Molinare afirma que Sáenz Peña "con lujo de personal valor, lanzó su **Iquique** a la altura, trepando por la escabrosa y arriesgada senda de la falda del abrupto Morro... no pudo, por más que hizo, llevar el asalto sino al medio batallón de la derecha del **Iquique**. Esta tropa, sin disparar un tiro, corrió al cerro, es decir llegó a la altura, pero no tomó posesión de trinchera ni parapeto alguno". Asimismo, sostiene Molinare con afán de co-

regir el parte de Sáenz Peña, que el **Tarapacá** no alcanzó a coronar el cerro, que de **Artisanos** puede que hubiera algunos y, en cuanto a los **Granaderos de Tacna**, de Justo Arias, no hubo ni un hombre. Contesta Vargas que Molinare está mal informado o trascordado, porque los **Artisanos** que salvaron con vida en **Cerro Gordo**, se replegaron al Morro, conducidos por Francisco Chocano; "también nos consta, por habérselo asegurado sobreviviente del **Tarapacá**, que muchos soldados de este cuerpo alcanzaron la meseta, peleando en seguida a la bayoneta, al lado de los de **Iquique**". Respecto a los **Granaderos de Tacna**, cayeron heroicamente en el **Ciudadela**. Dice Vargas H.: "Una de las compañías del batallón **Iquique**, que ascendió por la calle del **Colegio**, se apostó tras los peñascos donde hasta hace poco existía una cruz, y desde allí a mansalva, dirigió mortífero fuego al invasor, que en esos momentos bajaba de **Cerro Gordo** en dirección al Morro. Nos contaba el ciudadano chileno Pedro Díaz, que residió en Arica desde su juventud, y que gracias a sus honrosos antecedentes y a haber garantizado por él el Alcalde de la ciudad, fue uno de los pocos individuos de esa nacionalidad que no fueron arrojados del territorio nacional; nos contaba Díaz, decimos, que él presenció desde el techo de la casa de aquel señor, a cuyo cuidado estaba, la ascensión del Morro de los batallones **Tarapacá** e **Iquique**; habiendo tenido oportunidad de admirar el entusiasmo y valor con que esta tropa, lanzando vivas al Perú, llevó a cabo su temerario propósito, sin arredrar ni las numerosas bajas que sufría momento a momento, ni el peligro inminente que corría de ser aniquilada, totalmente, como lo fueron, en efecto. Creía el citado individuo que el comandante chileno San Martín, jefe del 4º de línea, había muerto por efecto de uno de los disparos dirigidos desde los peñascos antes recordados. Sin embargo, un escritor chileno asegura que ello aconteció al atravesar **la suave e infernal hondonada** que existe entre el **Cerro Gordo** y el Morro. No obstante la espantosa mortandad que sufrieron aquellos cuerpos peruanos, a tal punto que la falda de la mencionada montaña quedó cubierta de cadáveres y heridos, las diezmadas compañías que lograron su intento, tomaron acto continuo, participación en la defensa. Allí, en medio de sus soldados, cayó, también, cara al cielo el pundonoroso jefe del **Ta-**

rapacá, comandante Ramón Zavala (tarapaqueño); y Sáenz Peña, que resultó herido en el brazo derecho, logró subir al Morro, a la cabeza de medio batallón".

Hubiésemos querido citar otros partes enemigos, en cuanto a lo relativo al anterior episodio de **Cerro Gordo**; empero, será suficiente consultarlos para darse cuenta que al respecto todo el empeño de ellos está en ofrecer una idea de fácil y al mismo tiempo de épica conquista, combinación siempre embarazosa. Es decir, que no ofrecen detalle alguno capaz de aclarar esta faz del combate, salvo que el ataque arrolló "completamente al enemigo en sus últimas trincheras" (Lagos); o que se desalojó "al enemigo de todos sus parapetos y zanjas en que se iba atrincherando en su retirada" (Luis Solo de Zaldívar). O como publica el corresponsal de **El Mercurio**: "Cuatro fuertes y cinco reductos más cayeron en pocos minutos en poder del incansable Regimiento, unido ya todo ahora bajo las órdenes del Teniente Coronel don Juan José San Martín, a cuyo lado iba como segundo el Sargento Mayor don Luis Solo de Zaldívar. Los soldados, con sus bayonetas caladas, iban ensartando por la espalda a algunos enemigos durante la fuga; pero, a pesar de sus esfuerzos en la carrera, no conseguían alcanzar al grueso de los escapados, porque más parecían gamos que hombres, como dice Leoncio Zavaleta. La mayor parte corrían a refugiarse en la fortaleza del Morro, porque muchos de los otros que huían por la derecha hacia la población eran cazados, también como a gamos, por el 2º batallón del 3º, que saliendo del fuerte **Ciudadela** había avanzado hacia el oeste para apoyar al 4º en caso de necesidad". O, por fin, como elogia el capitán chileno Manuel R. Barahona a sus soldados: "Estos soldados han peleado no como hombres, porque han excedido a todo lo que está posible en lo humano como valor temerario; han sido **demonios que soltó el infierno**, porque eran los únicos que podían trepar las cumbres, pasar por el fuego de las minas de dinamita y saltar las innumerables trincheras que defienden al Morro y sus demás fuertes en una extensión de dos kilómetros, soportando el fuego de ocho o diez cañones y el de fusilería de más de dos mil hombres".

En esa lucha titánica, tuvieron los chilenos un héroe: el Teniente Coronel Juan José San Martín, comandante accidental del 4º

de línea. De él dirá uno de sus panegiristas: "En efecto, San Martín era un valiente de sangre, de raza, de esa clase de valientes que lo son sin esfuerzo y **sin fantasía**, como nuestros heroicos soldados. Amaba el peligro, y le sonreía como se le sonreía a un buen amigo; pero esta vez el peligro lo desconoció. La muerte de More y de Bolognesi bien valían la de un San Martín. Apenas había adelantado 20 pasos, entre una nube de balas, que lo rodeaba como un nimbo de gloria, caía herido por un proyectil que lo atravesaba de parte a parte el vientre...".

Benjamín Vicuña Mackenna trazó la biografía del Teniente Coronel San Martín, y gastó todos los elogios en favor de quien decía: "tomó por asalto las fortalezas de Arica en el espacio de unos pocos minutos, el memorable 7 de junio de 1880...".

Quemando el último cartucho, escalaron la inmortalidad y dieron al Perú con su abnegado valor una de las páginas más gloriosas: el comandante Ramón A. Zavala, el arrogante jefe del **Tarapacá**, al que se vió sin hacer caso del peligro subir sobre las trincheras y animar con singular valor a sus soldados; el Teniente Coronel Benigno Cornejo, segundo jefe del batallón de **Tarapacá**, en su puesto defendiendo con honor el suelo patrio; el Coronel José Joaquín Inclán, Comandante General de la 7ª división, que "de pie se bate personalmente y cae, sable y revólver en mano, en el fragor de la pelea"; el Teniente Coronel Ricardo O'Donovan, jefe de detall de la 7ª división, ocupado en distribuir con energía y entusiasmo del mejor modo a los soldados a fin que no desperdiciaran sus pocas municiones. En fin, muchos otros hombres a los que también llamamos héroes, puesto que lucharon en las condiciones más adversas de inferioridad, contra los invasores del territorio nacional. Y sale herido, "el representante de las simpatías de la República Argentina en nuestro ejército, el caballeroso comandante Sáenz Peña, que daba en todas partes muestras de serenidad singular y resuelto valor".

El comandante Ramón A. Zavala era tarapaqueño y ofendió su existencia a la edad de 27 años. Escribe Gerardo Vargas H.; "Nació del matrimonio del talentoso jurisperito don Nicolás Zavala con la nobilísima dama trujillana, doña Manuela Suárez y Carrillo, hija del heroico Coronel Suárez, jefe del Regimiento **HÚ-**

sares de Junín, fundador de la Independencia americana, a la pujanza de cuyos bravos jinetes, se debió el triunfo en la batalla cantada por Olmedo. De manera que por las venas de Zavala corría sangre de uno de los más preclaros militares de la campaña de la libertad. Era deudo inmediato del ilustre tarapaqueño don Ildelfonso de Zavala, de relevante figuración política a mediados del pasado siglo. Educado en el afamado Colegio Vallarino de Valparaíso, en el que también cursaron instrucción media y comercial los principales jóvenes tarapaqueños, Zavala fue alumno distinguido, y en las aulas conoció a muchos de los que, años más tarde, serían hombres eminentes de Chile".

En cuanto al Comandante Benigno Cornejo, había nacido en Moquegua; Gerardo Vargas lo califica de viejo militar del Ejército de línea, gozando de fama de valiente: "de lo que dió prueba en la mañana del 7 de junio, en su ascensión al Morro, a la cabeza de su batallón". Respecto al lugar de su muerte, el capitán Juan G. Osorio, hermano materno de Cornejo, aseguraba que éste cayó al lado de Bolognesi, en la meseta del Morro.

En cuanto a Inclán y O'Donovan, citaremos las palabras de Molinare. "Fue inútil que los Coroneles José Joaquín Inclán, que mandaba en Jefe la 7ª División, y su Jefe de Detall, Coronel (sólo era Comandante), don Ricardo O'Donovan y la oficialidad del **Artisanos de Tacna**, tratasen de resistir, de detener el avance invencible de la tropa de la Barrera y de Gana, porque fueron arrollados, destrozados y muertos. El coronel Inclán se defendió hasta el último; no se rindió ni pensó jamás en hacerlo. Cayó sable y revólver en mano batiéndose con Manuel Rojas, soldado de la 3ª del 1º del capitán Pedro Onofre Gana, de la mitad del subteniente don Alberto de la Cruz González. Rojas mató al valiente coronel enemigo en buena lid de bravo a bravo. ¡Que en las lides de la guerra el valor nivela todas las jerarquías!". Inclán nació en Tacna en 1825. En cuanto a O'Donovan, era trujillano y de él expone Vicuña Mackenna: "El Coronel don Ricardo O'Donovan tampoco acepta la vida que le ofrecen los nuestros y cae muerto a punta de bayoneta, sin rendirse".

Una vez que el enemigo coronó las alturas de **Cerro Gordo** y, al mismo tiempo, vino a flanquearlo por el lado del este y del oes-

te con tropas de refuerzo, el ataque chileno de los regimientos 3º y 4º de línea, prosiguió sobre el Morro propiamente dicho o sea contra la Batería **Alta**. Dicha batería, la más importante confiada a la Marina y su puesto de comando, estaba constituida por un cañón Vavasseur de 250 libras, 2 Parrot de a 100 y 2 Voruz de a 70, los cuales se hallaban instalados en la planicie. Casi todas las piezas tenían por destino el disparar sobre el frente marítimo y no podían defender la posición por retaguardia, es decir, por donde ahora se realizaba el ataque; anotaremos que los cañones contaban con bases de albañilería y madera a la ligera, plataformas y montajes imperfectos e incompletos. El parapeto estaba formado por una línea defendida en porciones de veinte metros con cinco intervalos siendo las trincheras lo más simples que se pueda pensar, formadas con sacos de arena que dejaban, como hemos dicho, cinco puertas de fácil acceso. Y toda esta organización ¿pretendía cerrar la retaguardia? Comprendemos que no, únicamente se destinó el parapeto a que la tripulación de la batería pudiese disparar hacia el este, con la protección debida, y jamás se creyó que debía luchar con una infantería poderosa y que hubiera vencido los obstáculos anteriores y más dificultosos. La batería constaba de construcciones provisionales, digamos un polvorín bajo tierra, pañoles, habitaciones de madera para la plana mayor y menor, un salón, la prevención, almacenes, la maestranza, etc.

He aquí la **cumbre** del Morro, que también constituía la **planicie** de esta eminencia y que era el **recinto** comprendido dentro del espacio que ofrecía una entrada en pendiente y por el lado opuesto el abismo hacia el mar; cumbre, planicie o recinto, diversos nombres con que se conocía el mismo lugar. Algunas veces, también, se le llamaba la **ciudadela**. Allí se llevaría a cabo la escena más dolorosa del combate, convirtiendo el Morro en pedestal de gloria, que despertaría el más hondo y respetuoso reconocimiento patrio. La tradición tomará solamente a Bolognesi y lo convertirá en el símbolo espartano del más preciado y fecundo crisol de héroes. Dirá Gonzalo Bulnes: "Cuando el patriotismo se envuelve en un manto de modestia, el hombre desaparece ante la idea que alienta y su sacrificio toma carácter impersonal". Es el elogio de un chileno que llamó al Anciano del Morro como dueño de "la

característica de los hombres superiores. No salen de su boca, ni de su pluma palabras destempladas, ni baladronadas pueriles". El poeta Máximo Morante Hurtado, describirá los instantes supremos:

Vedle de pie sobre la excelsa cumbre.
De su gloria la lumbré
Irradia en infinitas claridades.
En titánica lucha cayó herido
Para encumbrarse, erguido,
Legando su memoria a las edades.

Mientras el enemigo avanzaba, atacando vigorosamente, se replegaron los peruanos sobre los parapetos del Morro, según dice el Coronel La Torre: "Palmo a palmo, y con empeñoso afán, fueron defendidas nuestras posiciones hasta el Morro, donde nos encerró y redujo a unos cuantos el dominante y nutrido fuego del enemigo de más de una hora". Las tropas que se reunieron en la **planicie** vinieron a ser, como lo indica Dellepiane: "De este modo, a las 8 y 30 de la mañana se hallaba en el Morro medio batallón **Iquique**, que había sufrido bastantes bajas al escalar la altura por los disparos partidos de **Cerro Gordo** situado a 200 metros de distancia, siendo herido su jefe; el otro medio batallón a órdenes del 2º jefe Mayor Salazar, que murió en este momento y del 3er. jefe, había quedado a media pendiente, fijado por los fuegos de **Cerro Gordo**. Los restos del **Tarapacá**, a órdenes del Mayor Salamanca, se encontraba también en la planicie del Morro y, en fin, algunos **Artescanos** a órdenes de su segundo jefe Francisco Chocano. A estos pocos infantes había que sumar los artilleros de las Baterías **Baja** y **Alta** que, con los marineros de la **Independencia**, no llegaban a ciento cincuenta". Apreciamos, entonces, y es necesario aclarar, cómo los medios batallones que aún no habían tenido tiempo para llegar, fueron materialmente dispersados bajo el mortífero fuego de **Cerro Gordo**. En este sentido se expresa el Capitán de Corbeta Manuel I. Espinosa señalando que los medios batallones fueron flanqueados y cortados. Lo mismo sostiene el Teniente Coronel Roque Sáenz Peña.

Al concluir el repliegue que hemos anotado, la resistencia peruana, si bien corta, fue tan brillante que no pudieron silenciarla ni aun en la prensa chilena.

El Mercurio del 10 de junio de 1880 expresa: "La toma de Arica es una acción de guerra, asombrosa, intrepidez sin igual, habilidad suma han representado allí el papel que les correspondía, y sin alardear de conocimientos estratégicos ni cosa parecida. Y entiéndase que esa plaza tuvo defensores heroicos que prefirieron morir a rendirse como es costumbre entre sus paisanos. Para Chile, que tiene un Prat, un Serrano, un Thompson, un Ramírez y tantos otros en el Panteón de su historia, no habría sido raro aumentar el catálogo de sus héroes con hombres como Bolognesi y More; pero para el Perú que tiene a Prado, Montero, Buendía, García y García, López Lavalle, etc., etc., la muerte de los defensores de Arica es un timbre de honor, tanto más apreciable cuanto que es único. Sin embargo, es preciso reconocerlo, porque la gloria no tiene patria ni reconoce causa. Y al hacerlo así, creemos interpretar los deseos de los vencedores de Arica, que dirán: Esos muertos fueron dignos de nuestro brazo".

Por su parte **El Independiente** del 9 de junio de 1880 dice: "Las últimas noticias nos dicen que se han encontrado en las filas del ejército aliado en Tacna, y especialmente en Arica, jefes pundonorosos y esforzados que han preferido la muerte a la deshonra, y aun a apreciar los infortunios de su patria; y sin duda que ellos, muriendo al pie de sus banderas, habrían abierto al Perú un camino de salud, si los charlatanes de su prensa no se hubiesen empeñado en hacerlo impracticable".

Y, por fin, lo más duro y de mayor sentido característico, las palabras del corresponsal de **El Mercurio** quien escribe: "El enemigo allí parapetado, compuesto, además de su guarnición normal, de todos los fugitivos que habían logrado asilarse tras sus trincheras, entre ellos Sáenz Peña, hacía sobre el 4º un desesperado fuego gracias a la presencia en ese recinto del Coronel Bolognesi, jefe de la plaza, y del Comandante Moore (**sic**), jefe de la batería del Morro, dos valientes, dos héroes diremos considerando que eran peruanos, aunque el calificativo le conviene mucho mejor a Bolognesi, que no tenía culpa alguna que lavar ni reputación que sal-

var como la tenía el infortunado Moore. Estos dos valientes habían logrado organizar la resistencia, —y una seria resistencia— con aquellas parvadas de temblorosos cholos, que habían llegado allí más muertos que vivos, vacilando quizá entre creer si los chilenos eran dioses o demonios, y dispuestos, ya a adorarlos de rodillas, ya a tirarse boca abajo para no verles la cara".

En cuanto al famoso cuadro de Lepiani, **El último cartucho**, ha sido comentado en su obra por Gerardo Vargas H. de una manera que nos sería imposible no copiarla. Dice así: "Véase en él a los rezagados del 4º de línea descender de **Cerro Gordo** en dirección al Morro y el postrer terrible choque de los contendores, en la planicie de este baluarte, digno escenario de la Epopeya más grande en los fastos americanos.— Lepiani, a efecto de que su cuadro fuera, como es, reproducción exacta de esta sublime acción de guerra, se trasladó de Lima a Arica, para tomar en el terreno mismo donde tuvo lugar el formidable duelo, que dijo el poeta, las apuntaciones que necesitaba para la mejor realización de su obra pictórica. Recordamos que varios jóvenes peruanos en Arica, entre ellos el autor de estas líneas, lo acompañaron en sus diarias excursiones al Morro y **Cerro Gordo**, en cuyos sitios bosquejé su tela. También hizo exhumar cadáveres de soldados peruanos y chilenos, para conocer el uniforme que vestían el día del combate. Por eso, como dejamos dicho, el cuadro **El último cartucho** es reproducción exacta del episodio en que vamos a ocuparnos. Durante su estada en Arica, Lepiani fue objeto de todo género de atenciones de parte de lo más graneado de la sociedad de este puerto y de la de Tacna, especialmente de la juventud cautiva. Coincidió su permanencia en esos territorios, con la conmemoración del aniversario patrio, que por entonces celebraba nuestra colectividad, sin las restricciones sistemáticas e hirientes de años posteriores; nos referimos a la época nefanda de la chilenezación, iniciada por el ex-Intendente de Tacna Manuel Francisco Palacios, de ingrata recordación en las provincias detentadas y proseguida después con más intensidad y violencia, por el no menos nefando Máximo Ramón Lira.— La celebración de nuestra gloriosa efemérides revistió caracteres excepcionales ese año. Tres días duraron los festejos, de los que también solían participar miembros expectantes de la co-

lonia chilena. La Sociedad Peruana de Beneficiencia, que era la que iniciaba y celebraba estas fiestas, organizó conjuntamente con el **Centro Literario Musical Peruano**, una velada literario-musical, en la que tomaron participación las principales señoritas de la sociedad y la mayor parte de los intelectuales ariqueños. Lepiani tuvo ocasión de convencerse del tradicional e inextinguible patriotismo de los cautivos, como asimismo de sus anhelos y esperanzas en orden a su redención. **Juan Pagador** (Rómulo Cúneo-Vidal), elegante **croniqueur** ariqueño, reseñó la fiesta que rememoramos en una de las más sentidas e inspiradas crónicas que han brotado de su pluma de patriota y literato. Si la memoria no nos es infiel, vió la luz pública en **La Patria** de Lima, del talentoso periodista Julio H. Hernández.— **El último cartucho** de Lepiani representa, pues, como su nombre lo indica, ese episodio culminante de la Epopeya de Arica. El artista en posesión de todos sus detalles, lo ha inmortalizado en el lienzo con pasmosa exactitud; otro pintor acaso no habría sabido explotar el tema con más exactitud y acierto. Véanse ahí a los soldados chilenos del **3º y 4º de línea** luchando, cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, con los infantes de Sáenz Peña y Chocano, reforzados por los pocos artilleros del Morro, pugnando por destrozarse la valla invencible que formaron con sus pechos estos nuevos espartanos. Ver nos parece, saltar chispas al choque de los filudos aceros, esgrimidos por los hercúleos brazos de los contendores. Oír nos parece, los gritos, las imprecaciones de las guerreras huestes en su anhelo de vencer en ese duelo de titanes. Y nos parece, también, ver rodar por el suelo cráneos destrozados de peruanos y chilenos, a impulso de feroces culatazos".

Dijimos que la resistencia peruana en esta etapa, fue brillante. Tal oposición al enemigo no se prolongó mucho, perdiendo toda importancia real, porque el entusiasmo valeroso de los líderes como el Coronel Bolognesi y su jefe de Estado Mayor La Torre, el Capitán de Navío More que con el distinguido Capitán de Corbeta Espinosa y Mayor Blondel, quisieron dilatar los fuegos en el recinto, encontraron que los fusiles Chassepot no permitían hacerlo vivo, con el volumen que el momento requería, pues se malograban; a lo cual hubo de sumarse los pocos hombres de que se disponía y que continuamente se producían bajas. Esto lo hace resal-

tar en el parte oficial que elevara el tantas veces citado Capitán de Corbeta Manuel I. Espinosa: "Como la resistencia se hacía imposible porque nuestra tropa, así como la de los demás cuerpos que tenían Chassepot, estaba desarmada, porque los rifles se habían inutilizado a consecuencia de la debilidad del percutor producida por el uso del espiral, y, por otra parte, como la artillería era ineficaz por la corta distancia e inclinación del terreno que ocupaba el enemigo, ordenó el señor Capitán de Navío don Juan G. More que se reventaran los cañones y que la tropa hiciera fuego en retirada, replegándose hacia el recinto de la batería; en consecuencia, se reventó el cañón Voruz que estaba situado en la parte superior del polvorín, no pudiendo hacerse lo mismo con los otros porque sus dotaciones, que cubrían las trincheras, estaban diezmadas, hallándose el condestable y los cabos de cañón heridos unos y muertos otros". Ahora recurramos al relato de J. Pérez: "En esos momentos aparece en lo alto que domina a la cresta la reserva enemiga, lo que hizo comprender al valeroso comandante More que no se podía sostener más el fuego en esa parte y dió la orden de reventar los cañones que mandaba en persona el comandante Espinosa y capitán Nieto. Hecho esto, el coronel Bolognesi hizo retirar la gente al último palmo de terreno que le quedaba: **¡la cortina que limita con el Mar!** Allí fue el patriota Mayor Blondel a rendir su vida, quedando los demás jefes a vanguardia para esperar la muerte que sabían habían de recibir de los bárbaros que no querían prisioneros".

¿Quién dió la consigna? Se dice que Lagos y debía ser él, porque lo repitió más tarde en Chorrillos y Miraflores, haciendo escribir al Coronel Miguel Valle Riestra: "No faltaron entre estos Jefes, es cierto, bárbaros y sanguinarios, como el entonces Coronel Lagos, que mancharon sus presillas con sangre de heridos y prisioneros; pero tales fieras fueron contadas". En el Morro vino a redoblarse la carnicería del **Ciudadela**; las cornetas de Lagos no cesaron de tocar a degüello, mientras los corvos trabajaban. Molinare dice: "Los muertos subieron de mil. En el Morro, para que se den cuenta los que esto leen, del delirio de matanza que dominó al **4º de línea**, sepan que no se hicieron más prisioneros que 8 Jefes, 26 oficiales y 32 individuos de tropa es decir, 68 hom-

bres en todo. Y ahí debieron reunirse, como minimum 600 individuos, porque todos los que habían escapado de los Fuertes del **Este**, del **Cerro Chuño**, **Gordo** y baterías de la Licera, se fueron replegando en el punto nombrado".

Dice Vargas: "Algunos escritores chilenos han atribuído esa matanza a la ira de que estuvieron poseídos los soldados del **4º de línea**, por la muerte de su comandante San Martín, muerte que se propusieron vengar, al decir de aquellos escritores, al grito de: vengamos a nuestro Comandante". Este argumento no se puede creer, puesto que la matanza fue general y de extremo a extremo de la línea de combate, donde no se sabía nada de San Martín; además, los fusilamientos continuaron aun terminada la batalla. Una mayoría de comentaristas chilenos, aseguran que los chilenos no dieron cuartel y llevaron a cabo su típico repase, como respuesta a las minas que explotaron en Arica. Al respecto se pronuncia Vargas Hurtado: "Los historiadores chilenos han apelado inútilmente a los recursos de la dialéctica para limpiar el borrón indeleble con que se manchó el ejército de su patria, al convertirse en victimador de heridos y prisioneros, respetados en todos los tiempos por las huestes vencedoras de naciones civilizadas, como Chile se preciaba de serlo. Para cohonestar este crimen, atribuyeron la masacre a que insistentemente instaban los agudos gritos de sus cornetas, al hecho calumnioso de haber explotado los polvorazos de Elmore... No puede llamarse mina a la explosión de la santabárbara del **Ciudadela**, volada por el joven ariqueño Alfredo Maldonado. A fin de que no cayeran en poder del enemigo, se reventó la mayor parte de cañones y polvorines de los Fuertes del Norte. Cosa igual se hizo con algunos cañones del Morro, comenzando por el que dominaba la ciudad. Pero esta destrucción no fue obra de las minas, sino de la doble carga con que fueron cargados en esos angustiosos instantes. Tal vez por falta de tiempo quedó sin reventar, cargado con dos bombas, el único cañón Vavasseur de a 300, que existía en aquella fortificación. Repetimos: ni La Torre en su parte oficial del combate, ni el Subprefecto Sosa en su carta al Dictador Piérola, ni escritor ninguno de la época a que nos estamos refiriendo, hablan de minas estalladas, sino de cañones y santabárbaras". Vargas desmiente una afirmación de Elmore que dirigió a

La Prensa de Lima, el 7 de junio de 1918, en la que asegura "que estallaron **todas** las minas del Morro, que fue la parte por la que atacaron los chilenos; y también estallaron las de los Fuertes, para destruirlos, después de ocupados por el enemigo". Vargas expone enfáticamente: "Ni en el Morro estallaron minas, ni los chilenos atacaron por ese sector, sino por el **Este**".

Dice el Coronel La Torre en su parte oficial, que según él mismo asegura como "redacción fiel y a grandes rasgos de los hechos ocurridos", lo siguiente: "Eran las 8.59 a.m. cuando todo estaba perdido; muertos casi todos los jefes, prisioneros los únicos que quedaban y arriada por la mano del vencedor nuestra bandera. En tan supremos momentos, volaron casi todos los polvorines y pudo inutilizarse algunos cañones del Morro, mientras que las baterías del norte, atacadas ya por el regimiento **Lautaro** y algunos escuadrones a quienes habían tenido alejados, volaron también sus polvorines e inutilizaron todos sus cañones". Pensamos que la recapitulación no puede ser más apretada; lo mismo sucede con el parte del Comandante Roque Sáenz Peña. En cambio, el Capitán de Corbeta Manuel I. Espinosa, segundo comandante de las Baterías del Morro, es más abundante en detalles y sus frases van a continuación: "Mientras tanto, la tropa que tenía su rifle en estado de servicio seguía haciendo fuego en retirada hasta que los enemigos invadieron el recinto, haciendo descargas sobre los pocos que quedaban allí; en esta situación llegaron a la Batería el señor Coronel don Francisco Bolognesi, Jefe de la Plaza, Coronel don Alfonso Ugarte, V. S. (La Torre), el Teniente Coronel don Roque Sáenz Peña, que venía herido, Sargento Mayor don Armando Blondel y otros que no recuerdo; y como era ya inútil toda resistencia, ordenó el señor Comandante General que se suspendiesen los fuegos, lo que no pudiendo conseguirse de viva voz, fue el señor Coronel Ugarte personalmente a ordenarlo a los que disparaban sus armas al otro lado del cuartel, en donde dicho jefe fue muerto. Al mismo tiempo, el que suscribe, por orden del señor Capitán de Navío, comandante de esta batería, ordenó al Capitán don Daniel Nieto que se reventaran todos los cañones de la Batería, y como no se encontraba a los cabos de cañón, dicho capitán logró atorar al Vavasseur por no podersele reventar a conse-

cuencia de habersele introducido la bomba explosiva sin mecha, y cargó convenientemente uno de los Parrot, y como estábamos dominados por el enemigo, no pudo continuar esta faena y se replegó hacia el asta de bandera con la poca gente que tenía y el Sargento Mayor Blondel, en donde murió este jefe.— A la vez que tenían lugar estos acontecimientos, las tropas enemigas disparaban sus armas sobre nosotros, y encontrándonos reunidos los Señores Coronel Bolognesi, Capitán de Navío More, Teniente Coronel Sáenz Peña, V.S. (La Torre), el que suscribe y algunos Oficiales de esta Batería, vinieron aquéllos sobre nosotros, y, a pesar de haberse suspendido los fuegos por nuestra parte, nos hicieron descargas, de las que resultaron muertos el señor Comandante General, Coronel don Francisco Bolognesi, y Comandante de esta Batería, señor Capitán de Navío don Juan G. More, habiendo salvado los demás por la presencia de oficiales que nos hicieron prisioneros. En esta situación se oyó una explosión producida por el cañón Parrot que reventaba en ese momento, cuando ya los enemigos habían arriado nuestro pabellón e izado en su lugar una bandera, la chilena; esta operación se practicó mucho después de ser el enemigo dueño de la batería, pues, por algún tiempo permaneció nuestra enseña nacional flameando en su asta a la vez que la banderola chilena se hallaba colocada sobre el parapeto de la batería". Por su parte, J. Pérez explica así los acontecimientos: "Tan luego que el enemigo avanzó, la resuelta voz del Comandante More hizo oír la orden de ¡FUEGO A LA SANTA BARBARA! Corre el operador a obedecerla, es éste secundado por el Capitán Nieto, pero sea que el fulminante falló, sea que la precipitación del momento dejó algún requisito sin llenar en el delicado manejo de la electricidad o, en fin, sea que el círculo se cerró en el cuerpo de los operadores, pues estos dicen haber sentido la conmoción eléctrica al juntar los alambres, lo cierto es que el depósito de pólvora permanecía mudo. Violento con esto el Capitán de Navío More, pide una mecha para correr a darle fuego personalmente; pero... ¡ya el enemigo estaba encima! Lo acompañaba el Capitán King, cuya serenidad en los combates se hizo proverbial, y a quien se debe en gran parte la dotación del Morro, traída en persona por él del Callao y de cuya moralidad, resignación y pericia es preciso hacer una men-

ción especial. El buen Capitán King, recibió en esos momentos una bala en una pierna que le dejó tendido cerca de un rancho, en donde lo victimaron, como de costumbre, los enemigos, cuando notaron que vivía aún".

Respecto a Nieto, dice Gerardo Vargas: "Era el jefe del cañón en la planicie del Morro, que dominaba la ciudad y el sector Este, el Capitán don Daniel Nieto, fallecido en España el año 1912, luciendo los galones de Coronel efectivo; premio merecido a sus importantes servicios en la guerra con Chile. Descolló en Arica como uno de nuestros más hábiles artilleros, cayendo prisionero después de haber reventado el cañón Parrot de su batería. De regreso de su prisión de San Bernardo (Chile), no pudo conformarse con la vida inactiva que hacía en un medio hostil para él, pues los chilenos aún se enseñoreaban en la capital de la República; y así no tardó en incorporarse en el ejército de la Breña, mereciendo del General Cáceres, desde el primer momento, las más altas distinciones".

La magnífica obra **Historia Militar del Perú** del General Carlos Dellepiane, tan amplia, bien escrita y llena de sugerencias castrenses basadas en una brillante crítica profesional, refiriéndose a la fase final del combate del Morro, sólo cita a More para decirnos que fue asesinado y nada más. En efecto expresa que "murió Bolognesi que derribado por una descarga, se incorporaba para hacer fuego con su revólver cuando un chileno le destrozó el cráneo de un culatazo. Murieron también More y el Coronel Bustamante, Jefe de Estado Mayor de la Octava División, así como el Mayor Blondel 3er. jefe del **Artisanos**". A continuación dedica varias líneas sólo a narrar la hazaña de Alfonso Ugarte y, por fin, termina esa parte con una referencia a Espinosa y le adjudica a Bolognesi lo que corresponde a More: "El 2º jefe de las baterías del Morro, Capitán de Corbeta **Espinoza (sic)**, logró hacer reventar dos cañones de las baterías. Los demás cañones no pudieron ser inutilizados porque no existían ya los **soldados (sic)** que debieron realizar esa tarea. Las minas, cuya fuente eléctrica se hallaba en el recinto del fuerte del Morro, rotos sus alambres conductores, no dieron fuego a pesar de que Bolognesi **dedicó su atención a lograrlo**". Es inexplicable el silencio que observa Dellepiane respec-

to a la actuación del Capitán de Navío More; por lo pronto cita su apellido de soslayo, en una lista donde a los otros dos militares les da su clase militar y empleo, lo cual no lleva a cabo con el marino. Agréguese que muestra al Comandante Espinosa como si hubiera procedido en forma independiente, establece que los cañones en la cumbre eran servidos por soldados, cuando sus dotaciones las formaban marineros y, en fin, aquel vacío alrededor de More, tan digno en su desgracia y tan grande en su sacrificio, es inmerecido. Tampoco sabemos a qué ha obedecido la ignorancia total en cuanto al Capitán Adolfo King. Tomemos nota de lo que escribe Vargas respecto a More: "La brillante actuación de este infortunado marino en Arica, lo exime de su desgracia de Punta Gruesa. Lo hemos visto en los bombardeos y combates navales que se realizaron en ese puerto, ocupar los puestos de mayor peligro; lo hemos visto presentarse a bordo del monitor **Manco Cápac** y solicitar un puesto, también el de mayor peligro, el día en que la corbeta **Unión** rompió el bloqueo de aquella Plaza; se cuenta de él, finalmente, que al ver a los chilenos avanzar sobre los parapetos de **Cerro Gordo**, antemural del Morro, despachó a los Capitanes Adolfo King y Cleto Martínez (chalaco) a defender dicha posición. Desafiaba, pues la muerte en todas partes, considerando que sólo ella le brindaría el reposo que necesitaba su abatido espíritu de marino digno y pundonoroso".

En la exposición de todos los testigos, en los partes chilenos, en la relación de los periodistas, en fin, cuanto pretende ser reflejo de la verdad o meramente de una objetividad narrativa, después de mencionar a Bolognesi se cita a More. Esto nos lleva a una publicación que hiciera el diario **La Patria** de Lima en 1880. Se trata de una carta escrita por el Capitán chileno Ricardo Silva Arriagada con fecha 18 de julio de 1880 a Sáenz Peña, La Torre y Chacano: "Con el fin de aclarar ciertos errores que aparecen en las relaciones de los corresponsales, y como muchos de ellos tendrán que figurar, quiero que sean los más exactos; en esta virtud, espero que ustedes se sirvan contestarme al pie de la presente, si es efectivo que el 7 del próximo pasado en la batalla de Arica, fui yo el primer oficial chileno que llegó a la parte norte del Morro, junto a donde estaba la bandera, y si es efectivo que ahí me cu-

po el honor de salvarlos de nuestros soldados, lo que supongo ustedes no lo habrán olvidado, tanto más cuanto que así me lo prometieron ustedes. Por mi parte, conservo con verdadera satisfacción el revólver que me entregó el señor comandante La Torre, y a más el recuerdo de haber podido hacer algo por ustedes en ese momento". La contestación fue afirmativa y firmada por los tres jefes a quienes se dirigía el Capitán Silva Arriagada: "Es Ud. el primer oficial del ejército chileno que llegó a la parte norte del Morro al pie del asta, en que estaba izada nuestra bandera, y donde nos encontrábamos los dos primeros de los suscritos (La Torre y Sáenz Peña); y nos complacemos en declarar, que ahí y en aquel momento, fue su empeño principal realizado con inquebrantable energía, salvar de la matanza que se hacía, a los suscritos y a los pocos oficiales que habían quedado con vida". Esto lo comenta **La Patria**, elogiando el noble comportamiento del Capitán Silva Arriagada, para luego ocuparse de la parte sombría e infame. Establece que de las diversas comunicaciones recibidas de Chile, extractando los pormenores, se ha podido reconstruir el drama de Arica. En la parte que nos interesa, dice: "Cuando los chilenos treparon al Morro, los Comandantes La Torre y Sáenz Peña se encontraban junto a More y Bolognesi que se apoyó junto a la pared de tablas del comedor de oficiales (perteneciente a la Marina), ahí un soldado le descargó un culatazo despedazando el cráneo de aquel patriota y heroico jefe".

Al ser interrogado el oficial chileno Luis Solo de Zaldívar, responde con una carta desde el campamento de Calama, el 6 de julio de 1880 con los siguientes términos: "Es inexacto que yo haya muerto a Moore. Este jefe, como Bolognesi, murieron en el Morro, de disparos de rifle ejecutados por nuestros soldados. Cuando yo entré en esa fortificación eran ya cadáveres, y todos, oficiales y tropa de este regimiento que ahí se batieron, están conformes en creer que ambos jefes cumplieron ese día con su deber. Una vez rendido el Morro hice yo apartar sus cadáveres para que se les diera una sepultura decente". No olvidemos que el tantas veces citado corresponsal de **El Mercurio**, afirma que los chilenos eran "como una avalancha humana", cuando hicieron su irrupción en el Morro, "yendo a la cabeza el mayor Solo de Zaldívar"; pero este Ma-

yor, veinte y nueve días después de los sucesos en que tomara parte, declara que no iba a la cabeza de los soldados. Según el Capitán chileno Ricardo Silva Arriagada, a Bolognesi y More, los mataron los soldados enemigos entre las casas de la Marina en lo alto del Morro; de paso citaremos que afirma: "Al Coronel Ugarte lo mataron en una cocina que hay al último para el lado del norte". Según el corresponsal de **El Nacional** de Lima, Gustavo Rodríguez: "El éxito no era dudoso; dueños de las primeras trincheras ¡ríndasel gritaban, y Bolognesi, el heroico viejecito, aún tenía la suficiente voz para dejar oír su contestación sublime de ¡NO. . . SOBRE MI CADAVER! Una bala le destrozó el cráneo. Los chilenos entraron. More aún vivía y combatía. ¡Basta, muchachos! exclamó, queriendo salvar la vida a los valientes que combatían a su lado. No pudo concluir la frase. Armando Blondel, después de haber arrancado la bandera chilena que ya había sido puesta en el Morro, se precipita hacia el mar, según una de las versiones, siguiendo el ejemplo del valiente, del denodado Ugarte". Según la biografía del Coronel don Francisco Bolognesi por J.V. Ochoa: "Así sucumbieron gloriosamente: Bolognesi, que juró momentos antes de su muerte que sólo sobre su cadáver pondrían el pabellón chileno; Zavala, que recibió dos balazos, uno en el cráneo; Ugarte, acribillado de ocho proyectiles y precipitado del Morro, según versiones, por un rasgo de su arrojo desesperado; More, el que perdió la **Independencia** en Iquique, de quien dicen algunos, que se batía contra una fuerza de infantería hasta que cayó sin vida por una descarga, y otros, que al ser tomado se suicidó con su revólver, y por último Blondel, Ordener, Vargas, Inclán, Videla y mil mártires más de ese grandioso sacrificio".

Apreciamos la serie de versiones que hay, pero como sea la cosa, los dos hombres estarán juntos para siempre. Así vinieron al Callao en las bodegas del **Limeña** el 5 de julio de 1880; así se desembarcaron al día siguiente, a paso funerario, hasta llegar a la capilla ardiente formada delante del altar mayor de la Iglesia Matriz y así se llevaron a Lima, cuando la multitud llenó el Cementerio general, como en un día de Todos los Santos.

En cuanto a Alfonso Ugarte, **La Patria** de Lima decía el 21 de junio de 1880 lo siguiente: "El último acto de la corta pero in-

teresaante carrera de Alfonso Ugarte, revela de cuánto era capaz esa alma verdaderamente grande. Acosado por innumerables enemigos, vencido ya en la cumbre del Morro histórico, presenciando la mutilación de los caídos, la profanación de esas reliquias sagradas del heroísmo, quiso sustraerse a las manos enemigas, y clavando las espuelas en los ijares de su caballo, se lanzó al espacio, desde aquella inmensa altura, para caer despedazado sobre las rocas de la orilla del mar".

Según Vargas, la muerte del Héroe de Arica se realizó así: "En momentos que el enemigo descendía de **Cerro Gordo** en dirección al Morro, Bolognesi se hallaba en medio de la meseta de éste, dirigiendo la acción, acompañado de La Torre, Ugarte, More, Sáenz Peña y sus Ayudantes de campo. Su valor y arrojo infunden bríos a los pocos soldados que le quedaban; los cuales redoblan sus descargas sobre el chileno, que avanza en medio de granizadas de plomo. Fue en este instante cuando el defensor de la Plaza, revólver en mano, cae dominado por traidora bala. ¡La enhiesta encina se desplomaba a impulsos del huracán!... Cuando los asaltantes llegaron al sitio donde yacía el Héroe, estaba aún con vida, anegado en sangre; pero sin reparar en su alta investidura ni en su condición de herido, le destrozaron el cráneo a culatazos". Markham, en su **Historia del Perú**, pág. 268, dice que fue atravesado por una bala de rifle y después le destrozaron el cráneo". Es lógico que el tantas veces citado historiador Gerardo Vargas, dedique todo un capítulo, el XVII con el título de **Se pretende amenguar la Gloria del Héroe**, con el fin de contrarrestar los juicios parciales de los chilenos y rechazar indignado cuanto sus plumas, impulsadas por la envidia a la gloria de Bolognesi, han producido; sobre todo, las declaraciones hechas a Molinare, 31 años después de los hechos, por los oficiales chilenos Silva Arriagada y Carlos Aldunate Bascuñán, las que carecen en absoluto de verdad, respecto a Bolognesi. Dice Vargas: "Pues bien, ni el historiador citado (Vicuña Mackenna) ni Barros Arana, ni Bulnes, ni ninguno de los muchos que han escrito sobre la Guerra del Pacífico, registran las inexactas afirmaciones de esos oficiales chilenos referentes a las últimas palabras que atribuyen al Gran Capitán de Arica. BOLOGNESI ES HEROE CONSAGRADO E INDISCUTIDO; su fama y renom-

bre de guerrero llenan el mundo. Está, por lo mismo, a cubierto de recriminaciones difundidas por aquellos a quienes deslumbra el fulgor de su gloria. Cuando durante la última guerra entre Rusia y Japón los ejércitos de este país tomaron Puerto Arthur, después de prolongado sitio, el ex-Zar Nicolás se lamentó de que no hubiera estado encomendada la defensa de la Plaza a un Bolognesi, en vez de Stoessel, que capituló cobardemente".

Respecto a la muerte de More, nada nuevo nos dice Vargas. En lo relacionado con el mayor Blondel, cuenta lo siguiente: "El Sargento Mayor de **Artesanos de Tacna**, don Armando Blondel, perteneciente a aristocrática familia tacneña, que había peleado valerosamente en las distintas etapas del combate, desde la batería del **Este**, sostenía titánica lucha con un arrojado soldado chileno, que pugnaba por arriar nuestra bandera, para sustituirla por la de su patria. De súbito, en momentos en que Blondel dominaba a su contendor, certera bala, siega en flor su existencia...". Mas tratándose del Coronel Alfonso Ugarte, el escritor que estamos copiando, dilata su exposición y es bastante rico en detalles. Primero que todo se subleva por lo narrado, en un empeño malévolo y pueril de opacar con insidiosas imputaciones el renombre de nuestros héroes, especialmente en los escritos de Molinare; éste, precisamente, niega la acción de Ugarte y dice: "Porque así como don Justo Arias cayó batiéndose como un león, es mentira la grandiosa muerte de Bolognesi y pura invención el que se arrojase al mar con caballo y todo Alfonso Ugarte, como lo probaremos en su debido tiempo. Los peruanos, para ser históricamente justos, deben bajar a Bolognesi de su monumento y colocar en ese lugar al valiente Arias". Por su parte el capitán chileno Silva Arriagada, afirma que el cadáver de Alfonso Ugarte se encontró en una casucha; ubicada en el Morro, cerca del mástil al lado del mar, mirando hacia el pueblo. Ya podemos imaginar la justa indignación de Gerardo Vargas y las valientes frases que emplea, llenas de patriotismo, a fin de rebatir tales afirmaciones, que titula de "una novela grosera alrededor de la muerte gloriosa del Coronel Alfonso Ugarte". Más aún, cuando hasta 1911, año de la publicación del libro de Molinare, nadie había escrito en Chile de ese modo. Vargas demuestra a continuación de la crítica anterior que Ugarte se precipitó al

abismo, antes de caer prisionero del enemigo y se expresa del modo siguiente: "No había transcurrido quince días de la ocupación de Arica por las armas de Chile, y ya el autor de estas líneas, acompañado de sus padres, regresaba a este puerto, procedente de Tacna, a donde nos habíamos dirigido huyendo de los diarios bombardeos de la Escuadra chilena. Desde el primer instante de nuestra llegada oímos narrar la muerte del valeroso tarapaqueño en la misma forma que lo han hecho los historiadores imparciales. Recordamos con este motivo, como deben recordarlo, también, los ariqueños que sobreviven de esa época, haber visto la osamenta de un caballo desbarrancado, durante muchos días, detenido en los peñascos fronterizos al actual parque, sobre el camino conocido con el nombre de **La Cinta**. Se decía, también, que ese caballo era el en que el Coronel Ugarte se había precipitado desde la cumbre del Morro y que los restos de este jefe habían sido incinerados al pie de dicha montaña, por el coronel chileno Valdivieso, jefe de la Plaza, junto con numerosos cadáveres de combatientes caídos en la feral batalla".

En lo relativo a los sobrevivientes, Vargas nos da detalles en cuanto los historiadores chilenos afirman que el alto comando chileno tenía encargo de salvar la vida de Sáenz Peña y cómo La Torre libró la suya providencialmente. He aquí sus palabras: "Afirmar algunos historiadores que si Sáenz Peña y La Torre no corrieron la misma suerte de Bolognesi, fue debido a que el alto comando del ejército sitiador había encargado salvarles la vida a todo trance: al primero, por gestiones argentinas cerca del Gobierno de la Moneda; y al segundo, porque en el bando contrario se creyó que era un hermano del mismo apellido, que el comandante del **Cochrane** tenía en nuestro Ejército, con el grado de Coronel; en lo que hubo error; pues se trataba de **otro** La Torre, del abogado don Manuel C. de La Torre, natural de Moquegua, a quien Bolognesi, convencido de su patriotismo y aptitudes, nombró Jefe de Estado Mayor de la guarnición de su mando; aunque parece que este nombramiento emanó del Dictador Piérola, de quien era antiguo correligionario político. En el primer momento el defensor de Arica recibió con desagrado esta designación por cuanto el nombrado carecía de conocimientos militares; pero luego hubo de rec-

tificar el desfavorable concepto en que tenía al que más tarde fue su más activo y entusiasta colaborador en la defensa de la Plaza...". Recuérdese que La Torre estuvo nombrado a Arica antes que Bolognesi.

Con el objeto de terminar con el drama en tierra, sólo nos faltaría ocuparnos de la caída de los Fuertes del Norte y del repase después de la toma de Arica.

Ya sabemos que, según el plan de alto comando chileno, el **Lautaro**: "atacaría por el norte a los fuertes de San José y Santa Rosa, llevando a su cabeza al señor Coronel don Orozimbo Barbosa. Por el mismo punto avanzaría la caballería al mando de sus Comandantes Bulnes y Vargas". (Parte de Baquedano). En cuanto al parte oficial del Coronel Pedro Lagos, expresa: "A esta misma hora (6 a.m.) y cuando nuestras tropas debían coronar las alturas, el regimiento **Lautaro** tenía orden de atacar el fuerte San José, situado en la costa al norte de la población". Esto viene a estar escrito casi a la mitad del documento. A continuación narra todos los sucesos, el armamento tomado, la recuperación del estandarte del regimiento 2º de línea, la conducta observada por los subalternos en la batalla, los partes respectivos y las relaciones de la fuerza que se empeñó en el combate; pero **no hay una palabra respecto al Lautaro ni a su comandante**. ¿Qué ha sucedido? Según el Coronel Barbosa, las tropas a sus órdenes salieron de sus emplazamientos a las 3 de la mañana del 7 y a las 6 a.m. "estando la tropa del **Lautaro** convenientemente situada y a tiro de fusil del enemigo, se procedió a atacar los tres fuertes del bajo, o sea del norte, y las obras avanzadas de fortificación de campaña del enemigo, habiendo ya principiado el ataque de los fuertes de las alturas, o sea del sur, por los regimientos 3º y 4º de línea". Por su parte el corresponsal de **El Mercurio** que asistió al combate, narra: "Eran las 6 y 30 p.m. y ya todo el regimiento **Lautaro** se encontraba en su puesto. Ambos batallones, acurrucados junto a las altas murallas de los fuertes San José y Santa Rosa, y habiendo ya reconocido sus fosos, sus escarpas y sus aproches, esperaban solo que se sintieran fuegos de fusilería en el Morro para asaltar, como brotados de la tierra, los dos fuertes que se les había designado. La marcha se había verificado con tal maña que los

susplicaces peruanos ignoraban por completo que estuviese allí un regimiento entero de chilenos". ¿Qué murallas eran ésas? ¿La plaza fortificada de Lieja en 1914? ¿Por que razón no cumplía el **Lautaro** las órdenes recibidas? El General Dellepiane explica bien el problema, examinando la conducta de Barbosa. Dice así: "Ya hemos visto actuar a este Coronel en el Alto de la Alianza, donde condujo su ataque, que tenía casualmente el mismo rol de fijación del adversario, con calculada flojedad esperando que se aclarara la situación y se pronunciara la derrota para entrar en acción. Frente a Arica empleó parecido procedimiento. La distancia que debía recorrer era de 10 kilómetros, de Chacalluta a los fuertes del norte y, según los partes chilenos, (en los que también se funda Ekdahl), emprendió su movimiento a las 4 de la mañana, empleando por consiguiente alrededor de cuatro horas para cubrir esta distancia. Se sabe, que excepto algunos disparos de las baterías y uno que otro del **Manco Cápac**, este regimiento no sufrió otra causa de retardo en su marcha.— Partiendo a las 4 de la mañana y disponiendo del camino del terraplén del ferrocarril y de los caminos que unen Arica con Chacalluta por la pampa, no puede atribuirse ni a la naturaleza del suelo ni a falta de orientación, la lentitud de su marcha. Si hubiera tomado el debido empeño, pudo estar a las primeras luces del día a 2 ó 3 kilómetros de las baterías, cumpliendo entonces su rol de fijación de los batallones **Iquique** y **Tarapacá** que defendían ese sector. Bolognesi no hubiera llamado a dichos batallones en ese caso, o bien, éstos no hubieran podido **desengancharse** sino con grandes pérdidas; de esta manera, el asalto al Morro hubiera sido menos duro, tomando cada elemento chileno la parte que le correspondía en la lucha".

Recordaremos cómo el movimiento del enemigo contra Arica fue descubierto bastante tarde por la guarnición, digamos en los momentos que el progreso de dicho avance ya estaba a tiro corto de rifle de los fuertes, pero, felizmente para nuestro honor, al fin y al cabo se denunció esa acción cuando aclaraba el día y pudo verse a los chilenos en guerrilla abierta con las miras de conquistar los fuertes del sur. Estos hicieron fuego y desde los primeros disparos tuvieron que ponerse en alerta las baterías del norte, esto es la de **San José**, **Dos de Mayo** y **Santa Rosa**, todas las cua-

les se encontraban sin protección por su retaguardia, motivo a que sus dotaciones estuvieran muy preocupadas en no dejarse sorprender. No transcurriría mucho para que apreciaran los hombres de las baterías del norte, a la distancia, la presencia de los elementos avanzados del regimiento **Lautaro** que en guerrilla abierta avanzaba hacia ellos, progresando con un batallón siguiendo por la playa y el otro hacia adentro de la línea férrea, escoltados por un escuadrón de **Cazadores** y por el 2º de **Carabineros**. Esta acción sucedía en los instantes que era más porfiada la lucha en los fuertes del este. Informaba el comandante accidental del regimiento **Lautaro**, Teniente Coronel Eulogio Robles, que su acometida fue tan llena de precauciones con el fin de ir barriendo "la fuerza de infantería, que se sabía pernoctaba a orillas del río Azapa". Sin embargo, tales tropas eran fantasmas, que sólo existieron en la imaginación del militar chileno, pues fueron tan supuestas y falsas que ni dispararon un tiro ni dieron con oportunidad la alerta a los fuertes del norte. Y continúa Robles: "A las 6 y 30 a.m. fui avistado por los fuertes y por el monitor **Manco Cápac**, que principiaron a disparar sobre mi tropa, la que estaba advertida que al ver salir humo de los cañones se tendiesen en el suelo y avanzaron con rapidez en esta posición a fin de no ser dañados por los proyectiles enemigos, como efectivamente sucedió. El **Manco** nos hizo cuatro disparos con su más gruesa artillería, como lo hubiera ejecutado para echar a pique a un formidable blindado; pero no rompió una astilla siquiera del blindaje del **Lautaro**. Los fuertes nos lanzaron sus proyectiles Vavasseur de a 300 y los Parrot de a 150, hicieron estallar sus minas de dinamita, y a proporción que nos acercábamos y batíamos la infantería hicieron volar los polvorines **2 de Mayo** y **Santa Rosa**. Después de lo cual tomamos posesión de los fuertes".

Ahora nos damos cuenta de por qué avanzaron tan lentamente las tropas del **Lautaro**, puesto que lo hicieron arrastrándose por el suelo; además, ninguno de los fuertes del norte contaba con cañones de 300 libras; asimismo, el ataque chileno se hacía contra unos 80 hombres que era el total de la dotación de las bocas de fuego de los fuertes, debido a que prácticamente en el momento del asalto no existieron sino artilleros y ninguna infantería.

Veamos ahora al ingenioso corresponsal de **El Mercurio**: "Apenas sintió el **Lautaro** que en el Morro resonaban tiros de fusilería, abandonó su prolongado **escondite** y se presentó a la vista de los defensores de los fuertes del norte. Estos ni siquiera intentaron resistirle. Asombrados con la presencia de aquellos hombres, que parecían brotados de la tierra o llovidos del cielo para castigarlos, huyeron despavoridos en dirección a la ciudad. Pero el **Manco Cápac**, que al ver la fiesta mala en el Morro había abandonado su fondeadero bajo aquella ala protectora para correr de aquí allá sin rumbo fijo, alcanzó a divisar a los soldados del **Lautaro** que marchaban a tomar posesión de los abandonados fuertes, y, ya sea una señal convenida, ya que quisiera acometer alguna empresa heroica antes de consumar la cobardía de suicidarse, lanzó un disparo de a 500 en dirección al **Lautaro**. La granada estalló sin causar daño alguno, aunque bastante cerca de las tropas, y, pocos segundos después se oía una nueva y más terrible detonación: los cañones y una parte de la muralla del fuerte **San José** acababan de volar con una mina de dinamita. Tras nuevos movimientos y nuevos caracoleos de perro loco, lanzó otro disparo hacia tierra y apenas se hubo oído el estampido del proyectil, resonó una nueva explosión en el fuerte **Santa Rosa**".

Los sucesos tuvieron lugar del modo que trataremos de narrar en las líneas que siguen, en la mejor forma posible. Los fuertes del norte, o sea las tres baterías: la primera **San José** con dos cañones Parrot de 150 libras, mandada por el Mayor Martínez, la segunda **Santa Rosa** con un cañón Vavasseur de 250 libras, mandada por el Mayor Soto, y la tercera **Dos de Mayo** con un cañón Vavasseur de 250 libras, mandada por el Mayor García Goitisoló; tales fuertes se encontraban bajo el comando superior del Teniente Coronel Juan E. Ayllón. De estos cañones, tres tiraban a retaguardia sin campo de tiro por su baja posición. Por orden del Comandante Ayllón, rompieron las piezas el fuego, secundadas poco después por algunos disparos del monitor **Manco Cápac**, el cual trató de proteger a los fuertes accionando su artillería contra los soldados enemigos que a duras penas se veían deslizarse por la pampa. Al respecto expone Dellepiane: "El defecto de las punterías, la naturaleza del terreno ligeramente ondulado que ofrecía nume-

rosas cubiertas y la formación adoptada por los chilenos del **Lautaro**, permitió a éstos, sin embargo, continuar el avance hacia los fuertes del norte". Después del corto cañoneo de las baterías le pareció con toda lógica al Comandante Ayllón que era inútil continuarlo, por ser infructuoso, puesto que los cañones no tenían campo de mira a retaguardia, sumándose a lo anterior que sus fuegos eran sumamente lentos. En tales condiciones, el enemigo progresando sin sufrir bajas, sorprendería a los sirvientes de las piezas, los matarían sin defensa y capturarían íntegra la artillería y en disposición de usarla de inmediato contra el Perú. Entonces, ¿no quedaba sino proceder a la destrucción de los cañones, conforme a lo que se tenía preparado? La trama se complicaba aún más, al agregarse el hecho que ya conocemos; nos referimos a que: "En el momento en que los asaltantes comenzaban a convertirse en un peligro para las baterías, sus defensores vieron desguarnecido su frente pues los batallones **Iquique** y **Tarapacá**, que eran su inmediato sostén, partían por orden del Jefe de la Plaza al sector del Morro". (Dellepiane).

Ahora bien: ¿en qué le era dable confiar al Comandante Ayllón para resistir con ochenta hombres a la avalancha humana que se le venía encima? Nada podía animarle a continuar resistiendo con sólo artilleros, en nada podía confiar como defensa siquiera pasable y en nada podía confortarse a fin de seguir esperando al enemigo: salvo que pretendiera ofrecer en sacrificio a las dotaciones de las piezas, para que fueran destrozadas sobre sus propios cañones. El espectáculo debía de ser patético, contemplando la alfombra de soldados chilenos extendida por toda la superficie arenosa del norte de Arica, progresando con las máximas precauciones frente a las baterías peruanas ya silenciosas; mientras tanto en el sur y el este todo es ruido, matanza y agitación, con el enemigo combatiendo con la guarnición. ¿Qué pasaría por el cerebro de esos artilleros de las baterías del norte, impotentes, apreciando el avance amenazador del **Lautaro**? En esas circunstancias del acecho trágico, voló el **Ciudadela**, y, un poco más tarde, sacudía el escenario íntegro con un golpe que hirió a todos, la explosión de los cañones del Morro.

Ya el Comandante Ayllón no dudó. El turno debía corresponderle a la batería en mayor peligro, la de **San José**. De modo que con toda precisión y calma se cargaron las piezas con bombas de dinamita guardadas al efecto y se dió fuego, rompiéndose los cañones en pedazos, sin dejar ni el recuerdo de lo que fueron. A continuación se pretende hacer estallar el polvorín, pero no se consigue, calculándose que ello se debía a haber faltado la mecha o cualquiera otra falla eléctrica. Ahora recurramos al testigo señor Pérez, quien escribe: "Mientras esto sucedía, pasaba algo que es preciso no olvidar. Sereno en un parapeto próximo, se encontraba un individuo cuyo modesto aspecto oculta a cualquiera el mérito de su carácter; impasible vió retirarse a la dotación de la batería, impasible sintió explotar los cañones que podían haberlo muerto en el acto, e impasible ocupó su puesto en el observatorio de las minas, por sobre las que había de pasar el **Lautaro**, cuando vió aproximarse a éste: ese individuo es el Teniente Alvarez, cuyo comportamiento merece una recompensa. El Teniente Alvarez había recibido instrucción de no moverse hasta no cumplir con su deber, y no le importaba quedar abandonado para ser pasado por las armas, si era descubierto. Por fortuna, pudo pasarla bien, sin que el enemigo conociera ser él el explosor de las minas que acababan de espantar al regimiento que impertérrito avanzaba. Este hecho dió lugar a que los Comandantes del cañón **Dos de Mayo** y **Santa Rosa**, pudieran destrozarlo por completo y dieran fuego a sus respectivos polvorines. En ellos, el Mayor Martínez y el Capitán González no olvidaron ningún detalle que pudiera frustrar el plan; de tal modo, que hoy les cabe la alta satisfacción de no haber dejado al enemigo sino un montón de escombros en vez de los fuertes que fueron el cuco de las naves que asomaban al puerto. Y no se crea que era exenta de peligro esta operación, puesto que si bien el Ingeniero lo había preparado todo para hacerla fácil, teniendo que estallar el cañón y el polvorín independientemente, uno de estos podía llevarse de encuentro a los operadores, como casi acontece al Capitán González, librado solo merced a su sangre fría.— Al caer Arica, debemos quedar tranquilos, por lo dicho, en cuanto a la terminación de las baterías del norte, mil veces importantes por su fuerza y posición". Dellepiane no dice una

palabra en cuanto a la acción del Teniente Alvarez; en la parte que corresponde a la evacuación de los fuertes volados, sólo explica que los artilleros tirotearon al **Lautaro** y se retiraron ulteriormente, "rodeados de enemigos por todas partes, hacia la población donde todavía combatieron en unión de los dispersos de los medios batallones del **Iquique** y **Tarapacá** que habían sido diezmados y cortados en la subida del Morro". Una versión, no comprobada, y que repite Vegas García en sus **Crónicas de la Marina Peruana**, establece que la batería de **San José** saltó en pedazos, porque prendió fuego al polvorín un marinero de la **Independencia** de apellido Antezana.

Si se ofrece las 9 de la mañana como el final del combate de Arica, en cambio, esa hora no señala el cese de los fuegos y la terminación de la matanza: y, no lo señala, porque la desdichada ciudad, que tanto sufrió con los terremotos durante su existencia, experimentó uno más de terror: el del **repase**.

Un testigo presencial dice: "Fue nuestra intención pretender dar una idea de lo que fue el pueblo después del combate, pero la pluma se resiste a fijar en el papel lo que es indescriptible! ¿Cómo dar un bosquejo de ese hacinamiento de cadáveres que no cabían en las baterías? ¿Cómo poder manifestar lo horrible de ese campo de batalla, en donde la sangre daba a los caballos en los nudillos y formaba surco al correr en las lomadas de lo más alto a lo más bajo?.. Y si fija uno su mirada en el pueblo en donde no se ve sino escombros, entre los que, en infernal algazara rebusca ávido algo de valor una turba ebria de 6,000 soldados, allí lanzados, que no contentos con arrojar a la calle cuanto encontraron dentro de las casas, sin exceptuar una, de fuego a todo lo que puede arder formando una inmensa hoguera del pueblo... ¡Arica! ¡Arica! cuánto hostilizaste al ejército que te defendía!!!.. Así terminó esa plaza fuerte, después de tres días de ataque, en que el enemigo estuvo espantado por la energía y resolución de los defensores y por la alta idea que se le inculcó de sus obras de defensa". Por su parte expone Dellepiane: "Los soldados peruanos dispersos, que por distintas razones habían salvado hasta entonces de la matanza de heridos y prisioneros, fueron capturados en la población, extrayéndolos de los consulados extranjeros

y del templo donde se habían refugiado, para fusilarlos en masa en la Plaza de Armas a pesar de estar desarmados y acogerse a las leyes de la guerra. El **Lautaro**, que atacó por el norte, fue la primera unidad chilena en orden que ingresó al puerto de Arica y a poco lo hizo el batallón **Bulnes**, afectado como sostén de la artillería del Condorillo, así como el 1er. escuadrón de **Carabineros de Yungay**; estas tropas pusieron orden en las demás fuerzas chilenas que, cuando alcanzaron el puerto descendiendo del Morro después del combate, se dedicaron al pillaje, al incendio y al fusilamiento de prisioneros".

Hogares y edificios saqueados e incendiados. Según Gerardo Vargas, el día 7 de junio Arica ardió por todos lados cual una hoguera y se convirtió en un campo de desolación y muerte; así las dos tercias partes de los barrios altos, o sea el denominado **Pueblo Nuevo**, quedó reducido a cenizas. Los soldados chilenos ingresaron a la ciudad, en desbordados e indisciplinados grupos, destrozando cuanto hallaban a su paso, procediendo a saquear, incendiar y destruir, a la par que asesinaban, "sin piedad, no solo a militares, sino también a los civiles que quedaron en ella, sin respetar sexo, edad ni nacionalidad". En la relación que ofrece Vargas de algunos nombres de propietarios de casas incendiadas en las calles centrales, figura lo siguiente: "**En la calle "Ayacucho"**: la Iglesia Matriz y las fincas vecinas a ella, pertenecientes a don Domingo Bustamante, ex-empleado de la Aduana del puerto, y a don Carlos Mackehenie, casa esta última que servía de cuartel al batallón **Tarapacá**; más abajo, en la misma calle, toda la manzana que colinda por el costado este con la llamada **Casa de Bolognesi**, en la que quedaba el negocio del súbdito italiano don Andrés Alimonda. El fuego se propagó a la manzana del frente, consumiendo la finca de la familia Cornejo, de origen argentino, una de cuyas hijas se casó años después con el ciudadano chileno don Juan Francisco Barahona, ex-alto empleado de las Aduanas de Arica e Iquique;— **En la calle de "San Marcos"**: la suntuosa casa de dos pisos del Sr. Alejandro R. Mac Lean, que formaba esquina con la antigua calle de **Arias**, hoy **Bolognesi**, ocupada meses antes por el Presidente de la República, General Prado; la de la familia española Goyenechea, también de dos pisos, colindan-

te por un costado con aquélla, en cuya planta alta funcionó hasta antes de la guerra, el consulado chileno, a cargo de un señor Villanueva (esta finca pertenece hoy —1918— a don Juan Raiteiri); más arriba, en la misma calle, la tienda del súbdito italiano Nicolás Cafferata (hoy de don Luis Solari); la casa de don Cefirino Núñez; el local que sirvió de cuartel al batallón **Granaderos de Tacna**, actual kindergarten, la casa de la señora Trinidad Meza de Ostolaza, y otras en la misma cuadra y en las siguientes calles; —**En la esquina de Plaza de Armas**, formada por las calles **Bolognesi** y **San Marcos**: la propiedad de don M. Higuera, hoy de don Régulo Valenzuela; —**En la calle "Matriz"**: depósito de maderas y almacén de mercaderías de ultramar de don Federico Dauelsberg, en cuyo sitio se levanta hoy el **Teatro Nacional**; —**En la calle "2 de Mayo"**, esquina con **Bolognesi**: un depósito fiscal de carbón de piedra, cuyo local pertenece a doña Margarita Salas; —**En "Pueblo Nuevo" y en el barrio de "Lumbanga"**: numerosas casas de reciente construcción".

Fusilamientos. Los soldados peruanos sobrevivientes de la refriega, ingresaron a la ciudad buscando refugio por todas partes a fin de no ser asesinados. Un grupo de estos hombres, casi enloquecidos, se metió en la **Iglesia de fierro**, y otro en la residencia de la familia Mac Lean. Estos últimos se defendieron a tiros y para vencerlos prendieron los chilenos fuego al edificio, obligando así a los peruanos que salieran para no ser quemados vivos; pero conforme aparecían, eran muertos por los disparos que les hacían a mansalva, sin que uno librara la vida. En cuanto a los que se ocultaron en la Iglesia, dice Gerardo Vargas: "La misma suerte corrieron los que se refugiaron en el templo, tal vez en la creencia, de que el enemigo lo respetaría y no lo profanaría y que se despertarían en él sentimientos de piedad cristiana; pero presto salieron de su error: la soldadesca, enfurecida, ebria de sangre, abrió a culatazos las puertas de la Casa del Señor, penetrando en atropellada algarabía, sin el menor respeto, cual a una taberna. En medio de gritos y exclamaciones soeces iniciaron la búsqueda de prisioneros, apropiándose al mismo tiempo de todo lo que de valor hallaban en los altares, inclusive las numerosas **mandas** de oro y plata que pendían de las efigies. Fueron 70, otros hacen alcan-

zar el número a 90, los desgraciados peruanos extraídos de allí y fusilados, sin la menor consideración, en las gradas del hermoso templo ariqueño, en las que, hasta hace poco, veíase las manchas de la sangre vertidas por esos mártires del patriotismo, que no habían cometido otro **delito** que defender la integridad de su patria".

Paz Soldán dice: "Raros fueron los prisioneros tomados el 7 en Arica; los que aparecieron como tales, cayeron los días siguientes en los alrededores de la población. El Coronel Lagos se distinguió después del combate por su ferocidad; ordenó y presenció la mayor parte de los asesinatos, logrando así que su nombre merezca eterno recuerdo. Desde ese infausto día el nombre de Pedro Lagos infunde espanto en el Perú. Dejemos que descanse el corazón conmovido y que otros se ocupen en detallar tantos y tan crueles actos de barbarie". Sabemos que los soldados de los batallones **Iquique** y **Tarapacá**, que treparon al Morro sólo en una parte de la falda frente a la calle **Colón**, al terminar el combate, huyeron a la ciudad. Markham al respecto escribe: "Como 150 bajaron del Morro y se refugiaron en la población; pero perseguidos y tomados, fueron sacados a la Plaza y pasados por las armas". Dos individuos que se metieron en un pozo que existía en medio de la plaza, vistos por los chilenos, fueron muertos a pedradas. Según Molinare: "en la Plaza del pueblo fueron fusilados 67 hombres por una mujer que ordenó esa ejecución: la Irene Morales, cantinera que acompañó al Ejército, al **3º de línea**, en el asalto".

Ataque a los Consulados. No hubo respeto alguno a los consulados. El Vicecónsul francés en Tacna informaba a su Gobierno: "Después que Arica fue tomado y toda resistencia había cesado, la tropa chilena, ostensiblemente bajo el comando de sus Oficiales, vino a la casa donde nuestro Vicecónsul tenía su oficina y tomó en masa 59 hombres que estaban allí, los llevó a la plaza pública y allí deliberadamente los fusiló a todos". El agente consular de los EE.UU. informa a Washington: "Debo decir que la conducta de los chilenos tanto en Tacna como en Arica, es la más desgraciada. En Tacna la mayor parte de las casas han sido robadas y muchas de ellas destruidas. Asesinatos se cometen todos los días. En Arica asesinaron a los indefensos y heridos. La ma-

yor parte de la ciudad ha sido quemada y saqueada". A las anteriores palabras de Mr. Nugent, todavía agrega el Ministro de los EE.UU. en Lima: "La soldadesca chilena mató la mayor parte de heridos encontrados en el campo de batalla, y todos los oficiales que se encontraron muertos fueron desnudados, robados y dejados en cueros". Este mismo Ministro, refiere que en el consulado británico se refugiaron unos dispersos los cuales fueron arrastrados hasta la plaza y fusilados, saqueando a continuación dicho consulado.

La Iglesia Matriz. La masa de soldados que ingresó a la ciudad por la calle **Matriz**, "redujeron a pavesas la Iglesia de ese nombre, que formaba esquina con la calle de **Ayacucho**; extrajeron antes, todo lo que de valor encontraron en ella, tal como hicieron en la capilla del Corazón de Jesús, hoy templo parroquial (1918)". Felizmente las notables imágenes coloniales que existían en la Iglesia Matriz fueron salvadas, mientras las campanas quedaron abandonadas entre los escombros.

¿Qué sucedió con los habitantes civiles de Arica? Las familias dejaron Arica poco a poco, unas con bastante oportunidad, partieron para Tacna; otros habitantes, ya más tarde, se asilaron a bordo de los buques de guerra extranjeros y, por fin, un apreciable número se trasladó al valle de Azapa.

Respecto a los que salvaron la vida. De los relatos de Gerardo Vargas H., venimos en conocimiento que algunas autoridades peruanas que se asilaron en el consulado de EE.UU., salvaron la vida por haber intervenido el Comandante Manuel Bulnes, jefe del regimiento **Carabineros de Yungay** y de este modo se libraron de la muerte el Subprefecto Sosa, el Capitán de Puerto Eduardo Raygada y el jefe del parque, Germán Paz. También, algunos sobrevivientes del combate, conocedores de los caminos que rodeaban Arica, pudieron fugar, pero en corto número. Asimismo, unos pocos se ocultaron en la llamada **Cueva del Inca**, al pie del Morro, dirigiéndose más tarde por la orilla de la playa al valle de Chaca.

Exposiciones chilenas. Los propios comentaristas chilenos reconocen el horror de lo sucedido. Así, Bulnes expresa que no tiene explicación "para la historia imparcial el fusilamiento inhumano

de algunos (?) soldados peruanos", y que nunca se ha sabido quién dió semejante orden.

Hubo que refrenar a la soldadesca. La tropa desbandada tuvo que ser sosegada, según Molinare por el **Bulnes** ayudado por el **Buin**: "Los Comandantes don José Antonio Gutiérrez y don Federico Castro con paciencia y energía, dominaron al fin, los temibles desbordes...". Dice Vargas: "Trabajo costó a los jefes del ejército invasor hacer volver a sus cuerpos a los numerosos soldados que se echaron a saco sobre la ciudad, después de la toma del último reducto. El día siguiente del asalto las patrullas enemigas no habían terminado aún de recoger a los soldados, que, en estado de ebriedad, pululaban por todos los ámbitos de la población destruyendo todo lo que hallaban a su paso, dando así pábulo a sus depravados instintos. Se cuenta de varios que, enajenados por el licor, murieron intoxicados... la soldadesca se embriagó a tal extremo ese día, que riñó entre ella, a cuchillo... Tres o cuatro días después, regresaban a Tacna los regimientos que tomaron participación en el asalto; quedando sólo dos mil quinientos hombres, de las tres armas, guarneciendo la Plaza. Lo que no lograron llevar consigo a la mencionada ciudad, como ser muebles, ropas, etc., fruto del saqueo, se lo apropiaron los numerosos **cucalones** (legión de forajidos) que seguía al ejército de operaciones.

Capítulo XII

Hundimiento del Monitor Manco Cápac y varadura de la Alianza

Algunos comentaristas han denominado al **Manco Cápac** "una poderosa máquina de guerra lamentablemente descuidada". Hay mucho de verdad en esas palabras y mucho que comentarlas, a fin de establecer la relatividad de ciertos conceptos y las responsabilidades en cuanto a la superioridad naval. Por lo pronto, si es exacto que una nave y una artillería anticuadas, para la época de que nos estamos ocupando, no eran despreciables con objeto de emplearlas, en el mejor estado de uso posible, en el caso de emergencia en que se vivía en 1880; en cambio tal buque y tal artillería tenían que estar en completa inferioridad con respecto a naves mucho más modernas. Pudo encontrarse el monitor en mejores condiciones que las que mostró en Arica, eso es cierto; pero ya no nos corresponde crítica alguna a estas alturas y solamente mirar las cosas desde el plano real de aquel día 7 de junio.

Principiemos por citar el parte del Capitán de Fragata José Sánchez Lagomarsino, Comandante del monitor **Manco Cápac**, escrito a bordo del **Itata** en Arica el mismo día del combate, que dice así en su primera parte: "Señor Jefe de la Plaza:— Tengo el

honor de poner en conocimiento de V.S. los acontecimientos tenidos lugar a bordo del monitor de mi mando con motivo del ataque a esta Plaza, en la madrugada de hoy, por las fuerzas chilenas. A las 6 a.m. me participó el Oficial de Guardia que por las baterías del este se sentía un tiro de cañón proseguido después por otros y muy luego por fusilería. Acto continuo dispuse el monitor en son de combate y zarpé del fondeadero, pues noté que varios de los buques bloqueadores venían de afuera a la bahía. Ya de día, me apercibí que fuerzas nuestras abandonaban las baterías del norte para reforzar a las que ya, por el cerro Chuño y cerro Gordo, venían del este haciendo fuego en retirada, y que al mismo tiempo un cuerpo de fuerzas enemigas atacaba por canto de playa las baterías de San José. Comprendiendo que este punto necesitaba protección, goberné en esa dirección haciendo algunos disparos hasta haber hecho dispersar sus fuerzas.— Después de esto me apercibí que se hacía general el combate en el Morro, viendo volar a la vez, los polvorines de las baterías del norte, me disponía entonces a gobernar al sur, adonde fuera preciso prestar protección, cuando algunos tiros, al parecer de cañón y nutrido fuego de fusilería del Morro sobre el monitor, así como el ser reemplazada la bandera peruana con la chilena, me hicieron comprender que la Plaza de Arica, en su último baluarte, estaba perdida.— Colocado en tan excepcional situación, puse proa a los buques enemigos, que, aguantados afuera del puerto, no parecían acercarse a pesar de nuestra actitud. No obstante, continué afuera disponiendo que en oportunidad se rompiesen válvulas, tubos, etc., y se alistase la cámara de dinamita que se tenía preparada en la sección de proa, manteniendo a la gente en su puesto de combate a fin de que, si el **Cochrane** nos atacaba en combinación con los otros buques, hubiera lugar de defender el monitor hasta volarlo o hundirlo antes de que cayese en poder del enemigo, preocupación fundada atendiendo a su imposible condición para operar a distancia y por la falta de los calderos, **casi inutilizados**, a consecuencia del trabajo continuo de los últimos días de asedio de la Plaza, así como también por razón del combate del día anterior".

Y el comandante de la lancha torpedera **Alianza**, Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila, dice: "No se había hecho la

limpieza ni enfriado completamente la máquina de la lancha, cuando el comandante del monitor me hizo llamar y me indicó tuviera la lancha en movimiento, porque desde las 5:03, el Oficial de Guardia le había dado parte de sentir varios tiros en tierra, por la parte de las baterías del **Este**. Era efectivamente así, pues a esta hora principiaron a atacar las fuerzas chilenas a nuestro ejército y baterías, teniendo que experimentar horas después, la deplorable desgracia de nuestra pérdida; y una vez convenidos de ella el comandante del **Manco Cápac**, en movimiento abandonando su fondeadero y defensas, acompañado o en convoy con la lancha torpedero **Alianza** de mi mando, nos dirigimos al N. del puerto y disparó el monitor dos tiros sobre las fuerzas enemigas de tierra, que atacaban a las baterías nuestras del **Norte**. Después de algunas evoluciones del monitor, su comandante determinó abandonarlo completamente, y mandó disponerlo de tal modo que tan luego que él y su dotación estuvieran embarcados en todas las embarcaciones menores, tardara pocos minutos en irse a pique, como así sucedió".

A la anterior relación del Teniente Fernández Dávila, debemos hacer el reparo de falta de exactitud en cuanto a la hora en la cual se oyeron los disparos de las baterías del **Este** o comienzo de la batalla, y nos explicamos ese error por muchos motivos, en especial porque no se contaría con buenos relojes o porque la memoria falló en este dato tan fácil de equivocarse después de algunos días cuando se escribió el parte, habiendo sido el protagonista víctima de un drama tan intenso. Empero, el yerro o desacuerdo no es de tal magnitud que pueda señalarse como algo decisivo, sino de poca monta y no resta al relato el valor documental que posee.

Por su parte ha decidido el comandante del monitor **Manco Cápac** el hundimiento de esa nave y, por supuesto, brota la crítica de si era o no oportunidad llevar a cabo tal acción. El Coronel La Torre brinda su opinión en su parte elevado al Secretario de Estado en el Despacho de Guerra y Marina del Perú, escribiendo: "Perdida toda esperanza, el **Manco Cápac** que, con las baterías del norte había protegido nuestra izquierda, hizo proa al **Cochrane**, y desengañado de no poder hacer su postrer tiro al ene-

migo, su comandante, con serenidad y acierto, lo echó a pique para no dar ese nuevo elemento de poder a las fuerzas marítimas de Chile".

El comandante del **Manco Cápac** narra así el hundimiento: "Efectivamente, resuelta la sumersión del monitor, las instrucciones dadas al entusiasta primer ingeniero don Thomas Colguhosen y demás ingenieros, como también al Guardiamarina Leguía; la misión dada por la cámara de proa al Teniente Saldías y Guardiamarina Vidaurre, y las dadas en sus puestos a los Tenientes Smith, Asín y Alférez de Fragata señor Bueno, como las encomendadas en el sollado a los Tenientes Pizarro y Taboada y demás guardiamarinas, fueron tan regularmente cumplidas, tan enérgicamente llevadas a efecto, que nadie abandonó sus puestos de combate hasta que el agua hubo invadido la máquina, sollado y santabárbara. En este estado, ordené la salvación de los tripulantes, comenzando por la guarnición en los botes y lancha a vapor, tomando un oficial el mando de cada bote. Concluída que fue esta operación, y no encontrándose nadie más en cubierta, me embarqué en el bote más inmediato. No había transcurrido cinco minutos, cuando el **Manco Cápac**, que por tanto tiempo fue el respeto de Arica, a pesar de su calamitoso estado, que tantos momentos de gloria tuvo ocasión de dar al país, volaba y se hundía con sus pabellones al asta y tope de su torre, fuera del puerto y en el centro de la bahía, después de haber cumplido su misión y visto sucumbir a Arica, esta plaza que con tan noble y digna resolución había resistido tantos días de asedio.— Mientras tanto, ordené a los oficiales encargados de la lancha-torpedo **Alianza** que, aprovechando de su andar y poco blanco, forzasen el bloqueo, llegando a Mollendo o el Callao, si fuese posible, para aprovechar siquiera este importantísimo elemento. Al salir por el norte, fue perseguida por el **Cochrane** y el **Loa**, que le hacían algunos disparos, perdiéndose muy pronto de vista. Entretanto, con los botes que conducían los tripulantes del **Manco Cápac**, nos dirigimos al vapor **Itata**, a donde fuimos recibidos como prisioneros.— En honor al patriotismo y a la justicia, me parece llegada la ocasión de recomendar a la consideración del Gobierno y de la Nación, la moral y austera conducta de la dotación que me obedece, durante

la cruda campaña en que las privaciones de todo género en las excepcionales condiciones del monitor, no aminoró jamás su decisión y empeño por cumplir del mejor modo posible el sagrado deber de defender a la Patria".

J. Pérez, que se titula "testigo y actor" de la jornada del 7 de junio de 1880, y de quien hemos copiado diversos trozos, lógicamente no pudo estar en tierra y en el mar ese día, de modo que lo sucedido a bordo sólo lo relata por haberlo oído referir, pero al fin y al cabo sus datos debemos tomarlos en cuenta, con las reservas consiguientes. Tratando del hundimiento del **Manco Cápac** dice que este monitor puesto en movimiento, al apreciar su comandante una banderola chilena sobre la cortina del Morro, ordenó a su gente embarcarse en los botes y lanchas, y dió la orden de echar el buque a pique abriendo las válvulas. Sigue así en su explicación: "Embarcados todos, cumplieron la orden los señores Taboada, Barandiarán y Vidaurre, que se quedaron hasta el último instante en el buque, hasta el extremo que al arrojarse al agua asidos de una tabla, sintieron que el buque se hundía, tuvieron que luchar tenazmente para no ser arrastrados por la corriente que la inmersión producía. La lancha **Alianza** los ayudó entonces, merced a lo cual salvaron. Los señores Bueno y Saldías cumplieron también serenamente su cometido, destruyendo el primero el torpedo y sus aparatos que existían a bordo, el segundo, bajando arrojadamente hasta el fondo para dar fuego a la caja de dinamita preparada bajo la proa, cuando ya estaban las válvulas abiertas y el buque se llenaba de agua".

El Capitán de Navío Luis B. Arce y Folch, que perteneciera a la dotación del **Manco Cápac** y que en 1925 ofreció una interesante conferencia respecto de la campaña naval de Arica, no aclara en lo relacionado con estos puntos, es decir, el orden que los tripulantes dejaron el monitor, si el comandante fue el último en dejar la nave, si quedaron oficiales encargados del hundimiento y si, por último, tuvieron que arrojarse al agua siendo salvados por la **Alianza**.

En su exposición el comandante de la lancha torpedera **Alianza** dice: "Al disponerse el monitor para su pérdida, su comandante me manifestó su intención con respecto del monitor de su man-

do, y me indicó que con la lancha **Alianza** de mi cargo, viese si podía escapar, en vista de estar la escuadra enemiga al frente de nosotros y cerrando la salida del puerto, o que hiciera lo mejor hallase por conveniente, a lo que le contesté: **Señor Comandante, zarpo sobre el Callao tan luego de ver el fin del monitor, y después de prestar todos mis auxilios a su dotación.** Como en efecto lo hice remolcando varias embarcaciones hasta los buques de guerra neutrales, que existían fondeados al N. de la bahía, cuyos trabajos demoraron mi salida". Todo lo anterior lo manifiesta por escrito el Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila, ante la Honorable Junta Calificadora de Servicios Militares en 1877. En cuanto al parte de este oficial presentado al segundo jefe de la Plaza, a bordo del transporte chileno **Itata**, escrito en Arica el 11 de junio de 1880, se lee lo siguiente: "Señor Comandante:— A consecuencia de los acontecimientos desarrollados en la madrugada del día 7 del presente mes, en que el ejército chileno atacó a nuestras fuerzas y baterías en este puerto, recibí orden del Sr. Capitán de Fragata Comandante del monitor **Manco Cápac** D. José Sánchez Lagomarsino, que pusiera en movimiento la lancha T. **Alianza** de mi cargo, la que estuvo lista a 6 horas a.m., desde cuya hora me concreté al auxilio y protección del monitor.— Como por instantes sucesivos se fue notando nuestra pérdida en tierra y en vista de nuestra derrota por completo, a las 8 horas 20 minutos a.m., estando el monitor **Manco Cápac** en movimiento y fuera del fondeadero, noté que su comandante, oficialidad y demás tripulación, se embarcaban en sus embarcaciones menores separándose del monitor, a cuyo hecho presté mis auxilios remolcando algunos botes para sacarlos fuera del peligro del costado del monitor; y una vez abandonado éste, por momentos se veía sumergirse, lo que aconteció a las 8 horas 42 minutos a.m."

Apreciamos que las anteriores declaraciones del Teniente Fernández Dávila establecen: 1) que hubo botes en peligro al costado del monitor mientras zozobraba, lo cual puede confirmar la afirmación de J. Pérez respecto a que permanecieron a bordo algunos oficiales encargados de echar a pique la nave y por ello se atrasaron de separarse del naufragio esas embarcaciones; 2) que la **Alianza** estuvo relativamente algo lejos del monitor en el momen-

to de perderse éste y si bien no percibió por completo los detalles del abandono del buque, en cambio sí pudo apreciar el espectáculo de toda la dotación embarcada en los botes o sea que el comandante ya estaba a bordo de uno de ellos; 3) que las embarcaciones del monitor se dirigieron de primera intención hacia los buques de guerra neutrales, fondeados al norte de la bahía de Arica; 4) que la hora del hundimiento del monitor fue apreciada como las 8.42 de la mañana. Describe la despedida entre los tripulantes del **Manco Cápac** y de la **Alianza**, el Teniente Fernández Dávila en la siguiente forma: "Con la desaparición del **Manco Cápac** fue cuando yo salí a hacer mi viaje, dándonos antes recíprocas manifestaciones de fraternidad entre las dos dotaciones del monitor y lancha **Alianza** y vítores en favor de nuestra cara y desgraciada Patria, al medio de tener nuestros corazones atravesados con un dardo, por lo experimentado, en las primeras horas del mismo día por nuestro desastre; y no obstante de lo que acabamos de sufrir, no se apagaba el fuego y amor patrio en nuestros corazones. Esta fue la despedida de la lancha torpedo **Alianza** de su compañero el glorioso **Manco Cápac** al zarpar del puerto de Arica con rumbo al Callao; y con la idea de tocar en los puertos que me fueran preciso hacerlo para tomar combustible; salida que ordené a todos mis subordinados a efectuarla en cumplimiento de mi deber".

Puesta en duda la exactitud de las horas anotadas en sus partes del 7 de junio de 1880, por el Teniente Fernández Dávila, recurramos a las fuentes enemigas con objeto de establecer comparaciones. En el parte elevado respecto a la acción de Arica por Manuel Baquedano, afirma: "El **Manco Cápac** abandona la red de lanchas que lo protege, hace algunos disparos al **Lautaro**, que avanzaba sobre los Fuertes, y a las 8 a.m. se hunde. La lancha torpedo que lo acompaña toma rumbo al norte, perseguida por el **Cochrane** y el **Loa**, que la cañonean sin cesar". En el despacho que presenta Lynch a la superioridad, a base de una carta de M.R. Lira, establece: "A las 7.45 a.m. el **Manco Cápac** principió a hundirse, y poco después desaparecía debajo del agua. La tripulación ocupó una lancha a vapor y varios botes, y fue a buscar refugio en buques extranjeros, donde se lo negaron seguramente, puesto que

fueron a entregarse prisioneros en el **Itata**. Ahí están el comandante señor Sánchez Lagomarsino y 120 hombres. Bolognesi, More y casi todos los jefes peruanos murieron. No sé cuantos sean los prisioneros".

El corresponsal de **El Mercurio**, que como sabemos califica las maniobras del **Manco Cápac**, de "movimientos y caracoleos de perro loco": a una nave tan lenta que más bien semeja una tortuga gigante, cuenta: "Pasada la bulla, colocada la rana en el centro de la bahía, estando ya muy cerca nuestra escuadra por el norte, hallándose ya toda la tripulación del **Manco Cápac** en los botes, entregó su viejo cascarón a las tacas a las 7.30 a.m. de hoy 7 de junio.— Que en paz descanse. Eso sí que a los peruanos no se les escapa esta oportunidad. Van a comparar el hundimiento del **Manco Cápac** en Arica con el de la **Esmeralda** en Iquique. Don Nicolás I. estará a estas horas redactando el decreto para concederle la cruz de acero de primer orden.— La tripulación del **Manco Cápac** avanzó heroicamente en los botes con dirección a nuestra escuadra, llevando sendas banderas blancas, sin duda en señal de que no se rendían. Los naufragos fueron recibidos por el **Itata**, en donde están muy orondos y finchados, mirando a los que van a bordo como para decirles: —Yo fuí del **Manco Cápac** y esperando la primera oportunidad para irse a dar un paseo a Chile y llegar a su tierra contando nuevas hazañas y nuevos heroísmos en otros campos para ellos tan estériles como el de la guerra. Pero en fin, lo harán. Para eso son peruanos".

El Ferrocarril de Santiago de esos días, publica una carta de Arica donde se lee lo siguiente: "En esos momentos (más o menos las 7.15 a.m.) el **Manco Cápac** hizo sus últimos disparos a la tropa del **Lautaro** y se fue a pique, después de haber avanzado hasta el lugar que antes ocupaban los buques de guerra extranjeros, los cuales el día anterior se habían retirado lejos de la bahía. La ida a pique del **Manco Cápac** fue la señal de los enemigos para dar fuego a las minas y hacer volar algunos fuertes y cañones, lo que hicieron desde lejos y por medio de la electricidad, produciendo la explosión muchas pérdidas de vidas de ellos mismos y algunos de nosotros. El combate fue sin cuartel. Ya supondrá Ud. qué carnicería sería aquella".

La hora del hundimiento del **Manco Cápac**, debido como lo hemos visto a versiones tan diferentes, no es posible adoptar una de ellas como definitiva y sólo puede deducirse tal momento por razonamiento; como la pérdida del monitor correspondió al izamiento de una bandera chilena en el Morro, la hora sería unos minutos antes o después de las 8 y 30 de la mañana.

La escuadra chilena permaneció sin actuar durante el combate de Arica y razón le sobra a Dellepiane al escribir: "En fin, se puede sentar que en el combate la escuadra desempeñó un papel pasivo, de mera vigilancia, mientras sus compatriotas se batían. Aceptamos que no pudieran abrir el fuego antes de desencadenarse el asalto, porque eso hubiera sido echar a perder la sorpresa y aceptamos también que en las primeras horas, cuando no había luz, no podía disparar a ciegas; pero, su acción debió hacerse sentir contra el **Manco Cápac**, contra los parapetos de sacos que hacían frente al este, contra los soldados del **Tarapacá** y los del **Iquique** que recorrieron la llanura de norte a sur por 2,000 metros y, finalmente, contra los fuertes del norte, en apoyo del **Lautaro** que veían avanzar en dirección perpendicular a la de sus tiros y que no llegó a dichos fuertes sino alrededor de las 8 de la mañana".

La escuadra chilena frente a Arica, ese trágico día del 7 de junio, demostró no una verdadera poquedad de iniciativa sino una falta completa de esa virtud castrense, puesto que le fue posible por la fuerza de las circunstancias capturar al **Manco Cápac** y de paso hasta la lancha **Alianza**, ya con botes armados valiéndose de la oscuridad nocturna para lo que les hizo falta un Cochrane o un Guise, ya atacando al monitor con los buques en el momento del amanecer, aprovechando así la tremenda lentitud para moverse y maniobrar de la nave peruana, que por su poca obra muerta, en último momento era factible el abordaje con botes. El ataque nocturno o al amanecer, fuese al principio con embarcaciones menores o fuese de frente con los buques, habría equivalido a una finta para distraer a la guarnición de la vigilancia hacia el lado de tierra; asimismo, la realización de la sorpresa en las primeras horas del día, con la escuadra chilena aproximándose durante la noche, hubiera constituido una magnífica diversión capaz de ofuscar a la defensa de la Plaza. Nada hizo la escuadra chilena y a

lo mejor fue el respeto a los torpedos de la **Alianza** y a los cañones del Morro, lo cual enervó toda iniciativa.

Ignoramos la hora en que los buques neutrales que estaban fondeados al norte de la bahía de Arica, levaron anclas y fueron a buscar un tenedero todavía más al norte; nos parece que ello acontecería al oírse los primeros disparos de la acción final contra la Plaza el día 7; pues, de otro modo, si ello sucedió al atardecer del 6 o en la noche de ese día, debemos convenir que los comandantes de esas naves supieron con anticipación el día del asalto, mostrando con el cambio de fondeadero una señal de alarma que fue descuidada por los defensores de la Plaza y una negligencia inexplicable de nuestros marinos, los cuales estaban preparados a fin de apreciar cualquier movimiento nocturno de los buques neutrales por las luces de navegación.

Después del abandono del **Manco Cápac**, cuando la tripulación del monitor ocupaba las embarcaciones y cada una de éstas iba a cargo de un oficial, sabemos que existe un relato asegurando cómo los botes ostentaban una bandera blanca en señal de rendición: este apresuramiento, que refieren regocijados nuestros enemigos, es una nota humillante; empero respecto a la cual, podemos añadir que no existe seguridad alguna, por lo mismo que las naves chilenas no estaban tan cerca. Aún más, todavía pesa bastante la incertidumbre de la dirección que tomaran esas embarcaciones al dejar al **Manco Cápac**, lo mismo que si fueron interceptadas o no por el **Itata** en el desarrollo de su viaje, de modo que bien pudo suceder que sólo en las inmediaciones de ese buque fuese cuando se izara la bandera blanca por la lancha que conducía al comandante del hundido monitor. Algo diferente a la escena pintada por nuestros enemigos de un convoy de embarcaciones, adornado con el emblema de un miedo excesivo. Por lo pronto conocemos que la **Alianza** remolcó algunos de los botes del **Manco Cápac** durante cierto tiempo y fue entonces que las tripulaciones fraternizaron con vivas al Perú, es decir, un clima psicológico, en el cual sería inexplicable el que se ostentara signo alguno de rendición. Debemos convenir pues, que sólo más tarde y ante el peligro de que el buque chileno hiciera fuego contra la inerte do-

tación náufraga, el bote de mayor jerarquía izó la tal bandera blanca.

Cuanto acabamos de decir respecto a la ignorancia que existe del rumbo originalmente tomado por las embarcaciones del **Manco Cápac**, nos referimos específicamente a que si de primera intención se dirigieran hacia los buques neutrales o si lo efectuaron en dirección del **Itata**: recuérdese que ambos objetivos estaban al N. de la bahía, habiendo versiones en uno y otro sentido. En efecto, los botes fueron tomados por el **Itata**, empero algunas exposiciones afirman que las embarcaciones con los náufragos del monitor estuvieron al lado de las naves extranjeras y que solicitaron asilarse, siendo rehusados. Ignoramos la verdad de esto, aun podemos imaginar la posibilidad, debido a la excitación del momento en que se vivía, que alguno de los jefes de botes tratara junto con sus hombres de buscar asilo a bordo de esos buques. Nadie ha desarrollado este punto con conocimiento de causa; sin embargo, sería interesante conocer si alguno de los buques neutrales rechazó a los náufragos del **Manco Cápac** y manchó el honor de su bandera; ¿cuál fue el nombre y la nacionalidad de esa nave?

Cuando cayó el Morro en poder de los atacantes y se arrió por mano enemiga la insignia peruana, ello exhibió el final de la Plaza como nuestra; pero continuaba al tope la bandera peruana en la torre del monitor, que había reemplazado a los fuertes de tierra, a sus hermanos los militares y marinos, en la custodia de nuestra soberanía. Al hundirse el **Manco Cápac** con su pabellón al tope, por propia determinación, quería decir que se había llegado al término de nuestro poderío marítimo en la bahía de Arica. Ni la Plaza se rindió, ni la Armada, que representaba el **Manco Cápac**, arrió su bandera. Pero a la insignia del **Manco Cápac** la relevó como muestra de peruanidad, el pabellón que desplegaba en su asta de popa la lancha torpedera **Alianza**: he aquí un relevo que no debe olvidarse.

El Contralmirante J. Ernesto de Mora en una carta abierta remitida al diario **La Prensa**, el 25 de marzo de 1929, recuerda la hazaña. "Entre nosotros fácilmente se olvida la historia, y conviene presentar en todo momento a la consideración de la juventud que se levanta, los hechos que dan gloria y prestigio a las institucio-

nes y a la Patria. De José Gálvez el glorioso marino, que echó a pique con sus manos la torpedera enemiga, volando a la vez con su lancha, muy poco se habla, y lo mismo acontece con otros hechos, como el que paso a recordar: la lancha **Alianza** ya citada, en el glorioso día de la hecatombe de Arica, después que todas las banderas peruanas fueron arriadas en tierra por el vencedor, y que el monitor **Manco Cápac** se hundió en esas aguas, la lancha mencionada, una vez que prestó los auxilios que se le solicitaron del monitor que se hundía y cuando ya no quedaba nada a la vista de esta nave, encontrándose sola en esas aguas y sin más pabellón que el que ostentaba, hizo rumbo al norte y desde ese momento principió la persecución de los buques enemigos que disparaban su artillería para hundirla, contestando la **Alianza** con los fuegos de sus rifles. Después de dos horas de caza, se retiró uno de los blindados y la **Magallanes**, continuando un transporte la persecución, hasta puerto Inglés cerca de Ilo, en donde por gran disminución de la velocidad, fue varada en la playa y volada con un torpedo. Este hecho, realizado en tan distintas condiciones por la inmensa debilidad de la lancha y la superioridad de los perseguidores, tiene caracteres de sublimidad que no es fácil encontrar un caso igual. Sin embargo, este hecho que da gloria a nuestra Marina pasa generalmente olvidado, y por este motivo lo menciono en esta carta, para realzar el mérito del único oficial que hoy (marzo de 1929) sobrevive, el señor David Flores, entonces Alférez de Fragata y hoy Coronel de nuestro Ejército, y dedicar un sentimiento de admiración y de respeto a los demás oficiales de esa pequeña embarcación, Dávila y Mora, que ya no existen, como también a los demás tripulantes que los acompañaron en esas horas de heroísmo, en que se cumplía el mandato de Bolognesi de **quemar el último cartucho**".

Cuánto significó para su misión la demora que tuviera en huir, lo expresa el Teniente Fernández Dávila: "Pues muy fácil y sin riesgo de ninguna clase, habría podido salir del puerto sin haber tenido la desgracia de haber sido tomado prisionero con todos mis subordinados, si lo hago antes de irse a pique el **Manco Cápac**; porque en este tiempo la distancia de los buques enemigos al puerto era más o menos de **doce millas**, con el horizonte un poco ce-

rrado por la niebla de ese día y se notaba que los enemigos veían a media velocidad; y esto me habría favorecido para zarpar, evitándome forzar la máquina para evadirme de su presencia tan próxima para la persecución en mi salida, pues tenía al blindado **Cochrane** por babor formando un ángulo de 30° a proa con la esloro de la **Alianza** y el **Loa** a la amura cerrado del mismo costado, a una distancia de dos millas más o menos de nuestro punto, procurando estrecharnos el paso ambos buques de guerra y un transporte, con un fuego activo de varias armas, por esta circunstancia mandé activar los fuegos y conservar su mayor andar, para dominarlos, cuya medida observé con mayor fuerza en todos los puntos de tierra, donde los enemigos intentaban aconcharme para hacernos sus tiros más certeros y nutridos; pero nada menos de querer aproximarse a nosotros, para tomarnos porque sin duda que algo les presagiaba o sentían en su interior de la resolución hecha y firme de continuar mi viaje sin interrupción a costa de cualquier sacrificio en favor de nuestra cara Patria".

Sin reparar en alguno que otro concepto anterior, el cual por su deficiente redacción hasta oculta el real sentido del pensamiento, el resto del escrito es bastante claro, permitiéndonos apreciar el optimismo del Teniente Fernández Dávila respecto al hecho que si hubiera emprendido con tiempo la salida de Arica, le parece que habría burlado no sólo a los formidables adversarios navales que estaban frente a él, sino que también, asunto más dificultoso si cabe, tenía la convicción que en las circunstancias anotadas y una vez desenganchado o libre de la caza emprendida contra su embarcación, quizá hubiera alcanzado el Callao, claro está que agotando cuanto medio estuviese a su seguimiento. Recordemos que la lancha torpedera **Alianza** pretendió originalmente dejar el Callao y con escolta apropiada arribar al puerto donde ahora estaba y tuvo que quedarse en Pisco por fallas en la máquina; asimismo, que su largo viaje a Arica lo efectuó embarcado en la **Unión**; y, por fin, los múltiples desperfectos que sufrió durante sus rondas nocturnas en la bahía y las veces que quedó al garete a merced del enemigo. Si la máquina de la **Alianza**, por propia construcción tan primitiva, era bastante débil, ya podemos imaginar cuánto sucedería después de una campaña tan intensa y agotadora, por la que

acababa de pasar en Arica. Conocemos bien que la lancha necesitaba para su empleo de un combustible preparado especialmente y ese carbón destilado no era fácil de conseguir en las escalas que pretendía realizar para su odisea al Callao. De modo que las dos preguntas que brotan de las intenciones del Teniente Fernández Dávila: ¿tenía razón para creer que pudo burlar el bloqueo? y ¿pudo navegar hasta el Callao?, no se pueden contestar con toda seguridad; quizá pudo escapar y quizá arribar a un puerto seguro.

En su parte, expone el Teniente Fernández Dávila: "En vista de la desaparición del monitor, y sin esperarnos de nada, resolví —agregada a mi determinación la indicación del Sr. Comandante del monitor **Manco Cápac**—, zarpar del puerto con dirección al Callao, conociendo como es natural todas las emergencias de una peligrosa salida, por hacerla a presencia de la escuadra chilena rompiendo la línea de ellos, que cerraba el puerto, cuya salida obligué e hice a las 9 horas a.m., con graves inconvenientes de oposición en la dotación de la lancha; y con un fogonero más que solicité y se me facilitó de la dotación del monitor.— Desde éste momento fuimos perseguidos y atacados vivamente por el blindado **Cochrane** y el transporte de guerra **Loa**, con toda clase de proyectiles que ellos poseen, el primero hasta el paralelo del **Morro de Sama**, de donde regresó a este puerto a las 12 horas m., y continuó el segundo buque atacándonos hasta una milla al sur de **Cabo Picata**, donde varamos y explosionamos con un torpedo la lancha sobre rocas; por no poder continuar navegando, por haberse incendiado las paredes del cilindro que cubría la caldera (serpentin), y haberse puesto éste en estado de fundición (por nuestra fuerza de máquina), lo que no permitió trabajar en la hornilla a los fogoneros, que por varias veces salieron incendiados sus vestidos.— En esta grave y difícil posición, con el enemigo que nos cortaba el rumbo, por haber disminuído de andar la lancha por su avería, distinguimos en estos momentos un humo por la proa nuestra, que se reconoció ser enemigo; y en junta que hice con los oficiales de dotación, atendiendo además a las razones que me dieron los dos maquinistas sobre lo acontecido, me manifestaron la imposibilidad de poder continuar el viaje, por el incidente acerca de la caldera, acordamos y resolvimos unánimemente abandonar la lancha, de-

jándola en el estado como ya llevo dicho antes, y emprender nuestra marcha por tierra sobre Moquegua; a las 3 h. 45 m. p.m. haciendo rumbo ONO de la playa para dominar la cima del cerro del **Cabo Picata**, de donde notamos se hacía un desembarque para perseguirnos, lo que ocasionó redoblar nuestra marcha y esfuerzos en aquella tarde y toda la noche, sobre la planicie de aquella cadena de cerros, cargándonos al NO, hasta las 9 h. 40 m. a.m. del día siguiente 8, en que llegamos a distinguir la línea férrea y telegráfica de **Pacocha a Moquegua** en la pampa de Salinas, y deseoso de tomarlas para tener ya un camino seguro, y no uno eventual como el que habíamos hecho anteriormente, apresurarnos nuestra marcha. Estábamos ya al finalizar la citada pampa, sobre el lado de Moquegua, era las 1 hora 25 m. p.m., cuando notamos nos venían al encuentro en rumbo opuesto dos oficiales montados chilenos y otro enseguida más atrás con fuerza de infantería armada que al paso y trote, luego nos dieron alcance pidiéndonos las armas que teníamos. Con tan desgraciado encuentro, fuimos conducidos a un campamento de fuerzas chilenas, que se hallaban acantonados al término de la antes expresada pampa.— A las 4 h. 30 m. p.m. bajo su custodia, nos condujeron por el tren a **Pacocha**, menos el fogonero Aurelio Díaz, que por orden del jefe de aquella fuerza quedó en el campamento del batallón **Cau-policán** que nos tomó, y embarcados en el transporte chileno **Itata**, y transportados a este puerto, donde hasta la fecha (11 de junio) permanecemos, con la orden de pasar a Chile prisioneros.— Lo que tengo el honor de poner en la inteligencia de Ud., para que por el conducto respectivo se digne elevarlo al conocimiento del Supremo Gobierno para los fines consiguientes.— Dios guarde a Ud.— **Manuel Fernández Dávila**".

Respecto de la anterior odisea, comenta el tantas veces referido J. Pérez: "La lancha **Alianza**, por su parte, después de haber prestado a los naufragos los auxilios que pudo, sin querer abandonarlos por más que algún jefe se lo indicara cuando comenzó a aparecer la escuadra enemiga, cotidianamente fugitiva, se lanzó fuera de la bahía barajando la costa y burlando los tiros que a muy corta distancia se le hacían. Sus valientes tripulantes, no contentos con el atrevido paso que daban para salvar su embar-

cación, subieron impávidos sobre la cubierta, y allí, de pie, soportaron cientos y tantos tiros de cañón que se les hizo e innumerables descargas de ametralladora. Orgullo daba ver a esos jóvenes hacer usos de sus armas cuando se encontraron a tiro de rifle sosteniendo combate, si se permite la expresión, con el poderoso blindado y el veloz **Loa**. Desgraciadamente, la hornilla de la máquina se obstruía cada vez más a medida que se avivaban los fuegos, y el famoso **Loa** les acortaba la distancia notablemente; así pues, se decidió perder la embarcación varándola, lo que consiguieron hacer a las inmediaciones del Puerto Inglés, al sur de Pacocha.— Allí los jóvenes Mora y Flores (David) dieron a conocer todo aquello de que son capaces. Después de haber realizado la varada con maestría, tuvieron la tranquilidad de tomar uno de los torpedos, colocarlo en la máquina y darle fuego por medio de la electricidad, consiguiendo destrozarla por completo. Los jóvenes marinos acompañados del constante Teniente Dávila, su jefe, emprendieron la marcha a pie, por más que vieron destacarse un bote del **Loa** con gente que venía en su persecución. Pero después de caminar nueve leguas, tuvieron la fatalidad de ir directamente a la estación de **Salinas** de la línea de Moquegua, en donde el enemigo tenía un campamento. Allí fueron apresados y llevados a Pacocha.— Los tripulantes de la **Alianza** no se escaparon tampoco, quedando así completa la obra chilena en Arica; obra que será siempre recordada por los hijos del Perú con la repugnancia que causa a todo ser noble, la carnicería y devastación de que fue presa este desgraciado puerto”.

Aquí termina la historia de la **Alianza** con relación a la epopeya del Morro. Su desaparición como embarcación activa para transformarse en una cosa abandonada, abre el telón para su leyenda igual que si tuviese alma, en una vida espiritual preciosa y superior.

Capítulo XIII

Reflexiones finales

La Armada pudo haber salvado al Perú si en realidad hubiera sido tan fuerte como se creía por los ignorantes o los extravagantes. La guerra se bebía en la atmósfera, era algo que se imponía como una realidad. Empero quienes debieron alarmarse, permanecieron tan tranquilos que ni los clamores del comando naval, ni la voz tan sincera del Capitán de Navío José María Salcedo, anunciando la tempestad segura y próxima, fueron capaces de despertar en los descuidados el sentimiento de la realidad. No perdimos la ocasión de explicar que el Comandante Salcedo, chileno de nacimiento pero al servicio del Perú desde los 12 años, al regreso de un viaje a Chile antes de 1879, informó por escrito que ese país se preparaba para declararnos la guerra, la cual era inevitable. La Marina del Perú no tuvo en lo absoluto la culpa de estar en el mal pie que se encontraba, sino en lugar de ser responsable, fue la víctima. Esto nos hace recordar que una vez Jurien de la Gravière dijo que la Marina francesa de su tiempo creía cumplir su misión llenando de cadáveres las cubiertas de sus navíos, rendidos a los ingleses.

Lejos de dar los medios el Estado para que la Marina siguiese el movimiento de transformación del material tan acentuado en-

tonces, y que se acomodara al constante progreso naval en buques y artillería; lejos el Gobierno, que gastaba a manos llenas en otras cosas, de continuar la obra de Castilla con el mantenimiento de una Marina en relación de potencia con la de los otros países sudamericanos; lejos de lo anterior, se descuidó nuestra fuerza en el mar y nadie en muchos años fue capaz de impulsarla con el ánimo restaurador que reclamaba, sobre todo con apremios mayores que nunca cuando Chile adquirió los dos famosos acorazados, que lo ponían en condiciones muy superiores a nosotros. Y en esa forma llegó la Guerra del Salitre.

Jamás tendremos una explicación feliz respecto a la ausencia de una legislación protectora, capaz de ayudar por lo menos desde 1860 o en los días más brillantes del despilfarro, a la formación de poderosas compañías navieras, que se hubieran puesto con bandera nacional al carguío del crecido tonelaje que necesitábamos, atendiendo al considerable volumen de nuestras producciones, digamos guano y salitre, y a la apreciable cantidad de mercaderías importadas, lo cual se transportaba con bandera extranjera. Por supuesto que jamás hicimos nada por el constructor de barcos, proporcionándole condiciones económicas para que las fuerzas productoras de su industria arraigaran en el suelo patrio. Parecía como si de intento se hubiera querido impedir el desarrollo de cualquier industria naval. Un estudio minucioso al respecto, nos iría mostrando cómo a través de tantos gobiernos lo pequeño, lo personal, lo que nos debería ser a todos indiferente, encontraba a cada paso apoyo del Estado; mientras lo grande, los intereses generales del comercio y la navegación, encontraba a cada paso dificultades, entorpecimientos, hasta que las grandes ideas se aplazaban y morían.

¿A qué se debió que en los límites compatibles con nuestros recursos, no se concediera al desarrollo de la Marina militar los medios precisos para que adquiriera su legítima y natural importancia? ¿Por qué siendo entonces Chile una nación de menores recursos y en peor situación económica que nosotros, pudiera sostener un rango mucho más elevado en el mundo político y en el mundo militar? ¿Contribuyó más que cualquier crisis económica a que poco se pensara en la Marina, los cambios de gobierno con

programas tan distintos y las revoluciones que se presentaron con bastante frecuencia? Los historiadores tienen la palabra.

En cambio en Chile el concepto es claro, pues en todo momento estaban pensando en el dominio del mar en toda la extensión de la América del Sur, como lo fue después de Chacabuco, como lo fue en 1836 y que según los chilenos: "las libertades conquistadas a costa de tantos sacrificios, viéronse amenazadas de muerte". ¿Libertades o intereses? Establece Carlos Walker Martínez en su **Portales**: "Yo encuentro más necesario a nuestra posición un buque de guerra que un ejército, decía Portales en 1835. Por grande y bueno que éste sea, podremos ser insultados impunemente en nuestras costas y en nuestros puertos mismos por un corsario de cuatro cañones, que mientras armáramos un buque desarmado, estaría ya en disposición de partirse con sus presas sin zozobras". Tuvo Chile más conciencia naval que nosotros y nos venció.

Por otra parte, ¿se ha estudiado minuciosamente nuestra alianza con Bolivia? No era posible que el Perú cargara con un fardo militar-naval insoportable, pese a que la unión era favorable por nuestra situación geográfica y nuestras simpatías nacionales, porque saltaba la falta de inteligencia entre los dos gobiernos y más que todo el no existir ninguna unidad de comando. Las alianzas suelen desviar a las naciones de su verdadero rumbo. ¿Qué individuo contrae compromisos al parecer de relativo beneficio, que puedan resultar en quebranto de su hacienda y tal vez de su porvenir? ¿Estaban acordes lógicas, afectos y conveniencias de nuestro interés material?

Ya hemos demostrado en el presente estudio que, aún en 1879, cuando no se hablaba de una guerra total, este fenómeno social era una empresa de todo el Perú y no la sola labor de las Fuerzas Armadas; no podía ni faltar el apoyo nacional ni presentarse mal preparadas las Fuerzas Armadas. Y aun en esa época la defensa nacional era la dirección coordinada de los medios y recursos que el país tenía a su disposición para su seguridad, entre los cuales las Fuerzas Armadas constituía la parte más importante, según el criterio de esos tiempos. En cuanto a las Fuerzas Armadas, venían a ser el resultado de engarzar **mandos, medios y hombres**; en esa

concatenación la moral, como siempre había sucedido, era un factor de primer orden para la victoria, pero la moral requería el apoyo de medios. Por lo pronto, el Perú fue sorprendido por la Guerra del Salitre, sin el menor asomo de cualquier estructuración a fin de organizar los esfuerzos de toda la nación: tanto, que ni se sabía quién ocuparía la dirección de la guerra y tuvo que tomarla el Presidente en forma directa. En cuanto a la Marina, podemos asegurar que estaba bien organizada, según viejos métodos que parecían sólidos y que se relacionaban con los tiempos de paz; de modo que al presentarse la guerra, los problemas que creó fueron de tal naturaleza que exigieron una solución rápida y enérgica.

En esa época, la Marina venía a ser algo así como un Departamento del Ministerio que se titulaba de Guerra y Marina. El Ministro junto con el Presidente lo ordenaban todo, mientras a la cabeza de ese Departamento se encontraba el Comandante General de Marina, una especie de hombre-orquesta que debía realizar cuanto le pedía el Gobierno, prácticamente sin tocar la parte que hoy llamamos estrategia y más bien como un jefe de logística. ¿Qué significaba este término? Casi lo mismo que hoy: comprendía las previsiones y actividades destinadas a proveer los medios necesarios para crear, acrecentar y mantener la aptitud combativa de las fuerzas navales; es decir que abarcaba el suministro de material y personal, incluyendo las previsiones relativas a la producción, obtención, estiba, distribución y transporte de los materiales y la obtención, entrenamiento, distribución y transporte del personal. Fue necesario considerar los siguientes puntos: que los consumos fueron superiores a lo que se pensaba, en los diferentes rubros del abastecimiento naval; que los stocks se agotaron rápidamente; que la escuadra chilena era la más poderosa y efectuaba verdaderos bloqueos; que la Factoría apenas podía fabricar determinadas obras y la mayoría de los materiales debían traerse del extranjero; que todo el combustible que necesitaba la Armada no se producía en el país y lo mismo sucedía con los lubricantes; que las municiones, igualmente llegaban de fuera; que no hubo la menor preparación industrial ajustada, realizada lenta y tesoneramente durante la paz; que no se pensó en el cambio pro-

fundo que implicaría la guerra en el panorama económico, pues la política no advirtió nada al comando naval; que nunca se había estudiado las posibilidades del país para satisfacer sus necesidades; que el presupuesto de Marina lo confeccionaba el Ministro a su buen entender, eliminando partidas que obligaban a los buques a no moverse y anulaban las reparaciones que se debían efectuar en ellos, de modo que al estallar la guerra tuvo de golpe que atenderse a todas las naves en sus requerimientos para navegar y combatir. ¿A qué explicar más? De modo que una vieja Marina, bastante bien organizada, vivía una existencia irregular y miserable porque no tenía fondos. Esa es la realidad.

Ahora bien. El 13 de julio de 1878, comunicaba el entonces Comandante General de Marina Capitán de Navío Miguel Grau que, en cumplimiento del Supremo Decreto de la misma fecha procedía a hacer entrega de la Comandancia General de Marina al Contralmirante Antonio A. de la Haza. Fue a este marino al que tocó en suerte sufrir todo el peso del primer año de la Guerra. Es indudable que existen hombres a quienes señala el destino para ser las víctimas de los errores ajenos. Era Haza uno de los mayores prestigios de la Marina como inteligentísimo jefe. Poseía condiciones de talento y aptitudes profesionales superiores; quizá todo esto lo puso como el hombre que hacía falta para cubrir con su sacrificio aquellos numerosos errores de la desdichada política. Sobre él cayó el olvido más completo, no porque se pretendiera con esa actitud ocultar piadosamente sus errores, sino para que se llevase a la tumba una culpabilidad que ya no era necesario investigar y caía como una losa final. Preterición peor que la censura más áspera, y fue tan grande la indiferencia en todo el país, en todas las instituciones y en todos los investigadores, que parecería que no hubiera existido nunca el Contralmirante Antonio de la Haza.

El mando y dirección de la Armada lo ejercía el Ministro de Guerra y Marina, como lo dijimos, pero el Ministro con el Presidente constituían el Gobierno y éste no podía ocuparse en detalles superiores a la capacidad humana. Se decía que el Ministro funcionaba como vocero de la institución ante el Gobierno, de manera político-militar, que no necesitaba forzosamente ser profesional de marina y de hecho sucedía esto, porque casi siempre per-

tenecía al Ejército y una que otra ocasión fue un civil. Se decía que lo importante era que tuviera más condiciones políticas que técnicas y casi siempre estaba empleando la mayor parte de su tiempo en problemas que poseían más conexión con el Gobierno y el país que con la institución. Se suponía también, que el Ministro con la cooperación del Comandante General de Marina y los otros comandos navales, discutía los problemas de toda índole, proponiendo luego al Gobierno las reformas necesarias. Pero, la teoría era diferente de la realidad. El Ministro con el mando, dirección e inspección de la Marina y de cuanto la formaba, se olvidaba de oír otras opiniones y de asesorarse en forma conveniente, creando una poderosa centralización ejecutiva, con un exceso de fiscalización administrativa, de aquí un papeleo abrumador, prerrogativas que no se consideraban equitativas, un terror a ser aplastado por el brazo del Gobierno, etc. Explicamos que en el Ministerio de Guerra y Marina, se considera a ésta como un Departamento, mientras aquel venía a ser una institución completa en sí misma; de modo que el Ministro, por ser casi siempre un militar, no podía ser equitativo en las asignaciones presupuestales y la Armada quedaba en desmedrada posición a causa de su minoría. Y muchas medidas dictadas por el Ministro con la mejor intención, se venían abajo por su ignorancia en materias de Marina.

Nunca se llamó por el Ministro al Contralmirante de la Haza, para que como Comandante General integrara cualquiera junta a fin de planear la estrategia de la guerra, ni mucho menos se le pidió opinión alguna para el empleo de la escuadra en las operaciones castrenses. La impresión clara era que el Ministerio correspondía al Ejército, y la Marina no constituía sino el peregrino Departamento.

En el Archivo Histórico del Museo Naval del Perú podemos consultar una cantidad de oficios, en realidad emocionante, conteniendo órdenes ministeriales que señalan hasta en sus menores detalles las labores del Contralmirante de la Haza, donde se aprecia que el ayudante naval del Ministro ofrece su cooperación, respecto a carbón para alimentar las calderas, instalación de artillería, completar dotaciones, limpiar los fondos de los barcos, y, sobre todo, exigiendo día tras día la salida inmediata de las unidades

a la mar, con el objeto de que cumplan las operaciones más diversas, con una prisa en cuanto a la fecha y la hora, que a veces olvida cómo los barcos deben encender calderas y esperar que se levante presión en ellas. Por su parte el Comandante General de Marina resuelve todos los problemas como Dios le da a entender, pero los soluciona. Es posible en el citado archivo leer otro volumen impresionante de oficios en contestación a las notas ministeriales y se aprecia la actividad extraordinaria de este marino, que siguió adelante en sus funciones afrontando durante su desempeño los prejuicios y las corrientes contrarias de opinión, sin casi no tener apoyo de sus superiores, en una verdadera lucha contra toda clase de objeciones y de crítica prematuras.

No olvidemos que para iniciar la campaña, había que reparar cada uno de los buques, principiando por el **Huáscar**. Solamente a la **Independencia** se le cambian totalmente las calderas, las carboneras, la chimenea, las mangueras de ventilación, se recorre la máquina, se le monta un cañón de 250, dos de 150, etc. Se instalan cañones en el **Chalaco**, el **Limeña** y el **Talismán**. Las reparaciones en los monitores son tan numerosas, que el detallarlas llenaría varias páginas. En la **Pilcomayo** hay que cambiar varias planchas del casco; todos los buques tienen que entrar a dique y pintar sus fondos; hay que atender el personal de cada una de las naves y como se ha dado de baja a los tripulantes chilenos, el asunto se complica, pues no hay de dónde conseguir marineros hábiles. Los pedidos de los buques, de las Baterías de la plaza, del Arsenal para atender cuestiones urgentes, de la Factoría de Bellavista que trabaja para la Marina y el Ejército, de las Capitanías, de las Plazas de Arica, Ancón y Pisagua, etc., alcanzan una proporción inmensa; se llevan a cabo licitaciones por vestuarios, carbón, pinturas, aceite de máquinas, lona, cabos, madera, víveres, etc.; se ordena los trabajos en las calderas de la **Unión** y se proyecta montar un cañón de 300 en la **Independencia**; se examina los elementos bélicos que estaban llegando del extranjero... Sería agobiador continuar con la lista de cuanto ejecuta y verifica el Contralmirante de la Haza. Piense el investigador de estos asuntos que desde el 1º de abril de 1879 hasta el 29 de julio del mismo año, la escuadra con transportes incluidos, gastó 4,980 tone-

ladas de carbón, pudiéndose calcular en 1,245 toneladas mensuales de combustible el que demandaba su servicio, pues de otra manera los buques quedaban parados y eran inútiles: tenía que conseguirse una cantidad apreciable y almacenarse, porque no existía la seguridad de obtenerlo mensualmente.

Contralmirante de la Haza: el profesional que a la cabeza de la Marina hace de todo, que atiende a la disciplina del personal, de capitán o paje; que además controla los gastos y ordena los pagos; ese hombre que propone los ascensos y califica a la oficialidad, alrededor de él llueven los reclamos de los de arriba y de los de abajo. En efecto, no hay día que un comando no manifieste una queja o una necesidad urgente que le parece no es atendida correctamente. Asimismo, a cada momento repara el Ministro y hasta el propio Presidente de la República, que no se cumplen las disposiciones del Gobierno con la celeridad que este desea. Para colmo, ante los desastres, ante la falta de elementos, los periódicos atacan al Comandante General y hasta el Parlamento lo busca como blanco de sus iras. Ni siquiera se necesita que pase muchos días de la iniciación del conflicto, sino durante el primer mes ya es víctima de la injusticia de los representantes a Congreso.

En efecto, veamos el siguiente documento que ha permanecido inédito en el Archivo Naval: "Callao, 26 de abril de 1879.— Sr. Ministro de Guerra y Marina.— S.M.— He sabido con sorpresa y sentimiento a la vez, que en la sesión secreta llevada a cabo el día de ayer, se ha presentado al Congreso una moción para que se me destituya del puesto de Comandante General de Marina que ejerzo, suponiéndose antojadizamente que he faltado a mis deberes, o cuando menos procedido sin cuidado y actividad en la remisión de artículos de guerra para las baterías de Arica.— Sin comprender en lo absoluto cuál es la causa de esta imputación tan desmedida de todo fundamento, me creo en el caso, en guarda de mi responsabilidad y de mi buen nombre, hacer patente que si ha habido transgresión en mis procedimientos, ha sido precisamente en un sentido contrario a la negligencia que se me atribuye arbitrariamente.— En ese Ministerio y Superior Despacho existe la prueba de mis asertos: allí están mis notas N° 565 y 569

del presente mes en las que constan todas las remisiones que se han hecho al sur, por conducto de la Comandancia General que desempeño; y apelo al testimonio de U.S. para probar que aun sin orden ninguna escrita del Gobierno he mandado algunos cajones a Arica con objeto de atender a la defensa de esa Plaza fortificada. Si en el arreglo o acondicionamiento de los artículos se han notado después algunas faltas, ellas no pueden imputarse al Comandante General, porque la dirección de ese arreglo estuvo a cargo del Ingeniero mecánico del Regimiento "Dos de Mayo". Tampoco pueden pesar sobre mí las equivocaciones que se han sufrido, dejando en unos lugares los elementos de guerra que estaban destinados a otros; si sobre alguien deben incurrir será sobre los comandantes de los buques que los han conducido, pero no debe olvidarse que los desembarques se han hecho con la mayor precipitación y casi a la vista del enemigo, y que dada esta circunstancia, es disculpable cualquier cambio o alteración en la carga.— Adjunta remito a U.S. una nueva relación de artículos remitidos al Puerto de Arica en el vapor **Talismán**; y suplico a U.S. que mandando agregar a este documento los anteriores de que he hecho referencia, se sirva remitirlos todos a las Cámaras en justificación de mi conducta, si así U.S. en rectitud lo tiene por conveniente; y ojalá que se me presentara la ocasión de hacerlo personalmente y de palabra; dando todos los detalles que no es posible consignar en esta nota.— Dios, etc.— **Antonio A. de la Haza**".

Indudablemente que la iniciación de la campaña marítima del 79, con los viajes de los transportes que parecen como verdaderos milagros de destreza y conocimiento y con la actuación de los tres buques capitales, sobre todo del **Huáscar**, cuando las hazañas alcanzaron resonancia histórica y características épicas: todo ello significó la presencia, a bordo de nuestros bajeles, de comandantes de primera clase, de modo que nadie podrá dudar de la pericia marinera y valor de esos hombres.

El Teniente Mason, del buque de guerra inglés **Thetis**, escribió respecto de la **Unión**: "...cumplimos con el deber de saludar y felicitar al bravo comandante de la **Unión** a pesar de que el combate estaba en toda su fuerza. . . al salir audazmente el buque peruano fue imposible evitar que en todos los buques aplaudieran

con ardoroso entusiasmo". El Ten. General inglés C.E. Callwell asegura: "La causa de los Aliados quedó perdida, no bien sucumbió la débil cuanto bien manejada escuadra peruana a la superioridad abrumadora del enemigo". En la **Historia de la Guerra de América**, expone Tomás Caivano: "...los Oficiales de Marina, debiendo poseer una instrucción especial desde jóvenes en Escuelas adecuadas, no pudieron salir y no salieron jamás, sino del seno de la mejor raza y clase social... En ellos se encontraron instrucción, valor y patriotismo verdaderos, **no de palabras**; y ciertamente el éxito de la guerra hubiera sido otro, si hubiesen tenido una buena, o por lo menos, regular escuadra que mandar". En las **Crónicas de la Marina Peruana** por nuestro historiador el Comandante Manuel I. Vegas, leemos: "Cuando nuestros imprevisores Gobiernos posibilitaron la guerra con Chile por no sostener fuerte escuadra que era, es y será nuestra principal salvaguardia; se encontraron los marinos a cargo de las débiles y anticuadas naves que si, como dice Callwell, **mantuvieron noblemente el honor de su bandera**, en nada influyeron a la postre pues el resultado ya estaba descartado. Historiadores más o menos capacitados han estudiado las causas de nuestra derrota según su criterio estrecho siempre y desviado, pues, todos buscan la culpa en algún político por tales o cuales errores (menos los navales) cometidos en la época misma de la guerra o en tiempos muy próximos a ella. No somos por cierto nosotros los marinos los que podamos ahondar en estos asuntos; pero algún día vendrá el imparcial, documentado, y práctico historiador que examine, no sólo el estado social indisciplinado y restringido de nuestro pueblo, su incultura en las ideas generales y directoras de la política, sino también sus miras, si las tuvo, y si ellas se encaminaron hacia la solución del primordial problema patrio. ¿Y cuál más si después de la persistente costumbre chilena a mezclarse en todos nuestros asuntos (tendencia evidenciada en 1834, 35 y 36, en 1838, en 1866 con cínico descaro y en todas nuestras disensiones de modo poco cubierto), sabíamos que el principal enemigo era Chile y que su ataque ¡sería por el mar! Previsión hubiera sido acrecentar nuestra escuadra según el testamento de Castilla, dedicando algo del enorme caudal de oro perdido en orgías criminales, a la compra de buques y, sobre todo, al eficiente man-

tenimiento de ellos. No lo hicimos y el enemigo nos venció en casi todos los encuentros, a pesar de heroicos y múltiples sacrificios". Mil otras pruebas podíamos ofrecer de la competencia de nuestros marinos, pero creemos suficiente lo anterior. Asimismo, no se puede ocultar que en todo momento dio la nota de eficiencia la Comandancia General de Marina y sus colaboradores, quienes realizaron sus funciones con honor y brillo.

El mismo Mariano Felipe Paz Soldán lanzó ciertos dardos que indignaron a nuestro historiador naval Capitán de Fragata Manuel Ignacio Vegas García, que replica en sus **Crónicas de la Marina Peruana**: "El señor Mariano Felipe Paz Soldán en su **Narración Histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia** dice, al estudiar el estado del Ejército y la Marina que "los Comandantes del **Huáscar** habían olvidado aquel solícito cuidado que se requería para conservar en buen estado las calderas". Esta afirmación podría pasar como prueba de la ignorancia del historiador en ciertas materias y además en la generación de ciertos hechos; pero no es posible que éstas y otras frases infundadas que ya se dirán, sigan ocupando el lugar de la augusta verdad, base de la Historia. Ante todo preguntémosnos ¿quiénes tienen el solícito cuidado de las calderas a bordo? Claro que en último término los comandantes. Ellos son responsables de la conservación del buque en estado eficiente. Deben velar por que se mantenga listo para el combate que es el objeto principal de toda la vida de un buque de guerra; pero de ahí a exigir que un comandante mantenga siempre al buque en ese estado, es ignorar la organización de las escuadras. ¿Cuándo se pusieron las calderas que el **Huáscar** llevaba el día que se declaró la Guerra con Chile? Pues sencillamente el año 1877. Luego las calderas tenían menos de dos años de uso y por consiguiente, dado lo que hizo el **Huáscar** en la campaña, no hubo tal descuido. Ahora bien, el deber del comandante cuando, por la edad u otras causas, una parte de su buque ya no responde a sus cualidades primitivas, es participar a la superioridad que el estado del buque es tal o cual, y pedir, dentro de lo permitido, que se atienda a la reparación. ¿Hicieron esto los comandantes del **Huáscar**? Ahí está la **Memoria** del Ministro de Marina en el año de 1878; dice en lo pertinente: "el **Huáscar** se halla expedito para desem-

peñar cualquiera comisión militar, pues tiene además calderas nuevas, y su máquina, recientemente recorrida, funciona con regularidad y precisión". De donde se desprende que los comandantes del **Huáscar** cumplieron con su deber, pues por ellos se supo que las calderas del **Huáscar**, después de doce años de trabajo continuo, necesitaban cambiarse y se cambiaron. El **Huáscar** mantuvo buen andar durante toda la campaña naval del 79 y sólo al final de ella fue disminuyendo; por lo que el Almirante Grau pidió su entrada a dique antes de su última expedición; pero no por el estado de las calderas sino por la suciedad del casco. Un jefe de Marina, por más ignorante que se le suponga, sabe que su más elemental deber es pedir que se ejecute lo necesario para mantener listo a su buque. Así lo han hecho siempre los comandantes peruanos. Decir lo contrario, es decir lo que no se sabe; hablar sin fundamento. También afirma el señor Paz Soldán que en los buques se dejaba de hacer ejercicios por descuido de sus comandantes o por el continuo estado de reparación en que aquellos se hallaban. Lo primero es falso y lo segundo una de las causas por las que no se hacía ejercicio. Desde 1878 pedía el Ministro de Marina que se renovara el material de artillería del **Huáscar** y la **Independencia**, por lo menos (Memoria citada) y es de saber que el señor don Pedro Bustamante no pidió eso de motu proprio, sino por las representaciones del Cuerpo de Marina. Ya se ocupaban, pues, de las cuestiones artilleras mucho antes de la Guerra. Sin embargo, los proyectiles que necesitaba el **Huáscar** llegaron al Perú después que este buque sucumbió en Angamos ante el poder artillero de sus contrarios. Si pidiéndolos llegaron tarde, ¿qué habría sucedido si no los hubiesen pedido? Sencillamente: a nadie se le hubiese ocurrido que los necesitaba. ¿Creyó el señor Paz Soldán que sin dinero se hacen ejercicios? Y si no lo creyó, ¿a qué clase de ejercicios se refería? No hay más sino que en estos asuntos, nuestro historiador habla solo de oídas. Si no hicieron ejercicios, de todos pudo ser la culpa menos de los marinos. Habla el señor Paz Soldán del estado de las Fortalezas del Callao. Sin duda no leyó el documento que ha estado en mis manos y que regalé al malogrado Capitán de Navío Carlos Tizón y en el cual consigna Grau, en la época en que fue Comandante General de Marina, las nece-

sidades premiosas de esas fortalezas. Que no se hiciera lo que él pidió es cosa que tampoco tiene que ver con los marinos. Mientras tanto otros puntos que toca el señor Paz Soldán y algunos que omite son la verdadera causa del glorioso desastre de nuestra Marina, a saber: que se pidió con apremio, por **todos los marinos** que se robusteciese el poder naval peruano y esto fue pedido mucho antes de la Guerra.— Que un Gobierno obtuvo del Congreso la cantidad o autorización necesaria para comprar dos acorazados y que otro Gobierno gastó ese dinero en otras cosas.— Que se mantuvieron apontonados los buques y no ciertamente por culpa de los marinos, sino por no gastar el dinero necesario.— Que jamás se dió un solo real para ejercicios de tiro.— Que sólo en 1878 se formó la Escuela de Condestables con el reducido número de 25 alumnos y nada se hizo para formar maquinistas nacionales. Todo por la miseria del erario o por la intelectual de los llamados a ocuparse del asunto. ¿Acaso se opusieron los Marinos a ninguna de esas necesidades? ¿No las hicieron ver?"

Conocemos cuanto sucedió al proseguir la Guerra del Salitre perdidos los buques capitales, arrebatadas nuestras costas del extremo sur del litoral, de modo que cayó bajo los fuegos de la escuadra enemiga casi todo el Perú costanero, siendo bombardeados y puestos a contribución nuestros ricos y hermosos puertos meridionales, viéndose arruinado nuestro comercio e impedido casi nuestro tráfico marítimo, salvo por operaciones de suma audacia. Se llegó a la conclusión que los puertos comerciales que alimentaban enormes zonas interiores y contaban como vía de aprovisionamiento sólo a la marítima, necesitaban de defensas instaladas en sus playas y alturas para proteger el acceso al fondeadero a los buques peruanos o amigos; pero ¿cómo se improvisaría en las circunstancias de tales momentos defensas? ¿acaso cualquier sistema de efectiva protección de Ilo, Mollendo, Islay, etc., no debía haber sido el resultado de una organización cuidadosamente planeada desde mucho antes de la contienda? Ya no había más cañones, ya no había cómo llevar más baterías así se hubiesen conseguido bocas de fuego, ya no se contaba con más personal de artillería... Arica constituía una de las últimas esperanzas para mantener nuestra posición castrense en el sur, las naves

auxiliares peruanas se abrían paso lo mismo que fantasmas, por entre los poderosos buques enemigos, a fin de dejar los pocos elementos bélicos que remitía el Gobierno; mientras tanto los chilenos, conseguido el pleno dominio del mar, tomaban posesión de los puntos más favorables y al amparo de sus cañones desembarcaban las tropas que querían, organizándolas en grandes cuerpos de invasión, los cuales se metieron en el territorio nacional y fueron por la retaguardia a batir a nuestro ejército en Tacna. Nuestros defensores separados en tres lejanos sectores, no pudieron agruparse porque las condiciones geográficas hicieron casi imposible una concentración rápida; los desiertos impusieron sus particularidades: no había agua, no había lluvias, no había recursos de ninguna especie. Fue entonces que hasta el fondo del ánimo de los más indiferentes se vió conmovido y todos los pechos saltaron de coraje y rabia. Nadie vaciló en sacrificar su sangre. El Estado pretendió, entonces, con el poco dinero que había y con mucho del que tomó de la población, conseguir naves, buscando un remedio que era imposible de improvisar.

Formado un clima como el que acabamos de puntualizar en líneas anteriores, tuvo la Marina nacional que sentir el impacto de pleno. Y nació la utopía, porque fue quimera debido a que la fuerza debe ser eso a fin de enfrentarla a la fuerza y el poder enemigo; pero si no es tal, en cualquier otra forma, sin apoyo será mero fantasma imaginativo, algo que no poseerá realidad, como no la tiene en mecánica la fuerza si no hay punto de apoyo que reaccione e impulse.

No puede a punta de metafísica resolverse los problemas navales. En 1879 con un fenómeno de óptica profesional y de espejismo patriótico, resolvieron nuestros marinos tratar de ocultar una realidad insuperable y de suplantarla por un sueño. Entonces triunfó la teoría de sus majestades el torpedo y el torpedero, pidiéndoles a éstas, entonces flamantes armas, verdaderos milagros, mientras los que las manejaban debían efectuar un esfuerzo algo más que heroico, quizá mucho mayor del que era realizable con las fuerzas humanas. Claro está que se encontraron quienes se lanzaron en la aventura; pero no se produjo el portento. Comprendemos exactamente que el estado mental correspondía a una rebeldía he-

roica de no darse por vencido; empero, esto también podía aparecer como significando el no apreciar que la nación sin escuadra de combate estaba sencillamente vencida y que no había defensa posible sin buques acorazados.

¿Y las defensas litorales? Presentar la sola resistencia de dos grupos de defensas litorales, Arica y el Callao, era la impotencia absoluta peruana, sin resistencias de conjunto, con el poco vigor de núcleos locales autónomos y lejanísimos entre sí, fáciles de ser destruidos en detall por el poder abrumador e incontrastable de la escuadra chilena, que podía traer ejércitos y apoyarlos. La idea que manifiesta esa dispersión de potencialidad peruana, tal como quedara después de la pérdida de la escuadra, era de negación de uno de los principios de la guerra: el de la concentración; esa reunión de las fuerzas en tiempo y espacio, esa coordinación de los esfuerzos, esa superioridad de orientación, esa continuidad de los esfuerzos con comunicación y enlace, con unidad de dirección y de comando; sólo da resultado la masa reunida en tiempo y espacio, coordinando los esfuerzos de sus distintas partes y fracciones, asegurando la continuidad en los esfuerzos, estando las partes y fracciones en perfecta comunicación y enlace. No puede existir la masa si no existe coordinación de esfuerzos, como no es posible obtener el éxito positivo en ninguna actividad de la vida cuando los esfuerzos no se encuentran adecuadamente coordinados, como no puede obtenerse el éxito en cualquier actividad militar cuando no se asegure esa coordinación.

Si estudiamos a fondo ese momento histórico peruano, sin dejarnos llevar por otra pasión que una crítica serena, honorablemente se desprende que ahí mismo estaba el final de la guerra, que hubiéramos debido buscar costara lo que hubiera costado; que ahí estaba el origen de un tratado de paz, inmediato, a fin de salvar a la República de peores y más dolorosas calamidades. Empero, la misma desesperación de la derrota, el mismo nacimiento de falsas esperanzas, nos hundieron hasta el fondo mismo del abismo.

Por supuesto que, inventado el torpedo y puestas en acción las primeras torpederas, tenían esas nuevas armas que llamar la atención de los marinos peruanos y crear verdaderos adeptos entre el Cuerpo general de nuestra institución. Sobre todo si se pien-

sa, tal como lo establece el historiador naval Manuel I. Vegas: "Si se exceptúa a la Marina norteamericana, no hay en nuestro Continente otra como la nuestra que haya aplicado más pronto y con más innegable pericia los adelantos navales de todo género. Aquí se ensayó un buque sumergible en 1866 y otro en 1879. En 1911 ya teníamos y manejábamos, al igual que los marinos más adelantados, un sumergible, cuando otras marinas más poderosas y de más recursos no los tenían y aun hoy (1915) sólo los posee la Marina brasilera. En 1866 se compró el **Huáscar**, nave rara para el resto del Continente sudamericano menos para nosotros que por aquella época construimos en el Callao al pequeño monitor **Victoria**, estrenado en el combate del Dos de Mayo. En la Guerra del Pacífico hicimos una hábil y determinada defensa de nuestro primer puerto, por medio de torpedos y minas. Dados los medios disponibles, las circunstancias en general y los resultados obtenidos, aún no ha sido superada". Además Vegas escribe en uno de los pasajes que se ocupa del heroico marino José Gálvez, el de la lancha **Independencia**, lo siguiente: "Por aquella época, entre el 75 y 79, el mundo naval andaba revuelto con la invención del torpedo automóvil y como había sido en el Perú y contra buque peruano el estreno de esa poderosa arma; los marinos nacionales, aunque solo en teoría, por la miseria de los presupuestos de Marina, se entregaron con ahinco al estudio de esa arma. Se dice que José Gálvez era uno de los entusiastas y que conocía perfectamente todo lo que se había escrito acerca de ella y de las minas". Cuando se inició la Guerra del Salitre pudimos conseguir algunos tipos de torpedos como los **Habbe and Hardy**, los **Herreshoff** traídos por las lanchas del mismo nombre, los **Lay**, etc.

Fue la Casa Grace Brothers y Cía. la que por representación tomó a su cargo la entrega de los torpedos Lay, dando por terminada su comisión en agosto de 1879. Con este motivo la citada Casa elevó un oficio a la superioridad naval, en el cual exponía que tales elementos de guerra eran de gran utilidad para la defensa de los puertos y buques de la escuadra surtos en ellos, de los que serían el más fuerte apoyo, impidiendo que las naves enemigas pudiesen ofender con sus espolones, sin exponerse a ser destruidas. Además, indicaba Grace Brothers y Cía. la necesidad de

que el Gobierno nombrara cierto número de oficiales peruanos, los cuales una vez instruídos en el manejo del sistema Lay, ahorrarían al erario nacional los fuertes gastos que, conforme a sus contratos, ocasionaban los expertos que estaban trabajando con los torpedos. La Comandancia General designó al Capitán de Navío graduado Manuel Palacios a fin de recibir los diez torpedos Lay traídos por la Casa Grace, con todos los útiles que les pertenecía, recordando que ellos se cargaban con gas carbónico y necesitaban aparatos que produjeran ese gas. De este lote de torpedos, se ordenó entregar tres en el puerto de Iquique al Ingeniero del Estado Felipe Arancibia y el resto permaneció en el Callao, formándose algo así como una Estación torpedista. Al efecto vino a alquilarse un local, donde pudiesen efectuarse todos los trabajos de montaje, reparación, recorrido, etc. y que sirviera de depósito, lugar situado entre la Torre de la Merced y el fuerte de Santa Rosa, pagándose como arrendamiento el elevado precio —para entonces— de 125 pesos moneda corriente por mes. El Capitán de Navío Manuel Palacios tuvo por ayudante al Teniente Segundo graduado Heriberto Benites y ambos, a la par que dirigían la flamante estación, inspeccionaban las labores que rendían los expertos. Estos eran: George P. Haight, quien entregó los torpedos en Iquique y regresó enseguida al Callao; gozaba del haber de 250 dólares mensuales, más gastos de hotel; Mr. Lee, que estaba a cargo de todo lo relativo al armamento de torpedos, teniendo el sueldo mensual de 150 dólares, fuera de gastos de hotel; Mr. Morris y Mr. Williams, digamos de cuerda separada para que se pusieran a órdenes de Palacios, habían llegado en el vapor de la línea a fines de julio de 1879, con el objeto de armar la lancha sistema Herreshoff conducida al Callao por el transporte **Limeña**, y ganaban 150 dólares al mes, siendo obligación proporcionarles alojamiento y mesa.

Los trabajos de dirigir el armado de dos lanchas para torpedos que se hallaban en Iquique, estaban encomendados al experto Mr. Chester, a inmediatas órdenes del citado ingeniero F. Arancibia; pero aquel individuo dependía de la Estación torpedista del Callao y ganaba 150 dólares al mes, con mesa libre. En cuanto al personal subalterno que existía en el Callao en la Estación, era el siguiente: el condestable Domingo Pacheco, con cien soles mensua-

les; un carpintero, con tres soles diarios y ración; y cuatro peones con dos soles diarios más ración. Arregladas las cosas así, el Comandante General de Marina Contralmirante de la Haza, resolvió que algunos jefes y oficiales de Marina destinados en la Torre de la Merced y batería Santa Rosa y algunos oficiales de los buques surtos en la bahía, se dedicaran al estudio de los torpedos y al manejo de la lancha torpedera sistema Herreshoff. He aquí, además de una Estación una escuela; de ella salieron los torpedos para Arica, de los cuales se encargaría el Teniente Segundo Leoncio Prado. Asimismo, constituyó el medio para habituar con las nuevas armas a un apreciable porcentaje de los miembros de la Marina. Empero, la Comandancia General no sólo pensó en los elementos de ataque, sino que también se preocupó en los de defensa contra la nueva arma. Precisamente, en abril de 1879 se había presentado al Gobierno un tal Washington Jacobo, como experto en la construcción de redes contra los torpedos, haciendo unas de piola alquitranada que vinieron a ser por completo inútiles, resultando de la investigación realizada por la Marina que Jacobo no poseía en la materia ni la práctica ni los conocimientos necesarios. Tratábase de un vulgar aventurero. En vista de ello, la Comandancia General principió a estudiar la forma de la construcción de esas redes, para que sirviesen de protección a los monitores, de los ataques que por medio de torpedos pudiera intentar el enemigo, y que el invento se extendiera a toda clase de buques.

En cuanto a la evaluación de las obras de Fortificación de Arica, en nuestro trabajo, muchas han sido las líneas dedicadas a este tema; sin embargo, nos damos cuenta de que falta todavía bastante a fin de orientar el criterio de los historiadores y para que los estudiosos, con la información debida, puedan extraer las consecuencias más exactas. Según opinó el General Gouvion de Saint Cyr: **La science de la tactique exige la parfaite connaissance de l'homme, l'arme et du terrain.** Este conocimiento de los hombres, las armas y el terreno, está mostrando cómo en el arte de la guerra es importantísimo estudiar la influencia del terreno como elemento capital en las operaciones castrenses. Nuestras tropas en Arica se hallaban en una **posición militar**, o sea, establecidas en una zona de terreno que trataban de colocar en condicio-

nes favorables para su defensa; dicha **posición** contaba con **puntos importantes** del terreno, cuya ocupación aumentaba la fuerza del que los poseía, de modo que su conservación o pérdida, influía en gran manera en la del resto de la posición. Los puntos de vista desde los cuales se debió examinar la posición, tuvieron que ser: la **viabilidad**, que se refería a la facilidad con que las tropas podían moverse, a las formaciones que podían adoptarse y al modo de combatir, a los obstáculos debidos a la naturaleza del terreno y accidentes topográficos, así como los medios de atravesarlos; la **dominación**, que influye en la dirección de los movimientos que tienen lugar durante el combate, en la mayor o menor facilidad de conocer las disposiciones del enemigo y ocultar las propias, en la apreciación de las distancias, en el efecto de las armas de fuego y en la disposición de la líneas de batalla; la **protección**, que se refiere a la vista, o a los fuegos, e influye por lo tanto, bajo el doble aspecto de poder ocultar las tropas y resguardarlas de los proyectiles: digamos los pliegues del terreno y todos los macizos que se conocen con el nombre de parapetos; y la **acción de los fuegos**, que depende de la inclinación y naturaleza del terreno, de sus ondulaciones y de los accidentes topográficos. Casi la mayoría de estos asuntos han sido tratados especialmente por Dellepiane en su **Historia**; hacen falta estudios más completos.

El valor táctico de una **posición militar**: no basta para determinar el conocer el terreno en que asienta, sino que es necesario estudiar también el que le rodea. En el caso de Arica, debemos reparar sobre todo en el terreno a retaguardia y el lateral o de los flancos. Primitivamente las defensas de Arica habían tenido por objeto conservar una población marítima de importancia, por la situación que ocupaba en el teatro de operaciones, protegiendo la concentración de las tropas y estableciendo almacenes de víveres, municiones, vestuario, etc.; allí se debían alojar las tropas que debían ir desde esta base de operaciones al frente estratégico y recíprocamente y, finalmente, para apoyar la retirada de nuestro ejército. Era puerto de refugio, puesto de abastecimiento, situación preponderante para el teatro de operaciones, apoyo para la concentración de las fuerzas, alojamiento de tropas, eje de operaciones, plaza fuerte, etc. Era mucho pedirle a Arica, pues venía a ser

una plaza táctica y una plaza estratégica y al final solo quedó como táctica. En este último sentido debía contar: con una artillería de gran alcance y bien protegida, algo que no fue posible porque se artilló con los cañones que tenía guardados la Marina, todos de viejo sistema, y se instalaron con los elementos con que se contaba o sea montajes navales y con la principal preocupación del ataque por mar; que la plaza estuviera libre de un ataque a viva fuerza, asunto que pareció así cuando fue una plaza estratégica y sólo tuvo que temer el ataque marítimo, o sea en el período que estuvo trabajando el Contralmirante Montero, pero que dio un cambio total cuando fue una plaza táctica que podía ser atacada por retaguardia y por los flancos; tener suficientes espacios abovedados a prueba para que un bombardeo no la obligara a rendirse, lo cual no se pudo cumplir ni cuando fue plaza estratégica, ni cuando lo fue táctica; poseer una apropiada organización del terreno con trincheras bien defendidas, cosa que nunca tuvo en forma apropiada; contener suficiente cantidad de víveres y municiones para que la defensa pudiera sostenerse hasta el último extremo, asunto que no se ha estudiado con la minuciosidad que era de esperar; tener la debida protección marítima, cuestión que sabemos no se cumplió ampliamente; poder defenderse con la guarnición apropiada, que constituye el punto capital, pues a la plaza le faltaron casi diez batallones de los efectivos de la época, para hacer sentir una verdadera defensa de una **posición militar** tan extensa.

Es muy posible que la fantasía popular quiera ver en el viejo concepto de **plazas fuertes** algo inexpugnable. Mucho ha contribuido en tal sentido los sitios que sufrió el Real Felipe y la defensa extraordinaria que llevó a cabo Rodil, que se inmortalizó con ella. Empero, el Real Felipe no fue tomado por falta de decisión o por ahorrar vidas, algo que iba contra el concepto napoleónico más elemental, el significado de violencia que va metido dentro de la guerra. Las plazas fuertes son puntos de apoyo para la defensiva, sirven de eje de operaciones; mas si los ejércitos se dejan encerrar en su recinto están perdidos y como dice un viejo comentarista militar: "Hasta ahora la experiencia de la guerra enseña que los ejércitos refugiados en las plazas fuertes, con o sin campo atrinche-

rado, han tenido que rendirse. La habilidad del defensor consiste en aprovechar las plazas fuertes de modo que favorezcan sus movimientos, y no en subordinar estos a la defensa de aquellas. Un ejército debe servirse de una plaza fuerte como de un obstáculo natural, y ésta, lejos de embarazar sus movimientos, debe contribuir a hacerlos más libres. Creemos que la mayor parte de los inconvenientes que a las plazas fuertes se achacan, son debidos a no haberlas empleado convenientemente, y haber encadenado a su conservación los movimientos del ejército activo". (**El Terreno y la Guerra**, Pedraza y Banus).

Nacen las plazas fuertes después de haberse estudiado convenientemente el lugar; esa defensa de Arica debió ser el resultado de una organización anterior, en la cual todos los factores y circunstancias se hallaron no solo discutidos sino experimentados. Los chilenos en su campaña contra la Dictadura, que sufrieron después de la Guerra del Salitre, llegaron a la conclusión siguiente: "Por lo que se refiere a la defensa del territorio contra las fuerzas de desembarco, es de mucha importancia la anterior preparación de fuerzas movibles de Ejército, de caminos, vías férreas y de todos los recursos escalonados en la línea en que haya de venir el ataque, y también es de no menos importancia la preparación de los Fuertes en tal estado de defensa que permita ejecutar ésta con el máximum de poder de que es capaz de desarrollar. Limitándonos a la zona del norte, desde luego, los puertos de Iquique y Pisagua deben estar fortificados. La orilla del mar y las alturas, también deben tener un buen campo atrincherado permanente, un cuartel sólido que sirviera a la vez de fortaleza fuera de la vista de la escuadra y dominando los caminos a la pampa y a la costa. Iquique, además de ser un centro de ejército, debe ser plaza marítima, centro de apostadero naval con depósito de combustible hasta de diez mil toneladas, almacenados en pontones de madera dentro de los abrigos y malecones o rompe-olas y en buen apostadero fuera de tiro para las torpederas". Estos comentarios se escribían en 1890, exactamente diez años después de la epopeya de Arica.

Como se aprecia, la recomendación es tener no sólo elementos defensivos a la orilla de la playa, sino otros que se ejerciten

más lejos de la costa y, como las fuerzas de tierra deben estar listas para concentrarse en donde fuere necesario, por caminos ya preparados.

Pensamos que pedirle a la Marina que hiciera de Arica, en momentos angustiosos, una plaza inexpugnable era exigirle un milagro. Como también creemos que el avance de flanco hecho por el ejército chileno que se mueve en larga columna de marcha sin ser molestado, no tiene más excusa que la peor preparación de los peruanos y la ignorancia de los movimientos enemigos por carecer de los debidos servicios de reconocimiento.

Está probado que una de las causas que contribuyeron muchas veces a la mala defensa de una plaza, fue el no fijar al llevarlas a cabo, las fuerzas que debían defenderla. Creemos que éste, más que ninguno, constituyó el factor capital de Arica. Cuando el Presidente Prado estuvo en Arica, se planeó que la plaza con su campo atrincherado se debía construir para servir de refugio a todo el Ejército del Sur; al cambiar el sentido de las operaciones militares y abandonar Arica casi todo el ejército a las órdenes del Contralmirante Montero, solo quedó en la plaza un efectivo que no llegaba a los dos mil hombres: claro está que pretendiéndose mantener el mismo campo atrincherado correspondiente a un ejército, no podía defenderse convenientemente la plaza cuando sólo se protegía con una guarnición mínima. Lo dicho, faltaban por lo menos diez batallones y sólo existían dos capaces de desplazarse de un punto a otro.

El ataque chileno traía la principal ventaja de la ofensiva que es la iniciativa, en virtud de la cual podía elegir el punto de ataque concentrando sus fuerzas, además de poder obrar sobre el flanco norte peruano de la línea de defensa para envolverlo, obligándolo a abandonar esta posición prácticamente sin combatir; asimismo, el comando chileno había efectuado reconocimientos militares previos, los que junto con los datos que adquirieron de los prisioneros peruanos, respecto a la organización de las minas, permitió una apreciación del valor de los diferentes obstáculos del terreno y desarrollar una magnífica ojeada militar que fijó definitivamente el plan de ataque a Arica. Los chilenos lograron ocultar el verdadero punto a atacar y dieron una verdadera sorpresa, di-

rigiéndose hacia ese punto, con todas las fuerzas disponibles, rompiendo nuestra primera línea. Nada dificultó la marcha del enemigo, pues no se establecieron defensas accesorias. La guarnición peruana, tan poco numerosa, dispuesta en una extensión que no tenía relación con su fuerza, resultó débil en todas partes. Y fue tan débil que casi en ningún momento la retirada de un reducto pudo ser precedida de una reacción ofensiva, capaz de desconcertar por completo al agresor por algunos momentos, a fin de verificar dicha retirada ordenadamente y que los atacantes no pudieran penetrar juntos con los defensores.

Respecto del viaje de la "Unión" cuando hizo la doble ruptura del bloqueo de Arica, sabemos que la gloriosa tradición de la corbeta representa un galardón heroico en la historia naval; aquella burla del bloqueo de Arica, realizada con osadía increíble el 17 de marzo de 1880, brinda el recuerdo inmarcesible de Villavísencia, Aljovín y de cuantos secundaron a ambos jefes. Empero, desde otro punto de vista dicho viaje ofrece una consecuencia que fue a golpear a la sitiada plaza, como si el destino trágico no se cansara de convidarle toda clase de males, porque el buque que debió tener el mayor éxito positivo fue el **Talismán**, que llevaba todo lo necesario a fin de que la División Leiva se organizara, de modo que de esto dependió que Arica no fuese auxiliada oportunamente. En 1929 el Coronel M. David Flores publicó el siguiente artículo:

"Entrada de la Corbeta "Unión" en Arica, el 17 de marzo de 1880.— La efemérides de la entrada de la **Unión**, al puerto de Arica, forzando al bloqueo de las naves chilenas, es oportunidad de rememorar hechos que deben servir de fundamento para la deducción lógica de la verdad histórica. Concepto vulgar, muy extendido por los detractores de la Dictadura de 1880 y aceptado hasta por muchos de los que actuamos en la Guerra con Chile, ha sido que la arriesgada expedición de la **Unión** no tuvo más objeto **"que engañar a la Nación, haciéndola creer que había llevado grandes auxilios al desnudo Ejército de Tacna"**. (Paz Soldán, **H. de la Guerra**, p. 412). Tal aseveración se desvanece con el conocimiento de los hechos que paso a narrar, sin más interés que destruir prejuicios basados en inexactitudes, que, falseando la historia, son da-

ñosos para la apreciación de los hombres que en esa época dirigían los destinos de la nación.— En los primeros días de marzo de 1880 se rumoreaba en Lima una próxima expedición de la **Unión** y efectivamente el día 11, los que tripulábamos la lancha torpedo **Alianza**, Teniente Manuel Fernández Dávila, Alférez de Fragata que suscribe y Guardiamarina Juan de Mora, recibimos la orden de aprovisionamiento de la embarcación para salir al sur en la corbeta **Unión**. Al par que nosotros, se alistaba el **Talismán** para conducir al General Leiva con su Estado Mayor y los equipos correspondientes para los cinco mil hombres, que ya, en los cuarteles de Arequipa, debían organizarse para auxiliar al Ejército de Tacna. El Estado Mayor y equipo que conduciría el **Talismán**, debían desembarcar en el puerto de Quilca, pues no era posible hacerlo en Mollendo ni en Ilo donde los chilenos estaban vigilantes.— En la tarde del 12 (marzo) instalamos la lancha en la cubierta de la **Unión**, que había embarcado también unos cajones rotulados para Arica que dijeron ser calzado; a las 11 y media de la noche, nos hicimos a la mar y pocas horas después que nosotros salía el **Talismán** con rumbo a Quilca. En la madrugada del 15 entramos con la **Unión** al puerto de Quilca donde nos encontramos con el **Mendoza**, vapor inglés de la carrera, que nos dió algunas noticias de la escuadra chilena, continuando nuestro viaje, a toda máquina, hacia el sur; a las 4 de la mañana del 17, la **Unión** despidió un bote ligero tripulado por el Teniente Rodríguez para avisar la presencia de la corbeta en el puerto de Arica, donde tomó fondeadero, al aclarar el día entre el muelle y el **Manco Cápac**.— La escuadra bloqueadora, sorprendida con la presencia de la **Unión** y de la lancha torpedo que engrosaban la defensa del puerto, destacó al **Matías Cousiño** para Ilo, de donde regresó al día siguiente con el resto de la escuadra chilena que estaba en aquel puerto. Al acercarnos al puerto de Arica en la madrugada del 17, la lancha encendió sus fuegos de manera que al largar la **Unión** el ancla, aquella pudo ser arriada de los pescantes y ponerse en movimiento inmediatamente.— El Capitán del puerto, comandante Raygada, recibió el buque y en seguida se desembarcaban los cajones rotulados para Arica, al mismo tiempo que embarcaban dos lanchas de carbón pedidas por el Comandante Villavisencio, seguramente con

el ánimo de volver a romper el bloqueo aprovechando de la oscuridad de la noche, sin tener en cuenta la actitud del enemigo pocos momentos después.— A las doce del mismo día 17, los buques bloqueadores puestos en movimiento, iniciaban el combate concentrando sus fuegos sobre la **Unión**, a lo que defendían los cañones del Morro, cuyos efectos ya conocían los chilenos; sin embargo, como a las dos horas de iniciado el combate, un proyectil del **Blanco** enfiló a la corbeta por la proa, entrando a la caja de humo, y al explotar, hizo salir por la chimenea, una gran columna de fuego y humo en forma tan aparatosa, que no sólo los chilenos y neutrales se engañaron, sino que nosotros mismos creímos que ya la **Unión** no saldría más de Arica.— Barros Arana comenta el hecho como "una estratagema bien ideada de Villavisencio" (T. 1º; pág. 243 - H. de la G.) y Bulnes dice: "La Torre (el Contra-Almirante) se equivocó creyendo que los perjuicios de la **Unión** eran mayores que la realidad" (T. 2º; pág. 156).— Con el hecho producido, los buques bloqueadores suspendieron el ataque y se retiraron a su fondeadero a 6 millas al norte del puerto. Enseguida el Jefe de E.M. de la plaza de Arica, Coronel don José de la Torre, se constituyó a bordo de la **Unión** y aprovechando de esta circunstancia, atracamos con nuestra lancha y subimos a bordo el Teniente Dávila y yo, para informarnos de lo que allí pasaba. En la cubierta se atendían algunos heridos y se hacía la limpieza, mientras el Coronel La Torre rodeado de la plana mayor del buque, inquiría con vehemencia, de las averías sufridas. El Comandante Aljovín manifestó: **que las averías no eran de consideración que impidieran al buque hacerse a la mar.** Entonces el Coronel La Torre entusiasmado por las declaraciones de los jefes dijo: "**Pues caballeros, a disfrutar de esta gloria al Callao**". Era la orden del jefe de la plaza, que el Comandante Aljovín recogió y adelantándose dijo al Comandante Villavisencio: "**Con su permiso, Comandante, voy a hacer levar el ancla**". El Comandante asintió, ordenando que levantaran la escala en seguida que despidió al Coronel La Torre. Pocos minutos después la **Unión** para acelerar su maniobra, desengrillataba su cadena del ancla, que la **Alianza** ayudó a asegurar en la boya, y se puso en movimiento a toda máquina con rumbo al sur muy pegada a la isla del Alacrán mientras los bloqueado-

res se mantenían aguantados sobre la máquina a 6 millas al norte del puerto. Acompañamos a la **Unión** unas pocas millas y regresamos al puerto tomando el fondeadero al costado del **Manco Cápac**. Como era de suma importancia trasladar a Arequipa al Estado Mayor y equipo de la división Leiva, se despachó al **Talismán** para Quilca, donde 300 mulas estaban esperando su llegada para transportar su cargamento; mientras tanto, la **Unión** debía distraer la atención de la escuadra chilena para que el **Talismán** no fuera sorprendido, y esta que fue la verdadera misión estratégica de la **Unión**, se mantuvo entonces en el más absoluto secreto.— El doctor Mariano Becerra, que vive en Ilo y formó parte de la plana mayor de la división Leiva que iba en el **Talismán** me ha referido lo que allí pasó entonces. En la mañana del 15 de marzo, en que iban en demanda del puerto de Quilca, avistaron por la proa los dos humos, el de la **Unión** y el del vapor **Mendoza**, que ellos tomaron por los del enemigo; que se formó un consejo de guerra y se decidió virar en redondo para llegar a Pisco al amanecer del 17, cuando la **Unión** entraba a Arica cumpliendo su cometido.— Años después conversando con el Coronel don José de la Torre, poco antes de su muerte en Puno, me mostró un telegrama del General Montero en que le decía: "**Vare la Unión y salve lo que pueda**". Me dijo entonces, que ese telegrama lo había tenido en su bolsillo cuando se constituyó a bordo de la **Unión** y que ordenó la salida del buque, sin hacer mérito del referido telegrama. Así pretendía restar al Comandante Villavisencio el mérito de la salida de la **Unión** de Arica, atribuyéndola a la orden que él dió de salir del puerto, en vez de cumplir la de vararla.— Las noticias registradas por **El Comercio** y **El País**, de aquella época, concuerdan con los fundamentos de que hago mérito, para deducir las siguientes conclusiones: **PRIMERO:**— Que el Gobierno decretó la formación de una división de 5 mil hombres y nombró al coronel Leiva y su estado mayor, para que organizaran a los reclutas acuartelados en Arequipa.— **SEGUNDO:**— Que el 12 de marzo salían del Callao la **Unión** y el **Talismán**, con el objeto principal de desembarcar en Quilca al Estado Mayor de Leiva con el correspondiente equipo que llevaba a bordo del **Talismán**.— **TERCERO:**— Que si hubiera desembarcado el material del **Talismán** en Quilca el 15 de

marzo, la División Leiva se habría organizado unos días después con tiempo suficiente, hasta mayo, para instruirlo y disciplinarlo en Arequipa, constituyendo un refuerzo efectivo para el ejército del sur.— **CUARTO:**— Que el desembarco del Estado Mayor de Leiva y su material en Pisco, para conducirlo por tierra hasta Arequipa, dio lugar a que la tropa recibiera el armamento sólo en los últimos días de mayo, en que abandonaron los cuarteles para trasladarse a Moquegua en mérito de las conminatorias "Apure Leiva", sin que los soldados conocieran siquiera el manejo del arma que habían recibido.— **QUINTO:**— Que la salida de la **Unión** como descubierta del **Talismán**, para que éste desembarcara su cargamento en Quilca, aunque se le hubiera dado por perdida, la división Leiva organizada con oportunidad, pudo constituir factor decisivo como auxiliar de nuestro ejército del sur; y finalmente.— **SEXTO:**— Que el hecho de haber salido, en la misma noche la **Unión**, con unos cuantos cajones de zapatos y el **Talismán** con un Estado Mayor y equipo para cinco mil hombres, revela claramente que el mayor interés debió ser el éxito del **Talismán** y no el de la **Unión**, que en realidad sólo llevaba la misión estratégica para conseguir que el **Talismán** no fuera estorbado en su operación de desembarque en Quilca.— Lima, 17 de marzo de 1929.— **Coronel M. D. Flores.**

Respecto del mismo tema es muy importante conocer los pormenores que ofrece el Contralmirante J. Ernesto de Mora, en una carta remitida a uno de nuestros órganos de prensa y que dice así: "**El Viaje de la Corbeta "Unión"**".— Lima, 25 de marzo de 1929.— Señor Director de **La Prensa**.— Ciudad.— Señor Director:— En este importante diario que usted dirige, en el número del 17 del presente mes, se publica una oportuna carta del ex-Oficial de nuestra Marina y después Coronel del Ejército señor David Flores, referente a la preparación y al viaje de la corbeta **Unión** llevando la lancha torpedera **Alianza** y materiales para el Ejército del Sur en Arica.— Por diversas causas, solamente ayer leí la indicada comunicación, y con propósito de agregar algunos datos para el mejor conocimiento de todo lo relacionado con la preparación de ese viaje, relato lo siguiente:— En la tarde del 12 de marzo de 1880, la Comandancia General de Marina ordenó al señor Capitán de

Navío don Toribio Raygada, comandante del transporte **Oroya**, que alistara su buque para zarpar al sur horas después, y que debía también llevar izada en sus pescantes la lancha torpedera **Alianza** y recibir la carga que se le mandara. Después, esta lancha fue remolcada al costado del mencionado transporte. En la noche se constituyó a bordo el Jefe Supremo de la República señor Nicolás de Piérola y el Subsecretario de Marina Capitán de Fragata Hipólito Sánchez. Encontrándose a bordo la suprema autoridad, se izó sin dificultad la **Alianza** pero fue imposible maniobrar los pescantes, para colocarla sobre los baos. Ante esta dificultad insalvable, el Jefe Supremo, siendo ya media noche, se dirigió a bordo de la corbeta **Unión** y poco después se recibió orden de remolcar la **Alianza** al costado de la corbeta, en cuyo bordo se izó sin dificultad, amarrándosela con toda seguridad; después se ordenó al **Oroya** a cuya plana mayor pertenecía el suscrito, apagar los fuegos.— En la mañana del día siguiente más o menos a las 9 h. a.m. la corbeta se puso en movimiento, haciendo esta señal "siga las aguas de la Capitana" que era dirigida al transporte **Talismán** que pasó por nuestro costado cortándonos la proa, para unirse a la corbeta.— Nada puedo agregar con referencia al viaje que iniciaban esos buques, porque no pertenecía a su plana mayor; y que terminó con la ruptura del bloqueo de Arica, sostenido por blindados, corbetas y transportes, y que en las horas de la estadía en ese puerto, la corbeta combatió, por una banda con los buques enemigos y por la otra desembarcaba tranquilamente el material que había transportado para el Ejército del Sur, hasta el momento oportuno que le ofrecieron los bloqueadores para zarpar, burlándolos en pleno día; y después de las maniobras convenientes, dejó por la popa a los enemigos, navegando sin novedad, hasta fondear de noche en el puerto del Callao.— Con esta oportunidad que se me ofrece, debo agregar que pertenecían al servicio de la lancha torpedo **Alianza** y **República** los señores Oficiales: Teniente Fernández Dávila, Alférez de Fragata David Flores y Guardiamarina Juan C. de Mora, y que no recuerdo cómo estaba distribuido el comando de estas embarcaciones; pero el hecho es, que la **Alianza** fue al sur con el personal que anoto y que menciona el señor Coronel David Flores. La **República** quedó en el Callao a cargo del Guardia-

marina Nalvarte.— No puede mencionarse a la corbeta **Unión** sin recordar el grande y glorioso hecho naval militar realizado por esa nave, bajo el comando del Capitán de Navío señor Manuel A. Villavisencio, que tenía como segundo, al inteligente, severo y valeroso Comandante Arístides Aljovín, ambos entusiastas y valerosos.— Como se ha hecho referencia, a las facilidades para el Ejército del Sur, conviene no olvidar que días después del regreso de la corbeta **Unión**, el transporte **Oroya** fue alistado para zarpar al sur, con el fin de llevar personal y armamento para el ejército de Arequipa, y después de recibir abundante material de rifles y municiones y cuadros de oficiales, con el señor coronel Recavarren, el **Oroya** hizo rumbo al sur, hacia la playa de Ocoña, y llegado a esas aguas, se mandó a tierra una embarcación, a cargo del Alférez de Fragata señor Federico Sotomayor y Vigil, con el fin de mover a los matriculados para que se dirigieran a la caleta de Chira, situada una hora más al sur. El Alférez Sotomayor pasó momentos muy desagradables, porque la mar estaba muy movida, y al tratar de llegar a la playa, la embarcación se volcó, poniendo en peligro la vida de sus tripulantes. Felizmente la cooperación de los playeros evitó que hubiera desgracias, y se dirigieron a la caleta de Chira, a donde hizo rumbo el **Oroya** después de recibir la embarcación que mandó en comisión.— El desembarque del material y personal que conducía el transporte, se desembarcó en esta caleta durante las horas del día, pues en la noche el transporte se hacía a la mar. Después de dos días de esta faena, el **Oroya** siguió rumbo al sur, hasta el puerto de Tocopilla, ocupado por fuerzas chilenas y se capturó un pequeño remolcador, que el transporte remolcó hasta el Callao. Pocas horas se mantuvo el **Oroya** sobre su máquina en las aguas del puerto mencionado, y en seguida siguió al Callao, como dejo dicho, y a las cuarentidós horas de haber largado el ancla en el vecino puerto, se presentó en la madrugada del día subsiguiente la escuadra bloqueadora, anunciando su presencia con la explosión del torpedo que una lancha enemiga pretendió aplicarle a nuestra corbeta **Unión**. De la plana mayor del **Oroya** sobreviven los señores Contralmirante Mora y Sotomayor y el Capitán de Fragata José Morante.— Entre nosotros fácilmente se olvida la historia, y conviene presentar en todo

momento a la consideración de la juventud que se levanta, los hechos que dan gloria y prestigio a las instituciones y a la Patria. De José Gálvez el glorioso marino, que echó a pique con sus manos la torpedera enemiga, volando a la vez con su lancha, muy poco se habla, y lo mismo acontece con otros hechos, como el que paso a recordar; la lancha **Alianza** ya citada, en el glorioso día de la hecatombe de Arica, después que todas las banderas peruanas fueron arriadas en tierra por el vencedor, y que el monitor **Manco Cápac** se hundió en esas aguas, la lancha mencionada, una vez que prestó los auxilios que se le solicitaron del monitor que se hundía y cuando ya no quedaba nada a la vista de esta nave, encontrándose sola en esas aguas y sin más pabellón que el que ostentaba, hizo rumbo al norte y desde ese momento principió la persecución de los buques enemigos que disparaban su artillería para hundirla contestando la **Alianza** con los fuegos de sus rifles. Después de dos horas de caza, se retiraron uno de los blindados y la **Magallanes** continuando un transporte la persecución, hasta Puerto Inglés cerca de Ilo, en donde por gran disminución de la velocidad, fue varada en la playa y volada con un torpedo. Este hecho, realizado en tan distintas condiciones por la inmensa debilidad de la lancha y la superioridad de los perseguidores, tiene caracteres de sublimidad que no es fácil encontrar un caso igual. Sin embargo, este hecho que da gloria a nuestra Marina pasa generalmente olvidado, y por este motivo lo menciono en esta carta, para realzar el mérito del único oficial que hoy sobrevive, el señor David Flores, entonces Alférez de Fragata y hoy Coronel de nuestro Ejército, y dedicar un sentimiento de admiración y de respeto a los demás oficiales de esa pequeña embarcación, Dávila y Mora, que ya no existen, como también a los demás tripulantes que los acompañaron en esas horas de heroísmo, en que se cumplía el mandato de Bolognesi de "quemar el último cartucho".— Perdone señor Director la extensión de esta carta, y le suplico se sirva darle cabida en su acreditado diario".— **Contralmirante Mora**".

Y para finalizar con esta parte, vamos a reproducir un artículo del Capitán de Fragata Antonio Emilio Díaz: "**Sobre la expedición de la corbeta Unión**".— Señores Redactores de "El Comercio".— Muy señores míos:— El señor Coronel don David Flores,

prestigioso marino, conmemorando una fecha gloriosa de nuestra marina nacional, ha hecho una publicación en su acreditado e importante diario de fecha 17 de marzo último con el noble fin de conservar la verdad histórica de sucesos consumados en la Guerra del Pacífico, salvando la responsabilidad de nuestros ilustres gobernantes.— En mi calidad de testigo presencial de aquella jornada y como tripulante de la corbeta **Unión**, me permito exponer algunos datos interesantes relacionados con el artículo en cuestión que no debemos olvidar y que guarda reverente mi memoria.— Cabe recordar que al asumir su cargo el entonces dictador don Nicolás de Piérola en 21 de diciembre de 1879, consciente de su investidura y responsabilidad en días de suprema angustia para la Nación, su primera y preferente atención fue prestar auxilio al Ejército del Sur en campaña y a la sazón debilitado después de la gloriosa jornada de Tarapacá, que venciendo al enemigo tuvo que retroceder y encastillarse en la zona de Arica, teatro de la incomparable hazaña y heroísmo del ínclito Coronel Francisco Bolognesi el día 7 de junio de 1880.— A propósito de esto, la mente y principal preocupación del dictador fue despachar una expedición al sur compuesta de tres naves de guerra, a saber, la corbeta **Unión**, el transporte **Oroya** y guardacostas **Talismán**.— Por obra del destino, esta hábil disposición no tuvo la suerte que se esperaba. El transporte **Oroya**, cargado con los pertrechos de guerra inclusive municiones, a última hora, tuvo tropiezos para izar a su costado la lancha torpedera **Alianza** y acto continuo el dictador en persona se constituyó a bordo de la **Unión** y a medianoche dio orden que todo el contingente embarcado en el **Oroya** fuera trasbordado a la **Unión** y una vez presenciada por él esta maniobra de izar al costado de la corbeta **Unión** la mencionada lancha, se impartió la orden de salida, zarpando del puerto del Callao en convoy con el **Talismán** que llevaba a su bordo el Estado Mayor del General Beingolea con el personal de los más expertos artilleros para reforzar a la guarnición del Morro; y con el envío de la torpedera **Alianza** aumentar la flota de Arica compuesta sólo del monitor **Manco Cápac**.— Al arribar a Quilca se perdió el convoy de noche y confundiendo el **Talismán** por buque enemigo a la nombrada corbeta **Unión** aguantada sobre la máquina en el mencionado puerto, re-

solvió su regreso al puerto de Pisco, perdiendo así comisión tan importante, que lamentó con desesperación el dictador.— En la madrugada del día siguiente 17 de marzo de 1880, la corbeta **Unión** forzaba el bloqueo de Arica y se perdió también, por la suerte de las armas, la importantísima comisión que debía desempeñar en los mares del Sur haciendo de corsario para los buques cargados de salitre despachados de puertos peruanos y bolivianos ocupados por Chile. Cumplida su comisión la corbeta **Unión**, de arribar antes al puerto de Arica y después de sostener reñido combate con una división de la escuadra chilena, las averías causadas principalmente en su máquina y calderas después de producido el incendio a bordo, que motivó la orden del General en Jefe Contralmirante Montero de varar la nave y desembarcar la artillería.— El arrojo y pericia del Comandante Villaviscencio ejecutando una hábil y atrevida maniobra puso a raya a los bloqueadores y burlando su inmensa superioridad rompió por segunda vez el bloqueo ante las aclamaciones de las escuadras extranjeras que ocupaban al norte de la bahía la zona neutral. Así, pues, impedida de continuar su viaje al sur, la corbeta **Unión** fue obligada a regresar al Callao a reparar serias averías de consideración e impedida nuevamente de salir con el bloqueo del puerto del Callao por toda la escuadra chilena el 9 de abril de 1880.— Viene al caso rememorar la siguiente publicación que hice en el diario **La Prensa** de 20 de marzo de 1924, rectificando un artículo contenido en el periódico **La Sanción** del Callao fechado en 16 de marzo del mismo año 1924 y que en copia fiel a la letra dice:— S.S. Redactores de **La Sanción**.— Callao.— Muy señores míos: Con marcado interés y verdadero asombro he leído el número 448, de su importante periódico fecha 16 de marzo actual, que se edita en ese puerto, haciendo ustedes la reseña histórica de un episodio glorioso realizado en las aguas del puerto de Arica por nuestra corbeta **Unión** en la fecha clásica, 17 de marzo de 1880, durante la guerra con la república de Chile. Y digo con verdadero asombro porque lastima el patriotismo cuando menos, la ignorancia de hechos no tan lejanos, para no permitir rectificarlos por testigos de aquella célebre jornada.— De la plana mayor de la mencionada corbeta sobreviven aún, además del señor capitán de navío, hoy nuestro benemérito

Vicealmirante don Manuel Antonio Villaviscencio y los entonces guardiamarinas señores Enrique Gamero, Tomás Lama, Alfredo Villaviscencio y el suscrito.— Han transcurrido 44 años de esa memorable fecha para que hoy se nos invente un cuento o novela apareciendo con el comando de dicha nave su segundo jefe capitán de corbeta don Arístides Aljovín en la acción naval de forzar doblemente el bloqueo de Arica.— Esto aparentemente no tiene otro fin que pretender desvirtuar los méritos y laureles que corresponden señaladamente a su primer jefe capitán de navío señor Villaviscencio, que ninguno de sus subordinados jamás dejó de reconocer.— Tan digna, elevada, valerosa y patriota fue la conducta de ambos jefes como la de su brillante oficialidad, ocupando cada cual su puesto de honor; y con el que nuestro ínclito Vicealmirante casi perdió la vida, combatiendo en el puente de su nave, destrozado por bomba enemiga. Es así, señores redactores, que para realzar el distinguido comportamiento y mérito indiscutible de uno de nuestros más prestigiosos marinos y de mayor lustre el Comandante don Arístides Aljovín, no era indispensable, ni menos es hacer labor justiciera, querer opacar hoy temerariamente el resplandor glorioso de otro marino insigne, nuestro venerable Vicealmirante, que durante las largas y difíciles operaciones de la campaña marítima en distintas condiciones del servicio y al mando de otras naves dió numerosas pruebas de serenidad y comprobada competencia. Y para que ustedes no confundan los hechos históricos, me permito proporcionarles por vía de ilustración un dato interesante para la misma historia y es que efectivamente el Comandante Aljovín fue nombrado jefe interino de la mencionada corbeta **Unión**, un mes antes de la destrucción de nuestra escuadra mientras el Comandante Villaviscencio era nombrado jefe de la fortaleza **Piérola** en la cumbre del cerro de San Cristóbal; y que la orden del dictador Piérola fue fielmente cumplida con la destrucción de las baterías y fuertes del Callao y el hundimiento de todos nuestros barcos de guerra a continuación del desastre de nuestro ejército nacional en los campos de San Juan, Chorrillos y Miraflores y para no entregar elementos de guerra a nuestro enemigo invasor. Agregando que el bloqueo de nuestro primer puerto duró nueve meses de reñidos combates y bombardeos, del 9 de abril de 1880 en cuya madrugada

un torpedero enemigo atacó sorpresivamente a la nombrada corbeta, estallando su torpedo sin lograr herirla, siendo dos veces rechazado por un nutrido fuego de cañón y fusilería de a bordo, dirigido personalmente por su mismo comandante, hasta el 17 de enero de 1881, que tocó en suerte al valeroso Comandante Aljovín hundir la gloriosa nave en las memorables aguas del Callao y uno de sus mástiles se ostenta gallardamente en el edificio de la Escuela Naval de **La Punta**, como timbre de orgullo nacional.— Con estos datos pueden ustedes dar por terminada mi rectificación. Esperando de la hidalguía de ustedes, señores redactores, que debo reconocer en los personeros de la prensa sería e independiente, no dudo sabrán dar lugar preferente a esta publicación en homenaje a la verdad histórica, con el honor con que me es grato suscribirme de ustedes muy atento y S.S.— (Firmado) **A. Emilio Díaz**, Capitán de Fragata de la Armada Nacional, sobreviviente de Arica". — Quieran ustedes señores dar cabida en las columnas de su importante diario a la presente exposición de hechos y acontecimientos históricos que han de formar la conciencia nacional, con la honra que tengo de suscribirme de ustedes obsecuente seguro servidor.— **Antonio Emilio Díaz**.— Capitán de fragata veterano de la Guerra del Pacífico.— Magdalena del Mar, jirón Castilla N° 926".

El Contralmirante Lizardo Montero, marino que consagró la vida al beneficio de su Patria y la sirvió siempre con amor y verdadera abnegación, carece de una biografía que merezca la pena citar. Casi está olvidado quien hiciera resaltar que el amor a nuestra institución sigue inmediatamente al amor a nuestro Perú, siendo la Marina su más fiel cristalización; ahora parece que el destino le reserva una mala partida, precisamente a él uno de los miembros más ilustres y prestigioso que ha producido la Armada. Imposible es narrar un largo período de la historia naval, sin que surja la pericia y el valor de Montero, sin que se pueda silenciar su múltiple labor con ejemplos a cada paso de virtudes militares que imitar. Sería suficiente lo anterior a fin de que la biografía de este gran jefe, se hubiera escrito con el mayor interés y el más elevado amor y no ha sido así. En muchas líneas anteriores nos hemos ocupado de Montero, empero ese ligero esbozo habría poseído su verdadera esencia si a la mano hubiéramos con-

tado un estudio serio y digno del personaje, de un hombre que fue en vida un actor político y profesional de alta jerarquía, poniendo a prueba su impetuosidad y valor en diversas acciones de armas; que sus ascensos conquistados grado a grado, por escala rigurosa de promociones merecidas, jamás fueron tachados por nadie. Contralmirante de nuestra Armada, General del Ejército peruano, General del Ejército boliviano, Senador de la República, Jefe Supremo de ella, concurrente a muchas batallas entre las que podemos citar la del 2 de Mayo, la de Tacna y las jornadas de San Juan y Miraflores, el Contralmirante Lizardo Montero está reclamando una biografía digna de él.

Nacido en Ayabaca el 27 de mayo de 1832, educado en el Ecuador, ingresó muy joven a nuestra Armada y dejó de existir en Lima, poco antes de cumplir los 73 años de edad, el domingo 5 de febrero de 1905. Lo había asistido durante su enfermedad el Dr. Wenceslao Salazar y, después del deceso, el cadáver era embalsamado por el Cirujano Mayor del Ejército Dr. Evaristo Chávez. El lunes 6 de febrero publicaron los diarios de la Capital la noticia de la muerte de Montero y algunas referencias respecto de la vida de este heroico marino; los avisos de defunción, que entonces aparecieron, correspondían al Club de la Unión, al Consejo Supremo de Guerra y Marina y a la familia. Ese mismo día lunes a las 9 de la noche, era trasladado el cadáver del "General y Contralmirante", como ponían los periódicos, de la casa mortuoria situada en el Paseo Colón al local del Estado Mayor General del Ejército.

Colocado el ataúd en el carro especial de la Bomba **Roma**, un lucido cortejo de numerosas personalidades acompañó el acto, pudiéndose citar entre ellas al Coronel Somocurcio, Edecán de S.E. el Presidente de la República, al Coronel Muñiz, Ministro de Guerra y Marina, al Coronel Ugarte, Jefe del Estado Mayor del Ejército, al General César Canevaro, Presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, al General Belisario Suárez, al Sr. Carlos M. Elías, Director de Beneficencia, al Contralmirante Melitón Carvajal, etc. Arrastraron el duelo los señores Antonio Elías, Nicanor Alvarez Calderón y un edecán del Presidente. La marcha del cortejo venía a cerrarla una compañía de Infantería con banda de músicos

y estandarte enlutado, la cual más tarde veló el cadáver en la capilla ardiente, preparada en la sala donde entonces funcionaban los Consejos de Guerra; al mismo tiempo, el Capitán de Estado Mayor Enrique Bar, nombrado para ese servicio, veló también el cadáver. Simple nos sería imaginar cómo al correr la noticia por la Capital del anterior traslado de los restos mortales de Montero, a los que el Gobierno había decretado los honores de Ministro de Estado, se conmovió la población abundando los curiosos que se apresuraron a ubicarse en los mejores sitios de las diferentes vías del fúnebre desfile y no existía un solo balcón desocupado; noche de pleno verano, cuando las gentes no desean acostarse temprano, fueron empujadas a las calles con suma facilidad y, además, todos tenían conciencia que la ceremonia constituía algo muy solemne. Por este motivo, miles de personas empezaron desde que anocheció a estacionarse en las veredas por donde se conocía debía pasar el cortejo y en todo momento fue posible apreciar las manifestaciones de un verdadero duelo nacional. El Contralmirante Montero había sido querido por el pueblo, al que conquistó con su fama de valiente y su carácter alegre, junto con sus dichos ingeniosos que soltaba con un vozarrón que hacía temblar las paredes; de elevada estatura, bastante delgado, recto como una espada, siempre de levita negra y sombrero de copa, su figura alcanzó una popularidad simpática, repitiéndose de barrio en barrio sus salidas llenas de picardía y buen humor. Cuando lo saludaban por cariño con el título de "presidente", respondía con su gran voz: "No de Palacio, sino de los Mercados".

El miércoles 8 de febrero de 1905, los rotativos de la Capital ofrecen la narración de la ceremonia realizada para llevar el cadáver de Montero desde el local del Estado Mayor General del Ejército al templo de Santo Domingo, el día anterior 7 de febrero.

Entre esas crónicas citaremos la de **El Comercio** de Lima que reproducimos a continuación en sus líneas principales. Dice así: "A las 9 de anoche se verificó la traslación del cadáver del General Montero, de la capilla erigida en el local del Estado Mayor del Ejército al templo de Santo Domingo, donde se realizarán hoy las exequias de carácter oficial. El cadáver estuvo expuesto durante el día de ayer. Hallábase vestido de etiqueta y sobre el ataúd se

veía el uniforme de gala de Contralmirante, ostentando las medallas obtenidas en las diferentes campañas en que tomó parte el extinto. El ataúd fue colocado en el carro mortuorio de la Bomba Roma, que rodeado de hachones emprendió la marcha a Santo Domingo, por las calles de Universidad, Inquisición, Zárate, San José, Arzobispo, Plaza de Armas y Correo. El carro iba custodiado por cuatro soldados de Artillería. Detrás seguía el cortejo fúnebre. Arrastraban el duelo el Edecán de S.E. el Presidente de la República y continuaba el Ministro de Guerra, el Jefe del Estado Mayor del Ejército, el General César Canevaro, don Nicanor Alvarez Calderón y don Antonio Elías; el Contralmirante Villavisencio, el Contralmirante Melitón Carvajal, los Capitanes de Navío: Gárezon, Mora y Raygada; el General Echenique, el General Suárez, el doctor Espinosa... (siguen otros nombres).— Cerraba la marcha una sección de Artillería de Montaña con estandarte enlutado, banda de guerra y de músicos.— Numeroso gentío ocupaba las calles del tránsito. Los aparatos florales iban colocados en tres carruajes descubiertos. Al llegar el cortejo al templo de Santo Domingo fue recibido por la comunidad dominica, presidida por el Prior R. Padre Yépez, entonando un responso y con cirios en las manos. El ataúd fue colocado sobre un catafalco levantado delante del presbiterio. — Todo el templo se hallaba severamente enlutado.— El féretro es de acero de novísimo estilo''. Hasta aquí el cronista, pero figurémonos este nuevo desfile nocturno, al que había servido de triste prólogo el de la noche anterior y, por lo mismo, el público aumentó en forma apreciable porque se conocían mejor todos los detalles y unos fueron ganados por el relato de los otros, de los que vieron la escena del 6, acentuándose la curiosidad general de la población. Quienes describen este acontecimiento y lo hemos oído contar por la boca de tantos veteranos que hoy duermen el sueño eterno, aseguran cómo el tránsito del fúnebre convoy, con los hachones ofreciendo una impresión aflictiva, tal conjunto obligaba a que las personas sin pensarlo casi se inclinaran reverentes ante el paso del ataúd, notándose en todos los semblantes la pena y el respeto. Entonces, una gran mayoría de mujeres de edad usaban la llamada "manta de vapor", por cuyo motivo esa noche las calles se vieron pobladas de negros bultos, que acentuaban lo té-

trico del espectáculo. Mientras los fúnebres despojos pasaban pausadamente, el gentío iba agregándose a la comitiva, de manera que cuando los restos llegaron a la Plazuela de Santo Domingo, la concurrencia que se sumó a los que ya estaban en este sitio, formó una masa imponente para la época.

La despedida debía ser digna de Montero. No olvidemos la novedad del ataúd de acero, respecto al cual se levantaron tantos comentarios en la Capital, que su precio tan elevado, que no era muy cristiano reemplazar la madera por el metal, que era muy pesado, que era feo o que era bonito, que esto o que aquello: sin embargo se convino en que el suceso significaba una excepción, un miramiento; pero, tampoco omitamos que dentro hallábase acomodado de rigurosa etiqueta el cadáver del marino que fuera uno de los **Cuatro Ases** de la Armada, junto con Grau, Ferreyros y García y García. Paisano y amigo íntimo del Caballero de los Mares, podíamos citar muchos ejemplos de esa relación espiritual y como no deseamos dilatar estas líneas, sólo dejemos que nuestro historiador Manuel I. Vegas nos cuente dos episodios. Explica Vegas: "A raíz del Combate del 2 de Mayo se creyó conveniente llevar la guerra a las colonias españolas del Pacífico y sin saberse por qué, contrató nuestro Gobierno para dirigir esas operaciones al Almirante yankee Tucker. Eran otros tiempos. La División Naval entera protestó y no quiso reconocer a ese jefe y entre los jefes traídos al Callao, venían el Capitán de Navío Montero y el de Fragata don Miguel Grau. Mientras se les seguía el juicio respectivo, fueron confinados en la isla de San Lorenzo donde se aburrían soberanamente en los primeros días; mas, como buenos marinos, pronto improvisaron una serie de diversiones entre las que, por supuesto, no faltaban los **matches**. Cierta día se concertó uno de natación entre Montero y Grau. Señalada la distancia por medio de un bote, con la ropa de baño puesta y hecha la señal por el juez, se lanzaron los contendores agua adentro nadando hacia la meta con todas sus fuerzas. Grau fue sacando ventaja poco a poco hasta llegar primero y, esperando que llegara su contrincante **le atizó** en plena cabeza lo que llaman los muchachos un certero **zapatazo** que hirió sin sangre, a su paisano y amigo. Pocos días después se concertaba un asalto de esgrima entre los dos piuranos y entonces

se vengó Montero propinándole media docena de buenos cintarazos".

De esta manera llegamos a las exequias e inhumación de los restos del Contralmirante Montero, el día miércoles 8 de febrero de 1905. En el Callao, este día a las 8 de la mañana cuando las poquísimas y pequeñas naves de guerra con que entonces contábamos, izaron sus pabellones, de inmediato procedieron a colocarlos a media asta y, casi en seguida, desembarcaron las comisiones de oficiales que estaban nombrados a fin de asistir a los funerales en Lima, lo mismo que la tropa de marinería. Reparemos que por esa época no podíamos poner en tierra sino una compañía incompleta de marinería, precisamente nosotros que en tiempos no muy anteriores tuvimos un regimiento de tropas de desembarco. Por otra parte, a la hora del entierro de Montero, la nave capitana efectuó una salva de once tiros de cañón. A todos estos movimientos, vino a sumarse el crucero alemán **Faulke**, el cual se encontraba de visita en el Perú.

Respecto a la Villa tres veces coronada, desde temprano las músicas militares señalaron el paso por la ciudad de los batallones de nuestro Ejército, que iban marchando hacia el templo de Santo Domingo. Cuentan las crónicas de esa fecha que a las nueve y media de la mañana, hora programada en la orden de la guarnición militar de la Plaza, estacionaron en las calles adyacentes al mencionado templo, tropas de las tres armas con uniforme de parada, crespón de duelo al brazo, banderas con corbata negra y armas a la funerala, lo mismo que una compañía de desembarco. Las tropas venían a constituir una división, siendo mandada por el Jefe del Regimiento de Artillería de Montaña, Coronel Varela, que a caballo era seguido por su Estado Mayor también montado. Los Escuadrones N° 5 y N° 11, ocupaban las calles del Pozuelo y Plumereros; los Batallones N° 7 y N° 9, las calles de Veracruz y Matavilela; y cuatro baterías de artillería, la calle de Aumente.

Todos sabemos que el templo de Santo Domingo es bastante hermoso y con su convento constituye una verdadera joya colonial; pertenece a una orden cuyos padres fueron de los primeros en pisar las playas del Perú; posee varias urnas con las reliquias de

santos nacionales, digamos Santa Rosa, Fray Martín de Porras y Fray Juan Masías. La iglesia en cuestión, en la fecha a que nos estamos refiriendo, desde temprano había estado muy concurrida, presentando un imponente golpe de vista. La nave central se encontraba cubierta de grandes cortinajes negros, sembrados de lágrimas blancas: unas cenefas blancas, orladas de luto, se desprendían del cornisamiento superior, entre arco y arco. En el fondo, cubriendo el presbiterio, se alzaba el catafalco, de construcción severa a la vez que sencilla y elegante, rodeado de flameros, obra de la Casa de pompas fúnebres Berghusen. A los pies del túmulo se había colocado un trofeo de guerra con armas y rodeado de palmas y laureles; en la cabecera iba el estandarte nacional, cubierto con un velo negro.

Leemos en la edición de **El Comercio** de ese día que, una gran cantidad de coronas, cruces y demás aparatos florales se hallaba distribuida en derredor del túmulo; mientras cuatro soldados hacían la guardia al cadáver y, en la puerta principal, una sección de Artillería cumplía su misión. Como es posible apreciar, en este momento eran por completo los funerales de un General, y nada de la Armada se hizo presente aquí: ni comisión de Oficiales de Marina, cerca del cadáver; ni un piquete de alumnos de la Escuela Naval, el cual se mantuviera al pie del túmulo, haciendo la guardia de honor a los restos; ni un par de marineros, escogidos de dos buques diferentes, para que se leyera los nombres en la cita de la gorra, como en la época se usaba, marineros que podían haber acompañado a los soldados; ni cuatro oficiales de mar; con sus sables de abordaje, en la puerta principal montando la guardia. Se trataba de Montero, marino ilustre que llegado a Contralmirante, había sido, en la Guerra del Salitre, jefe de Bolognesi, de Cáceres, de Canevaro, etc.; pero también jefe de cien marinos heroicos; ascendido a Capitán de Navío efectivo el 8 de agosto de 1865, un mes antes que Manuel Villar, el héroe de Abtao, y tres años antes que Miguel Grau, el héroe de Angamos, para él eran unos muchachos Diego Ferré, Leoncio Prado, Gervasio Santillana, José Melitón Rodríguez, Carlos de los Heros, etc.

Oficialmente vino a señalarse en el programa respectivo, la forma como serían llenados los sitios dentro del templo de Santo

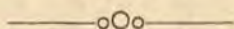
Domingo, por las personas que debían asistir a las ceremonias religiosas. Fue nombrada una Comisión que estuvo formada por el doctor Juan Esteban Guzmán, Relator del Consejo Supremo de Guerra y Marina, y por el doctor Luis Felipe Paz Soldán, Relator Secretario de la Zona Militar. Ofrece **El Comercio** de Lima, edición de la mañana del miércoles 8, la relación de los concurrentes, quienes ocuparon los asientos de la nave central, al lado del Evangelio y de la Epístola respectivamente. De esa lista, que no tendría objeto repetirla en su totalidad, sacamos los siguientes nombres: Edecán de S.E. el Presidente de la República Coronel Huguet; Ministro de Relaciones Exteriores; Irving B. Dudley; Agustín Arroyo; Richard R. Neill; Ministro de Guerra y Marina; José Payán; J. Salvador Cavero; Manuel María del Valle; Julio Normand; Ricardo W. Espinosa; J.E. Guzmán; F. Barreda y Osma; Contralmirante Carrasco; Nicanor Alvarez Calderón; Almirante Napoleón Canevaro; Ismael de la Quintana; Gustavo Escudero; Juan C. Bendezú; Dálma-ce Moner Tolmos; General Andrés A. Cáceres; Paulino Fuentes Castro; Contralmirante M. Villavisencio; Felipe N. Huguet; General B. Suárez; Jesús Elías; Coronel J. La Puente; Francisco Bazo y Basombrío; Coronel Vicente Ugarte; Coronel Guillermo Byrne; Andrés Alvarez Calderón; Ezequiel Alvarez Calderón; Pedro Oliveira; José Manuel Pereyra; Samuel H. Palacio; Luis Salazar del Valle; Francisco J. Eguiguren; General C. Canevaro; Luis Felipe Paz Soldán; Luis Elías Elías; Francisco A. Canevaro; Crisanto Elías; Ricardo Leoncio Elías; Cesáreo Chacaltana; etc.

Terminada la vigilia, se dió comienzo a la misa oficiada por el R.P. dominico Angélico Bejarano, con acompañamiento de orquesta, hábilmente dirigida por el maestro G. Chávez. A continuación copiamos de las ediciones de la mañana y la tarde de **El Comercio**, los datos que siguen: "A las once y media terminaron las exequias. La concurrencia salió del templo para ocupar los carruajes del cortejo fúnebre y el ataúd fue descendido del catafalco y conducido a la lujosa carroza, estacionada en la puerta del templo. En este trayecto tomaron las cintas: el Edecán de S.E. el Presidente de la República, el Ministro de Guerra y Marina, el Ministro de Relaciones Exteriores, el General A. Cáceres, el Presidente de la Corte Suprema de Justicia y el Contralmirante M. Villavisen-

cio. Una vez colocado el ataúd en la carroza fúnebre, el cortejo emprendió marcha al Cementerio general en este orden: cuatro baidores; carroza fúnebre; carruajes descubiertos con aparatos florales; cuatro carruajes del Gobierno. En el primero iban: el General Canevaro, el Sr. Carlos M. Elías, deudo del extinto, el Edecán de S.E. Coronel Huguet y el doctor Eguiguren. En el segundo: el Ministro de Relaciones Exteriores doctor Prado, el Ministro de Guerra y Marina Coronel Muñiz, el General Echenique y el Coronel José R. de la Puente. En el tercero, Vocales de la Corte Suprema; y, en el cuarto, los Generales del Ejército y Contralmirantes de la Armada. El resto de la concurrencia ocupaba más de quince coches particulares y sesenta de plaza. Cerraba la marcha la marinería y el ejército, al compás de marchas fúnebres.— El cortejo siguió de frente hasta la Inquisición; de allí, por la Universidad, Colegio Real, Santa Clara y Mercedarias.— A la una y cuarto llegó el cortejo fúnebre al Cementerio general. Cuando el ataúd fue conducido de la carroza a un nicho del Cuartel de San Antero, tomaron las cintas los siguientes señores: Edecán de S.E., Coronel Huguet; Contralmirante don Melitón Carvajal; Capitán de Navío don Toribio Raygada; Director de Guerra, Coronel Eléspuru y General ecuatoriano Veintemilla".

Antes de la inhumación del cadáver, se leyeron los discursos y, después una Compañía de Artillería hizo las salvas de ordenanza: once tiros de cañón que no oyó sino en la gloria el viejo marino; pero los sintieron todos los peruanos, a través de las informaciones periodísticas y es lástima que hoy el olvido intente vencer a la inmortalidad. Entre los que pronunciaron las palabras de despedida, estuvo el entonces Capitán de Navío don Toribio Raygada y Oyarzábal, también notable marino, descendiente de familias distinguidísimas y de abolengo ilustre. Precisamente por esos días cumplía cincuenta años de servicios prestados a la Nación y debía ofrendarle diez años más hasta su muerte en 1916. Asimismo anotaremos que poquisimo tiempo después del sepelio de que nos estamos ocupando, ascendería por méritos propios a la alta clase de Contralmirante. Raygada había estado a las órdenes de Montero durante el glorioso 2 de Mayo de 1866 y lo acompañó a Bogotá, en seguida del rechazo de la agresión de Méndez Núñez.

Durante la Guerra del Salitre, Raygada comandó el transporte **Oroya**. He aquí sus palabras en la ceremonia de la inhumación de los restos de Montero: —"Permitidme, señores, que, como subalterno, como compañero y como amigo del ilustre extinto, una mis dolientes homenajes a los que se tributan a estos sus queridísimos restos, vertiendo también sobre ellos una lágrima del corazón.— Acaba de trazarse en elocuente síntesis la figuración pública del Contralmirante Montero; yo sólo quiero evocar su personalidad privada, para explicaros la honda pena que hoy sentimos ante su llorada muerte.— Jefe, sabía inspirar a sus subordinados la severa disciplina del cariño, dulcificando las imposiciones del deber; compañero, cuantos tuvimos ese honor, éramos la familia de sus predilecciones; amigo, nadie como El rindió culto a este nobilísimo sentimiento. Y he aquí por qué todos los que estuvimos a su lado lo amábamos en vida y lamentamos su desaparición con esa congaja que uniforma, al mismo tiempo, el respeto, la gratitud y el afecto.— La Marina peruana pierde, pues, uno de sus más proficuos representantes, y guardando en tal memoria sus hechos, no olvidará ¡más que sobre la cubierta de sus buques se alzó uno de los más valerosos compañeros que glorificaron su bandera.— ¡Jefe, compañero y amigo, adiós!"



Con More sucede algo semejante respecto al apellido que con el gran Almirante Guise, porque a éste corrientemente se le coloca una doble **s**, la cual nunca usó, e incorrectamente vemos escrito **Guisse**; en cuanto a More, suele ponérsele una doble **o** y se lee **Moore**, un apellido distinto al que le corresponde. Bastaría examinar sus firmas originales y dar un vistazo a sus escudos de nobleza y a los títulos honoríficos de sus antepasados.

A More se le ha juzgado mal y con el correr de los años se van sumiendo en el olvido, no sólo los detalles de su vida sino la heroicidad que demostrara. Alguien ha dicho que fue un personaje de mala suerte; podíamos, también, afirmar que le persiguió el infortunio y esta explicación, en realidad, no justifica nada. Por muchos motivos impónese la obligación que debe escribirse una biografía completa del Capitán de Navío Juan Guillermo More.

Fue un marino notable, con experiencia y lucida actuación: ¿por qué no ha tenido una pluma que lo retrate de cuerpo entero? En último caso, si pudo estar determinado con un sello de sangre o desgracia, en cambio nos mostró un rumbo de redención, junto a Bolognesi.

Claro está que para el Perú de 1879, tuvo una importancia capital la desgracia de Punta Gruesa y More se dió cuenta perfecta de ello, de modo que para uno y para otro constituyó un golpe mortífero. Poseemos la información segura de cómo More estuvo poseído por el fervor de una fe religiosa del más puro catolicismo, y esto sin duda alguna vino a salvarlo de cometer una locura, en medio de su filosofía casi desesperada. En los arcanos de su espíritu, juzgaba la vida lo mismo que una pesada carga y, en cambio, la muerte como una liberación. Este asunto fue comprendido muy bien por la esposa de More, dignísima matrona hija del famoso General Medina, que en el retrato mandado pintar a la muerte de su marido, hizo poner dentro de un pequeño escudo una leyenda más tarde borrada, pero aún posible de leer con gran esfuerzo: "Punta Gruesa fue mi Infierno y Arica mi Gloria". El óleo en cuestión se encuentra ahora en el Museo Naval del Perú, obsequiado por los nietos del Comandante More.

Examinemos en una carta náutica el litoral de Tarapacá, aquel tramo de costa entre la Quebrada de Camarones hasta el Loa, unas 137 millas antes tan nuestras y hoy perdidas a consecuencia de la Guerra del Salitre. Allí los accidentes geográficos costeros son pequeños: ensenadas, ancones y bahías que la cortan con débil pronunciamiento y con puntas poco salientes. Vayamos siguiendo de Caleta Buena al sur de Mejillones, para pasar de Punta Ballena a la Punta del Colorado; y luego, por Punta Piedras a la Bahía de Iquique, a la Caleta Cabancha, a la Playa Brava, a la Bahía Chiquinata, a la Caleta Molle, esto es, a uno de los lugares por donde exportamos salitre y que tuviera una intensa vida cuando estaba en nuestras manos. De Molle sigue Punta Colorada y, después, Punta Gruesa.

Al respecto dice el **Derrotero de la Costa del Perú**, publicado en 1870 por el Capitán de Navío Aurelio García y García, que era usado en la época por todos los marinos nuestros: "**Punta Grue-**

sa.— Esta se desprende del cerro de Tarapacá. Es de rocas oscuras y altas que avanzan poco sobre el mar en forma convexa. Varias piedras se apartan de la punta y algunas se separan hasta poco más de media milla. **TODAS SON VISIBLES**". Tal cosa se creía nueve años antes de la Guerra del Salitre, mas en 1885 los chilenos llevaron a cabo exploraciones hidrográficas en el litoral de Tarapacá y de ese estudio firmado por el Capitán graduado de Fragata Manuel Señoret, sacamos las siguientes líneas: "**Punta Gruesa**.— Esta punta, tan célebre por el combate sostenido frente a ella por nuestra **Covadonga** contra la fragata peruana **Independencia**, y que tan fatal fue para esta última, es la más notable de esta parte de la costa. Es ancha, de base redondeada, y despide numerosos bajos de que hábilmente se aprovechó el Comandante Condell, de la **Covadonga**. La playa de la punta es roqueña, cortada por una que otra mancha de arena, y en ella suele a veces encontrarse desembarcadero. Detrás de la punta se elevan los cerros del cordón de la costa, y dominando a estos, a 1067 metros sobre el mar, el morro de Tarapacá. Entre el pie de los cerros y el mar, el terreno está sembrado de montículos de 20, 40, 60, y más metros de elevación.— Los bajos de Punta Gruesa corren alrededor de ésta internándose al mar principalmente al norte y NO. En esta última dirección encalló la fragata **Independencia** sobre una roca situada a 800 metros de la costa y sobre la que a menudo rompe la ola. La **Covadonga** pasó entre esta roca y la orilla por un canalizo que los pescadores llaman EL PASO y en el que en circunstancias ordinarias no se experimenta la mar arbolada, casi constante sobre todo el bajo; aprovechan esta circunstancia los pescadores para evitar el largo rodeo por fuera.— Toda la parte desde media distancia entre la punta más saliente de Punta Gruesa y Punta Colorada y hacia el oeste de aquella está materialmente sembrada de rocas, y es de admirar cómo la **Independencia**, con su gran calado, pudo pasar impunemente hasta ir a encontrar su tumba tan cerca de la orilla. Navegando la **Pilcomayo** en demanda del bajo a dos millas de la costa, con la prudencia que puede suponerse, se encontró con bajos por la proa a dos cables y bajos a babor a igual distancia, abalizados por el color del agua. Largada el ancla se pudo echar algunas sondas sobre esos peligros que

son simples eslabones de la cadena que rodea a Punta Gruesa.— Punta Gruesa no debe pues acercarse más de dos y media millas y las naves que se dirijan a Molle o a cualquier otro punto de la Bahía Chiquinata, deberán barajar también su costa NE. a igual distancia". Por supuesto que el Comandante Señoret no dice nada de que el Comandante Condell de la **Covadonga**, estaba asesorado por un práctico inglés, embarcado con toda oportunidad desde días antes de la acción con la **Independencia**.

A fin de poseer una mejor información del ilustre marino de que nos estamos ocupando, reproduciremos la corta exposición que realiza en sus **Crónicas de la Marina del Perú** el Capitán de Fragata Manuel I. Vegas: "**SILUETA DE MORE.**— Una de las figuras más interesantes de nuestra Marina fue, sin duda, el Capitán de Navío don Juan Guillermo More. Pocos oficiales navales habrán reunido tantas cualidades sobresalientes como ese distinguido e infeliz jefe.— Profundos y excepcionales conocimientos maríneros en infinidad de ocasiones demostradas; sereno valor hasta el estoicismo; caballero a la manera de los mejores escoceses, de quienes descendía; humano, hasta el punto de inculparse faltas ajenas; finamente educado, en donde estuviese, se conducía como en un salón y todo esto realzado por un hermoso físico: recio y alto, de azules ojos y tez pálida. En el combate de Abtao el 7 de febrero de 1866 fue citado en la orden del día por su extraordinario valor, y cuando después del combate venía a Valparaíso la escuadra peruana, salvó a su buque de un tremendo temporal; la fragata **Apurímac** (que era el buque) había perdido su hélice y venía remolcada por el **Huáscar**, cuando se desarrolló el temporal y el remolcador tuvo que soltarse para capearlo, abandonando a la fragata a su propia desesperada situación. En toda época se ha convenido en que la sangre fría y tenacidad de More salvaron al buque.— Se reconoce también en todo el mundo que, la traída de los monitores desde Pensacola (Florida) fue una excepcional hazaña marítima y More, el comandante de uno de ellos, se distinguió en la travesía.— Delicado encargo se le dió en 1877 al nombrarlo Comandante General de la Escuadra perseguidora del sublevado **Huáscar**. ¡Cuánta nobleza, caballerosidad, diplomacia y firmeza raras mostró para convencer al caudillo revolucionario, para que depusiese

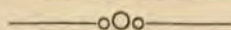
las armas y con cuánto éxito! El Gobierno de entonces desconoció las capitulaciones firmadas en Iquique. More renunció inmediatamente al mando en documento admirable por la prudencia, los sentimientos innatos en él, como el respeto a la palabra empeñada y el amor profundo a la dignidad de nuestra Marina.— Sobrevino la guerra con Chile. Entre todas las faltas cometidas por nuestros gobiernos respecto de la Marina, la más grave era la de no haber preparado artilleros. Sin saber a ciencia cierta en dónde estaba la escuadra enemiga, se ordenó al **Huáscar** y a la **Independencia** que rompieran el bloqueo de Iquique. Grau manda el primero, More la segunda. Sin artilleros, estas dos víctimas de la incuria nacional, intentaron el ataque al espolón; ¡pero con qué diferentes resultados! El 21 de mayo se presentan a la vista de Iquique bloqueado por la **Esmeralda**, la **Covadonga** y el **La Mar**. Grau ordena a More se haga cargo de la **Covadonga**. Desde aquel momento empieza la caza fatal: la **Covadonga** hábilmente pilotada por el práctico Stanley, se mete entre los arrecifes de Punta Gruesa; la **Independencia** la cañonea infructuosamente a distancia considerable. Entonces More pierde la cabeza. ¿Cómo se la va a escapar esa ridícula presa? ¿Qué dirán de él? Entre tanto esa gente indisciplinada, cogida en el Callao en el apresuramiento de los últimos momentos, arma una batahola infernal; no deja oír voz y More enardecido, atolondrado, avanza al espolón, se mete en Punta Gruesa y pierde su hermoso buque. ¡Qué enorme desgracia! ¡Un brillante jefe, en la más señalada ocasión de su larga carrera, sacrifica un gran navío e inclina aún más la balanza del triunfo en favor del enemigo!— Los últimos meses de su vida sólo él pudiera haberlos contado. ¡Cuán amargos fueron seguramente! Absuelto por el Consejo de Guerra, no lo fue por su conciencia y cuando se le nombró jefe de las baterías del Morro de Arica, fueron innumerables las veces que, modestamente, pero con todas las fuerzas de su grande alma, buscó la muerte. A bordo del **Manco Cápac**, sin puesto alguno; en plena cubierta, salía al encuentro del hierro enemigo. Sus sentimientos extremadamente elevados desecharon el suicidio, porque no era capaz de desertar del dolor y cuando se quemó en Arica el último cartucho, cayó al lado del inmortal Bolognesi con el cráneo destrozado por feroz culatazo”.

En los meses finales de 1877, dirigió una comunicación el Ministro Plenipotenciario del Perú en Londres al Ministro de Estado peruano en el Despacho de Relaciones Exteriores, solicitando la copia de una carta que fuera publicada en un diario de Lima, por el comandante de la **Independencia**, Capitán de Navío Juan Guillermo More. Por esa época estaba en Inglaterra en plena boga el famoso asunto de Pacocha y se trataba de juzgar al Almirante de Horsey por una Corte naval; el sentimiento inglés no aceptaba que dos buques de guerra de su nación no hubiesen hecho pedazos a un navío sudamericano, cuyo atrevimiento llegó hasta cambiar cañonazos con ellos. Por nuestra parte, ya diluida la euforia del momento, no nos convenía mantener beligerancia alguna con el Reino Unido, pues hubiera sido un error político muy peligroso. Era indudable que el Gobierno británico inquirió al respecto de la publicación en la Embajada peruana, no porque careciese de ella sino para tenerla oficializada y hacerla funcionar como una pieza del proceso contra de Horsey; y ese era el objeto de la nota de nuestro representante en Londres. Por supuesto que el Ministro de Relaciones Exteriores comunicó el pedido al Presidente de la República y éste dió las órdenes del caso al de Guerra y Marina; con tal motivo vino a formarse un expedientillo que descendió a las autoridades navales. Entonces desempeñaba el cargo de Comandante General de Marina el Capitán de Navío Miguel Grau, más tarde el inmortal Almirante; de modo que siguiendo el conducto reglamentario los papeles, Grau los remitió al Mayor de Ordenes del Departamento, quien a su vez proveyó en el sentido que informara el Capitán de Navío Juan Guillermo More; cumplida la anterior disposición, evacuó el expedientillo el Mayor de Ordenes, pasando de nuevo a las manos de Grau que lo elevó con el siguiente informe: "Lima, 28 de Diciembre de 1877.— Señor Ministro de Guerra y Marina.— Señor Contra Almirante Ministro:— Tengo el honor de volver al despacho de V.S., el presente expediente en el cual el Comandante de la **Independencia** ha dado cumplimiento a lo ordenado en el Superior decreto, fecha 21 del actual.— Dios guarde a V.S.— (Fdo.) **Miguel Grau**".

Y ahora el informe de More: "Señor Capitán de Navío graduado Mayor de Ordenes del Departamento.— En cumplimiento

de la orden que antecede, tengo el honor de transcribir a V. S. mi carta a los Editores de **El Comercio** de Setiembre 21 del presente año.— Al ancla, Ancón, Setiembre 21 de 1877.— Señores Editores de **El Comercio**.— En su edición de la tarde del 19 del presente, he visto publicado una parte del Diario del Almirante de Horsey y noto con desagrado que dicho Señor, para favorecer sus fines particulares, ha transformado completamente la conversación que tuvo conmigo en el Puerto de Iquique. El 31 de mayo a las 8 horas, más o menos, de la mañana fondeó la escuadrilla inglesa en ese puerto; y después de los saludos de ordenanza, mandó el Almirante a su Ayudante a bordo de la **Independencia** a convidarme a almorzar a bordo del **Shah**, pues deseaba hablar conmigo; a lo que le contesté que sentía no poderlo complacer por estar muy ocupado y que a la una iría a hacerle la visita oficial. A mi llegada a bordo del **Shah**, me dijo el Almirante que suponía estaría muy contento al tener el **Huáscar** incorporado a la Escuadra; a lo que le contesté que sí, y que ellos habían acelerado el término de esa cuestión tan enojosa; contestación en que, como se ve, no hice más que reconocer un hecho; y, a la verdad, estuve muy distante de creer que el Almirante tomase mis palabras como acción de gracias, pues no fue tal mi intención.— En la parte que trata de la tripulación, es completamente falso que yo le haya dicho que los ingleses que existían en el **Huáscar** no habían tomado parte en el combate, pues no me había ocupado de averiguar tal cosa.— La parte de la conversación que dice el Almirante ha dado por carta separada es la siguiente, que para mayor claridad va en forma de diálogo, conforme sucedió: **Almirante de Horsey**. ¿Qué ha hecho usted con los tripulantes del **Huáscar**? —**Yo**. Los he trasbordado al transporte **Limeña**.— **Almirante**. ¿Y ya se ahorcó al Comandante del **Huáscar**?— **Yo**. No.— **Almirante**. Supongo espere Ud. órdenes de su Gobierno para hacerlo.— **Yo**. No; en nuestro país no existe la pena capital para los reos políticos.— **Almirante** (agarrándose la cabeza). Es una temeridad que no se castiguen delitos tan graves con toda severidad; en ninguna nación del mundo quedarían esos individuos sin ser ahorcados inmediatamente. ¿Qué hará el Gobierno de Ud. con los presos?— **Yo**. He garantizado la libertad de ellos y espero que mi Gobierno cumplirá con lo pactado.— **Almirante**.

Si se repiten sucesos como el del **Huáscar**, las naciones europeas se verán en la necesidad de tomar parte y pedir que el Perú desarme por completo sus buques de guerra, pues no puede estar el comercio extranjero sujeto a los caprichos de un oficial traidor.— Yo traté de convencerlo de que sucesos de esta naturaleza eran muy raros en nuestro país, pero que a la vez creía como él, que a los revolucionarios se les debía castigar con alguna severidad, pues eran los que desacreditaban y arruinaban su país.— Viendo pues que la conversación tomaba un giro desagradable, me despedí, y a pesar de haber ido yo sin la insignia correspondiente en el bote, para evitar saludos, fuí saludado con artillería, contestando la **Independencia**.— Esta es, SS. Editores, la verdad de lo ocurrido y deseando se dignen Ustedes dar publicidad a la presente, para evitar conjeturas que me dañan, me suscribo de Ustedes su muy atento servidor.— (Fdo.) **Juan G. More**".



El destino no se mostró pródigo con el Teniente Segundo Manuel Fernández Dávila y el plano luminoso de sus hazañas a bordo de la **Alianza**, no tardará en oscurecerse en la nebulosa del tiempo, por más que él mismo luchará por salir a flote y que se reconozcan sus acciones; como un mendigo de su gloria, pedirá ante las comisiones nombradas por el Gobierno, que acepten sus explicaciones y nos apena contemplar al solicitante que lleva en su memoria el oro de sus proezas que no puede hacer brillar ante la indiferencia burocrática. Es verdad que muchos falsos héroes, aprovechando el tiempo corrido, se presentan con fingidas historias y se debe separar el trigo de la cizaña, mientras sigue sonando la cítola. Una idea equivocada es la de que un héroe siempre es un héroe. Nos parece que quien ha rendido un esfuerzo magnífico puede repetirlo cuantas veces desea. Esto lo aplicamos a Fernández Dávila y nos aparenta que dado el gran paso del término medio a lo sublime, este Oficial que tuviera tan elevado concepto del patriotismo, hubiera asegurado para el futuro, igual a una segunda naturaleza, el poder más grande en cuanto a realizaciones que existe en todo héroe; en cambio no se repite la ocasión, la heroicidad no es permanente, el acto se queda en el horizonte y todo su zumo

va diluyéndose atrás. ¿Necesitó morir para conquistar el puesto definitivo? ¿Acaso debió volar con su lancha cuando era perseguido?

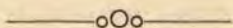
Nos parece importante anotar un hecho, el cual pareció anunciar como la iniciación de una era venturosa soplando sobre el Teniente Segundo Fernández Dávila. Precisamente antes del 7 de junio de 1880, como si recibiera el premio anticipado de los méritos que conquistó, fue ascendido a Teniente Primero. La noticia no llegó a sus oídos con oportunidad, con lo que no perdió nada, porque al fin y al cabo no tuvo trascendencia alguna, por lo mismo que se anularía esta promoción cuando cayó el Gobierno que la otorgara. En efecto, a finales de mayo de 1880, Piérola que estaba ejerciendo el poder supremo, ascendió, como una muestra de su agradecimiento, a quienes le habían acompañado en el combate de Pacocha, basándose en un singular decreto expedido a bordo del **Huáscar** rebelde en 1877, dando formalidad al ofuscamiento de un revolucionario ahora que ocupaba la Casa de Pizarro. De tal manera, Luis Germán Astete pasó a Capitán de Navío efectivo; Manuel M. Carrasco, a Capitán de Corbeta efectivo; Juan Duffó, a Capitán de Corbeta efectivo; Manuel Valderrama, a Capitán de Corbeta efectivo; Bernabé Carrasco a Teniente Primero efectivo; Pablo A. Duffó, a Teniente Primero efectivo; Manuel de la Puente, a Teniente Segundo efectivo; Elías Higginson, a Teniente Segundo efectivo; Julio Lostanau, a Guardiamarina; etc.

Todos esos decretos están redactados en la misma forma, de modo que para muestra basta uno de ellos, ejemplo que se refiere a nuestro héroe que figura entre los beneficiados y dice así: "Nicolás de Piérola, Jefe Supremo de la República.— Por cuanto: el Teniente Segundo Don Manuel Fernández Dávila se halla comprendido en la Suprema Resolución de hoy, ratificando EL DECRETO EXPEDIDO A BORDO DEL "HUASCAR" EL 29 DE MAYO DE 1877, después del Combate Naval de Pacocha; he venido en ascenderle a Teniente Primero efectivo con la antigüedad de esta última fecha.— Por lo tanto:— En uso de las facultades que me son concedidas, ordeno y mando le hallan y reconozcan por tal, guardándole y haciéndole guardar todas las distinciones y preeminencias que por este título le corresponde, para lo cual expido el presente despacho, del que se tomará razón en las Oficinas y Libros respecti-

vos— Dado en la Casa del Supremo Gobierno en Lima a veintiocho de mayo de mil ochocientos ochenta.— (Fdo.) **N. de Piérola**.— (Fdo.) **Manuel Villar**, Sub-Secretario de Marina.— Se tomó razón a fs. 133 del Libro respectivo.— Fecha ut Supra.— (Fdo.) **Sánchez**.— Callao, Junio 2 de 1880.— Cúmplase y regístrese en las Oficinas del Departamento.— (Fdo.) **García**". No estaría de más exponer que le tocó al mismo Presidente firmar los decretos respecto a los herederos de quienes cayeron peleando hasta quemar el último cartucho en Arica; sólo ofreceremos dos casos, por tratarse de marinos que hemos hecho figurar en esta obra. El 21 de setiembre de 1880, el Jefe de la Nación que ahora encabeza los decretos como "Nicolás de Piérola, Jefe Supremo de la República y Protector de la Raza Indígena", firma la cédula de montepío expedida a favor de doña Rosario Marquina Salas, viuda del Teniente Primero don Miguel Espinosa: "que falleció a consecuencia de las heridas recibidas en la heroica defensa del Morro de Arica, el 7 de junio del presente año"; la pensión mensual era de "siete libras esterlinas, diez peniques", pero durante la guerra, la viuda sólo recibía "tres libras esterlinas, 125 peniques"; Espinosa había fallecido el 22 de junio de 1880. ¿No es verdad que suena a cuento el oír el lenguaje oficial, este juego de palabras que significan libras y peniques? El otro ejemplo es el de More. El mismo Piérola firma la cédula de montepío a favor de doña Carmen Medina, viuda del Capitán de Navío Don Juan Guillermo More, "que falleció heroicamente defendiendo el Morro de Arica el 7 de junio último"; la pensión mensual era de "veintiocho libras esterlinas, treinta peniques como haber ordinario, y catorce libras esterlinas, quince peniques durante la guerra, que son las dos terceras partes del haber de un coronel de infantería...".

Siendo el General Miguel Iglesias Presidente provisorio de la República, el 30 de mayo de 1885, se firmó el ascenso a Capitán de Corbeta graduado de Manuel Fernández Dávila, a quien se consideró que le correspondía el artículo 4º de la ley de 1º de mayo del año antes citado, dada por la Asamblea Nacional, en virtud de su concurrencia a la defensa de Arica como comandante de la lancha-torpedo **Alianza**. El 13 de junio de 1885, también se firmó por el General Iglesias, el ascenso de Corbeta efectivo de Germán

Paz, a mérito de la misma ley y "por su concurrencia a la defensa de Arica como Jefe del Parque". Asimismo, el 21 de junio del año tantas veces citado, se ascendió a Capitán de Fragata efectivo al de Corbeta Manuel Ignacio Espinosa. No pasa mucho tiempo, cuando Iglesias para terminar con la guerra civil entrega el mando al Consejo de Ministros, que convoca a elecciones generales y sale elegido Cáceres a quien el Congreso proclama Presidente de la República y lo asciende a General de División; su Gobierno se inauguró el 3 de junio de 1886. El Presidente Constitucional General de División Andrés A. Cáceres, como los ascensos otorgados por los dos Gobiernos anteriores han sido anulados, le da el grado de Capitán de Fragata efectivo a Manuel I. Espinosa, con fecha 28 de diciembre de 1886 y con la antigüedad de 7 de junio de 1880. En cambio, Manuel Fernández Dávila, sólo obtiene el 8 de febrero de 1887, el de Teniente Primero efectivo con la antigüedad del 7 de junio de 1880: "por sus servicios en la última Guerra Nacional al mando de la lancha torpedo **Alianza** y por su asistencia a la defensa de Arica".



Si hubiese respecto al proceso de la epopeya del Morro una cantidad apreciable de materiales históricos al alcance de los estudiosos, y no la costumbre de copiar unos autores a otros en una repetición constante que demuestra la ausencia de fuentes, pudiésemos esperar que se iluminaran los asuntos componentes del drama aquel, con un pronto resultado capaz de importantes realizaciones. Sabemos que no sucede la suposición antes anotada, o sea, que nada favorece a una investigación completa en el caso de Arica, cuando están escapando a nuestro dominio numerosos datos, de modo que los movimientos históricos de esos días de la guerra, en su suma, no representan una unidad suficiente en sí. Es verdad que todo el Perú ha aceptado el concepto simbólico de la epopeya del Morro, difundido y generalizado al punto de constituir un bloque de granito, como ya hemos gastado tantas líneas en demostrarlo. Aconsejable sería no tocarlo y dejar el **monumento** tal y conforme ha quedado. Sobre todo si meditamos el modo que una afirmación idealista, ha llegado a convertirse en convicción común

con fuerza evocadora y hasta creadora. Pero, si hacemos muchos monumentos así, nuestra Historia podía ser un cementerio de piedra y no un libro vivo con enseñanzas reales. Quizá lo peor estaría en lo que se ha suprimido, siendo en el ejemplo que nos ocupamos una víctima la Marina, cuyos hombres y sus hechos van sumiéndose en la nada, cuestión imposible de aceptar por nuestra parte, no por el sacrificio de nuestro orgullo, sino por el deber de ofrecerle nuestra veneración a los mártires, que vistiendo el uniforme naval, dictaron su lección de sacrificio. Sería suficiente escuchar los discursos que año tras año se pronuncian en las sociedades patrióticas con motivo del 7 de junio de 1880, para que se llegue al convencimiento que no se menciona el nombre de la Marina, cuando en Arica no asistió ella como espectadora sino como heroica protagonista. More no es una sombra, sino una realidad y el **Manco Cápac** no fondó en la rada para ver las cosas, sino para disparar sus cañones.

Dejando a un lado estas reflexiones y regresando al simbolismo de la epopeya, nuestro modo de pensar es que incorporada ésta hacia fines y valores cada vez más elevados, no dejemos que se petrifique y por lo contrario, démosle palpitar de carne viva. Entonces, nuestra obligación estará en fortalecer sus fulgores de verdad con datos ciertos, con documentación inobjetable, con asuntos probados; empero, sin relegar a un segundo plano el simbolismo, sólo robusteciéndolo a fin que continúe benéfico y estimulante. Asimismo preñado de enseñanzas y ejemplos humanos, muy humanos.

INDICE

	Pág.
PROLOGO	5
INTRODUCCION	9
I El combate naval del 27 de febrero de 1880	13
II La doble ruptura del bloqueo de Arica	38
III La plaza de Arica	64
IV Incursiones de la lancha torpedera Alianza	76
V Arica queda aislada	90
VI Preparativos de la defensa	103
VII Los comandos y las fuerzas navales	121
VIII Prosigue el patrullaje de la Alianza .— Elmore y Ureta	140
IX La respuesta de Bolognesi	157
X La víspera del Asalto. Lucha en el mar	179
XI El 7 de Junio de 1880	204
XII Hundimiento del monitor Manco Cápac y varadura de la Alianza	263
XIII Reflexiones finales	279